

JACQUELINE NEW

EL INSPECTOR JEFE MCNEILL

CICATRICES DEL PASADO

En el corazón de Edimburgo, un asesino deja
un rastro de secretos tallados en sangre.

Índice

[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Siguiente en la serie El inspector jefe McNeill](#)

[Ecos de inocencia: Prólogo](#)

[Ecos de inocencia: Capítulo Uno](#)

CICATRICES DEL PASADO

El inspector jefe McNeill

Libro 1

JACQUELINE NEW

vinci
BOOKS

Para Karen Macleod, con agradecimiento.

Copyright © 2023 - 2026 Jacqueline New

Esta edición de 2026 es publicada por Vinci Books.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en forma alguna ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin la autorización previa por escrito de la autora, salvo breves citas utilizadas en crítica literaria.

Esta es una obra de ficción. Salvo que se indique lo contrario, todos los nombres, personajes, empresas, lugares, eventos e incidentes que aparecen en este libro son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Prólogo

Estallidos atronadores retumbaron desde las profundidades mientras las olas golpeaban las rocas con fuerza implacable. El viento, un ladrón despiadado, robaba el calor de la carne, arrastrando consigo fragmentos de aguanieve helada desde el gélido corazón del Atlántico. El rostro de Callum era una máscara de entumecimiento; el frío brutal le había arrebatado la sensibilidad hacía horas. Permanecía bajo la lluvia helada, una figura solitaria oculta en la sombra de la antigua parada de autobús, el escozor contra su piel, una distracción efímera. El otro dolor, el que llevaba enterrado en lo más profundo, se negaba a desaparecer. Cada fragmento helado que golpeaba su rostro era un recordatorio gélido de la dura e implacable realidad de la vida.

Callum se movió.

Un hombre se aproxima. Encorvado, con las manos en los bolsillos. Un andar ligeramente tambaleante. Hay un pub al final de la calle y ha estado allí toda la noche. ¿Había ido a ese mismo pub la noche en que mató a Iona? ¿La noche en que la violó y la asesinó? ¿Importaba? No. Ya nada importa, salvo esto.

El hombre, Mark, se pone a la altura del refugio decrepito. Es una estructura cuadrada de ladrillo, lo bastante grande como para que

dos personas se sienten dentro, si no fuera porque el banco de madera se había podrido hace mucho tiempo hasta desaparecer.

No ve a Callum. No le ve sacar del bolsillo el saco de plástico vacío que antes contenía comida para pollos y salir silenciosamente de las sombras al pasar. Mark percibe algo cuando la bolsa se alza, empieza a girarse. Demasiado tarde. La bolsa le cubre la cabeza y no puede ver a su agresor. No puede ver nada. Mark es delgado, ese tipo de delgadez que, al mirarlo, se sabe que no fue obtenida en Slimming World. Es esa delgadez que solo se consigue maltratando el cuerpo sin descanso. Mark es un maestro en eso.

Un golpe le da en el costado, doblándolo en dos. Luego uno en la nuca. Otro más. Y otro. Callum arrastró a Mark fuera de la uertes de un solo carril que lleva a Portree. Lo golpeó como las olas golpean la Isla de Skye. A través de hierba alta y maleza. Los pies de Mark se arrastraban. Apenas estaba consciente, pero los golpes no cesaban. Luego quedaron detrás de la parada del autobús y la oscuridad los envolvió a ambos.

Las uertes llenaron los ojos de Callum mientras soltaba a su víctima. Mark se desplomó contra el ladrillo, deslizándose hasta quedar hecho un montón roto. Las extremidades entumecidas. La capacidad de defenderse, arrancada. Callum ahora pateaba, además de golpear con los puños doloridos. Pasó un coche, pero los faros no lograron atravesar las sombras. Nadie vio la venganza en curso. Nadie uert cuán cerca estaba Mark Souter de la uerte. Finalmente, Callum recogió un trozo de ladrillo, cubierto de musgo y medio enterrado. Lo alzó por encima de su cabeza y se detuvo.

Esto está mal.

La figura acurrucada a sus pies podría ser cualquiera. Pero ese no era el punto. Callum tenía que ver su rostro. Tenía que saber que, al final, Mark Souter conocía a su asesino. Sabía por qué iba a morir. Una vez que viera el rostro de Callum, lo entendería. Negaría su culpa, suplicaría y rogaría si aún le quedaba suficiente juicio para hacerlo. Callum quería que sufriera. El miedo era mucho peor que el dolor.

Con los dientes apretados y la respiración silbante, Callum se inclinó y arrancó la bolsa, llevándose consigo un mechón de pelo de

la cabeza de Mark. Alzó el ladrillo, listo para destrozar el cráneo del violador. Se detuvo otra vez. El hombre estaba encogido, cubriéndose la cabeza con los brazos. Una mancha creciente se extendía por la entrepierna de sus pantalones y sollozaba, diciendo algo una y otra vez. Callum intentó ignorarlo, pero no pudo. Las palabras le llegaron por encima del viento, de las olas y del retumbar de sangre en sus oídos.

Mark Souter suplicaba por su madre.

Entonces el ladrillo descendió. Ambas manos lo impulsaron y, antes de que impactara con una contundencia que rompía huesos, Mark lo miró. Directamente a él.

Capítulo Uno

Mac volvió a la conciencia a rastras. Las sábanas estaban en el suelo, pateadas mientras luchaba con un asesino en sueños. Llevaba solo calzoncillos tipo bóxer, su atuendo habitual para dormir. El cabello negro empapado de sudor. La almohada húmeda. Miraba el techo del dormitorio, viendo un par de ojos abiertos, aterrados. Escuchando una voz que suplicaba por su madre. El corazón de Mac latía con fuerza, su boca estaba seca. Había variaciones del sueño, algunos finales eran distintos, pero todos tenían el mismo efecto sobre él. Lo arrancaban del sueño, empapado en sudor, con el corazón desbocado y los músculos agarrotados. Y en todos ellos Mark Souter moría, de forma horrible.

Alargó la mano a ciegas, golpeando un teléfono, sintiendo las grietas en una esquina de la pantalla. Con dedos torpes atrapó el trozo de plástico alargado antes de que cayera al suelo de madera. Lo acercó a los ojos, parpadeando para despejar la pesadez del sueño y enfocar la pantalla. Pasaban de las tres de la madrugada.

Con un gruñido, se incorporó, apoyando los pies descalzos en el suelo frío. Enfrente había una ventana con las cortinas abiertas y las barandillas negras de metal del balcón visibles. Una luz anaranjada de sodio se colaba desde la farola de enfrente. No tenía sentido cerrarlas; no había nada frente a la ventana de su dormitorio

excepto el campo de golf de Leith Links. Algún mirón ocasional tal vez llegara a ver al inspector jefe Callum McNeill —Mac, para sus amigos— levantándose a orinar en mitad de la noche, pero no mucho más. Además, siempre había odiado los dormitorios oscuros.

La cama era el único mueble de la habitación, aparte de la mesita de noche de montaje rápido, cuyos cajones contenían una colección de cables USB cuidadosamente atados de distintos teléfonos y cuadernos apilados, uno de ellos con un lápiz perfectamente afilado sujeto con una goma elástica. Otro cajón albergaba cinco cajas sin abrir de lápices nuevos.

No volvería a dormir. Lo sabía por experiencia. Su cerebro tenía demasiado miedo como para dejarlo otra vez después de El Sueño. Se quitó los calzoncillos empapados de sudor y los dejó caer en el cesto de la ropa sucia del baño, luego se duchó. Una ducha fría. El agua helada arrastró las imágenes grabadas en su mente. Enjuagó el dolor que siempre sentía. ¿Era arrepentimiento por no haber terminado el trabajo aquella noche en Skye? ¿O por haber estado a punto de convertirse en asesino en nombre de la venganza? ¿O simplemente el dolor de saber que pudo salvar la vida de su hermana?

Fuera de la ducha. Desodorante corporal. Cepillo de dientes. Toalla usada una vez y al cesto. Cerró la puerta del baño al salir. Se vistió con una camiseta negra y pantalones de chándal. Se aseguró de cerrar la puerta del dormitorio antes de caminar hacia el salón-cocina de planta abierta. Cerró la puerta del salón tras de sí y encendió una lámpara. Nunca la luz grande del techo. La lámpara creaba un oasis de luz blanca y limpia en una esquina, mientras las sombras volvían a adueñarse poco a poco del extremo de la cocina.

Tras prepararse un café negro instantáneo, Mac se sentó en un taburete junto a la isla que separaba el salón del comedor en su departamento. Abrió el portátil e introdujo la contraseña por pura memoria muscular. El logotipo de la Policía de Escocia desapareció de la pantalla de inicio de sesión y abrió Outlook, hojeando los correos. Llevaban acumulándose en su bandeja de entrada durante veinticuatro horas, un caso de violación en el que su compañera

Melissa Barland era la Oficial Investigadora Superior, ocupando todo su tiempo.

Un correo de actualización de Barland; el Procurador Fiscal estaba satisfecho de que se había superado el umbral probatorio, confiaban en poder lograr una condena siempre que el testigo se mantuviera creíble. McNeill ya sabía todo eso. Otro correo, con un tono más personal: ¿quería que ella renunciara como inspectora? ¿Trasladarse a otra zona? Él había estado respirándole en la nuca todo el tiempo, incluso se había hecho cargo de un interrogatorio con el sospechoso. Ella no estaba contenta.

Mac frunció el ceño y volvió a escanear el correo electrónico, buscando matices que probablemente no captaría, por mucho tiempo que le dedicara. Habían cerrado el caso. ¿Qué importaba? Se pasó una mano por la mandíbula, ya salpicada de barba oscura y cerró la tapa del portátil de un golpe seco. Le dejó un sabor amargo. Tendría que hablar con Melissa para aplacar los ánimos, ese tipo de interacción que no le gustaba y en la que no era bueno.

Al alejarse del portátil, miró a su alrededor por un momento, perdido. Era un espacio minimalista. Suelo de madera, paredes blancas. Un televisor montado en una de ellas. Un equipo de música sobre una mesa debajo. Una estantería al lado del equipo contenía vinilos, casetes y CDs, con las cintas ocupando la mayor parte del espacio. Hacía tres meses, Siobhan habría estado allí cuando El Sueño lo despertó de golpe. Sus piernas largas y su cabello suelto oscuro que siempre olía tan bien. Su cuerpo, que parecía encajar perfectamente con el suyo en plena madrugada.

Ahora estaba solo en un departamento vacío y resonante. Aún perseguido por fantasmas. El dolor que sintió en ese momento podía ser deseo sexual, añoranza por Siobhan, necesidad de alcohol o de algo más fuerte. Podía haber sido nicotina. Algo. Lo que fuera. Su corazón era tan minimalista como su departamento. Vacío, resonante. Frío. Con un estallido de irritación, volvió al portátil, lo abrió y tecleó la contraseña con rapidez. Empezó un correo a Melissa reprochándole que cuestionara su derecho a liderar un caso. ¿Quién era exactamente el inspector jefe y quién la inspectora? ¿Quién le debía su puesto en la Unidad de Crímenes Especializados a quién?

Su arrebató fue interrumpido por la luz del teléfono. Probablemente era lo mejor. El número pertenecía a la sargento Nari Yun, miembro de su equipo y de guardia esa noche. Si lo llamaba a las tres de la madrugada, significaba que algo malo le había pasado a alguien en algún lugar. Lo agradeció y cerró la tapa sobre su dolor y rabia.

—Nari, hable —espetó al teléfono.

Capítulo Dos

Craigmillar a las tres de la madrugada. Para Google, no era más que una dirección, podría haber estado en cualquier parte. Para Mac, residente en Edimburgo desde los dieciocho años, era mucho más. Cajas cuadradas de departamentos anónimos. Nada parecido al espacioso departamento en Leith al que Mac acababa de mudarse. Estos eran estrechos y pertenecían a una asociación de viviendas. A plena luz del día, parecían desprovistos de alma, despojando al lugar de cualquier individualidad o identidad. Pero a las tres de la madrugada, se convertían en bastiones para quienes no querían que sus acciones fueran observadas.

Giró el Audi hacia Castlebrae Court. Un callejón sin salida en todos los sentidos. Bloques cuadrados de ladrillo rojo se alzaban a su alrededor y podía sentir las miradas que lo observaban desde dentro. A partir de ese punto, no necesitaba el GPS. Las luces azules parpadeantes y la cinta policial le indicaban en qué edificio se había descubierto el cuerpo. Un cronómetro había empezado a correr en su cabeza. Había comenzado en el momento en que Nari dio sus respuestas a las preguntas cortantes y agresivas de Mac.

La gente siempre pensaba que era agresivo porque no perdía el tiempo con charlas triviales. Llevaba un traje gris oscuro sencillo, de corte ajustado, pero no tanto como para impedirle correr tras un

sospechoso si era necesario. Camisa negra. Una de una docena idéntica en su armario. Sin corbata y con el cuello abierto. En la muñeca, un reloj digital sencillo con correa blanca. Del tipo que un niño podría comprarse con su dinero de bolsillo.

El reloj avanza. Una vez que llegara el circo policial, los vecinos empezarían a reunirse. Al girar una esquina, pudo ver a un grupo de jóvenes, con el rostro cubierto y capuchas en la cabeza. Merodeaban justo fuera del cordón, lo bastante cerca como para pavonearse frente a los uniformados que mantenían el perímetro, pero no tanto como para justificar que los alejaran. Algunos hombres y mujeres en bata de dormir, fumando y charlando en voz alta. Un poco de drama sobre el que chismear.

Un agente uniformado se acercó al coche, y Mac mostró en silencio su placa. El agente hizo una señal a su compañero y levantaron la cinta. Mac percibió el agrio olor de marihuana fumándose en algún lugar cercano. Aparcó detrás de una furgoneta con el logo de SOCO, el equipo forense ya estaba en el lugar. Un cartel con el nombre Bute Tower estaba estampado en el lateral del edificio en cuestión. Frente a la alta caja de ladrillo rojo el detective Kai Stuart bostezaba cuando no hablaba con su sargento, Nari Yun. Había devoción de cachorro en sus ojos. O tal vez solo deseo descarado. Parecía cansado. Ella parecía emocionada. Pero no por él.

Ambos llevaban trajes forenses, aunque con las capuchas abajo y las mascarillas fuera.

—¿Cuál es la historia? —preguntó Mac, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

Kai estaba de pie sobre un parche de tierra, apoyado en una pared que conducía a la entrada comunitaria del edificio. Se suponía que era una cama de tierra elevada para jardinería, pero el suelo estaba cubierto de colillas de cigarrillos y botellas de Bucky. Cualquier cosa que creciera allí no sería agradable de ver. Una mirada directa de Mac lo obligó a incorporarse.

—Cuerpo encontrado en un departamento del cuarto piso —dijo Nari con acento glasgowense—. Los vecinos se habían estado quejando del olor y esta noche se filtró al departamento de abajo. Llamaron al encargado de guardia de la asociación de viviendas, y él

usó una llave maestra para entrar a la propiedad con un fontanero. Encontraron lo que creemos que es el inquilino, Richard McCullough.

—¿Creen? —dijo McNeill, con brusquedad.

—El cuerpo estaba en estado de descomposición y había sido mutilado —dijo Nari como si leyera el parte meteorológico—. El encargado de la asociación de viviendas proporcionó una foto del inquilino, pero no pudimos confirmar que fuera el mismo hombre.

—Es un verdadero desastre, jefe —intervino el agente Kai Stuart.

—El equipo forense está dentro ahora —concluyó Nari.

—¿Cuándo se llamó al 999? —preguntó Mac, mirando a través de las puertas dobles hacia el vestíbulo de entrada comunitaria del edificio. Pudo ver a un par de residentes deambulando por allí y apretó los dientes. Nari debió cerrar el lugar.

—La llamada se hizo a las 2:15. Unos agentes locales acudieron desde la estación de Niddrie Mains Road a las dos y treinta, y llamaron a la central de Clyde para pedir un agente de la Unidad de Crímenes Especializados a las 2:47. La llamada fue redirigida a mí y llegué aquí a las 3:15.

Mac echó un vistazo a su reloj digital de plástico. Las 3:42.

—Los vecinos tuvieron una hora y media para destruir cualquier prueba en las zonas comunes. Y nuestras tallas 46 habrán ayudado a destruir el resto. Aseguren todo. Que todo el mundo vuelva a sus departamentos hasta que les digamos que pueden salir. Luego hagan que el equipo forense priorice las zonas comunes para que la gente pueda ir a trabajar por la mañana —dijo Mac.

Nari palideció y asintió con brusquedad. Kai se removió, resopló al oír que la gente de aquí iba a trabajar, pero Mac no se distrajo corrigiendo los prejuicios del joven. El tiempo era crucial. La mutilación no implicaba necesariamente asesinato, pero era probable. Cuanto más tiempo pasara, más pruebas se perderían y menos posibilidades habría de resolver el caso. Sentía una tensión creciente, un nivel de estrés que le servía de combustible.

Habían montado una mesa plegable sobre un trozo de césped junto a un sendero pavimentado y agrietado que conducía a la entrada del edificio. Encima había cajas de guantes de látex estériles y trajes forenses de papel con zapatos a juego. Mac agarró un

conjunto y empezó a ponérselo. Antes que nada, necesitaba ver la escena del crimen. Un agente uniformado abrió la puerta desde dentro y Mac entró, evitando tocarla y notando con irritación que el agente no llevaba guantes ni ropa de protección.

—Nari, haga que estos hombres se vistan como corresponde y meta al equipo forense aquí. Ya —gritó Mac desde la puerta.—Kai, conmigo.

Habría preferido llevar a su sargento, pero quería asegurarse de que el edificio quedara bien cerrado. Después de haber sido pillada una vez, Nari se pasaría de meticulosa. Mac quería esa ferocidad minuciosa. Delante de él había una hilera de buzones en una pared y otra puerta al fondo del vestíbulo. Un agente estaba de pie frente a ella. Entre estos habían dos civiles: uno con polo y pantalones cargo, una bolsa de herramientas a sus pies y una expresión ansiosa en su rostro cuadrado; el otro era un hombre de aspecto cansado, con camiseta, jeans y zapatillas desgastadas. Llevaba un cordón con una tarjeta de identificación colgada del cuello.

Un agente uniformado hablaba con cada uno de los hombres, imponente con su chaleco antibalas y los cinco centímetros extra de las botas de suela gruesa que hacían parecer gigantes a todos los policías.

—Kai, lleve a esos dos civiles a una zona segura. Sala de mantenimiento, armario de escobas, me da igual. Solo sáquelos de aquí para que el equipo forense pueda hacer su trabajo. Luego me alcanza.

Se dirigió hacia una puerta marcada como "Escalera" mientras Kai corría hacia los dos agentes. Justo antes de que la puerta de la escalera se cerrara de golpe tras él, oyó a Nari entrar en el edificio, dando órdenes rápidas al equipo forense que había reunido. Kai sabría los nombres de los dos hombres a los que estaba dando órdenes. Nari esperaba que todos obedecieran porque tenía más rango. Mac empezó a subir, manteniendo las manos alejadas del pasamanos y las paredes. El hueco de la escalera estaba oscuro, una luz no funcionaba. Y olía a orina y marihuana. Una combinación desafortunada.

Le daban ganas de apresurarse, pero se contuvo, empujando el tic-tac del reloj mental al fondo de su mente. No había razón para pensar que el agresor hubiese usado el ascensor. Apresurarse solo porque el lugar era desagradable era una buena forma de pasar por alto pruebas. Había grafitis en el primer descansillo, rojos e incomprensibles. Algo resonó en su memoria. Tal vez una marca sectaria de alguno de los grupos ultras que apoyaban al Hibs o al Hearts. No recordaba cuál, pero sí que lo había visto en otro sitio.

Más grafitis rojos en el siguiente descansillo, formas circulares con líneas que se cruzaban en ángulos precisos. Había llevado tiempo pintarlo, lo que hizo que Mac se detuviera y tomara una foto. Probablemente no era nada. Registrar. Archivar. Seguir. Respiraba con dificultad cuando llegó al cuarto piso. Mac era delgado, pero no adicto al gimnasio. Su rostro era anguloso por naturaleza, con pómulos altos y mandíbula marcada. Eso ayudaba a que pareciera más delgado y en forma de lo que realmente estaba. El ejercicio no era su aliado y las millas de sus cuarenta y cuatro años le habían pasado factura.

Esperó dos minutos completos antes de cruzar la puerta, sin querer que nadie notara su esfuerzo. No si eso hacía que se preguntaran por qué no había tomado el ascensor. Esa diminuta caja metálica suspendida por un cable que temblaba y se sacudía al subir lo suficiente como para aplastarlo hasta convertirlo en pulpa si caía. Y lo haría. En el instante en que estuviera lo bastante alto. Apartó esos pensamientos innecesarios mientras empujaba la puerta. Pasillo estrecho, iluminación dura, alfombra barata.

Otro uniformado de pie frente a una puerta abierta, el equipo forense dentro. Mac sacó la mascarilla de papel del bolsillo y se la colocó en las orejas, cubriéndose la nariz y la boca. A diez metros, el ascensor emitió un pitido y Kai salió. Mac esperó a su detective y luego se dirigió a la puerta del departamento. El hedor a muerte era insoportable.

Capítulo Tres

Mac estaba a punto de entrar cuando miró el rostro del agente uniformado. Se detuvo, frunciendo el ceño. El hombre lo miró, notando su escrutinio. Tenía una cicatriz en la mejilla derecha, de unos dos centímetros, y el aspecto de alguien con experiencia curtida. Piel áspera, rostro duro, ojos entornados.

—Le conozco —dijo Mac, mientras rostros pasaban por su mente como cartas barajadas—. Solía estar destinado en Gorgie, ¿verdad?

Un destello de sorpresa. —Sí, señor. La comisaría de St Nick's Place.

—Yo también estuve allí. Esa cicatriz se la hizo cuando uno de los hombres de Allen intervino en una pelea en un club. Un taco de billar roto. No recuerdo su nombre, pero ya me vendrá.

—Hunter, señor. Chris Hunter —respondió el hombre—. Me acuerdo de usted, pero no pensé que usted se acordara de mí.

Mac asintió, sin sonreír. —Me acuerdo de usted —dijo al entrar en el departamento.

Hunter había sido uno de los muchos agentes a sueldo de Hance Allen, jefe de la organización criminal local que controlaba el tráfico de drogas en Edimburgo y el este. Nunca se probó. Mac no se habría acordado de Hunter si no hubiera creído que estaba aceptando sobornos.

Una vez cruzó la puerta, su atención se agudizó. Un pasillo estrecho con salpicaduras de sangre. Dos puertas a la izquierda y una a la derecha. Al fondo Mac pudo ver un sofá, con una guitarra eléctrica negra apoyada sobre él, conectada a un amplificador como si acabara de ser dejada allí. Pudo ver la luz roja encendida en el frontal del amplificador que indicaba que seguía en funcionamiento.

La puerta a la derecha daba a un baño. Estaba abierta, y el hedor que emanaba le dijo a Mac todo lo que necesitaba saber. Impregnaba todo el departamento, pero era más fuerte allí. Una figura envuelta se le acercó, bajándose la mascarilla para revelar a Derek Stringer, un patólogo forense. Tenía el rostro enrojecido, ojos azules llorosos y el pelo ralo, aunque esto último quedaba oculto por la capucha del traje forense. Su estómago tensaba el material, y Mac se preguntó si no lo rompería de un tirón si lo llamaban tras una comida copiosa.

Le hizo una seña a Mac sin decir palabra y habló con los otros dos hombres que trabajaban en el baño, haciéndolos salir. Mac entró. Blanco, de plástico, un baño prefabricado. La bañera no tenía panel lateral, dejando al descubierto las tablas del suelo, completamente empapadas. Estaba rebosante de agua rosada; el suelo estaba cubierto por ella. El cuerpo yacía en la bañera. Desnudo. Lacerado. Por todas partes. De la cabeza a los pies había indicios de cortes. En el torso, varias heridas largas cruzadas por cortes más pequeños, muchos de ellos curvos o incluso circulares.

—La causa de la muerte, yo diría que es ese tipo de ahí —dijo Stringer, señalando una herida justo debajo del músculo pectoral izquierdo. Su acento estaba impregnado de la retahíla de letras que seguían a su nombre, en contraste con el inconfundible tono de Lothian de Mac.

—Diría que le infligieron un grupo de trece heridas con un arma de hoja larga y ancha que no he visto aquí. Fíjese cómo la piel está desgarrada, y la herida es más ancha que las demás. En esa el cuchillo fue girado más de una vez. Las otras heridas grandes fueron infligidas con golpes cortos y precisos.

—Un frenesí. Y luego un giro tras dar el golpe de gracia —dijo Mac, visualizando la escena.

Stringer lo miró de reojo y luego asintió. —Sí. Una hipótesis razonable. La sangre en el pasillo y el salón sugiere que el asesinato ocurrió allí. No aquí —añadió Stringer.

—¿Y estas heridas más pequeñas? Están por todas partes —preguntó Kai.

—Fueron hechas post mortem y habría llevado bastante tiempo infligirlas en una zona tan amplia del cuerpo. Y se hicieron con una precisión implacable —dijo Stringer.

Mac ya lo había deducido.

—Los grifos estaban abiertos cuando se encontró el cuerpo —informó.

—No pregunté. No estaban abiertos cuando llegué —respondió Stringer.

—El departamento de abajo se inundó —le dijo Kai—. El residente estaba detenido en ese momento, así que no se dio cuenta hasta que volvió a casa esta madrugada.

—Necesito un minuto —le dijo Mac a Stringer, quien asintió.

Muchos forenses se opondrían a retirar a sus equipos en medio del trabajo, pero Stringer conocía los métodos de Mac y los había visto funcionar suficientes veces. Mientras el equipo forense abandonaba el departamento, Kai se quedó cerca. Mac quiso mandarlo fuera también, pero se contuvo. Tenía potencial, o no estaría en su equipo. Kai necesitaba experiencia.

—Quédese. Sígame y no hable. Solo tomé nota.

Sacó un cuaderno nuevo del bolsillo del traje forense, donde lo había guardado, y retiró el lápiz y la banda elástica. Kai sacó su teléfono.

—No creo haber escrito nada en papel desde que salí del colegio —dijo él, con la máscara moviéndose al esbozar una sonrisa.

—Es un buen hábito que debería adoptar —dijo Mac, dándose la vuelta.

Había absorbido hasta el más mínimo detalle del cuerpo en la bañera. Marcado de una forma tan exhaustiva, tenía que significar algo. ¿Odio? ¿Venganza? ¿Castigo por algo? No había señales de ropa en el baño, solo un inodoro, nada limpio, y un lavabo en el mismo estado. Mac se dirigió a una de las otras puertas del pasillo y

encontró un dormitorio y una habitación con una mesa de comedor sobre la que había una computadora. Tres guitarras más estaban apoyadas contra la pared, junto con un montón de otros equipos eléctricos de los que brotaban cables y alambres.

Aquí vivía un músico. Guitarrista. Los carteles en la pared le indicaron que el tipo era fanático del metal. Mac reconoció volantes de una variedad de bandas locales del circuito underground. Tenía muchas de sus demos, aunque no había asistido a ninguno de los conciertos que esos volantes anunciaban. Demasiada gente. Sobre el escritorio había una caja con folletos promocionales de un concierto fechado más de un año atrás, todos de la misma banda. Omega.

—Conozco a estos tipos —dijo Mac, sorprendido por las coincidencias del universo.

—¿Le va esta onda, eh? —respondió Kai, asomándose por encima del hombro de Mac.

—Sí. Esto es black metal crudo, hecho a mano. Tan crudo como se puede. No están mal.

—¿Reconoce al tipo? —dijo Kai.

—Ni su madre lo reconocería en ese estado. El nombre no me suena. Igual todos usan apodos. Creo que Omega estaba formado por Stygian, Void y no recuerdo los nombres de los otros. Todo es teatro —respondió Mac.

Entró en la otra habitación, el dormitorio, y encontró un armario sin puerta. La ropa estaba amontonada en el fondo, con pocas prendas colgadas, ya que la barra solo estaba sujeta por un extremo. Las cortinas estaban corridas y había un olor a humedad en la habitación que se mezclaba con el hedor penetrante de carne en descomposición.

—Su madre debería haberle enseñado a limpiar su cuarto —dijo Kai con disgusto.

—¿Ve alguna prenda con manchas de sangre o cortes? —dijo Mac, mientras revisaba con cuidado la ropa del armario.

Una búsqueda de apenas un momento.

—¡Por aquí! —llamó Kai desde una esquina de la habitación.

Usando su teléfono como linterna, reveló un montón de camisetas, jeans, calzoncillos y calcetines. Todos estaban

empapados en sangre, endurecidos por ella. Al levantar la camiseta con su bolígrafo, mostró los cortes hechos por el cuchillo.

—Lo desnudaron post mortem —dijo Mac.

—¿Y eso es importante, eh? —preguntó Kai.

—Confirma lo que el estado del cuerpo me indicó. Las heridas más pequeñas hechas después de muerto fueron hechas para ser vistas. Lo desnudaron y lo metieron en una bañera, lo que eliminó la sangre. Hizo que esos diseños por todo su cuerpo resaltaran más. Habrían sido difíciles de ver bajo toda esa sangre y restos secos. Dejaron los grifos abiertos para que no hubiera posibilidad de que pasaran semanas sin que lo encontraran. La inundación haría que alguien viniera en unos días. Y así fue. Todo esto es una puesta en escena.

Kai frunció el ceño, y Mac resistió el impulso de poner los ojos en blanco.

—En otras palabras, es todo parte del show, ¿no?

Capítulo Cuatro

Mac dejó que Kai y Nari inspeccionaran el edificio mientras los equipos forenses, redirigidos, aseguraban las zonas públicas por las que un posible asesino podría haber pasado. El pasillo frente al departamento estaba irremediablemente contaminado, pero había notado cámaras de vigilancia cubriendo el porche y el vestíbulo, así como el estacionamiento. Otra cuestión era si funcionaban o estaban ahí solo para aparentar. Kai las rastrearía a través de la asociación de viviendas y sus administradores.

Cuando salió del edificio, había un grupo considerable de prensa local más allá del cordón perimetral y una multitud aún mayor de residentes enfadados a quienes se les negaba la entrada o salida de Bute Tower. Mac salió conduciendo de la urbanización mientras el sol comenzaba a iluminar el cielo. Habría que gestionar a la prensa, pero el equipo de comunicación de la Unidad de Crímenes Especializados se encargaría de eso. Organizarían una rueda de prensa y probablemente lo seleccionarían para soltar algunas frases sin compromiso antes de permitirle volver a hacer su trabajo.

Y, por supuesto, insistirían en sacar a relucir al Asesino del Ángel. Condujo hacia el oeste, en dirección a Niddrie Mains Road y a un café grasiento que conocía en Newcraighall, justo a la salida de la A1. Mientras conducía, marcó el número de la inspectora Melissa

Barland en marcación rápida, observando cómo pasaban casas de apuestas, casas de empeño y salones de bronceado. El cielo estaba plomizo; el gris parecía filtrarse incluso en la arquitectura.

—¿Sí, jefe? —La voz de Melissa estaba cargada de sueño.

Mac miró la hora. Pasaban apenas las cinco de la madrugada. Lo siento, Melissa, es hora de sacarte de los brazos de tu esposa.

—Tenemos un homicidio en Craigmillar. Voy a poner al tanto a Kenny, pero necesito que te encargues de coordinar con el equipo de prensa. Tenemos un edificio de gran altura cerrado hasta que los forenses terminen su trabajo y... puede ponerse complicado.

—¿Un edificio cerrado? Sí, eso suena complicado —Melissa se había despabilado en cuestión de segundos, al parecer.

—El asesinato en sí. Hay algo ahí. Creo que van a empezar a hablar otra vez del Asesino del Ángel. Solo para que lo tengas en cuenta. Kai y Nari están en la escena, pueden ponerte al tanto. Manten a los medios alejados de mí, ¿sí?

Se oyó un murmullo de protesta al fondo y el sonido de sábanas moviéndose, luego el cierre de una puerta de dormitorio. Melissa habló.

—Sin problema, jefe. Llamo a Nari ahora mismo y veo qué está pasando. ¿Hay algo más que quiera que haga?

—Sí, manténte encima de los forenses. Que se apuren y le den al equipo algo con lo que trabajar. Deberíamos tener declaraciones preliminares del lugar para cuando nos reunamos a... —miró la hora en su teléfono—... digamos a las ocho. Ah, y vamos a necesitar oficinas en la comisaría de Niddrie Mains Road, así que contacta al encargado de oficinas del Departamento de Investigación Criminal. Oficina, teléfonos, ordenadores, ya sabes cómo va esto.

—¿Y usted qué va a hacer? —dijo Melissa con ironía.

Mac podía oír el ronroneo de un gato y el sonido de una tetera a punto de hervir.

—¿Quieres decir además de arruinar tu paz doméstica? Tengo que hacer algo de investigación con un café. Nos vemos en Niddrie Mains en tres horas.

—Claro —dijo Melissa, bostezando al teléfono.

—Mel... —Mac dudó, pensando en el correo furioso que ella había enviado, buscando las palabras adecuadas—. Yo...

Ella no ayudó. El silencio lo recibió mientras esperaba que hablara. Al diablo.

—No llegues tarde —dijo él y colgó.

Observó cómo pasaba a su izquierda el césped impecable de un campo de golf y, a la derecha, un parque público. Había un contraste marcado entre el parque infantil, con su señalización municipal y un grafiti feo, y el paraíso silvestre e inmaculado del club de golf. Estaba a punto de alcanzar su teléfono para llamar al Detective Superintendente en Jefe Kenny Reid cuando las luces y sirenas comenzaron detrás de él. Miró por el retrovisor.

Un coche patrulla se acercó por detrás de él y no parecía que quisiera adelantarlo. Se desvió, cruzando dos carriles sin señalizar, para meterse en la entrada de un parque comercial, y se detuvo en el primer espacio libre, frente a un Screwfix. El agente de tráfico lo siguió. Entonces su teléfono empezó a sonar. Era Kenny Reid.

—Estupendo —susurró, bajando la ventanilla y apagando el motor. Un agente uniformado se acercó a la puerta y se agachó, clavándole una mirada que, estaba seguro, haría temblar a cualquier civil.

—Estoy de servicio —dijo Mac, metiendo la mano en la chaqueta del traje.

—¿Disculpe, señor? —dijo el uniformado, mirando hacia su compañero.

—Inspector jefe McNeill, UCE. Y ese que llama ahora es mi DSJ. Kenny Reid. De la vieja escuela. Uno de los de verdad. ¿Entiende? Así que, ¿por qué no nos ahorramos el sermón habitual y la pregunta de si sé por qué me ha detenido? Póngame la multa y que ambos sigamos con nuestro día.

—Está bien, señor. No sabía que usted pertenecía a la fuerza. Este vehículo no está registrado como patrulla policial.

—No lo está, y no, no está bien. Podría haber matado a alguien. O a mí mismo. He infringido la ley y, si intenta dejarme pasar, podría encontrarse de nuevo dirigiendo el tráfico —dijo Mac con un tono sereno pero tan duro como el diamante.

No apartó la vista del agente, clavándole una mirada oscura e implacable. De nuevo, el oficial miró a su compañero. Mac no pensaba dejarlo escapar tan fácilmente.

—Está bien, le pondré una notificación de sanción. Tendrá treinta días para pagarla o se duplicará. Alternativamente...

—Puedo hacer un curso y evitar la multa y los puntos. Creo que la pagaré. Ahora estoy trabajando en un caso de asesinato, así que vamos a movernos, ¿eh? —Mac le habló por encima, sin dejar de clavarle la mirada al agente—. Gracias, agente.

Mientras el hombre se alejaba, encogiéndose de hombros y sacudiendo la cabeza, Mac respondió la llamada que había estado sonando sin parar desde que se detuvo y aparcó.

—Jefe —contestó Mac.

—Mac, ¿se puede saber qué demonios estás haciendo dejándome colgado media hora esperando a que contestes?

—Me detuvo un agente de tráfico. Pronto llegará un aviso rojo de Anticorrupción por conducir mientras hablaba por el móvil —respondió Mac, mientras recorría con el dedo sus correos electrónicos.

Estaban explotando. Algunos contactos de la prensa se habían enterado del caso y buscaban una vía interna para acceder a la historia. Su equipo se estaba movilizándolo, enviando actualizaciones sobre distintas acciones en curso. Su atención volvió a centrarse en su jefe, que seguía maldiciéndolo.

—Estaba a punto de llamarme por lo de Craigmillar —dijo Reid.

—Sí, en efecto. Se me adelantó —respondió Mac.

—Ya corre la voz de que la Policía de Escocia ha tomado un bloque de departamentos con más de cien personas y lo ha cerrado. Ya están escribiéndose titulares sobre una operación encubierta del Estado profundo, diciendo que vamos tras periodistas de investigación que han estado detrás del caso del comisionado Black. Luego están las filtraciones de que se ha encontrado un cadáver sin todo tipo de extremidades. Incluso he oído mencionar la palabra satanismo. Así que, infórmeme, por favor.

—Un miembro de una banda de metal extremo fue apuñalado hasta morir y destrozado por diversión por un asesino que quería

que encontraran el cuerpo —dijo Mac, resumiendo el caso lo mejor que pudo mientras echaba un vistazo a la hora.

Reid guardó silencio un momento, como si esperara más. Mac no se lo dio. Estaba revisando mensajes SMS y vio el nombre de Siobhan. Un escalofrío le recorrió el cuerpo como una descarga eléctrica.

—¿Y la prensa? —insistió Reid—. Tengo que informar al Comisionado de Policía y Crimen y al alcalde de la ciudad para que no los tomen por sorpresa. ¿Cómo es que la prensa ya está al tanto?

—Porque a alguien en la Torre Bute se le ocurrió ganar unas libras vendiendo la historia del cierre policial a los tabloides locales. Y de paso añadió que el pobre chico estaba metido en el satanismo.

—¿Y lo estaba?

—¿Cómo ca... —empezó Mac, dándose cuenta de que el mensaje de Siobhan era uno antiguo— ...demonios voy a saberlo... señor? Era un músico que jugaba con el simbolismo para causar impacto. Probablemente no se lo tomaba en serio. Pero puede que alguien más sí. Así fue como la prensa llegó casi al mismo tiempo que nosotros. Tengo a Mel Barland encargándose del tema.

La clave para tratar con Reid era atacar. Mostrar deferencia al rango era pedir que te arrancaran la garganta. Los nervios o la ansiedad, igual. Mac y él tenían una larga historia. Reid le había dado el puesto de inspector en la UCE y había recomendado su ascenso a inspector jefe. Ambos llevaban las cicatrices de sus múltiples enfrentamientos.

—Ya veo. Mire, Mac, hay otra cosa de la que debería informarle —dijo Reid con un tono repentinamente, y de forma extraña, conciliador. El tono que enseñaban a adoptar a los oficiales superiores cuando tenían que comunicarle a una familia la muerte de un ser querido. Mac ya no tenía a nadie que pudiera recibir ese tipo de noticias.

—He oído un rumor de que podría haber una investigación de Anticorrupción en camino.

Mac se quedó helado, mirando por el retrovisor a una prostituta que pasaba junto al coche con la actitud de quien ha tenido una noche larga. Observó el coche con interés y luego consultó el móvil

antes de acercarse al lado del conductor. Mac no le devolvió la mirada, simplemente levantó su placa contra la ventanilla. Cuando volvió a mirar, ya no estaba por ninguna parte.

—¿Hola?

—Lo oí, señor. ¿Yo o usted?

Silencio. Luego, —No lo sé. Solo es un rumor por ahora. Solo manténgase alerta, ¿de acuerdo?

La hostilidad volvió a subir al máximo. A la defensiva. Mac se preguntó qué podrían tener los de Anticorrupción contra Kenny Reid, uno de los suyos y, además, increíblemente exitoso.

—Entendido. Le mantendré informado.

Colgó. Su mente iba a mil por hora. Imágenes del departamento en Craigmillar y el cuerpo marcado de forma extraña. Siobhan revolviéndose lánguidamente entre las sábanas, dormía profundamente después de una doble guardia en el hospital. Kenny Reid, el Pitbull de Glasgow, bajo investigación. O tal vez Callum McNeill. Sus pensamientos regresaron al sueño y al hombre que había dejado a morir fuera de Portree, en medio de una tormenta atlántica. Mark Souter no había muerto aquella noche. Quizá se había bebido la vida después. O había sufrido una sobredosis.

O tal vez había presentado una queja ante la Comisión de Quejas contra la Policía y ahora Anticorrupción investigaba posibles vínculos con el crimen organizado. Sacudió la cabeza con rabia, sintiendo un impulso casi incontrolable de fumar. No miró atrás mientras pisaba el acelerador y salía del estacionamiento marcha atrás, cortando el paso a otro conductor madrugador al incorporarse a la Newcraighall Road, en dirección al cruce con la A1.

Al diablo.

Capítulo Cinco

La comisaría de policía de Niddrie Mains Road parecía un cuartel. Las ventanas eran pequeñas y unidireccionales, mostrando al exterior una opacidad espejada. Era baja y sombría, identificable solo por su cartel azul y blanco a cuadros. Mac encontró el camino hasta una oficina diáfana en el primer piso, de la que el equipo local de investigación criminal había sido desalojado. Mel estaba montando un panel en un extremo de la sala con impresiones ampliadas de las fotos de la escena del crimen que el equipo forense había subido recientemente al sistema.

Era de mediana edad, con el pelo castaño apagado recogido en un moño y un rostro compasivo y abierto. Nari estaba al teléfono y Kai se encorvaba sobre su portátil, ajeno a todo. Mel se volvió al verlo entrar, dedicándole una sonrisa para mostrar que no había resentimientos. Era demasiado amable para ser policía. Debería ser maestra de primaria. O enfermera. Nari le sostuvo la mirada mientras seguía hablando. Kai no pareció notar que había llegado.

—Ese es su sitio —dijo Mel, señalando una oficina acristalada separada del resto de la sala—. La oficina del inspector. Está de vacaciones hasta la semana que viene. A su equipo no le hizo ninguna gracia, pero al final conseguí que entraran en razón.

—Espero que no haya causado demasiados destrozos imponiéndose —dijo Mac con sequedad.

—No tengo muchas oportunidades de hacerlo. Déjeme disfrutar de estos pequeños placeres, Mac —respondió Mel, sonriendo dulcemente.

Mac soltó una carcajada. —Sin problema. Espero que Cazzy me haya perdonado por despertarla.

—No, pero estamos a punto de empezar otra ronda de IVF y eso agota —dijo Mel—. Así que no perdonaría ni al Papa.

Mac contuvo una mueca, sintiendo que tal vez no era la mejor reacción, pero incómodo ante la confesión personal.

—¿En qué punto estamos? —preguntó, abriendo la puerta de su oficina.

—Hemos enviado una declaración provisional a la prensa. Kai está trabajando las grabaciones de CCTV con un software mágico que solo él entiende y Nari está localizando a alguien que pueda identificar el cuerpo.

Mac asintió, mirando más allá de ella hacia las fotografías de la escena del crimen. —Bien, bien —dijo distraídamente.

Mel siguió su mirada, pero conocía lo suficiente el proceso mental de su jefe como para no hacer preguntas. Simplemente esperó. Mac estaba observando las fotografías en color del cadáver. Las ampliaciones de las heridas y el salpicado de sangre en la sala de estar y el pasillo. El rocío había alcanzado el tapizado desgastado de un sofá gris de imitación cuero y luego había salpicado un lienzo que colgaba en la pared sobre él.

Volvió a centrar su atención en el cuerpo, intentando identificar lo que su subconsciente acababa de indicarle que había visto. Pero no lograba verlo de forma consciente.

—Nada —dijo, sin que nadie le preguntara—. Bien, la primera presentación son las declaraciones de testigos en cinco minutos.

Mel asintió, dirigiéndose hacia los otros dos miembros del equipo mientras Mac cerraba la puerta de cristal tras de sí y tomaba asiento en el escritorio, que ocupaba la mayor parte del cubículo que fingía ser una oficina. El ocupante anterior de la sala había dejado varios documentos relacionados con solicitudes de horas extra de su

equipo y un expediente de un caso de robos en serie. La papelera rebosaba de botellas de plástico y envoltorios de papas. Apenas podía tocar el escritorio, pero barrió los papeles hacia un cajón abierto y luego encontró un hueco en el archivador para la papelera.

Sentado en el escritorio recién despejado, contempló su teléfono, viendo el viejo mensaje de Siobhan. Ella estaría preparándose para ir al trabajo en ese momento. Su madre habría recogido a Áine para llevarla al colegio. De forma inconsciente, se frotó la correa del reloj barato. Podía simplemente enviarle un mensaje a Siobhan. Las cosas entre ellos habían terminado tan mal que no podía hacer daño aclararlo todo. Hablar con ella siempre le había traído claridad mental. Ahora todo se sentía confuso. Abrió un mensaje en blanco, pero se quedó suspendido sobre el teclado virtual.

Finalmente, dejó el teléfono a un lado, descartando el mensaje en blanco. ¿Cuál había sido la razón para dejarla ir en primer lugar? Ella quería hijos. Ya tenía una, una hija de doce años. Pero quería un hijo con él. Quería casarse. Al diablo. Él no tenía tiempo para eso. Su mano fue al paquete nuevo de cigarrillos que había comprado después de que lo detuvieran. Al sacarlos, miró el paquete elegante y brillante durante un largo momento, saboreando el ansia aplastante que aún lo atormentaba tras casi diez años de abstinencia. Luego arrojó el paquete al fondo del archivador y salió de la sala a zancadas.

—Bien, ¿qué tenemos? Díganme algo que no supiéramos de este caso tres horas atrás.

Se sentó en una silla vacía en uno de los seis escritorios de la sala, puso los pies en alto y cruzó las manos detrás de la cabeza. Nari comenzó.

—Ni el fontanero ni el responsable de guardia de la asociación de viviendas vieron a nadie salir del departamento, ni del edificio, cuando llegaron. El residente que los llamó fue un tal Chaz Pollock, vive en el tercer piso y acaba de salir de Low Moss, dos años por posesión con intención de distribución. Llegó a casa y encontró agua goteando del techo. Agua roja, fue lo que dijo. Corriendo por las paredes y un hedor asqueroso en su departamento. Quería tirar la

puerta de arriba abajo, pero está en libertad condicional y se está portando bien.

Kai resopló. —Alguien le está diciendo que se porte bien, pero no es el Servicio de Libertad Condicional, ¿eh? ¿Es así como tiene un departamento esperándolo cuando salga?

Mac asintió. Era una observación astuta. Había un hombre en esta parte de Escocia que controlaba la mayoría de las rutas de distribución de drogas entre condados y en las urbanizaciones. Ese era Hance Allen. Un consejo suyo tenía el peso de una orden divina en ciertos círculos. En la mayoría de ellos. Si Pollock trabajaba para la Compañía Allen, entonces no querría arriesgarse a que lo devolvieran a prisión y a perjudicar aún más la red de distribución de Allen. A su vez, Allen se encargaría de que uno de los suyos tuviera el camino allanado al salir de prisión: un trabajo legal asegurado y un lugar donde vivir.

—¿Creemos que esto tiene que ver con drogas? —preguntó Mac.

—No —respondió Kai rápidamente—. La mutilación no encaja.

—Estoy de acuerdo. Demasiado ritualista —dijo Nari, observando las fotos en primer plano.

Mac vio algo de lo que no había sido plenamente consciente antes. La mutilación no era aleatoria. Era difícil de notar a simple vista, pero varios de los símbolos en el pecho y el torso estaban dispuestos en un patrón circular. Las marcas en uno de los muslos consistían en círculos entrelazados, pensó Mac. La misma forma se repetía: tres círculos dispuestos en forma de triángulo y unidos en el centro. También había una serie de líneas verticales, con líneas más pequeñas horizontales o diagonales que las cruzaban.

—¿Qué clase de ritual? —preguntó Mac, pensando en voz alta pero también lanzando ideas para que su equipo las desarrollara.

—¿Pagano? —sugirió Kai—. Salí con una chica que tenía estos tatuajes tribales. Eran algo parecidos a esas formas circulares. Se supone que eran celtas o vikingos o algo así.

Mac asintió pensativo.

—¿Algún tipo de cosa ocultista? —sugirió Mel.

—Demasiado obvio —dijo Mac, agitando la mano con desdén—. Es un músico de segunda categoría subiéndose al tren de un género.

—¿Lo dice por experiencia? —preguntó Mel con una sonrisa divertida.

—A veces apago Classic FM y me relajo con algo de Brainbath o Rotting Christ —dijo Mac, imperturbable.

—¿Rotting...? Encantador —dijo Mel débilmente.

—¿El siguiente? —intervino Mac, entrelazando los dedos en forma de torre.

—Todavía no hemos terminado de hablar con los residentes, pero ya tenemos una lista. Más de la mitad están desempleados, así que Kai y yo intentaremos verlos a todos hoy —dijo Nari.

—Interrumpiremos su Jeremy Kyle —añadió Kai.

—¿Algo de las cámaras de seguridad, Kai? —dijo Mac, aprovechando su comentario frívolo.

—Todavía no. La Asociación de Vivienda me dio el nombre de la empresa de seguridad que mantiene sus cámaras. Estoy intentando conseguir las grabaciones. Espero que sean digitales. Así podré pasarlas por el nuevo software. Al parecer, una cámara en el vestíbulo funciona. Está apuntando hacia los buzones, pero alguien que suba por las escaleras pasaría por su campo de visión. Las demás son falsas o han sido vandalizadas.

Así que las cámaras de seguridad eran una esperanza escasa. Potencialmente útiles solo si el asesino había elegido las escaleras y no el ascensor. Si se conseguían las grabaciones y el software lograba limpiar las imágenes lo suficiente. Aun así, mejor que nada. Los ojos de Mac volvieron a las fotos una vez más. Se levantó, caminó hacia los paneles y se detuvo a centímetros de ellos, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón.

—Bien, consigue el resto de esas declaraciones y señala a cualquiera que pueda tener un motivo —dijo sin girarse.

Se sentía como si estuviera acechando un pensamiento salvaje en el bosque sin senderos de su mente. La esquiva presa seguía escapándosele, pero la atraparía, la abatiría y la colgaría en la pared. Pero primero tenía que averiguar cómo lucía.

—¿Tenemos alguna manera de identificar el cuerpo ya? —preguntó.

—Suponiendo que sea el mismo hombre que figura en el contrato de arrendamiento, es Richard McCullough, sin familiares cercanos registrados ni avalistas. Tiene una trabajadora social, pero ella libra los lunes... —empezó Nari.

—Entonces vaya a su casa —dijo Mac, asombrado—. ¿Lunes libres? ¿Me está tomando el pelo?

—No, jefe. Eso fue lo que me dijo su oficina.

—Entonces díles que o nos dan todo el historial del caso de Richard McCullough y alguien que pueda identificarlo, o empezaré a colgarles casos de abuso infantil a cualquiera de ahí que me parezca un perverso —ladró.

Nari asintió, tragando saliva. Tenía que endurecerse. No había nadie más centrado en su carrera que la inspectora Yun, pero se desanimaba con demasiada facilidad cuando Mac se frustraba y perdía los estribos. Él volvió a mirar el tablero con un suspiro apenas contenido. Pero los problemas interpersonales lo estaban distrayendo.

Mel tómalo tú. Consígeme una identificación, ordenó.

—Puedo hacerlo yo, jefe —protestó Nari.

—Quiero que venga conmigo —dijo él, pensando que eso la calmaría, que la haría sentir mejor—. Kai es nuestro experto en informática, y Mel es la coordinadora. Necesito a alguien en el terreno conmigo, ¿eh?

Ella sonrió hasta que recordó que se suponía que debía ser una detective dura, de élite, y volvió a endurecer el rostro. Mac no necesitaba esforzarse por ocultar sus emociones. Estaban enterradas bajo una capa de permafrost.

—¿Y usted dónde estará, jefe? —preguntó Mel.

—Volveremos a la Bute Tower para acorralar a Chaz Pollock. Lamentablemente, solo en sentido metafórico —dijo Mac con ironía.

Capítulo Seis

—¿Mamá? ¿Por qué seguimos teniendo línea fija? O sea, ¿en esta época? —preguntó Maia, dejándose caer sobre la cama de su madre y empujando hacia la mujer dormida un delgado teléfono inalámbrico negro.

Clio Wray apenas fue consciente de las palabras de su hija de doce años. Extendió la mano y tomó el teléfono, con los ojos aún cerrados y el cabello corto y castaño pegado a la almohada. Murmuró en el auricular.

—¿Hola?

Un hombre respondió: —¿Doctora Cliona Wray?

Lo pronunció completo, como lo haría un inglés. O un estadounidense. Desde luego, no alguien familiarizado con el gaélico o el francés. Sus ojos azules se abrieron y se encontraron con los de su hija, que ya volvía a dormirse. Clio tiró del edredón que había debajo de Maia y lo colocó sobre sus hombros. Ella se acurrucó en el abrazo de su madre y Clio sonrió, acomodándose contra la almohada, mirando al techo mientras intentaba ordenar sus pensamientos.

—Pues no. No es Clee-Odd-Nah. Es Clee-nah. ¿Ve? Gaélico.

—Oh, bueno, lo siento por eso. Es un nombre poco común. Pero, ¿es usted?

—¿Está entregando citas o algo así? —respondió Clio, hurgándose el rincón del ojo con un dedo y bostezando de forma descomunal.

—Eh, no. No. Soy periodista independiente. Me preguntaba si podía comentarle algo. Obtuve su nombre por la doctora Karen Martins.

—¿De verdad? —el nombre llevó a Clio a un estado más completo de vigilia.

—Dijo que un proyecto que le presenté estaría mejor examinado por usted.

—¿En serio? Normalmente es al revés —dijo, con desconcierto al otro lado de la línea—. ¿Esto tiene que ver con mi trabajo de ficción o con mi trabajo académico?

—Definitivamente con su trabajo académico, creo. Mire, ¿podríamos tomar un café, tal vez?

—¿Café? —Clio estaba desconcertada—. ¿De qué se trata esto? Ni siquiera sé su nombre.

—Ramsey Jones. Búsqueme. Verá mis blogs y mis columnas ocasionales en The Guardian y The Independent. Puedo darle algunos nombres de editores si quiere una referencia. Tengo unas... inscripciones que creo que usted puede traducirme.

—¿Qué tipo de inscripciones? —preguntó Clio, incorporándose en la cama.

A su alrededor había un desorden acogedor. La ropa sucia apilada detrás de la puerta impedía que esta se abriera por completo. La ropa limpia, metida en bolsas alrededor del armario, esperaba ser guardada. Montones variados de libros, revistas y papeles completaban el cuadro de una habitación llena y ajetreada.

Se pasó una mano por el pelo corto, se frotó los ojos que, cuando estaban bien despiertos, brillaban como zafiros. Llevaba puesta una camiseta sobre unos pantalones cortos para dormir.

—¿Es para un libro? —preguntó.

—Para una historia. Tengo unas fotos y necesito que un experto en mitología y simbología celta las mire.

—¿Y sabes que Karen Martins es una de las mayores autoridades del país en ese tema? No creo estar más cualificada ni saber más

que ella —señaló Clio, confundida.

—Dijo que estaba intrigada, pero que tenía sus propias razones para decir que no. No quiso dar más detalles. Algo que ver con su hijo.

Clio podría haberse dado una bofetada. Fuerte. Por supuesto que tenía que ver con Alex. Qué espectáculo tan horroroso había sido todo aquello. ¿Cómo podía haberlo olvidado casi por completo?

—Te pagaré por tu tiempo. Lo que consideres justo.

Clio miró hacia abajo, a la dormida Maia. Se parecía tanto a la madre de Clio y también a Matt. La misma nariz, la misma boca. Se preguntó si el padre de Maia seguía viviendo en Joppa. Si aún se deleitaba en la imagen de cantante folk recolector de playa, tocando sets acústicos en pubs locales y conciertos improvisados en bosques bajo la luna llena. No podía creer que alguna vez hubiera visto todo eso como algo romántico. Ahora solo le parecía vulgar. Aun así, el mes que viene sería el decimotercer cumpleaños de Maia, y un dinero extra por entonces siempre venía bien.

—Vale, creo que puedo hacerte un hueco esta mañana. ¿Eres de por aquí?

—Estoy en Edimburgo. Puedo ir donde te quede mejor.

—Vale, hay un McDonald's en Cramond Bridge, justo al lado de Queensferry Road. Suelo parar ahí a desayunar después de dejar a mi hija en el colegio. Puedo verte allí...

—¿Colegio? ¿Sabes que son las ocho cuarenta y cinco ahora?

Por un momento, Clio se quedó mirando su reflejo despeinado en el espejo apoyado sobre la cómoda al otro lado de la habitación. Le llevó un instante asimilar esas palabras.

—Te veo allí —dijo, y colgó.

Instantes después, las dos Wray estaban en un torbellino de actividad. Clio le pasaba un cepillo por el pelo a su hija mientras se metía un trozo de tostada en la boca. Maia estaba escribiendo mensajes, mandando DMs por Insta, viendo TikToks o haciendo muchas otras cosas con el móvil que Clio no entendía tan bien como su hija. Eso la hacía sentirse culpable, consciente de que debería ser más capaz de proteger a su hija de todos los peligros que acechaban en internet. Pero era solo una culpa más en una larga lista.

Como no ser lo bastante organizada. Como no haber encontrado una pareja adecuada para ayudar a criar a Maia después de que su marido las abandonara a ambas. Como haber estado con él en primer lugar. La serpiente narcisista que era. Maia parecía encontrar toda la escapada inmensamente divertida mientras Clio la subía al Mini y salía disparada por la carretera. Por suerte, no se toparon con ningún coche patrulla ni radar de velocidad, cosa que Clio agradeció al universo con fervor.

Quince minutos después de dejar a su hija en la puerta del colegio, Clio entraba en el aparcamiento del McDonald's donde solía desayunar su McMuffin con café solo. Entró y se sentó junto a la ventana, echando un vistazo a los pocos clientes. La mayoría parecían repartidores. Un par de madres con niños. Un hombre con traje, que miraba el reloj y luego el móvil mientras sorbía su café.

Ramsey Jones la vio primero. Ella no le prestó atención cuando entró; el joven parecía muy joven. Su rostro era fresco, con mejillas redondeadas y la frente lisa. Tenía los ojos verdes y grandes, lo que le daba una expresión sincera.

—¿Doctora Wray? —preguntó con acento de Lancashire.

—Sí. —Se levantó y le estrechó la mano, invitándolo a sentarse a su lado.

Descolgó un maletín de cuero de su hombro y lo colocó sobre la mesa frente a él. Había en él una seriedad que solo los jóvenes podían reunir. Como si su proyecto, fuera cual fuera, realmente fuera lo más importante del mundo en ese momento.

—Entonces, ¿quiere una traducción de una inscripción que cree que es celta? —dijo Clio, decidiendo ir al grano.

Tenía una montaña de correcciones por hacer y debía continuar con su propia investigación para el próximo libro. Su editor le apretaba las tuercas a medida que se acercaba la fecha límite. Y además estaba su propio plazo para el último título de su serie de romances vikingos. Y los problemas de Maia en la escuela...

Ramsey sacó un portátil del bolso y lo abrió. Miró alrededor del restaurante y luego giró la pantalla hacia Clio.

—Como le dije, pagaré por su tiempo. Puedo enviarle el dinero ahora mismo por PayPal o transferencia bancaria. Pero antes de

hacerlo, debería saber que lo que estoy a punto de mostrarle son imágenes de naturaleza bastante espeluznante.

Clio supo entonces que debería marcharse. Ese tipo de cosas no solían terminar bien. Pero también era el tipo de cosas a las que no podía resistirse. No es que estuviera descontenta con su vida. Era más bien que siempre se había sentido atraída por el misterio y por tomar decisiones impulsivas. Sospechaba que había algo de neurodivergencia en su constitución.

—¿Qué clase de espeluznante? —preguntó.

—Un cadáver. Símbolos encontrados en la escena de un suicidio —dijo Ramsey.

Parecía tan absolutamente sincero, casi fervoroso, que Clio se alejó un poco. Podía entender por qué Karen había rechazado al hombre. Demasiado cercano a lo que había pasado con Alex. Demasiado cercano.

—¿Cincuenta, sí? —susurró Clio, aunque no sabía por qué estaba susurrando.

—Está bien —dijo Ramsey—, ¿cómo lo quieres?

—Transferencia bancaria. Déjame buscar mis datos.

Clio rebuscó torpemente en su bolso y luego en su teléfono; al iniciar sesión en su aplicación de banca móvil, encontró sus datos. Ramsey tecleó durante unos segundos, y luego Clio vio una notificación de pago recibido. Él se inclinó hacia ella, con la mano suspendida sobre el panel táctil.

—¿Lista?

Clio asintió. Ramsey hizo clic, y la primera imagen apareció en la pantalla. Un símbolo circular con una compleja red de líneas atravesándolo.

Estaba pintado con algún tipo de líquido oscuro, evidentemente sangre. Clio no era aprensiva, así que lo que estaba viendo no la perturbó en exceso. Pero observó las imágenes con una mente analítica, no emocional, concentrándose en la simbología más que en el medio. Las imágenes continuaron y Clio se fue absorbiendo cada vez más, pidiendo volver atrás para asegurarse de lo que estaba viendo. Ramsey pareció impresionado al verla acercar el rostro a la pantalla o pedirle que ampliara la imagen. Cuando

terminó la presentación, ella se recostó y miró a Ramsey con una expresión de claro desagrado en el rostro.

—¿Le mostraste estas fotos a Karen?

Ramsey frunció el ceño, confundido. —¿Karen Martins? No. Se negó a ver nada incluso antes de que mencionara la naturaleza de las imágenes. Sé que perdió a su hijo hace un tiempo, pero...

—Su hijo se quitó la vida —dijo Clio—. Mira, Karen Martins es mi amiga, así que no debería aceptar tu dinero, pero... lo necesito, así que...

—No entiendo. ¿Por qué ser su amiga representa un problema para ti?

—Porque esas fotos que acabas de mostrarme son de Alex Martins. Su hijo muerto.

Capítulo Siete

Castlebrae Court se veía aún menos atractivo a la fría luz del día. El cielo estaba pesado e implacable. Un viento del este traía un escalofrío que calaba hasta los huesos. Mac guardaba un abrigo doblado en el maletero del coche, pero no se molestó en sacarlo ahora. Nari salió por la puerta del pasajero del Audi. Podría haber pasado por una joven ejecutiva. Su traje era impecable y profesional, y llevaba el cabello negro recogido hacia atrás, eliminando cualquier atisbo de personalidad. En contraste, Mac sabía que tenía barba de varios días y la camisa arrugada. No tenía mucha paciencia para planchar. Metió las manos en los bolsillos del pantalón y alzó la vista un momento hacia el rostro vacío y desinteresado de la Bute Tower.

—Déjeme hablar a mí, ¿sí?

Nari asintió. No lo habría dicho si hubiese traído a Mel. Ella tenía la experiencia suficiente para saber cómo funcionaban las cosas y cómo le gustaba trabajar a Mac. Nari estaba aprendiendo, y Mac tenía que recordarse que nadie nacía sabiendo cómo desempeñar el papel de detective. Él lo había aprendido por las malas. Mel también, y lo harían Nari y Kai. Con todos los egos magullados y las noches sin dormir que venían con ello. No había lugar para un detective blando.

—Claro, jefe —respondió Nari, con una expresión de entusiasmo que no logró ocultar del todo.

Mac encabezó el camino hacia el interior del edificio, pasando junto a los uniformados que seguían en guardia. Los forenses ya había pasado con un sentido de urgencia, y las zonas comunes estaban abiertas de nuevo. Mac esperaba que lo hubieran hecho antes de que se destruyera alguna prueba. Se acercaban las nueve y el tránsito de personas aumentaría. Para aquellos que tuvieran a dónde ir.

—Odio los lugares como este —dijo Nari mientras lo seguía adentro.

—¿Estaba usted acostumbrada a algo mejor? —preguntó Mac, dirigiéndose hacia la puerta del hueco de la escalera.

—East Kilbride, luego Airdrie. Lugares bastante normales. Solo que no en un bloque de torres. Son tan deprimentes.

—Lo son —coincidió Mac, empujando la puerta cortafuegos del hueco de la escalera.

—Nunca le he oído hablar de dónde es usted, jefe —dijo Nari.

—Edimburgo —respondió Mac, con una verdad a medias.

Edimburgo había sido su hogar desde los dieciocho años. Un agujero negro en el que había caído mientras huía de la pesadilla que había sido su vida anterior.

—Creo que Mel mencionó alguna vez que usted era del oeste —insistió Nari.

Mac la miró por encima del hombro mientras subían las escaleras.

—Hace mucho tiempo —dijo, antes de reanudar la subida.

—Perdón —murmuró Nari.

Mac se dio cuenta de que su respuesta había sonado como un corte brusco, como si estuviera cerrándole la boca a su colega. Sus labios se torcieron en una breve mueca y se giró para mirar por encima del hombro, dedicándole a Nari una sonrisa ladeada.

—A veces pienso que mi trabajo ideal sería farero. No se me da bien la gente. La charla trivial, ¿eh? Ya se dará cuenta. ¿Cómo era ese dicho sobre ladrar y morder?

—¿Ponerle un bozal? —dijo Nari, con una sonrisa un poco traviesa que le formó hoyuelos en las mejillas.

Mac se echó a reír, el sonido repentino rebotando en las paredes del ataúd de hormigón por el que ascendían.

—Conozco a unos cuantos periodistas que estarían de acuerdo. Y podrían enseñarle las marcas de mordidas para probarlo —dijo Mac.

—Sí, pero ¿a quién le importan los periodistas, de todos modos? —respondió Nari.

—A mí no.

Volvieron a pasar junto al grafiti; la luz en el ataúd de hormigón no era mejor de día que de noche. Los ojos de Mac captaron los círculos extraños y las líneas entrecruzadas al mismo tiempo que Nari alzaba la voz.

—Eso me suena, jefe.

—Sí. ¿Tiene algunas de esas fotos del equipo forense en su teléfono?

Por supuesto que sí. Sacó una imagen, hizo zoom y sostuvo el teléfono contra la pared.

—No es idéntico, pero estilísticamente es igual —comentó Nari.

—Y en una secuencia —dijo Mac, señalando la parte más a la izquierda de la mancha, donde una figura compuesta por lo que parecían dos X entrecruzadas se repetía a unos cuantos caracteres de distancia, y luego otra vez.

—¿Un lenguaje? ¿Un código? —se preguntó Nari.

—Depende del motivo. Si fue por drogas o dinero, parece demasiado elaborado. Si fue para enviar un mensaje... tal vez. ¿Ha estado el equipo forense aquí?

—Sí, les dije que cubrieran todos los espacios compartidos, incluidos los ascensores y las escaleras. Esto debería estar documentado.

Mac reanudó su largo ascenso, intentando respirar por la boca. En el tercer piso, salió a un pasillo que era una copia exacta del de arriba, salvo por la ausencia de presencia policial. Sabía que Chaz Pollock vivía en el número 23 y lo encontró tres puertas más allá del ascensor. La alfombra fina afuera del departamento estaba húmeda,

y se hundía bajo sus pies con un sonido sordo. Mac la ignoró y golpeó la puerta con firmeza.

El hombre que abrió no era quien Mac esperaba. Era alto y de cabello blanco, con mechones como telarañas peinados hacia atrás desde las sienes y mantenidos en su sitio, desafiando la gravedad. Tenía una nariz prominente que acentuaba lo hundido de sus ojos. Labios inexistentes. Llevaba un traje gris oscuro de tres piezas que gritaba "abogado". Por si eso no era lo suficientemente claro, examinó con atención las placas de identificación de Mac y Nari cuando se las ofrecieron.

—Inspector jefe McNeill, Unidad de Crimen Especializado. Ella es la sargento Yun. Estamos aquí para hablar con el señor Charles Pollock sobre el cadáver que encontró.

—Michael Grainger, del despacho Grainger & Kisk —respondió el abogado con un acento nasal de Edimburgo—. Y para ser precisos, él no encontró el cuerpo. No intentó entrar al departamento de arriba, simplemente llamó al encargado de la Asociación de Vivienda para informar de los daños por agua en su departamento. Tal como lo exigen los términos de su contrato de arrendamiento.

A Mac no le gustaban los abogados de la mafia, y Grainger era claramente uno de ellos. Parecía y sonaba demasiado caro para un dealer de poca monta, que era exactamente lo que era Pollock.

—Solo necesito hablar con el señor Pollock sobre lo que vio y lo que encontró —dijo Mac.

—Siempre y cuando no se insinúe que mi cliente ha hecho algo malo —dijo Grainger.

—No, pero si nos hace quedarnos aquí fuera mucho más tiempo, me veré tentado a arrestarlo por obstrucción —gruñó Mac.

Grainger no sonrió, simplemente asintió y bajó la mirada desde la altura de su nariz.

—Voy a comprobar si es un buen momento para el señor Pollock —dijo.

—¡Déjenlos pasar! —gritó una voz desde dentro del departamento.

La mejilla de Grainger se contrajo y sus ojos se movieron hacia la izquierda. Luego volvió a mirar a Mac.

—El señor Pollock está disponible. Pase, inspector. Por cierto, el señor Allen le envía saludos. Se alegra de que usted sea el asignado a este caso.

Mac entró al departamento caminando con calma y contuvo las ganas de soltarle un puñetazo al viejo cuervo. Podía sentir, casi físicamente, las orejas de Nari moviéndose al captar el vínculo entre él y el gánster más infame de Edimburgo. El más infame y el más escurridizo. Nada se le pegaba, gracias a abogados como Grainger. El departamento tenía la misma distribución que el de arriba. La alfombra estaba mojada, y con cada paso aparecían burbujas. Una mancha rosada cubría las paredes a ambos lados del pasillo, y el yeso del techo se había derrumbado en varios puntos.

El aire apestaba a humedad y al acre aroma de los cigarrillos. Chaz Pollock estaba sentado en la sala, con un cenicero sobre el brazo del sofá. Llevaba un chándal gris y unas zapatillas caras. Era alto y flaco, y tenía la actitud despreocupada de quien sabe que está bajo protección divina.

—¿Qué tal, compa? —dijo con desgana a través de una bruma azul de humo cuando Mac entró.

Mac echó un vistazo a la habitación, olfateó y detectó el olor dulzón de la marihuana bajo el tabaco normal. Se preguntó distraídamente si habría suficiente en el departamento como para detener a Pollock por posesión. Pero no sería tan estúpido. Además, para cuando consiguieran una orden de registro, el departamento ya estaría limpio. Legalmente, si no literalmente.

—Bonito lugar —dijo Mac.

Pollock estaba sentado sobre una capa de mantas y toallas. El resto del sofá de tela parecía mojado. Mac decidió quedarse de pie. El abogado se colocó detrás de Pollock, colocando su teléfono en el respaldo del sofá de forma visible.

—Supongo que nadie se opone a que se registre esta conversación.

Mac no se molestó en responder.

—No, nosotros también grabaremos. Le alegrará saberlo —dijo Nari.

—Así que el Servicio de Libertad Condicional ahora reparte departamentos, ¿eh? —preguntó Mac.

—Mi tío lo alquiló para mí —dijo Pollock.

—¿Tío Hance?

—No me acuerdo.

—¿No se acuerda de su propio tío? —preguntó Nari.

—Familia grande, amor —dijo Pollock, mostrando una sonrisa de dientes amarillentos.

—¿Esto es relevante? —preguntó Grainger.

—Podría ser —dijo Mac. Se acercó a la única ventana de la habitación, que daba a un estacionamiento—. Le dijo a la Asociación de Vivienda que su departamento se inundó por el de arriba. ¿Qué vio cuando subió allí?

—¿Y quién dice que subió a algún sitio? —replicó Grainger.

—Porque estaba sentado en un departamento que se llenaba con la maldita agua del baño de otro —dijo Mac, sin apartar la vista de Pollock.

—Sí, subí. No podía quedarme aquí, ¿no? No estaría aquí ahora si no fuera por usted. Vi al tipo de la Asociación de Vivienda entrar con el fontanero y luego salir, como, rapidísimo. Blanco como una sábana, ¿eh? —dijo Pollock, encendiendo de nuevo su cigarrillo enrolado a mano.

—Pero lo conocía —dijo Mac.

—¿Eso no debería ser una pregunta? —respondió Grainger con rapidez.

—¿Entonces no era un cliente? —preguntó Mac.

—Estoy desempleado en este momento. Así que no sé cómo podría ser un cliente —dijo Pollock, sacudiendo la ceniza sobre el suelo mojado.

—Si encontramos su ADN en ese departamento, vamos a querer saber cómo llegó allí. Si encontramos drogas en ese departamento, vamos a saber qué hacía usted allí, ¿eh? —dijo Mac, inclinándose ligeramente hacia adelante.

Entonces alzó la voz y habló hacia el teléfono en la parte trasera del sofá.

—Pero no serías tan estúpido, ¿verdad, Hance? No con uno de tus chicos en la puerta anoche.

Pollock se quedó congelado con el cigarro a medio camino de la boca. Grainger bajó la mirada hacia el teléfono, que, unos segundos después, se iluminó. Deslizó el dedo por la pantalla, luego lo tomó y se lo llevó al oído. Asintió un par de veces y luego extendió el teléfono hacia Mac, quien retrocedió con las manos en alto.

—Póngalo en altavoz —dijo—. Aquí todos somos amigos.

Grainger volvió a ponerse el teléfono en la oreja y luego asintió de nuevo antes de activar el altavoz y dejar el aparato sobre el sofá.

—¡Inspector jefe McNeill! ¿Cómo estás, amigo mío? —dijo Hance Allen.

Capítulo Ocho

Mac echó un vistazo a Nari, que sostenía su teléfono apuntando hacia la conversación, como había hecho desde que empezó a grabar. No quería decirle que se detuviera, pero no sabía qué podría decir Allen. El rumor de una investigación de Anticorrupción estaba al frente de su mente. Ella lo miró y él pudo leer la pregunta en su mirada. Mac se dio la vuelta.

—¿Cómo va todo, Hance? —dijo.

—Ey, bien, hijo. Bien. ¿Y tú qué tal, grandulón? —respondió Allen.

Su acento era puro Glasgow, a pesar de que su imperio empresarial estaba centrado en el este. A Allen lo habían expulsado de su territorio natal hacía mucho tiempo, aunque después había protagonizado un sangriento regreso que requirió un enorme sacrificio financiero para lograr que los altos mandos de la policía miraran hacia otro lado.

—Estoy pensando si estoy viendo aquí una ejecución elaborada como castigo —dijo Mac.

—Callum, Callum, ¿cómo podría eso tener algo que ver conmigo? Yo soy un hombre de negocios, nada más. Ahora bien, quería asegurarme de que no cayera ninguna sospecha sobre mi amigo Chaz aquí presente, debido a sus antecedentes.

—Un historial de violencia —dijo Mac.

—Sí, pero el joven ha tomado otro rumbo. Con mi ayuda, por supuesto. Y ahora va por el buen camino. No hay razón para que lo estés investigando.

—Es un testigo —dijo Mac.

—No vio nada —respondió Allen, con un tono cortante que comenzaba a asomar en su voz.

—Me pregunto por qué un dealer de poca monta necesita la intervención personal de un... empresario —dijo Mac—. También me pregunto qué podría encontrar el equipo forense en ese departamento. ¿El ADN de tu hombre?

—No es mi hombre —dijo Allen con la rapidez de una trampa para ratones—. Estoy cuidando de él como un favor a su madre.

—Claro —dijo Mac con sequedad—. Me había olvidado de su madre.

—Mira. Tú y yo somos viejos amigos. Cuando me enteré de que se había cometido un asesinato terrible en el edificio de Chaz, lo primero que pensé fue en asegurarme de que no lo convirtieran en el chivo expiatorio de los polis. Mi familia tiene experiencia personal con eso.

—Lo recuerdo —dijo Mac.

—Yo también. Nunca olvidaré que tú fuiste quien limpió el nombre de John-Boy. No le ha sido fácil desde entonces, ¿verdad? Ni siquiera con mi ayuda...

—Hance, vayamos al grano —interrumpió Mac. Podía sentir los ojos de Nari clavados en la nuca.

—Bueno, tú fuiste el que quiso que esta charlita fuera pública, hijo —respondió Hance—. Digamos simplemente que no tengo nada que ver con este crimen espantoso y que no conozco a la víctima. Chaz Pollock es un joven de origen desafortunado que ha tomado malas decisiones, y yo lo estoy ayudando a enderezar su camino. Me disgustaría enormemente que los polis decidieran cargarle el muerto.

—Yo no le cargo el muerto a nadie, Hance. Y llevaré esta investigación hasta donde deba llegar. Si eso significa ir a tu puerta, iré. Ahora, si ya has terminado, estás interrumpiendo mi entrevista.

—Dale recuerdos de mi parte a la superintendente Dawlish —dijo Allen y colgó.

Durante un momento, Mac se quedó mirando el teléfono. Jo Dawlish era superintendente jefe de la división Anticorrupción. Fue una sorpresa incómoda que Allen pareciese estar al tanto del rumor sobre una investigación a la UCE. Miró a Nari, quien le devolvió el gesto con el ceño fruncido y una expresión de confusión, aunque era demasiado lista como para no estar ya especulando. Grainger y Pollock tenían una expresión de suficiencia. Mac apretó los dientes detrás de una sonrisa forzada.

—Creo que ya tenemos todo lo que necesitamos. Si encontramos algo que lo vincule a ese departamento, vendremos por usted de madrugada y lo arrastraremos hasta los calabozos en calzoncillos, ¿eh?

Se dio la vuelta mientras Grainger forcejeaba con la aplicación de grabación y su cliente soltaba una risita. Salió del departamento y se dirigió hacia las escaleras.

—¿De verdad cree que esto tiene que ver con drogas? —preguntó Nari.

—Imposible. Pero cuando uno de tus testigos resulta trabajar para Hance Allen, no se puede pasarlo por alto. Así que, contabilizamos todo el ADN y lo comprobamos con lo que tenemos en los archivos de Pollock. Pero algo me dice que no encontraremos nada. Todo es demasiado elaborado.

Nari tomaba notas en su móvil, sosteniéndolo con ambas manos, los pulgares danzando sobre la pantalla. Volvieron a entrar en la caja de escaleras y empezaron a subir hacia el cuarto piso. Mac repasaba la llamada en su mente. Allen intentaba intimidar, y se preguntaba por qué. Mencionar por nombre a un agente de Anticorrupción sugería varias cosas. O tal vez solo era un intento de socavarlo delante de uno de los suyos. En cualquier caso, Allen estaba interfiriendo, y Mac no encontraba una razón para ello a menos que el crimen afectara de algún modo a su negocio.

—Revisa las grabaciones de CCTV por si hay alguna interacción entre el tipo de arriba y Pollock. Cualquier cosa en la urbanización o

dentro del edificio. Luego contacta con algunos soplones, averigua si nuestra víctima era consumidor y dónde se abastecía, si lo era.

Llegaron al cuarto piso y Mac ya había relegado a Hance Allen al fondo de su mente. Fuera cual fuera la motivación de su interferencia, la estrategia de Mac era la misma: seguir las pruebas. Chris Hunter seguía de guardia en la puerta del departamento. Mac lo ignoró al pasar, escuchó a Nari saludarlo con cortesía. ¿Era él el topo de Allen? Parecía probable. Una vez dentro, Mac fue directamente al salón. Estaba bien documentado, pero no había sustituto para verlo con sus propios ojos. El equipo forense había terminado su trabajo y el cuerpo había sido retirado.

Trabajo rápido a pesar del comienzo desordenado. Esperaba que eso significara eficiencia y no recortes, accidentales o deliberados. Al mirar hacia la puerta, vio que Hunter lo observaba. El agente desvió la mirada justo cuando Mac lo sorprendió.

—He estado pensando en lo que dijo Kai, sobre que estos símbolos parecen tribales, celtas. Podría haber algo en eso, mire... —dijo Nari.

Levantó el teléfono y Mac se encontró mirando una serie de imágenes, desde dibujos hasta inscripciones talladas y tatuajes. Todas guardaban una notable similitud en estilo con las marcas hechas en el cuerpo de Richard McCullough, si es que realmente se trataba de él. No eran exactamente iguales, pero sí parecidas.

—¿Y qué significan? —preguntó Mac.

—Todo tipo de cosas. Son simbólicos. Algunos representan salud, otros verdad, otros amor. Todas esas cosas hippy de siempre.

Estaban en la sala de estar y Mac observaba el patrón de salpicaduras de sangre que subía por el sofá. Un gancho en la pared mostraba dónde había estado colgado un cuadro. Recordó la fotografía tomada por el equipo forense. La sangre lo había salpicado abundantemente. Era lo esperado. El ataque había sido frenético, la sangre habría salpicado por todas partes. Entonces, ¿qué era lo que le molestaba de ese cuadro en particular?

—Nari, saca la imagen del equipo forense del cuadro que estaba colgado aquí —ordenó, mirando fijamente la pared.

No había decoloración del papel tapiz, ni señal alguna aparte del gancho que indicara que algo había estado colgado allí. Miró hacia la ventana. Las cortinas estaban cerradas, como lo habían estado desde la noche anterior. Cruzó la habitación a grandes pasos y las abrió de golpe. Una luz diurna pálida se extendió por toda la habitación, incluyendo el lugar en cuestión.

—Lo tengo —dijo Nari, girando el teléfono para mostrar la imagen—. No pudo haber estado colgado mucho tiempo. El papel tapiz sigue siendo del mismo color —observó.

Mac sonrió con rigidez y asintió con un gesto brusco. Ya había llegado a la misma conclusión. Entonces, una incorporación reciente. Volvió para observar más de cerca la imagen en el teléfono y luego amplió una zona justo debajo del lienzo. Se dirigió al sofá, siguiendo con la mirada el arco de la salpicadura de sangre.

—Espere un momento. Eso no es un cuadro de verdad que fue salpicado con sangre, jefe; es un lienzo en blanco que fue salpicado. Mire, no hay imagen ni dibujo ni nada debajo, solo las manchas de sangre —dijo Nari.

Mac contempló la imagen en el teléfono.

—¿Quién colgaría un lienzo en blanco? —se preguntó Nari en voz alta.

Mac reflexionó sobre el problema. La respuesta era simple. Nadie. Uno no colgaba un lienzo en blanco en la pared. La imagen de una famosa pintura abstracta de acción acudió a su mente, la pintura lanzada contra el lienzo.

—Alguien colgó ese lienzo deliberadamente. La sangre es la imagen —dijo Mac.

Nari miró del teléfono a la pared y luego de nuevo al teléfono. — ¿Por qué? ¿Un trofeo? No, eso no tendría sentido o se lo habrían llevado. ¿Un mensaje, entonces?

Pero la mente de Mac ya iba un paso por delante. Había descartado la cuestión del lienzo en sí y estaba considerando el medio por el cual había sido cubierto de sangre. Sus ojos recorrieron el cojín del sofá, viendo el arco arterial del rociado, siguiendo su trayectoria. Entonces lo vio.

—La sangre sube por la parte trasera del sofá y cruza la pared —dijo Mac, dándose cuenta por fin de lo que le había parecido tan extraño cuando estudió las fotos de la escena del crimen clavadas en el tablón de la comisaría. Mentalmente se reprendió por haber tardado tanto. Especialmente porque ahora que miraba más de cerca, la dirección del rociado, al comparar la pared con el lienzo, no coincidía del todo. Pero era su primera pista. Se volvió hacia su sargento.

Vio el mismo brillo repentino en los ojos de Nari que sabía que también estaba en los suyos.

—El lienzo estaba a unos treinta centímetros por encima del respaldo del sofá —dijo ella—. Pero la sangre va más arriba de esos treinta centímetros, justo por donde habría estado colgado el cuadro. Así que...

—No es la sangre de McCullough la que está en el lienzo —concluyó Mac—. Si se hubiera rociado sobre el sofá y el lienzo, no habría sangre detrás. Lo colgaron después del asesinato.

—O sea que la sangre ya estaba ahí —dijo Nari—. Ya sea proveniente de otro lugar o quizá embadurnada con la sangre de McCullough después de que muriera.

Mac negó con la cabeza. —Esa sangre no fue embadurnada en el lienzo. Se puede ver la fuerza de la salpicadura arterial. Si lo hubieran hecho después de que mataran a McCullough, ya no habría suficiente presión sanguínea. Creo que esa sangre pertenece a otra persona. Ya estaba ahí, ensangrentada, pero no por esta escena del crimen —concluyó Mac—. Es un mensaje.

Nari empezó de repente a teclear en su teléfono. Mac esperó.

—Aquí la sargento detective Yun, Unidad de Crimen Especializado. Necesito saber si ya se ha analizado la sangre en una de las pruebas del lugar del crimen en Craigmillar, y en concreto si coincide con la de la víctima.

Mac esbozó una sonrisa feroz. Nari era joven y aún podía cometer errores, pero probablemente tenía la mente más aguda de su equipo. Sintió una oleada de orgullo al ver que había llegado a la misma conclusión que él, que había visto las mismas pistas y dado el mismo salto deductivo. Y para él, era el salto correcto. Nari dio el

número de referencia de la prueba correspondiente al cuadro y escuchó. Su rostro se descompuso.

—De acuerdo, el inspector jefe McNeill lo necesita como prioridad, ¿ok?

Colgó y miró a McNeill.

—Todavía no han llegado al lienzo —dijo, desanimada.

—No se preocupe por eso. Prefiero que sean lentos pero minuciosos. Pero manténgase encima de ellos.

Nari asintió, tomando notas rápidas en su teléfono. —Estoy en eso.

Capítulo Nueve

Mac intentó olvidarse de los cigarrillos. Era un avance, un rastro que conducía a otra persona. Eso le provocó un antojo mientras el corazón le latía con fuerza y la adrenalina se disparaba.

—Pero no sabemos a quién podría pertenecer la sangre, jefe. Podría ser de otra víctima o...

—O posiblemente nada relevante para el caso. Pero es un rastro que nos saca de este departamento. Quien haya hecho esto vino desde fuera. Cualquier prueba que nos lleve hacia afuera podría estar señalándolo —dijo Mac.

Nari asintió, con los ojos brillantes y los labios entreabiertos. Era bonita, muy bonita. Mac tendría que ser de piedra para no notarlo. El pensamiento lo hizo pensar en Siobhan. Lo golpeó como un autobús, aplastándole el ánimo y llenándolo de culpa. Hizo una mueca mientras miraba alrededor de la habitación.

—Tendremos que esperar a que cualquier ADN encontrado sea vinculado con alguien que esté actualmente en la base de datos. Pero quiero mantener el impulso. Mel está buscando a un trabajador social que pueda identificar a McCullough. Sabemos de al menos tres personas más que lo conocían. Su banda. Eran un cuarteto, creo. Espera un segundo, hay una app...

Pasó el dedo por su teléfono durante un momento hasta que encontró la aplicación en cuestión, una enciclopedia de bandas, específicamente de metal.

—¿Una app?

—Sí, la uso todo el tiempo. Listas de bandas, grandes y pequeñas, discografías, integrantes, reseñas. Ves una banda nueva que nadie conoce; entras y la registras. En su momento, uno intercambiaba cintas o CD-Rs. Hoy en día todo es digital.

—Todavía no puedo creer que alguien como usted esté metido en toda esta onda oscura —dijo Nari.

Mac la miró de reojo. —Quizá soy más oscuro de lo que cree, ¿eh?

Nari se echó a reír, y había algo en su mirada, algo que él casi logró convencerse de que era solo producto de su imaginación. Sus ojos oscuros parecieron sostener los suyos un instante demasiado largo. ¡Mierda! Tendría que cortar con eso cuanto antes.

—¡Maldita sea! —gruñó Mac, volviendo a mirar su teléfono—. Han eliminado la entrada. Omega ya no aparece.

—¿Alguna vez estuvo?

—Por supuesto. Los busqué, si no, no sabría nada de ellos. Esta es la biblia. ¡Malditos frikis del black metal! Me acuerdo de los apodos, pero...

Los nombres reales habían desaparecido. Richard McCullough no le sonaba de nada, ni el más mínimo eco de memoria. El resto podrían haber sido cualquiera: Jock Stein y Bonnie Prince Charlie, por lo que él sabía.

—Entonces lo hacemos a la antigua —sugirió Nari—. Revisamos sus pertenencias, su teléfono, la agenda...

—El teléfono debería estar en forense digital, lo están desbloqueando —dijo Mac—. Kai puede presionarlos.

FD era una rama profesional que Kai Stuart probablemente debería considerar. Mac había notado la afinidad del joven detective con la tecnología y la había explotado al máximo. Kai tenía buena relación con los técnicos y lograba sacarles buenos resultados.

—Lo analógico estará en almacenamiento hasta que lo cataloguen y examinen todo. Le toca a usted, Nari. Baje a Forense y

empiece a revisar.

—¿No quiere que lo acompañe, jefe? —preguntó Nari.

—No, hay demasiado por hacer. Necesito nombres a partir de las pertenencias de McCullough. Que Mel se encargue de identificar el cuerpo y de localizar a cualquier familiar que pueda haber.

—¿Y qué va a hacer usted, jefe? —preguntó Nari.

—Voy a concentrarme en esto... en la escritura, si es que eso es lo que es. A ver si encuentro a alguien que pueda traducirla para nosotros.

Nari se marchó, tomando más notas en su teléfono. Mac entró en el dormitorio y se sentó en el escritorio donde había estado el ordenador. El equipo forense lo había retirado, dejando un cuadrado de superficie limpia en medio del polvo y los restos de una mente desordenada. Resistió el impulso de apartarlo todo de un manotazo y pasar un trapo húmedo y una botella de lejía por la superficie. En su lugar, sacó el teléfono y empezó a buscar académicos interesados en la historia celta. Mac ni siquiera sabía con exactitud a qué período histórico pertenecía eso; nunca había sido un tema que le interesara.

¿Era la Edad Media? ¿O los romanos? Ellos habían ocupado Britania en su momento, ¿no? Todo era confuso. Una masa de incógnitas nublando su mente. Necesitaba consultar con un experto. Que viera las inscripciones y le dijera si tenían algún significado. Y si lo tenían, entonces el académico adecuado sería un recurso valioso para el equipo, siempre que tuviera el estómago para ello. No muchos lo tenían.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudar, señor? —preguntó un hombre.

Mac reconoció la voz del agente Hunter y no se dio la vuelta.

—No —respondió.

—Solo estaba ahí fuera, pensé que si podía ser útil...

—Ahí fuera es justo donde quiero que esté, agente —dijo Mac con firmeza.

—Entre usted y yo, señor, no creo que este sea uno de los de Allen —dijo Hunter.

Mac dejó de hacer lo que estaba haciendo. Una oleada de rabia le atravesó por dentro. Dejó el teléfono y miró por encima del

hombro.

—¿Y cómo lo sabría usted? —dijo en voz baja.

—Uno escucha cosas, ¿eh? —respondió Hunter, echando un vistazo hacia la puerta—. Como que he oído que Anticorrupción podría estar interesado en usted.

—Ya he recibido una advertencia de parte de su jefe sobre eso, gracias. Ahora, lárguese —soltó Mac.

—Ey, bueno. Solo para que lo sepa. Por si acaso... ya sabe, por si necesitara un compa —dijo Hunter.

Sus ojos se encontraron con los de Mac y se sostuvieron. Había una sonrisa en su rostro, pero no alcanzaba a sus ojos. Masticaba algo, la mandíbula moviéndose como la de una vaca. Mac hervía por dentro, odiando a los polis corruptos más que a los peores criminales que había conocido. Tal vez más que a Mark Souter. No, Mac no podía odiar a nadie más que a él. Parte del problema era que él mismo había sido uno. No importaba que no hubiera aceptado sobornos. Él y un tipo llamado Strachan se habían autoproclamado juez y jurado, saltándose al fiscal. Pero al final, todo era lo mismo. O eras recto, o no. Se levantó y caminó hacia Hunter, quien se mantuvo firme con las manos metidas en las aberturas del chaleco antibalas.

La sonrisa era insolente ahora, diciéndole a Mac que él formaba parte de una cadena de mando distinta. Una que no pasaba por la Policía de Escocia. Mac echó un vistazo por encima del hombro de Hunter, hacia la puerta, y dejó que una leve sonrisa se dibujara en la comisura de sus labios. Hunter miró en la misma dirección y Mac, con destreza, le arrancó un cabello de la parte trasera de la cabeza, donde sobresalía del borde de su gorra. Mac dio un paso atrás mientras Hunter se llevaba la mano al cuello, mirándolo con los ojos muy abiertos, de ese modo que solía preceder a la violencia.

Mac sostuvo el cabello en alto y luego lo selló con destreza en una bolsa de pruebas que sacó del bolsillo interior de su chaqueta, donde siempre guardaba una de repuesto.

—Ahora, si creo que usted o su jefe están interfiriendo en mi investigación, si este ADN aparece donde no debería —dijo Mac, guardando la bolsa de nuevo en el bolsillo.

—No puede hacer eso —espetó Hunter.

—Usted es un poli corrupto, amigo. Sabe que puedo hacer lo que me dé la gana. Además, está tan abajo en la cadena alimenticia que nadie lo va a echar de menos si decido incriminarlo. No va a conseguir un abogado caro de Stockbridge como ese delincuente de abajo. Ahora, vuelva a su puesto.

Hunter apretó los puños, respirando hondo como si se preparara para golpear al oficial superior. Pero el instinto de supervivencia se impuso. Mac no parpadeó mientras observaba la escena. Si el tipo se le hubiera echado encima, Mac no se habría contenido. Tenía las llaves del coche apretadas en un puño, ocultas con naturalidad cuando volvió a guardar la bolsa con pruebas en el bolsillo. Habría causado daño si Hunter se le hubiera lanzado. Una buena oportunidad para descargar algo de frustración y justificarlo como defensa propia. Casi deseó que Hunter le hubiese lanzado un golpe.

Capítulo Diez

Cuando Mac salió del edificio y regresó a su coche, apareció un correo electrónico. Era una invitación en el calendario para la rueda de prensa. El correo venía del departamento de Relaciones Públicas de la central en Glasgow. Mac lo había estado esperando, pero no le hacía ilusión. Informar a la prensa era una parte necesaria del trabajo policial, pero en un caso como este era una necesidad a regañadientes. Había que guardar los detalles con recelo o aquello se convertiría en un caos. Por el momento, la historia interesaba a la prensa y los medios escoceses, pero era poco probable que llamara la atención a nivel nacional. A menos que se filtraran detalles sobre las mutilaciones. Él condujo, colocando el teléfono en el soporte manos libres y llamando a Reid, sabiendo que su superior querría estar al tanto de los detalles antes de la rueda de prensa. Mientras esperaba que Reid contestara, se miró en el retrovisor.

Cabello oscuro despeinado, pero no como si acabara de levantarse. Podía permitírselo. Una mujer le había dicho una vez que su tipo de cabello estaba hecho para que le pasaran los dedos y que a menudo parecía que eso era exactamente lo que había estado ocurriendo. Ojos oscuros, entrecerrados, como se ponían cuando su mente estaba en otra parte. Barba de unos días, que sería moderna si fuera intencionada, pero que necesitaba afeitarse. Mac examinó su

expresión seria en el espejo, esa que se esperaba cuando un agente hablaba de un asesinato. La que había tenido que practicar una y otra vez hasta que le salió bien. Era lo suficientemente buena. Seria, pero con compasión, y con ese filo duro que el público esperaba de su fuerza policial. Las relaciones públicas trataban de que los polis fueran cercanos, conocidos en sus comunidades y que conocieran a su comunidad a su vez. Pero cuando se trataba de crímenes violentos, lo que el público realmente quería era a alguien despiadado y duro como el acero. Había que dar más miedo que los malos.

El problema era Meredith Blakely, jefa civil del equipo de relaciones públicas de la Policía de Escocia que tenía una fijación con los polis fotogénicos. Mac se había desconectado mentalmente de una videollamada del equipo directivo sobre relaciones públicas y cómo, lamentablemente, el público respondía mejor a los agentes atractivos. Sería gracioso si ella no hablara completamente en serio. Y pensaba que la combinación particular de Mac —alto, moreno y letal— funcionaba bien. Estaba en sus cuarenta, casada, pero no se notaba. Atractiva, pero insistente. Mac no revisó el correo para ver si ella se había autonominado para asistir. Parecía que casi siempre lo hacía cuando él estaba involucrado, aunque decía que era por su rango. Al salir de la urbanización y volver a la comisaría de Niddrie Road, se preguntó distraídamente si no debería simplemente presentar una denuncia por acoso.

—¿Mac, recibió la invitación? —dijo Reid, contestando la llamada tras el vigésimo tono.

—La tengo. Voy en camino ahora.

—¿Dónde estamos con el caso?

—Melissa está trabajando en la identificación. Tenemos algunas pistas potenciales sobre un objeto manchado de sangre encontrado en la escena, un lienzo. Creemos que estaba en blanco y cubierto con sangre de otra persona, colgado allí como un mensaje. Nari está siguiendo la pista del forense y Kai está haciendo lo de siempre con las pruebas digitales: el móvil de la víctima y las cámaras de seguridad del edificio.

—Más vale que eso nos dé algo. Pagamos una fortuna por ese software y aún no se ha amortizado.

—Si eso nos da al asesino, debería bastarle al comisionado.

—Nada lo satisface si implica gastar. ¿Cuál es su hipótesis de trabajo?

Era muy pronto en el caso, pero Reid conocía lo suficiente a Mac como para saber que ya estaría elaborando una teoría basada en las pruebas encontradas hasta el momento. Mac dudó y Reid se abalanzó.

—Dígame lo que no me va a gustar oír antes de que lo lea en el Daily Record, ¿vale? —dijo con la franqueza propia de Glasgow.

—Un dealer que trabaja para Allen hizo la llamada al 999. Tiene un abogado caro de Stockbridge y un departamento reservado para él mientras cumplía condena.

—¿Nuestra víctima era un adicto?

—No lo sabremos hasta que tengamos los resultados de la autopsia y la identificación. Pero Hance lo tiene blindado, lo cual es raro si esto no tiene nada que ver con él.

—Si la prensa pregunta por una conexión con el crimen organizado, esquíVELO —dijo Reid.

—¿Usted cree? —respondió Mac con cierto sarcasmo.

El silencio como respuesta fue una reprimenda tácita. Mac podía imaginar los dientes apretados y los ojos en blanco al otro lado.

—Meredith Blakely va hacia usted para repasar su declaración. Será lo de siempre, lo mínimo posible. Pero si Hance Allen está implicado, a mí me suena a un adicto que se metió en algo que no entendía y lo han castigado.

—Esa es una posibilidad —admitió Mac.

No estaba dispuesto a sugerirle a Reid que las mutilaciones pudieran tener forma de inscripciones celtas. Ni que la teoría se originara en los tatuajes de la novia de Kai. Reid no se tomaría bien ese tipo de especulación, y Mac no quería recibir una reprimenda de quince minutos. Mejor quedarse callado hasta tener algo concreto.

—Bien. Habrá cámaras allí, así que asegúrese de tener buena pinta —dijo Reid y colgó.

Frotándose la barbilla, Mac decidió evitarse problemas y comprar unas cuchillas desechables. Al pasar por la comisaría, se desvió hacia un supermercado a medio kilómetro. Una chica estaba sentada en el suelo junto a la entrada. Llevaba un gorro de lana sobre el pelo grasiento y una manta sucia le cubría las rodillas. Un vaso de McDonald's estaba en el suelo a sus pies. Una ráfaga de viento lo volcó, pero ella no se dio cuenta. Mac observó la palidez antinatural y vio el sudor que le corría por la cara, a pesar de que tiritaba sin parar y la temperatura apenas superaba los cero grados. Parecía que aún podría estar en el colegio. Redujo la velocidad, sabiendo que no llevaba dinero en efectivo para darle, sabiendo que si lo tuviera, el dinero alimentaría el hábito que la tenía temblando y sudando.

Un guardia de seguridad salía de la tienda. Mac metió la mano en el abrigo y sacó su placa, levantando la mano para detener al hombre en seco. La chica levantó la vista cuando Mac se agachó a su lado. Los compradores que entraban y salían del supermercado la ignoraban deliberadamente.

—¿Todo bien, cariño? —dijo Mac en voz baja.

—Ya me voy —murmuró ella, moviéndose dentro de su manta.

—Está bien. No vengo a echarle —dijo Mac, intentando tranquilizarla.

La chica le recordó a Áine, la hija de Siobhan. No podían llevarse más de cuatro o cinco años. La idea de lo fácil que podía terminar alguien así le provocó un escalofrío. La chica lo miraba con desconfianza mientras Mac le mostraba su identificación, haciendo retroceder al guardia de seguridad con una mirada oscura.

—¿Está usted sin hogar? —preguntó Mac.

—Sí.

—¿Qué está tomando?

—Lo que sea que pueda conseguir —dijo la chica.

Mac quiso preguntarle cómo había acabado allí, pero no había tiempo para escuchar toda su historia. Estaba claramente sufriendo, probablemente se había quedado sin dinero para conseguir una dosis y estaba demasiado hecha polvo como para prostituirse.

—Bueno, no voy a darle dinero. Sé en qué lo va a gastar... —empezó Mac.

—No lo haré. Lo juro. No lo haré. Solo quiero algo de comer — insistió la chica, animándose al oír hablar de dinero.

—No. Pero conozco a algunas personas que pueden ayudarla a salir de la calle. Encontrarle una cama.

Él vio cómo la esperanza que por un momento había brillado en sus ojos se apagaba. Volvió a un estado de letargo derrotado.

—¿Por qué? —dijo ella, con tono apagado.

—Porque es lo que necesita. Puede que no sea lo que quiere, pero es lo que necesita, ¿eh? —dijo Mac, manteniendo un tono ligero, como si intentara calmar a un animal salvaje.

—No puede quedarse aquí, amigo —dijo el guardia de seguridad de la tienda, sin alejarse.

—No se va a quedar, ¿verdad? Alguien vendrá a recogerla —dijo Mac, enderezándose—. Y usted se va a quedar aquí con ella hasta que lleguen.

—Tengo que volver...

—Tiene que hacer lo que le digo —lo interrumpió Mac de inmediato—. Pronto estará fuera de sus instalaciones.

El guardia de seguridad asintió y se colocó al otro lado de la entrada, frente a la chica, observándola con cautela. Mac entró en la tienda, hojeando su teléfono en busca de una persona específica, y luego pulsó para llamar. Ya había comprado y pagado por unas cuchillas de afeitar y gel cuando logró organizar algo para ella. Una organización benéfica que ayudaba a personas sin hogar en Edimburgo y una trabajadora social que había seguido adelante desde su breve aventura con Mac y su reticencia a comprometerse. Había seguido adelante lo suficiente como para contestar su llamada y prometer que iría enseguida a buscar a la chica. Mac añadió un bocadillo y una bebida a su compra, luego usó los baños para clientes para afeitarse las mejillas angulosas y la mandíbula marcada. Mac resopló. Tenía que agradecerle esa ridícula descripción a Meredith Blakely, y había sido objeto de muchas bromas por ello. Al salir, le dio el bocadillo y la bebida a la chica, diciéndole que alguien venía en camino y que esa noche dormiría bajo techo.

Al alejarse, se sintió un idiota. No podía ayudar a todas las personas sin hogar con las que se cruzaba. Ni siquiera a todas las

chicas sin hogar que parecían tener la misma edad que Áine. Era una gota en el océano. Pero así era el trabajo policial. Recordó una historia sobre un rey que creía poder contener la marea. Inglés o tal vez escocés. No lo recordaba. No importaba. Para cuando llegó a su coche, su mente ya estaba de nuevo en el caso.

Capítulo Once

Si Clio abría la ventana de su despacho y se asomaba lo suficiente sin caerse dos pisos hasta el patio de cemento, podía alcanzar a ver el Palacio de Holyrood al final del Canongate. Su despacho era un armario en el tercer piso de Moray House, lo cual la había entusiasmado cuando empezó a trabajar en la Universidad de Edimburgo. Parecía haber estado allí desde la época Tudor, con piedra casi negra por la polución, ventanas altas y emplomadas.

Era la sede del Centro de Estudios Celtas del Departamento de Historia, con vista a un agradable patio interior en la parte trasera del edificio, y era una de las estructuras más antiguas del Canongate. También estaba mal calefaccionado y mal conectado. Así que Clio mantenía un calefactor a petróleo bajo su escritorio, en flagrante desprecio por las normas de salud y seguridad. Maia le había enseñado a usar su teléfono como punto de acceso, lo que le permitía sortear las constantes interrupciones de conectividad.

Un técnico informático muy servicial de la universidad le había instalado un amplificador de señal, y luego la había invitado a salir. El amplificador ciertamente ayudó, pero ella había alegado una agenda muy ocupada en cuanto a la cita. Y siguió alegándola cuando él lo intentó una segunda y una tercera vez. Estaba convencida de que el amplificador sería retirado de donde estaba

enchufado en la pared junto a la puerta, en cualquier momento, como represalia. Tras quedarse dormida otra vez, se le había olvidado prepararse un almuerzo para llevar. Normalmente también preparaba uno para Maia, aunque casi siempre volvían intactos.

Tan perturbadora había sido la revelación en McDonalds, casi una semana atrás, que ni se le ocurrió comprarse algo allí. Ni algo para Maia, en ese caso, aunque sabía que la escuela enviaría un tuit sarcástico si descubrían que algún niño recibía comida rápida de parte de un padre. Ella y Maia ya habían sido la inspiración de uno de esos tuits. Como resultado, su estómago estaba rugiendo en ese momento. A su izquierda había una pila de ensayos sin corregir de su clase de pregrado. Justo debajo, una pila más pequeña de su clase de posgrado.

El resto del escritorio estaba ocupado por libros, fotocopias de páginas, revistas académicas y notas garabateadas. Su portátil reinaba sobre el caos, mostrando imágenes sangrientas de antiguos glifos celtas tallados en carne. El despacho-armario se encontraba en el rellano de una pequeña y desvencijada escalera que era, además, una vía de paso muy transitada. Cada vez que oía a alguien subir o bajar con pasos pesados, Clio se apresuraba a alcanzar la tapa del portátil, lista para cerrarlo de golpe.

Si Karen pasaba por allí, Clio no creía que reaccionara bien ante esas imágenes horribles de su hijo muerto. Había suficientes chismosos en la pequeña facultad como para que, si alguno de sus otros colegas lo veía, la noticia se propagara. No se le ocurría ninguna razón académica sólida para estar traduciendo los glifos de la era picta temprana. Ramsay le había ofrecido más dinero cuando Clio pareció estar a punto de abandonar. Y lo habría hecho, de no ser porque las cifras empezaron a duplicarse.

Ahora, tenía doscientas libras por traducir discretamente glifos que Alex Martins se había estado tallando en el cuerpo durante un periodo prolongado, así como una serie de grafitis callejeros que parecían estar en el mismo idioma. O no. Estaba resultando frustrantemente difícil de traducir, como encontrarse con un idioma que uno entiende, pero hablado en un dialecto que lo vuelve casi ininteligible. Pero solo casi.

Esos casi momentos eran la razón por la que no pensaba en su hambre y por la que miraba hacia arriba con pánico ante cada sonido en la escalera, demasiado absorta para haber oído a la persona que se acercaba hasta que estuvo justo afuera. Después de unos cien sobresaltos así, cerró la tapa y se recostó en su silla, apoyándola sobre las dos patas traseras y equilibrándose allí, mirando la mancha en el techo que el año pasado había sido una gotera.

Entonces llegó el golpe en la puerta. Clio casi perdió el equilibrio, agarrándose al borde del escritorio justo a tiempo. Reunió sus notas y les dio la vuelta, colocando encima el montón de ensayos de licenciatura.

—¡Adelante! —llamó.

Entró Karen Martins, y Clio agradeció al universo por su buena sincronización.

—Karen, ¿cómo va todo? —dijo Clio, poniéndose de pie.

—Buenos días, Clio. Sí, ocupada como siempre. Estoy ayudando a comisariar la nueva exposición sobre los pictos en Edimburgo, en el National. Está creciendo como una criatura con vida propia. En fin, dos cosas nada más, no te quito tiempo. Se nota que estás hasta arriba.

Karen Martins tenía poco más de cincuenta años, pero la piel suave y el rostro redondeado de una mujer diez años más joven. Sus ojos eran color avellana y sus labios, carnosos y llenos. El gesto de hacer pucheros era natural en ella, y cuando sonreía, su boca parecía directamente querúbrica. El tamaño de la facultad hacía que su directora se encargara de una buena parte de las clases, y Clio tenía la impresión de que esas asignaturas estaban bien concurridas por estudiantes varones. Y también mujeres, ya que estamos.

No tenía el aspecto de una académica, y Clio suponía que era porque, como jefa de facultad, debía ser tanto política como profesora.

—Sí, tengo que calificar todo esto antes de las vacaciones de Semana Santa... —empezó Clio.

—¿Y terminar tu último libro? Me refiero a los... románticos —dijo Karen con una ceja arqueada.

Clio se sonrojó. —Nunca en horario laboral, Karen. Lo sabes.

Karen soltó una carcajada. —En realidad, soy un poco fan, así que estoy tentada de decir: ¡qué demonios!

Clio se sorprendió al descubrir que Karen Martins era lectora de novelas románticas históricas. Clio llevaba quince años escribiéndolas como actividad paralela a su labor académica y lo había revelado al postularse para el puesto en la universidad. Karen nunca lo había mencionado antes.

—Vale —dijo Clio con vacilación.

—Pero no, lo extracurricular es simplemente eso —dijo Karen, pasando de la jovialidad a la seriedad en un abrir y cerrar de ojos—. Sobre ese tema —continuó con una sonrisa—, quería preguntarte si has tenido algún contacto con un periodista llamado Ramsay Jones.

Clio sintió unos dedos helados recorrerle la nuca. Karen la miraba directamente, con los labios fruncidos. Llevaba un pintalabios oscuro y el cabello, recogido en lo alto de la cabeza, era negro como el carbón. Incluyó ligeramente la cabeza hacia un lado y tamborileó los dedos contra el fajo de papeles que sostenía contra el pecho.

—Se puso en contacto. Dijo que le habías dado mi nombre.

—Sí —dijo Karen, alargando las vocales hasta convertir la palabra en una de cinco letras—. Lo hice al principio. Me pareció que lo que proponía era de un mal gusto extremo. Sé que las fotos están circulando desde que la policía las filtró, pero aun así...

Desvió la mirada, el rostro se le contrajo por un instante, y Clio sintió una punzada de compasión. Estaba a punto de acercarse a abrazarla cuando los suaves ojos color avellana volvieron a clavarse en ella.

—No creo que sea prudente que ningún miembro de esta facultad se involucre —dijo con frialdad.

—Oh... bueno, eso es bueno porque yo... no le he dado ninguna opinión —dijo Clio con sinceridad.

Había algo en la actitud de su jefa que le indicó que no sería bien recibido si admitía que estaba trabajando intensamente en el problema.

—Bien. Mejor bloquearlo. Mantenerlo al margen. Solo puede perjudicar la reputación de la Universidad. Por otro lado...

casualmente... o quizá no tanto... un agente de policía se ha puesto en contacto conmigo.

Karen se detuvo, tras comenzar a revisar los papeles que llevaba. Sacó una hoja y la giró para que Clio pudiera verla.

—Buscaba a un miembro de la facultad con quien consultar unos símbolos encontrados en la escena de un crimen.

Clio miró el papel, pero lo único que contenía era un nombre y un número de móvil, todo escrito con la inconfundible caligrafía de Karen.

Inspector jefe Callum McNeill, Unidad de Crimen Especializado.

—¿Tiene esto algo que ver con... lo que quería saber el periodista? —preguntó Clio.

—Lo dudo. ¿Cómo podría? —respondió Karen.

—Es solo que llevo aquí cinco años y nadie ha pedido nunca mi opinión, ni siquiera dentro de mi propio campo. Y ahora vienen dos de golpe.

—Nada más que una coincidencia, supongo. No le des demasiada importancia. Ramsay Jones es un carroñero que intenta sacar algo de la muerte de Alex...

Los ojos de Karen se perdieron en la distancia; su mueca vaciló hasta que pareció regresar a la habitación, con la mirada agudizada.

—Lo entiendo —dijo Clio, deseando ahorrarle a Karen el dolor de tener que decirlo.

—El suicidio de Alex —dijo Karen con calma y deliberación—. No puedes llegar a aceptar algo si no puedes decirlo en voz alta —añadió con convicción.

—He leído eso. Pasó mucho tiempo antes de que pudiera hablar del cáncer de mi madre, aunque sobrevivió. Simplemente no podía obligarme a hablar del tema.

—Hmm, sí —dijo Karen, mirando alrededor de la sala antes de volver la vista a Clio—. Basta decir que no podemos negarnos a una solicitud de ayuda de la policía. Pero, en cuanto a lo otro...

—Lo ignoraré —dijo Clio, lo que le valió una sonrisa tensa.

—Bien. Me alegra que estemos de acuerdo. El próximo año habrá una oficina disponible en el primer piso. Duncan Crieff ha decidido

jubilarse. Quizás podamos sacarte del armario y ponerte en una sala de verdad, ¿eh?

Clio sonrió con entusiasmo e intentó reprimir la sensación de *quid pro quo* que le quedó. Le recordó que probablemente no ascendería más en los escalafones universitarios. La política no era lo suyo. Karen se dirigió hacia la puerta.

—Bueno, ha sido bueno ponernos al día, Clio. Sigue escribiendo, todo —dijo, tocándose el lateral de la nariz con una sonrisa, y Clio se rio—. Asegúrate de llamar a ese oficial de policía y ver cómo puede ayudar la facultad. Si se trata del hallazgo de huesos en una obra o algo así, pásaselo a Graeme, se va a morir de la emoción. Todavía habla de cuando participó en la excavación de Yorvik como estudiante.

Karen puso los ojos en blanco y salió de la habitación con ligereza, sin esperar una respuesta. Clio recogió el papel y miró el nombre con aire pensativo.

Capítulo Doce

La investigación cayó en una rutina durante los días siguientes. Mac era el primero en llegar a la oficina que habían requisado y el último en marcharse. Melissa, siempre la gestora del equipo, dirigía las reuniones diarias donde repasaban las acciones y compartían los avances. Se volvió casi monótono: revisar declaraciones de testigos, pruebas forenses, hacer cruces de información y archivar. Mac lo consideraba el momento más peligroso de cualquier investigación: cuando el equipo empezaba a olvidar el horror sangriento del crimen y solo veía la parte administrativa. Las fotos de la escena del crimen seguían colgadas en colores vivos como recordatorio. Mac las necesitaba tanto como los demás. Era demasiado fácil quedarse dormido en el escritorio, metafóricamente. Dejar de ver los detalles y el panorama general, tan inmersos que estaban en lo rutinario.

—¡Lo tengo! —gritó Melissa, sacándolo de otra sesión en la que rastreaba foros de metal en busca de menciones de una banda oscura de Edimburgo llamada Omega.

Apareció en la puerta de su oficina, con una sonrisa de orgullo pintada en el rostro. Melissa nunca lograba fingir indiferencia. Pero Mac le devolvió la sonrisa; nunca conseguía evitarlo cuando ella se veía así.

—¿Identificación? —preguntó él.

Ella asintió. —Por fin conseguí que un gerente de alto nivel de los Servicios Sociales de Lothian se comprometiera a dar una respuesta clara. ¡Dios, como burocracia, nos dejan en ridículo!

Mac se puso de pie y recogió su chaqueta del respaldo de la silla. Desde que se había mudado a su nueva oficina, la había adaptado a su gusto. Ya no había basura y tanto el escritorio como el ordenador estaban clínicamente desinfectados. Esperó a que el equipo se marchara para hacerlo él mismo, después de haber prohibido a los limpiadores contratados entrar hasta que terminara la investigación. Había que evitar filtraciones a toda costa, especialmente en un caso tan desagradable como este. Los polis ya eran suficientemente indiscretos por sí solos, sin necesidad de añadir civiles mal pagados y con controles de antecedentes insuficientes.

La siguió al salir. Kai y Nari estaban al teléfono, dando seguimiento a las declaraciones tomadas en Bute Tower, intentando construir una red de personas que pudieran haber conocido a la víctima y sus movimientos. Se puso la chaqueta mientras Melissa agarraba la suya. Había una compenetración entre ellos que Mac aún no tenía con los otros dos agentes más jóvenes. Melissa sabía que decirle a su jefe que había conseguido a alguien para identificar a la víctima significaba ir a reunirse con esa persona y ver la identificación en persona. A Mac le gustaba observar las reacciones, mirar a un testigo a los ojos cuando preguntaba por su víctima. Melissa lo sabía, y también sabía que iría con él. Mac ni siquiera se detuvo mientras cruzaba entre las filas de escritorios hacia la puerta. Melissa lo siguió, apresurándose para mantener el paso con las largas zancadas de Mac.

—Entonces, ¿a quién tenemos? —preguntó Mac.

—Un trabajador de casos, pero no de servicios sociales. El gerente con el que hablé, un tipo llamado Martin Stapleton, me dirigió a una organización benéfica para personas con adicciones con la que colaboran. Dijo que uno de sus trabajadores podría identificar a Richard McCullough, si es que ese es nuestra víctima.

Mac suspiró mientras empujaba las puertas dobles de la oficina y avanzaba por el pasillo. Los agentes uniformados se apartaron

mientras él guiaba a Melissa más allá de las salas de interrogatorio y bajaban un tramo de escaleras hasta la planta baja.

—Eso coincide con el análisis toxicológico de la autopsia. Era consumidor —dijo.

—Parece casi seguro. O era consumidor activo o estaba saliendo de una adicción. ¿Por qué esa cara larga, jefe?

Mac miró a su alrededor y bajó la voz.

—Drogas significa Hance Allen y cero posibilidades de cerrar el caso. Si esto tiene que ver con Allen, tendremos que luchar tanto contra los nuestros como contra él para avanzar.

—Pero todavía está la mutilación. Si eso es simbólico... —especuló Melissa.

—Entonces podríamos estar tras algo importante. Crucemos los dedos —respondió Mac—. Conduce tú —le dijo a Melissa—. Si conseguimos una identificación positiva, tengo una idea de adónde ir para averiguar más sobre sus contactos.

Salieron de la comisaría por una puerta de emergencia que daba a los contenedores de basura y a un estrecho callejón de ladrillo entre edificios. Era una ruta rápida hasta el estacionamiento sin tener que salir por el frente ni rodear el edificio.

—¿Y eso qué es, jefe? —preguntó Melissa, mientras ya buscaba en su móvil la dirección a la que se dirigían.

—La mejor tienda de discos del este de Escocia —dijo Mac—. Aunque tendré que arrastrarme un poco. No terminé precisamente bien con el dueño.

—¿Terminar las cosas? —preguntó Melissa con una leve sonrisa fantasmal.

Mac hizo una mueca al llegar al maletero de Melissa justo cuando ella lo abría con un clic.

—Eso es todo lo que vas a obtener. Llámalo el entusiasmo de haber hecho algo de progreso que se me ha subido a la cabeza —respondió él.

Melissa rio. —Considéralo archivado bajo “hablar más tarde con Nari y Kai”.

—Estás despedida —dijo Mac, con expresión neutra, mientras subía al coche.

Melissa había acordado encontrarse con el trabajador de la organización benéfica en el depósito del hospital donde el cuerpo estaba conservado en frío. La autopsia les había confirmado lo que ya era evidente a simple vista. Muerte por pérdida catastrófica de sangre a causa de heridas de arma blanca. Restos de un opiáceo en su sistema lo suficientemente potente como para no ser del tipo que se consigue con receta. Nada de comida en las últimas veinticuatro horas. Signos compatibles con ayuno, probablemente no intencionado. Simplemente el descuido propio de un consumidor de drogas. Se dirigieron a Morningside, con su arenisca amarilla ennegrecida por los gases del tráfico. Edificios antiguos y espacios verdes. Abogados, contables, dentistas privados y lugares con “real” en el título. Como el Hospital Real de Edimburgo, cuyo depósito albergaba el cuerpo de quien suponían era Richard McCullough. Tras mostrar la placa para acceder al estacionamiento del personal y entrar por una discreta puerta trasera, se internaron en las entrañas del extenso edificio.

Los suelos estaban embaldosados y olían a desinfectante. Las puertas no tenían manillas, pero se abrían en ambas direcciones con un empujón del hombro o de una camilla. Mac hundió las manos en los bolsillos, sintiendo la desagradable naturaleza orgánica del lugar. Un sitio donde los cuerpos se reducían a tejido y fluido, que luego era arrastrado por el agua. Frente a uno de los laboratorios de patología había un banco, y en él un hombre sentado con las manos sobre las rodillas y una expresión que decía que quería huir. Tenía el rostro marcado por cicatrices, duro y anguloso, pero con unos ojos azules sorprendentes. Su cabello era una tenue pelusa dorada, y vestía jeans y una camiseta.

—¿El señor Darren Cluny? —preguntó Melissa, como una amable gerente de recursos humanos saludando a un candidato.

—Sí —dijo Cluny, poniéndose de pie y limpiándose las manos en los jeans antes de estrechar la mano que Melissa le ofrecía.

Ella presentó a Mac, quien asintió con frialdad.

—He hecho esto unas cuantas veces. Nunca termino de acostumbrarme —dijo Cluny, lamiéndose los labios.

—Es como arrancar una tirita. Un tirón rápido —dijo Mac.

—Claro, espero que no sea Richie. De verdad que no —dijo Cluny.

—¿Por qué? —preguntó Melissa.

Ella se colocó ligeramente a un lado, atrayendo la mirada de Cluny, mientras Mac observaba sus reacciones.

—Pensé que estaba logrando llegar a él. Era pronto todavía, pero había tocado fondo, ¿sabes?

—¿Cómo así? —preguntó Melissa.

—Estaba en una banda, pero se separaron cuando el cantante murió. Suicidio. Richie se culpaba. Decía que tendría que haber hecho algo, pero estaba demasiado metido en su propio mundo como para notar lo desesperado que estaba su amigo. El tipo había sido su mejor amigo desde la escuela.

—Acabemos con esto, ¿vale? —dijo Mac.

Él encabezó el camino a través de las puertas dobles y entró en el laboratorio. Un cuerpo yacía cubierto por una sábana blanca sobre una mesa metálica, horrendo por la forma que insinuaba. Un asistente de laboratorio con bata blanca estaba de pie junto a la cabeza, listo para hacer los honores. Mac se hizo a un lado mientras Cluny se acercaba con aprensión. Retiraron la sábana blanca y Cluny se puso del mismo color. Miró fijamente y luego apartó la vista, asintiendo.

—Es él. Richie McCullough.

Salió de esa habitación rápidamente, casi corriendo. Mac asintió a Melissa, quien fue tras él cuando se detuvo junto a los ascensores, con una mano en la boca y la otra rodeando su abdomen. Mac sacó el teléfono mientras Melissa ponía una mano en la espalda de Cluny y le hablaba en voz baja. Buscó un número y marcó. Un hombre respondió.

—Raid the Grave —dijo.

—Hola, Von, soy Callum —dijo Mac—. ¿Está ella?

—¡Hey, Callum, amigo mío! —respondió Von, con su acento estadounidense haciéndose evidente—. ¿Dónde has estado, compa?

—Por ahí. ¿Está?

—No estaría hablando contigo si lo estuviera. Le hiciste daño, hombre.

—No fue intencional, Von.

—Ella no lo vio así. Salió a por un café. Vuelve en...

—Escucha, necesito algo de información. ¿Puedes revisar su archivo por mí?

Antes de que Von pudiera contestar, se oyó el sonido de una puerta y una voz femenina de fondo, aunque Mac no pudo entender lo que decía. Luego quedó muy claro.

—¿Quieres algo? Ven y pídemelo —dijo ella, y colgó.

Mac suspiró. Melissa regresaba, tomando notas en su propio teléfono. Cluny se había ido, el ascensor ascendía.

—No mucho que no hubiéramos deducido ya, jefe. No conocía tan bien a McCullough. Dijo que tenía un interés en el paganismo, eso sí. Por cierto, no conocía el nombre, eso lo aporté yo. Solo dijo que McCullough lo usaba como un apoyo para superar la adicción. Ya sabe, como hay gente que se vuelve a Jesús. Él estaba completamente con los dioses antiguos. Eso fue una cita de algo que McCullough dijo una vez: 'Los dioses antiguos estaban observando'.

Mac asintió, viendo las inscripciones en las paredes del edificio y grabadas en la carne de Richard McCullough. Pensó en cuánto tiempo había pasado desde que la gente seguía ese tipo de religión en esta parte de Escocia. Sabía que Edimburgo era antigua. Estaba seguro de que el Castillo ni siquiera era la parte más vieja. Que había sido construido sobre algo aún más antiguo. De pronto, deseó algo tan sencillo como un dealer asesinando a un adicto que no podía pagar.

—Volvamos a la comisaría. Luego quiero que busques a un familiar directo. Contacta con Kai y Nari. Yo voy a hacer mi propia investigación, a ver si puedo localizar a sus compañeros de banda —dijo Mac.

Capítulo Trece

Una hora después, Mac iba en su propio coche, rumbo al norte, hacia el corazón de la ciudad, la Ciudad Vieja. El tráfico avanzaba a paso de tortuga, al igual que los peatones; las calles y aceras estaban atascadas. Mientras esperaba en una fila detenida en un semáforo, Mac notó el Volvo negro. Le había llamado la atención unas cuantas manzanas atrás, acercándose a él en lugar de dejar salir a otro coche desde un cruce. Al principio, fue solo una señal mínima en su radar interno, un sedán de aspecto nuevo que había estado detrás de él en dos semáforos distintos. Al principio, lo descartó. Lo volvió a notar tres coches más atrás mientras avanzaba por Nicholson Street hacia South Bridge. Luego los vio girar a la izquierda detrás de él, aparentemente tomando su propio camino. Pero se fijó en que el conductor lo miraba a él, en lugar de mirar hacia donde iba el coche.

Cabello corto y claro, gafas de sol a pesar de que parecía que iba a llover, camisa blanca de manga larga. El coche reapareció cuando se acercaba a la universidad, incorporándose delante de él. Un pasajero se giró para mirar por encima del hombro. Mac sonrió y levantó los dedos del volante para saludar con la mano. Si lo estaban siguiendo, no eran muy buenos en ello. Sacó el móvil del bolsillo y tomó una foto de la matrícula. Luego cruzó el tráfico sin

poner el intermitente, lo que le valió un bocinazo furioso de un autobús que venía de frente. Pisó el acelerador mientras conducía por el centro de Infirmary Street. Los coches estacionados a ambos lados reducían la vía a un solo carril. Vio fugazmente una cabeza rubia que se giraba de golpe, como si el conductor del coche de delante acabara de notar su maniobra.

Edificios de piedra, antiguos y de color ocre, pasaban a toda velocidad, y una pareja con mochilas dio un salto hacia atrás al asomarse desde detrás de un coche estacionado. Frenó justo a tiempo para tomar el giro en ángulo recto hacia High School Wynd. La ciudad se estrechaba a su alrededor; los edificios eran cada vez más altos, las calles más angostas. Sintió claustrofobia mientras el callejón empedrado descendía hacia Cowgate y el cielo grisáceo se alejaba. Quienquiera que lo siguiera tendría que dar la vuelta en medio de la calle o seguir recto otro cuarto de milla antes de poder girar. Tan cerca de High Street, el tráfico se les pegaría como alquitrán, y Mac podría estar en cualquier parte para cuando ellos regresaran al punto donde lo perdieron. Giró a la izquierda en Cowgate, de vuelta hacia South Bridge, que cruzaba Cowgate a unos seis metros de altura. Justo antes del puente, se metió en un callejón empedrado apenas lo suficientemente ancho para el Audi. A unos veinte metros había un aparcamiento perteneciente a un pub. Una llovizna ligera salpicaba el parabrisas. Más allá, un muro negro de piedra resbaladiza cubierto de hiedra.

Maleza luchaba por salir a la superficie entre las grietas del concreto agrietado. Un cartel llamativo, visible en el retrovisor, proclamaba Fútbol en Vivo. Mac sacó el móvil, respirando con fuerza. En parte era por la adrenalina, en parte por la rabia. Si esa gente era de Anticorrupción, ¿cuál sería entonces su propósito al vigilarlo de forma tan poco encubierta? ¿Tendría que ver con una agresión grave ocurrida en Skye por la que nunca lo habían detenido? ¿O algo relacionado con su antigua relación con Laird Strachan? Strachan se les había escapado a los de Anticorrupción por el simple hecho de que se había arrojado desde el balcón de un bloque de departamento. Sacó el teléfono y llamó a Kai.

—¿Jefe?

—¿Está ocupado?

—No, no mucho...

—Pues debería estarlo. Yo lo estoy. Necesito que revise el Reconocimiento Automático de matrículas.

Dijo el número de matrícula mientras sacaba la foto en su móvil. Kai guardó silencio al acceder a la base de datos nacional de Reconocimiento Automático de Matrículas. Mac oyó teclear y observó cómo la lluvia empezaba a oscurecer poco a poco el estacionamiento trasero del callejón. Estaba arreciando, comenzando a golpear con fuerza el techo del coche.

—La tengo. Es uno de los nuestros. Espere; voy a comprobarlo con el registro de vehículos policiales. Está asignado a una unidad de Anticorrupción, jefe.

Mac asintió para sí con gesto sombrío y colgó. Reid había oído bien. Anticorrupción estaba husmeando, pero el hecho de que lo siguieran no le decía a Mac quién era el objetivo. Podía ser él o Reid. Su jefe estaba lejos de ser un santo, pese a sus años como inspector jefe de detectives en la unidad de Anticorrupción. Mac había estado bajo su mando allí después de colaborar en la Operación Archer, que había derribado a varios oficiales corruptos de alto rango. Laird Strachan había estado entre ellos. Mac tuvo suerte de salir de la órbita de Strack justo a tiempo. Pero para Anticorrupción, un poli sucio nunca estaba limpio. Diera igual lo que hiciera. Diera igual lo que lograra. Mac se quedó un rato sentado, cavilando. Ahora dos miembros de su equipo lo vincularían con Anticorrupción: Nari y Kai. Tendría que hablar con ambos o perdería su confianza. Mejor sería trasladarlos a otro equipo llegado el momento.

Abrió la puerta del coche y la empujó con fuerza, luego la cerró de un portazo con el talón. No era esto lo que necesitaba en ese momento. El caso McCullough se perfilaba como uno complejo. Una punzada al fondo de su mente le decía que no sería la última vez que lo seguirían. Si lo hubieran suspendido a la espera de una investigación de Anticorrupción antes de asignarle el caso, le habría dado igual. Que hicieran lo que quisieran. Pero ser suspendido ahora que ya estaba metido hasta el cuello... Eso era pura tortura. Lo enfurecía. Saber que había arremetido contra los más cercanos, su

equipo, lo enfurecía aún más. Ellos no se lo merecían. Subió la colina a zancadas, encogiendo los hombros contra la lluvia. Las manos hundidas en los bolsillos. Se detuvo ante una puerta negra. Un cartel encima proclamaba Raid the Grave, pero aparte de eso, no había ninguna indicación de la naturaleza del lugar. Empujó la puerta. Dentro había un pasillo lo bastante estrecho como para que sus hombros rozaran ambas paredes. Más allá, un patio húmedo que estaba rodeado de muros de ladrillo, ventanas enrejadas y una escalera metálica oxidada que descendía desde una puerta de emergencia en el segundo piso. A su izquierda había una puerta con un panel de vidrio en la parte superior y un cartel colgado de una ventosa de plástico que decía Abierto en letra gótica.

Más allá estaba la Meca. Raid the Grave era una tienda de discos, sede de un sello independiente y hogar de Evie Black. No había rastro de su único empleado, Von Parker, un texano corpulento. Evie alzó la vista desde la caja registradora frente a la puerta. Algo húmedo y visceral sonaba a todo volumen, con voces inhumanas y gruñidos. El espacio entre la puerta y la caja estaba ocupado por cajas sobre mesas plegables, repletas de vinilos, CDs y cintas. Carteles cubrían cada centímetro de las paredes y ventanas. La luz natural era una enemiga. Evie estaba leyendo un libro, pero lo bajó al ver a Mac. Lo observó con unos ojos oscuros y de largas pestañas que Mac recordaba muy bien. Hubo un tiempo en que apartar la vista de esos ojos era casi imposible.

—Hola, Evie —dijo Mac, intentando sonar casual.

Evie alzó una ceja. —¿Quién dijo que podías volver a entrar aquí?

—Soy un cliente que paga —dijo Mac con su mejor sonrisa de niño bueno.

Era el tipo de sonrisa por la que caían las mujeres de cierta edad. Evie no tenía esa edad.

—Me reservo el derecho de admisión.

Mac gruñó sin comprometerse, rodeando las mesas y acercándose a la caja. Ella estaba en la treintena, con el pelo negro, corto y en punta. Un rostro redondo que habría parecido inocente de no ser por el delineador negro y el lápiz labial a juego. En cambio, tenía un aire de complicidad y sensualidad. Llevaba piercings en la

nariz y en una ceja. Cicatrices blancas cruzaban sus antebrazos y las mostraba sin vergüenza. Su camiseta tenía impresa una publicación obscena y dejaba al descubierto buena parte del abdomen. Cuando él se acercó, ella dejó el libro a un lado y cruzó las manos cubiertas de anillos sobre las rodillas cubiertas de medias de red.

—Terminé mi orden de servicios comunitarios el mes pasado —dijo ella.

—Eso no fue culpa mía —protestó Mac.

—¿Me arrestan una semana después de que me deje un poli? —dijo Evie, rebosante de sarcasmo.

—Casualidad. No estoy en la brigada antidrogas. Y no creo haber terminado contigo.

Se levantó del taburete en el que estaba sentada y apoyó las manos sobre el mostrador.

—¿Cómo lo llamarías tú?

—No pensé que lo nuestro fuera tan serio —dijo Mac.

—No le diste una oportunidad.

—No sabía que ninguno de los dos quisiera dársela —respondió Mac.

Ahora él también estaba en el mostrador, negándose a retroceder y solo medio convencido de que Evie no tenía derecho a estar enfadada. Decía la verdad, pero sabía que podría haberlo manejado mejor. En aquel momento, la herida que le había dejado Siobhan aún estaba fresca y Evie siempre había mostrado interés. Lo detuvo cuando se dio cuenta de que la estaba usando como un apoyo.

—Si así tratas a los clientes habituales, me gustaría ver cómo tratas a los desconocidos —intentó bromear Mac, pero recibió una mirada fulminante.

Evie sorbió por la nariz, volvió a sentarse y retomó su actividad anterior.

—Estoy ocupada. Si quieres comprar algo, adelante. Si quieres consejo sobre qué comprar, búscalo en Google.

—Ninguna de las dos. Quiero que me prestes tu cerebro un momento.

—Entonces compra algo.

Contuvo un suspiro que sabía que iniciaría una pelea. Hubo un tiempo en que él y Evie podían pasar media hora hablando de música. Dos personas a las que no les gustaba la gente, disfrutando de la compañía del otro. Eso ya no existía. El puente había sido dinamitado y las cenizas, esparcidas. Se dio la vuelta, hojeó rápidamente una de las cajas y sacó tres EPs. Los puso sobre el mostrador y sacó el móvil.

—¿Sin contacto?

—Sí —dijo Evie, sin devolverle nada.

Sacó un pequeño lector de tarjetas blanco y lo colocó sobre el mostrador, tecleó un pin y el importe. Lo empujó hacia Mac. Él pagó con el móvil.

—Había una banda que se llamaba Omega. Chicos locales, creo. ¿Te acuerdas de ellos?

—¿Qué han hecho?

—Se disolvieron, pero estoy intentando averiguar sus nombres. Conozco a uno, Richard McCullough.

Evie arqueó una ceja.—Probablemente no debería estar ayudando a los polis. Seguro que está intentando encasquetarles algo. ¡Polis! —hizo que la última palabra sonara como un insulto.

—Ni siquiera los conozco o no estaría preguntando. Han borrado su entrada de la Encyclopedia Extreme, y estoy bastante seguro de que antes había una. Y tú sabes casi tanto del underground como yo.

Mac estaba apelando a la vanidad de alguien que se enorgullecía de su conocimiento esotérico. Como estrategia psicológica, era bastante obvia y Evie era lo bastante lista como para darse cuenta. Pero eso no significaba que tuviera la voluntad de no querer demostrar que sabía más que él.

Le lanzó a Mac una mirada despectiva y se dio la vuelta, mostrando una falda que apenas le cubría el trasero. Mac miró, y Evie, al volverse por encima del hombro, lo sorprendió observándola. Él sostuvo su mirada y se negó firmemente a apartar los ojos. Evie atravesó una cortina de cuentas que colgaba en una puerta detrás de ella. Regresó con un bloc de notas tamaño A4. Las páginas estaban arrugadas y rígidas, cubiertas de apuntes garabateados.

Empezó a pasar las hojas, los ojos oscuros alzándose de vez en cuando hacia Mac. Para cuando encontró la entrada que buscaba, una leve sonrisa asomaba en la comisura de sus labios.

—Omega. Rich McCullough, guitarras. Jacek Andrysiak, batería, Gaunt en la voz...

—¡Gaunt! ¡Eso es! —dijo Mac cuando el nombre que no había podido recordar volvió a su mente—. ¿Tienes un nombre real para Gaunt en tu pequeña biblia?

Ella cerró el bloc de notas de golpe. —No. La banda ya no está activa y no lo ha estado desde hace tiempo. A uno de ellos le pasó algo malo. Una sobredosis o algo así. No lo sé. Gaunt siguió adelante. Se fue al extranjero. Lo último que supe fue que estaba en Oceanía. Hay muchas conspiraciones sobre ellos. Siempre las hay con los maníacos del black metal, si lo hacen bien.

Los ojos de Evie recorrieron la figura delgada de Mac de arriba abajo, y luego volvieron a su rostro. Sus labios carnosos se curvaron un poco más, brevemente. Se mordió el labio inferior.

—Perdón —dijo.

—¿Por qué? —respondió Mac.

—Por ser grosera. Sabes, no pareces un poli. Nunca lo pareciste.

—¿Y cómo se supone que lucen los polis? —preguntó Mac.

—Hombres mayores con panza cervecera y un traje del Asda. O jóvenes idiotas uniformados con complejo de Napoleón —respondió Evie.

Mac sonrió, mirando dentro de su chaqueta como si estuviera comprobando la etiqueta.

—Buenos tratos con George últimamente —dijo.

—Nah. Ese traje te queda demasiado bien —dijo Evie, recorriéndolo con la mirada de arriba abajo por lo menos por segunda vez.

Mac sostuvo su mirada durante un largo momento. Ella era atractiva, y parte de esa atracción residía en que también era una forastera. Como él. Estaba acostumbrado a la atención de las mujeres, consciente de que su tendencia a mirar al mundo con ceño fruncido se interpretaba como un aire melancólico. Era alto, moreno y callado. A las mujeres parecía gustarles. Por un instante, Mac

deseó con fuerza dejar de lado el trabajo y pedirle a esa mujer que tomaran un café. Quería volver a hablar de música, no de asesinatos. Sus ojos se abrieron un poco más, los labios entreabiertos, como si esperara. Como si anticipara algo. Pero él conocía a Evie Black. Sabía los juegos que le gustaba jugar. Podía ver la trampa a kilómetros de distancia.

—Bueno, gracias por tu ayuda —dijo Mac, dándose la vuelta.

—No olvides tus discos —le gritó ella al alejarse.

—Cierto —dijo él, volviéndose para tomarlos de sus manos.

Sus ojos ahumados encontraron los de él y se clavaron. Tomó la iniciativa.

—¿Ni siquiera vas a invitarme a salir? —dijo con un leve tono de coquetería.

—No —dijo Mac mientras salía de la tienda sin mirar atrás.

Capítulo Catorce

La lluvia había pasado. Al salir de la tienda, Mac arrojó los tres discos seleccionados al azar sobre el asiento del pasajero del Audi. Un agente de tráfico subía la colina adoquinada de Robertson's Close en dirección a South Bridge. Miró hacia donde Mac estaba estacionado. Mac cruzó los brazos y le sostuvo la mirada. El hombre apresuró el paso. El teléfono de Mac vibró en el bolsillo de su traje y él se apoyó contra el coche mojado mientras lo sacaba.

—Mel —respondió.

Evie Black había apartado una esquina de un cartel y miraba por la ventana de la tienda.

—He recibido una llamada de la Universidad. Una profesora que se llama... Clio Wray. ¿Llamó al decano, verdad? —dijo Mel.

—Quería que un experto revisara los grafitis en el lugar y una transcripción de las mutilaciones. Le pedí que enviara a alguien especializado en lengua celta o lo que fuera.

—Bueno, la profesora Wray está dispuesta a colaborar. ¿Quiere que le pida que venga?

—¿Está en la Universidad ahora?

—Supongo que sí. Dijo que su despacho está en Old Moray House.

—Eso no está lejos de donde estoy. Llámela y díglele que iré a verla.

Mac colgó, aún mirando hacia la ventana de Raid the Grave. Pensó en Siobhan y sintió culpa. Le molestó. Buscó rápidamente entre sus últimas llamadas y encontró el número de la tienda. Dejó que sonara unas cuantas veces mientras cerraba el coche y se alejaba. El teléfono fijo estaba justo al lado de la caja, así que Evie estaba jugando su propio juego al no contestar. Mac colgó, guardando el móvil mientras doblaba hacia Cowgate, en dirección a Holyrood Road.

La Old Moray House no estaba lejos, y Mac quería ir caminando. Sintió una vibración breve en el bolsillo: una notificación en el teléfono. Había pasado suficiente tiempo desde que colgó para que Evie viera la llamada perdida y enviara un mensaje al número. No miró lo que había escrito. Podía esperar. El casco antiguo lo abrumaba, las aceras llenas de turistas con corta vientos fosforescentes y paraguas en mano. Los estudiantes eran el otro tráfico principal, moviéndose en grupos que reían y hablaban tan alto como los turistas, o en solitario, aislados del mundo por los auriculares.

Al bajar por Gullan's Close, tuvo que girarse de lado para dejar pasar a dos chicas jóvenes con jeans rotos. A ambos lados se alzaban edificios universitarios, los más nuevos, nítidos y limpios con un tono tostado de arenisca. Los más antiguos mostraban los tonos equivocados de verde y marrón, corroídos por los humos del tráfico que devoraban fachadas que no estaban pensadas para soportar ácido. Mientras caminaba, con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos, repasaba los hechos que se iban perfilando. Una conexión con las drogas. Reid quería que se investigara a fondo. El Comisionado de Policía y Crimen lo presionaría a su vez. La prensa se volvía loca con las muertes de ajuste de cuentas entre bandas, y aparentar dureza con el narcotráfico daba puntos políticos fáciles. Mac deseó que McCullough no hubiese sido un adicto. Eso lo habría dejado sin motivo, pero también sin la presión política.

Tendría que tomar medidas para investigar. Eso implicaba traer a Chaz Pollock, que ya tenía abogado. Un problema que no iba a

mejorar. Por otro lado, el ángulo celta era opaco pero interesante. Mientras avanzaba por el estrecho callejón hacia Canongate, se le ocurrió que no era sensato mostrarle fotos de la escena del crimen a una académica probablemente anciana. Alcanzó su teléfono, deslizó el dedo para activar la pantalla y se detuvo. La vibración no había sido de Evie Black. Era de Siobhan.

Tenía la mente llena de imágenes celtas sangrientas, un cuerpo con heridas de arma blanca salvajes. Todo eso se desvaneció con tres palabras de una mujer con la que no hablaba desde hacía tres meses. ¿Seguía en casa de su madre, en Corstorphine? Aquella vieja bruja arrugada que nunca lo había soportado porque su trabajo como policía lo alejaba de su hija y su nieta cuando más lo necesitaban. ¿Estaría Siobhan arrepentida de haber terminado la relación? Su primer impulso fue llamarla, concertar una cita. Seguramente no habría enviado un mensaje si no quisiera verlo. No con tanta urgencia. Entonces la ciudad lo alcanzó. Un alboroto más adelante, voces alzadas, un hombre y una mujer. El policía tomó el control. Mac avanzó por el callejón, con las paredes húmedas y mohosas casi rozándole los hombros. A un lado se alzaba un bloque de departamentos, probablemente una residencia estudiantil. Al otro, un edificio más antiguo, con tejado de pizarra y aspecto lúgubre. El callejón giraba hacia la izquierda, y al doblar la esquina vio a un hombre con la capucha puesta y la cara cubierta por una mascarilla.

Estaba forcejeando por una bolsa con una chica. Ella llevaba unos pantalones de yoga que dejaban ver hasta las pecas y una camiseta ancha. Tenía el pelo largo y oscuro. Se aferraba a la bolsa con tenacidad hasta que el hombre la empujó y ella chocó contra la pared, perdiendo el agarre. Él echó a correr. Mac no malgastó el aliento gritándole que se detuviera. En dos pasos ya iba corriendo a toda velocidad, el móvil aún en la mano, olvidado. El sonido de las pisadas resonaba con fuerza en el espacio cerrado.

—¡Mikey! —gritó alguien con urgencia.

La capucha se giró y Mac vio que la mascarilla tenía un diseño de calavera, huesos blancos sobre fondo negro. Un accesorio de moda que no existía antes de la pandemia. Ahora estaba por todas partes.

Los ojos se abrieron de par en par sobre la mascarilla. Se quedaron fijos en Mac un segundo demasiado largo. Una piedra desapareja lo hizo tropezar y cayó con fuerza sobre una rodilla. Mac acortó la distancia, agarró la sudadera holgada que llevaba el ladrón. El hombre se giró y lanzó un golpe con la mano derecha. Llevaba algo duro y pesado que golpeó a Mac en la sien, dejándolo momentáneamente ciego, todo blanco. Cuando recuperó la visión, el hombre corría por un callejón aún más estrecho que cruzaba Gullan's Close y corría paralelo a Canongate. Mac sabía que era un callejón sin salida. Al incorporarse, se tocó la sien derecha. Sus dedos salieron manchados de sangre y soltó una maldición.

Seguía maldiciendo mientras perseguía al atracador por el estrecho pasaje, desabrochándose la chaqueta mientras avanzaba. Oyó pasos corriendo detrás y, al mirar, vio a la mujer —en realidad, una chica— de pie con la boca abierta como si fuera a gritar. La amenaza encapuchada regresaba. Había llegado al final del callejón y se había dado cuenta de que no había salida. Las paredes eran altas a ambos lados y al fondo había una verja con pinchos curvados hacia dentro en la parte superior. A la Universidad de Edimburgo no le gustaban los intrusos. Mac vio un pecho agitado, ojos desorbitados. Él se interpuso entre el atracador y la libertad. La chica estaba detrás de él, lo que significaba que también se interponía entre ella y el peligro. De cualquier forma, no pensaba moverse.

—Soy policía. No seas idiota, hijo. Ya estás en bastantes problemas —dijo Mac, deteniéndose.

El hombre siguió avanzando lentamente, pero Mac vio cómo los ojos se abrían un instante más antes de entrecerrarse; los brazos se separaban del cuerpo. Soltó la bolsa. El imbécil se estaba preparando para embestirlo. Pero cuando lo hizo, Mac ya estaba listo. Se agachó y recibió el impacto con el hombro, oyendo cómo el aire salía del pecho del hombre al ser empujado por su propio impulso. Mac se incorporó al tiempo que lanzaba la cabeza hacia arriba. Sintió los dientes del otro cerrarse de golpe cuando la parte trasera de su cráneo golpeó la mandíbula del ladrón. Sujetó la parte delantera de la sudadera y notó cómo el cuerpo se tambaleaba hacia

atrás, lo sostuvo el tiempo justo para hundirle un puñetazo en el costado. Luego, al soltarlo, alzó la rodilla y esta impactó limpiamente contra una sien. Todo terminó en pocos segundos. Nada elegante. Una pelea callejera sucia, de gruñidos, y Mac había aprendido a pelear con la fiera de un animal salvaje casi antes de saber hablar.

Se echó hacia atrás, respirando con fuerza entre dientes apretados por la rabia. El hombre gemía, moviéndose sobre el suelo mojado. Mac buscó su teléfono, que había vuelto a guardar en el bolsillo cuando siguió al atracador por el callejón. Al sacarlo, vio el daño adicional: una grieta que iba de una esquina a otra y un estallido multicolor de estática pixelada. Lo apretó con el dedo, pero no respondió. Entonces, algo pesado y duro le golpeó en la parte trasera de la cabeza, haciéndolo caer de rodillas. La chica estaba detrás de él, con su bolso sostenido con ambas manos por las correas. Mac la miró incrédulo mientras ella corría a ayudar a su propio atracador.

—¡Vamos, Mikey! —dijo ella con urgencia.

—¡Eh! ¡Soy policía! —bramó Mac.

—¡Estás en cámara! ¡Brutalidad policial! —replicó la chica, alzando su propio teléfono.

—Intentaba ayudarla —dijo Mac.

—No te pedí ayuda, cerdo —dijo ella mientras salía corriendo, con su novio —porque claramente eso era lo que era— tambaleándose a su lado.

Mac soltó una sarta de maldiciones, en voz alta y sin contención. Se incorporó, haciendo una mueca por el dolor en la cabeza, y se secó la sangre de la sien. Su traje estaba manchado de agua y sustancias innombrables. Arrojó el teléfono contra una pared, haciéndolo estallar en fragmentos de cristal, y salió del callejón con paso decidido. Por un momento, consideró volver sobre sus pasos hasta el coche. Pero tardaría más que ir a pie hasta Old Moray House. Siobhan volvió a su mente, pero apartó el pensamiento. No podía hablar con ella ahora. No hasta conseguir un teléfono nuevo. Tampoco podía mostrarle las fotos a la profesora vieja; estaban en su teléfono. Al salir a Canongate, avanzando hacia el este en dirección a Holyrood, los locales lo ignoraron deliberadamente. Los

turistas miraban, pero no por mucho tiempo. Nadie tenía ganas de cruzarse con su mirada. Y todos, sin excepción, se apartaban a su paso.

Había un moderno sistema de intercomunicación en uno de los postes cónicos de piedra del portón. Una puerta estaba situada al lado. Vio el nombre Prof. C. Wray y pulsó el timbre. Una voz juvenil respondió.

—¿Sí?

—Inspector jefe McNeill, policía. Creo que mi oficina llamó con antelación —dijo Mac.

—Sí, suba. Primera puerta a la izquierda, al subir las escaleras. Estoy en el rellano del primer piso —respondió Clio.

La puerta hizo clic y Mac la empujó para abrirla.

Capítulo Quince

—¡Dios mío, ¿qué le ha pasado! —fue el saludo de Clio a Mac cuando él abrió la puerta de su oficina.

Se arrepintió de inmediato de haber decidido mantener esa cita. Pero, sin un teléfono para avisar a la profesora Wray del motivo de la cancelación, corría el riesgo de que ella se molestara. Y quién sabía cuándo volvería a tener un hueco en su agenda, incluso para una investigación policial. Iba mirando al suelo cuando entró en la oficina, cohibido por el estado de su ropa y su cara. Cuando alzó la vista desde debajo de sus cejas, se detuvo. Clio no era lo que había esperado. Tenía poco más de cuarenta años, era atractiva, con una mandíbula marcada que enmarcaba unas mejillas redondeadas y unos ojos azul oscuro. Muy atractiva. Se había levantado de su asiento y cruzaba la habitación hacia él, un par de pasos cortos en el espacio reducido, arrastrando una silla de madera mientras avanzaba. Era del tipo plegable, con un cojín atado al respaldo. Mac notó ese detalle extraño; simplemente le pareció fuera de lugar en una universidad.

—Un robo —dijo, buscando su placa policial—. Soy...

—¿El inspector jefe McNeill, supongo? —dijo Clio, sentándose en una esquina de su escritorio y haciendo caer una pila de papeles.

Se levantó de un salto, intentando atrapar la cascada de papeles, pero no lo consiguió. Mac notó que tenía un buen trasero, perfectamente resaltado por unos jeans negros ajustados. Alcanzó a ver un atisbo de tinta en la parte baja de su espalda, donde el jersey y la camiseta que llevaba debajo se habían subido ligeramente. Apartó la vista antes de que ella se diera la vuelta, luchando por controlar el montón de papeles que llevaba en los brazos.

—Perdón, tengo un poco de desorden. Soy académica, al fin y al cabo. Hay una razón para el estereotipo del profesor chiflado —dijo, sonriendo.

Mac se sintió desarmado por esa sonrisa. Era descarada y despreocupada. Combinada con la oficina estrecha y fría, y la sensación de caos apenas contenido, le daba a la profesora Wray un aire de vulnerabilidad que contrastaba con su actitud segura.

—¿Quién se atrevería a asaltar a un policía? —preguntó ella, dejando los papeles y sentándose tras su escritorio.

—La víctima —comentó Mac, y luego agitó una mano como restándole importancia al comentario—. No importa. Le pido disculpas por presentarme con este aspecto, como si me hubieran arrastrado por un seto. Mi teléfono no funciona y no pude llamar para cancelar.

—No se preocupe —dijo Clio—. Un poco de drama le da algo de emoción a un día entero corrigiendo exámenes. Nunca digo que no a un poco de emoción.

La sonrisa desarmante volvió a aparecer. Mac se preguntó si ella sabía que lo hacía, si lo hacía a propósito. Ese era el tipo de pensamiento que solo tenía un policía. Cínico y paranoico. Apenas acababa de conocer a la mujer. Tal vez ese golpe en la cabeza le había afectado más de lo que pensaba.

—Me temo que no estoy preparado para la reunión que quería tener con usted. Había planeado mostrarle unas imágenes de lo que creemos que son una serie de inscripciones celtas —dijo Mac, intentando retomar el control de la situación, adoptando su mejor tono de oficial superior.

—Sí, Karen mencionó algo al respecto. Una escena del crimen fueron las palabras que usó, creo —respondió ella.

—Correcto. ¿Se refiere a la doctora Karen Martins? —preguntó Mac, sacando su libreta y un lápiz, y hojeando hasta la página donde había anotado los detalles.

—Sí. Guau, no pensé que un policía moderno usaría uno de esos. Pensé que ahora todo sería teléfonos y aplicaciones —dijo Clio.

—Lo intenté, y justo cuando iba a usarlo para declarar en el tribunal, mi teléfono se quedó sin batería. Una vez y no más, ¿eh? —dijo Mac con ironía.

Clio se rio. —Oh no. ¿De verdad le pasó eso?

—Que Dios sea mi testigo —dijo Mac con gravedad, llevándose una mano al pecho—. ¿Cuánto le contó la doctora Martins sobre la ayuda que necesitaba?

La mirada de Mac se desvió hacia una esquina de papel que sobresalía del montón caído al suelo. Era la impresión de una fotografía. Pudo distinguir varios tonos de rojo y algunas líneas oscuras, curvas y con forma de gancho. Sin dejar que su vista se detuviera demasiado en el papel, miró su libreta y empezó a esbozar las formas que había alcanzado a ver, sin dar señales de lo que hacía. Había algo familiar en esas formas.

—Exactamente eso. Algunas inscripciones en una escena del crimen que requieren traducción —dijo ella.

—Ya veo —respondió Mac, observando a Clio con atención.

Ella se sentó con las manos entrelazadas frente a sí y le sostuvo la mirada. Pero sus pulgares entrelazados se movían nerviosamente, de un lado a otro.

—No mencioné la palabra “traducción” en mi correo ni cuando hablé con su jefe. ¿De dónde salió eso? —dijo Mac.

La boca de Clio se abrió y se recostó en la silla. Se cerró de nuevo, y ella miró su portátil cerrado, tamborileando los dedos sobre la tapa.

—¿Qué más querría usted que hiciera una académica con inscripciones antiguas? —dijo ella.

Mac sonrió. —Supongo que sí.

El instinto le erizó los vellos de la nuca. Esta profesora encantadora, con un leve acento de Yorkshire, ocultaba algo.

—¿Sería posible conseguir una taza de café o té? —preguntó Mac. El truco más viejo del mundo, pero quería echar un vistazo a la pila de papeles y necesitaba que Clio saliera de la oficina para hacerlo.

Sus ojos se deslizaron hacia la página que él había notado. El color le invadió el rostro, recogió el montón de papeles, lo barajó y lo colocó al otro lado del escritorio, oculto a la vista tras una pila de libros.

—Me temo que nuestro presupuesto no da para una máquina de café —dijo ella—. Y la tetera de la cocina está rota —añadió, sin lograr sonar convincente en absoluto.

Mac cerró el cuaderno y le dirigió a Clio una mirada larga y directa.

—¿Quiere decirme por qué de repente está tan nerviosa y qué me está ocultando en esa pila de papeles? —dijo él.

Por un momento, pensó que ella iba a fingir que no pasaba nada. No sería difícil. Mac no podía iniciar un registro sin una razón, y obligar a Clio a mostrarle los papeles constituiría un registro, a menos que ella los entregara voluntariamente. Pero no todo el mundo sabía eso. A veces, la gente simplemente asumía que había que obedecer siempre a un agente de policía. No era frecuente, y mucho menos entre los delincuentes. Pero siempre valía la pena intentarlo. Clio se desinfló como un globo pinchado. Sacó un manojito de papeles, se los entregó y se cubrió la cara.

—Estoy en un problema enorme si Karen se entera de esto. Probablemente he infringido la ley también, pero necesitaba el dinero.

Mac ocultó la emoción que sentía. Las imágenes en los papeles se parecían tanto a la escena del crimen que cubría las paredes de la oficina de su equipo que podrían haber sido del mismo lugar. Inscripciones de círculos y líneas horizontales, algunas atravesadas verticalmente. Grabadas en carne. Sangre coagulada, oscura y delineada en un rojo más brillante. Talladas en un brazo. Mac frunció el ceño. La muñeca en la foto había sido cortada verticalmente. Las muñecas de Richard McCullough no habían sido cortadas. Esto parecía un suicidio.

—¿Dónde consiguió esto? —preguntó, hojeando los papeles.

Llegó a una imagen de inscripciones embadurnadas en una pared; la sangre goteaba hacia el suelo, dificultando distinguir las inscripciones. En la esquina superior de la imagen había un cuadrado blanco, o al menos una esquina de él. Mac entrecerró los ojos. Parecía un lienzo. Esto era demasiado. Demasiada suerte. Demasiada coincidencia. El universo no trataba así a los polis. Clio vacilaba, y Mac alzó la vista. Algo en sus ojos hizo que ella se apartara del escritorio hasta chocar contra la pared. Se humedeció los labios.

—Un periodista me pidió que hiciera lo mismo que usted quiere que haga. Que mirara unas fotos de lo que él decía que eran inscripciones celtas o pictas y que las tradujera.

—Esto es una escena del crimen —dijo Mac con frialdad.

—Es un suicidio —respondió Clio, con un matiz defensivo.

—¿Y cómo demonios lo sabe?

—¡Oiga! Yo no las tomé. Me las dieron. Y sé que es un suicidio porque sé quién aparece en la foto.

—¿Y? —apremió Mac.

—Se llama Alex Martins. Es el hijo de Karen. Era el hijo de Karen.

Ella empezaba a parecer angustiada y Mac se dio cuenta de que quizá había interpretado demasiado el papel de detective. Necesitaba que esa mujer hablara con libertad y sin miedo a las consecuencias. Puede que se hubiera infringido alguna ley al obtener esas fotos, pero a él no le importaba. Quería encontrar a la persona que las había tomado.

—Clio. ¿Está bien si te llamo Clio? —dijo Mac.

Clio asintió con brusquedad, los labios apretados. Lo cual era una pena, porque tenía unos labios carnosos que resultaban muy sexys. Pero no cuando estaba asustada, evidentemente.

—Clio, no estás en ningún problema. Todo esto simplemente me sorprendió. Tengo fotos de la escena del crimen y son muy parecidas a estas. ¿Ves por qué me interesa tanto saber de dónde las sacaste?

—Sí, sí —dijo Clio finalmente—. Mira, mentí... la tetera funciona perfectamente. ¿Todavía quieres un café? A mí me vendría bien uno.

Mac se echó a reír. Fue una risa genuina y sentida, y logró que Clio esbozara una sonrisa. Unos pasos apresurados resonaron sobre la madera desvencijada fuera de la puerta. Clio se levantó de un salto, prácticamente saltando por encima del escritorio en un segundo, y le arrebató las fotos de las manos a Mac. Los pasos subieron por las escaleras sin detenerse, desvaneciéndose por el pasillo de arriba. Clio soltó un suspiro de alivio y luego perdió el equilibrio. Se había estado sosteniendo con una mano, mientras con la otra agarraba los papeles. Ahora cayó hacia adelante, directamente sobre Mac. Él dejó caer los papeles y la atrapó en su caída, terminando con ella sobre sus piernas, mirándolo desde abajo. Sus rostros quedaron a centímetros de distancia y la mano de Mac había aterrizado, completamente por accidente, sobre su pecho derecho. Cuando se dio cuenta, retiró la mano como si se hubiera quemado, y Clio cayó al suelo. Él se levantó de un salto e intentó ayudarla a incorporarse justo cuando ella hacía lo mismo. Sus cabezas chocaron con un golpe seco y sonoro.

Mac se dejó caer de nuevo en la silla, llevándose una mano a la frente, mientras Clio se apoyaba contra la pata del escritorio en la misma postura. Por un momento, se miraron y luego ambos estallaron en carcajadas.

—¡Odio esta sala! —exclamó Clio—. Y si Karen se entera de que le quité estas fotos al periodista, me va a despedir.

—No lo sabrá por mí. Estoy estacionado no muy lejos de aquí. Trae estas cosas y podemos ir a algún sitio menos...

—¿Público? —dijo Clio, extendiendo la mano para que la ayudara a levantarse.

—Yo iba a decir claustrofóbico —respondió Mac, ayudándola a levantarse. Y desordenado, se dijo a sí mismo.

Capítulo Dieciséis

Clio metió sus papeles en un gran bolso de lona que sacó de debajo del escritorio, después de sacar primero algo de ropa. Mac notó unos pantalones cortos y una camiseta. Añadió su portátil al montón, luego cerró la cremallera del bolso y se lo echó al hombro. Ella encabezó la salida, bajando de nuevo por las escaleras. Una mujer estaba entrando en el edificio justo en ese momento y levantó la vista. Mac notó su cabello oscuro y piel pálida, mayor de lo que parecía y, además, bastante atractiva.

—¡Hola, Karen! —dijo Clio con alegría—. Este es el inspector jefe McNeill. Le dije que lo acompañaría a la comisaría para ayudar con su investigación.

Karen miró más allá de Clio hacia Mac, quien le sonrió de manera encantadora.

—Gracias por ofrecernos a su personal para esto, doctora Martins —dijo Mac, adivinando que la mujer era la doctora Karen Martins con quien había intercambiado correos electrónicos. La misma Karen Martins cuyo hijo era el espeluznante protagonista de las fotos en el bolso de Clio. Y de algún modo vinculado a la muerte de Richard McCullough. Tal vez.

—No sabía que implicaría un interrogatorio oficial —dijo Karen, con la mirada directa y sin mostrar miedo.

—No, no es nada de eso. El material con el que necesitamos ayuda es altamente sensible. Prefiero que la profesora Wray lo revise en persona —dijo Mac—. No la retendremos mucho tiempo.

Karen Martins frunció los labios mientras se hacía a un lado para dejar salir a los dos por la estrecha puerta detrás de ella.

—¿Puede darme más información sobre la naturaleza de su investigación? —preguntó Karen.

—Me temo que no. Pero agradezco mucho la ayuda de su facultad —respondió Mac, saliendo por la puerta.

—Me ofrecería a ayudar personalmente, pero me temo que mi agenda simplemente no lo permite —replicó Karen.

Mac esbozó una sonrisa cortés, preguntándose qué tipo de agenda académica podía considerarse más importante que colaborar con una investigación policial oficial. Tal vez el suicidio de su hijo aún estaba demasiado reciente en su mente. No había revelado la naturaleza de la escena del crimen, solo que necesitaba a un experto en simbolismo celta. Pero si el mismo tipo de simbolismo estaba presente en la escena de la muerte de Alex Martins, eso podría significar que era demasiado cercano para su comodidad.

—Estoy seguro de que la profesora Wray también es una experta en su campo. Lo hará bien.

—Lo es. Casi tanto como yo —respondió Karen, con una sonrisa tensa—. Pero como dije. Las agendas. No la retenga demasiado tiempo, inspector.

Dicho eso, Karen Martins se alejó con paso firme y Mac la oyó subir las escaleras con estrépito mientras la puerta se cerraba tras ella. Durante un momento, se quedó quieto, reflexionando sobre el intercambio. Luego se dio la vuelta y alcanzó a Clio. Rehicieron sus pasos por las afueras del casco antiguo hasta el estacionamiento donde él había dejado el coche. Clio mantuvo un flujo constante de narrativa semi-interesante sobre la historia del distrito y los edificios antiguos que pasaban. Mac se conformó con dejarla hablar, queriendo retrasar los detalles específicos del caso hasta que estuvieran en un lugar más seguro. Al llegar al coche, no vio rastro de Evie en la ventana al mirar hacia la tienda. Clio recogió los discos al abrir la puerta del pasajero. La carátula era de colores brillantes y

extremadamente llamativa. Mac se los quitó y los arrojó al asiento trasero.

—¿Es tu gusto o el de un hijo adolescente? —preguntó Clio al subir.

—¿Hay que ser chico para apreciar el metal? —preguntó Mac.

Clio se sonrojó. —Eso fue inexcusablemente chovinista de mi parte. Perdón. Prejuicios inconscientes y todo eso.

—Son míos, una compra impulsiva —dijo Mac.

—A mí me pasa igual, pero con mapas antiguos —dijo Clio.

Mac no tenía intención de alargar la charla trivial, pero aquello captó su atención. La idea le atrajo de una manera que no sabía explicar del todo.

—¿Qué tipo de mapas, como los del servicio cartográfico? —preguntó.

—Puede ser, pero mi interés principal es mucho anterior al siglo XIX. Tenía echado el ojo a una reproducción de un mapa medieval que databa de alrededor del año 1400. Más una pieza de arte especulativo que un ejemplo de cartografía. Tenía marcadas líneas ley y cubría esta parte de Escocia.

—¿Líneas ley? —preguntó Mac.

—Líneas de poder que se dan en la naturaleza. Se cree que parten de focos específicos, como Stonehenge, por ejemplo. Castle Rock, aquí en Edimburgo, sería otro. No es ciencia como tal, así que no es algo que ande proclamando. Pero tengo la mente abierta para casi todo. En fin, no podría decirte mucho más sobre esa pieza en particular porque me la arrebataron en el último momento. La tenía reservada y todo, y alguien llegó y le ofreció al vendedor el doble del precio —Clio hizo una mueca y se encogió de hombros—. Probablemente era demasiado dinero para gastar en algo frívolo cuando tienes un preadolescente en casa, de todos modos.

Mac decidió terminar con la charla trivial, dejando de lado sus propios intereses y descartándolos como una simple atracción hacia Clio. Su maldita libido iba por libre desde que Siobhan se había marchado. Se giró en su asiento para encararla, apoyando el brazo en el reposabrazos del asiento del conductor. Entrelazó los dedos y la miró con franqueza.

—¿Podrías contarme ahora sobre el periodista y cómo consiguió esas fotos?

Clio le contó todo lo que sabía sobre Ramsay Jones. Mac tomó notas rápidamente, añadiendo sus propias preguntas conforme le venían a la mente. Preguntas que Clio no estaba en posición de responder. Como, por ejemplo, cómo había conseguido Jones las fotografías policiales de una escena de suicidio, porque eso era lo que tenían que ser. Nadie más entraría en una habitación empapada de sangre con un cadáver mutilado y se detendría a tomar fotos. Clio le mostró todas las imágenes que había impreso y las que tenía en su portátil. Alex Martins había sido mutilado de forma similar a Richard McCullough. Las paredes habían sido marcadas con sangre de la misma manera que el grafiti en la escalera de la Bute Tower. Luego estaban las otras imágenes. Una foto de un tatuaje, complejo, ornamentado y claramente similar a las inscripciones en la escena del crimen y en la escena del suicidio de Alex Martins.

Otra mostraba grafitis, la parte inferior de un puente en algún lugar. Era imposible saber dónde por las imágenes. Un lateral de un edificio. Una señal de tráfico.

—No quiso entrar en muchos detalles —dijo Clio—. Solo que estaba trabajando en una historia y que todas las imágenes estaban relacionadas. Insinuó una teoría que tenía, pero no me dio ninguna información definitiva. Solo quería saber si esto era un lenguaje y, si lo era, qué decía.

—¿Lo es? —preguntó Mac.

—Creo que sí. Esas líneas horizontales y verticales son una forma de ogham, que se encuentra principalmente en el oeste de Escocia y en Irlanda del Norte. Esos símbolos curvos son comunes en esta parte del país y pueden rastrearse hasta las tribus pictas prerromanas de esta zona. Ambos entrarían en lo que describirías como celta.

—Necesitaré quedarme con esto —le dijo Mac, ordenando los papeles—. Parecen fotos policiales, así que no deberían estar en el dominio público.

—Pero he cobrado por traducirlas —protestó Clio.

—Bien. Cuando Ramsay Jones venga a buscar sus conclusiones, me gustaría que me contactaras —dijo Mac—. Si aún le debes algo por su trabajo, le dejaré que le pague antes de llevármelo para interrogarlo. —Le dedicó una sonrisa y un guiño.

Clio se sonrojó de verdad.—¿Sospecha de algo? No ha dicho mucho sobre en qué quería que le ayudara.

Mac extendió la mano hacia el asiento detrás de Clio y sacó una mochila del espacio para los pies del pasajero. Colocó los papeles dentro y cerró la cremallera.

—Tengo una escena de asesinato que se parece a lo que ya has visto. No sé si el señor Jones ha hecho algo, pero ahora es una persona de interés. Al menos hasta que averigüemos qué sabe sobre Alex Martins y cómo consiguió esas fotos.

Encendió el motor del coche. En ese momento, la ayuda de Clio había bajado en la lista de prioridades de Mac. Había que establecer la conexión entre Alex Martins y Richard McCullough. Sus muertes eran demasiado parecidas. Mac quería ver qué registros existían sobre el suicidio, quién lo había investigado, qué pruebas se habían recogido. Cuál era la conexión entre los dos hombres.

—¿Te animas a venir a la comisaría para ver las fotos de mi escena del crimen? No es agradable, así que si prefieres no hacerlo...

—No soy aprensiva —dijo Clio con firmeza—. Y ya he llegado hasta aquí. Karen puede ser un poco dura, pero es una buena persona, y lo pasó muy mal cuando Alex murió. Acabó en el hospital más de un año, y nadie sabe por qué lo hizo. Si hay alguna forma en que su caso pueda arrojar algo de luz, entonces cuenten conmigo.

Había determinación en sus palabras y una firmeza en la mandíbula que Mac aprobó. No podía obligarla, solo apelar a su sentido del deber cívico o tentar con la posibilidad de buena publicidad, ya fuera para una carrera individual o para la reputación de la institución misma. De esas tres motivaciones, normalmente al menos una servía como palanca. Pero Clio parecía tener ideales más elevados. Era refrescante. Asintió.

—Vamos a llevarte a la comisaría, entonces.

—Es curioso que tengas esos álbumes. Ese tipo de cosas le interesaban a Alex. Lo conocí un par de veces. Era músico, un tipo

medio gótico —dijo Clio—. Karen me puso una de sus cintas una vez. A mí me sonaba como un ruido infernal, pero ella estaba orgullosa de él. Mac estaba dando marcha atrás, girando el coche grande en el estrecho callejón. Pero algo resonaba dentro de él como un diapasón. Músico, ahí estaba la conexión. Qué curioso era a veces el destino. Revisabas declaraciones y hablabas con gente, sin llegar a nada. Y luego, en una conversación de cinco minutos con una completa desconocida, descubrías más sobre tu víctima que en una semana entera de investigación.

Capítulo Diecisiete

Kai y Nari todavía no habían vuelto cuando Mac regresó a Niddrie Road. Melissa ya estaba allí, y Mac la presentó a Clio. Pero solo después de asegurarle a Melissa que estaba bien; ella lo había mirado una sola vez y se había convertido en la madre de la oficina. Si él la hubiese dejado, probablemente lo habría mandado a casa. Le advirtió a Clio, antes de entrar en la oficina, sobre lo espeluznante de las fotos. Al enfrentarse con sangre, vísceras, salpicaduras y mucho rojo, Clio palideció un poco, pero pareció concentrarse de inmediato en las inscripciones. Se distrajo, dejó en el suelo la bolsa que había traído desde el coche, seguida de su chaqueta, sin fijarse realmente en dónde las ponía. Mel las recogió del suelo y las colgó en la silla más cercana. Clio estaba observando de cerca el conjunto de fotos más cercano, tomadas desde la escalera del edificio, moviendo los labios en silencio. Mac intercambió una mirada con Melissa, que parecía intrigada.

—Un par de mensajes para usted, jefe —dijo Melissa—. Del mismo número y redirigidos aquí a través de la centralita. ¿Una tal Siobhan McCready?

Mac recordó la llamada perdida que no había podido devolver porque su teléfono se había roto.

—¿Puede mostrarle a la profesora Wray todo lo que quiera en relación con los símbolos? Ella va a ser nuestra experta —le dijo Mac a Melissa.

—En realidad, es doctora Wray —dijo Clio sin darse la vuelta—. Pero Clio está bien.

Mac entró en su cubículo de paredes de cristal, cerró la puerta y luego las persianas que cubrían la mitad superior.

Descolgó el teléfono del escritorio y marcó de memoria el número de Siobhan. Una voz con acento irlandés respondió tras unos cuantos tonos.

—¿Hola?

—¡Siobhan! Soy Callum —dijo Mac—. Perdón, estaba trabajando. No tuve oportunidad de responder.

Ahora que la tenía al teléfono, se sentía ridículamente nervioso. Como un colegial. Se acomodó detrás del escritorio, se recostó en la silla y luego se inclinó hacia adelante, incapaz de relajarse.

—Ah, sí, eso fue hace un rato, Callum. Perdona, estaba en pánico y...

—¿Qué pasó? ¿Es por Áine? —Mac fue directo al único motivo que se le ocurría para que Siobhan estuviera alterada.

Sintió un vacío en el estómago, que no tenía que ver con la idea de que Áine pudiera estar herida o en problemas. Parte de él había querido que el mensaje de Siobhan fuera el preludio de un reencuentro apasionado. Que ella se hubiera derrumbado y no pudiera resistirse, entregándose a alguna fantasía febril. Había sido infantil. Mucho más probable era que Siobhan necesitara ayuda y hubiera recurrido al único policía que conocía personalmente, buscando una respuesta directa en lugar de esperar a que una fuerza policial sobrecargada y mal equipada pudiera actuar.

—Lo fue. Ella no estaba en el colegio. Yo la dejé, pero el colegio me dijo que no se presentó al registro. Pero ya la encontramos. Perdona por molestarte...

Sonaba arrepentida, también incómoda. Mac sintió un destello de rabia, pero lo contuvo. No era culpa de ella que él se hubiera hecho ilusiones. Ella había hecho lo correcto. No importaba cómo hubieran

terminado las cosas entre ellos después de tres años. Si Áine estaba en peligro, él habría estado allí aunque fueran las tres de la mañana.

—Está bien. ¿Dónde estaba?

—Ella y su amiga Katie tomaron un autobús al centro por el día. Una de mis amigas, Phoebe, las vio y me llamó. Nada grave.

—Pero no es propio de Áine —dijo Mac.

—No, ha estado comportándose raro desde... hace unos meses. Probablemente sea la pubertad.

—Vale. ¿Quieres que hable con ella?

Hubo un silencio al otro lado, un leve gruñido de frustración, luego un suspiro. Conocía bien esa combinación. Siempre ocurría cuando Siobhan estaba enfadada e intentaba disimularlo.

—No, no creo que debas hablar con ella. No quiero darle falsas esperanzas. Y si apareces de la nada...

Mac sintió la punzada de la frustración, con la sensación de que Siobhan se estaba contradiciendo, intentando deliberadamente marcar puntos.

—Me llamaste. Presuntamente para ayudar a buscarla.

—Como policía. ¡Por Dios, Callum! —respondió Siobhan con brusquedad—. No es lo mismo que tú aparezcas de repente para una charla sentimental. Va a pensar que estamos volviendo, y no es así.

Fue tajante. Tan tajante como lo había sido Siobhan la noche en que lo dejó. Mac sintió la misma rabia resentida, la misma sensación impotente de injusticia. Alzó la vista y vio cómo Clio había tomado una foto del panel para colocarla sobre un escritorio, dibujando algo en una hoja junto a ella. Melissa estaba descolgando otras imágenes, aparentemente siguiendo instrucciones de Clio. Sus ojos se cruzaron con los de Mac por un instante, una comunicación muda. Parecía que Clio había dado con algo; trabajaba con intensidad, como si tuviera un propósito claro. La mirada de Melissa decía lo mismo. Demasiado tarde, Mac se dio cuenta de que Siobhan había terminado de hablar y que él se había desconectado durante la mitad de la conversación.

—¿Estás siquiera escuchando? Supongo que estás en la oficina, ¿no? No tienes teléfono fijo en casa. ¿Te estoy distrayendo del

trabajo ahora mismo?

Ahora había un tono muy peligroso en su voz. Era lo bastante afilado como para hacer daño, y él podía oír la fragilidad cristalina en su tono, a punto de romperse en ira en cualquier momento.

—Sí, lo estoy. —No, no me estás distrayendo —respondió él.

—Entonces, ¿vas a contestarme? —exigió Siobhan.

Mac no tenía ni idea de cuál había sido la pregunta. Su mente se había desviado hacia el caso y las posibilidades de que las formas extrañas tuvieran algún significado. Tal vez un asesinato ritual.

—No he hecho ninguna pregunta, Callum —dijo Siobhan.

Era peor que la ira. Su voz sonaba cansada, derrotada. Mac cerró los ojos, apretando los dientes y conteniendo la rabia ante los juegos de Siobhan. No se le daban bien los juegos. No sabía leer las señales y siempre le había enfurecido que una discusión se convirtiera en una trampa donde se acumulaban puntos.

—Mira, debería haber llamado al 999. Siento haberme asustado y haber acudido a ti. No fue justo. Adiós, Callum.

Mac guardó silencio cuando la línea se cortó. Había querido decir su nombre, hacer que se quedara al teléfono, pero no fue capaz. No iba a rebajarse de esa manera. Ella lo había dejado. Con un control absoluto, colgó el auricular. Durante un momento se quedó mirando la pantalla del computador en una esquina del escritorio, donde se veía el logo de la Policía de Escocia. Luego acercó el teclado, introdujo sus credenciales y revisó su bandeja de entrada. Correos de Blakely elogiándolo por su rueda de prensa y sugiriendo una continuación, además de un borrador de mensaje para redes sociales con el fin de difundir que la policía tenía todo bajo control. Un mensaje seco de Reid, preguntando por qué no respondía al teléfono. Mac siguió hojeando. Informe de autopsia de Richard McCullough. Nada que no supiera ya. Actualizaciones de Nari: nadie en Bute Tower hablaba. Según sus vecinos, nunca salía, no hablaba con nadie ni hacía nada. Era un ermitaño.

No lo era. Mac conocía las señales de la intimidación a testigos. La gente sabía que no debía hablar con la poli. Sabían que Chaz Pollock había sido interrogado. Sabían que estaba protegido y nadie quería verse involucrado. Mejor fingir que McCullough nunca había

existido. Todos pensaban claramente que se trataba de una venganza entre traficantes. Mac sintió esa conocida rabia fría al ver que personas así estaban dispuestas a dejar que criminales como Pollock o Allen se salieran con la suya. No podían ver que guardar silencio no hacía más que perpetuar el terror bajo el que vivían desde el principio. O tal vez eran los más listos. Cuando los criminales tenían controlados a los agentes de policía, ¿cómo confiar en la misma fuerza que se suponía debía protegerte? Empujando la silla hacia atrás, salió con paso firme hacia la oficina principal.

—¿Tienes algo interesante, doctora Wray? —preguntó.

Ella levantó la vista. —Clio, por favor. Y sí. Hay algunos caracteres en común entre las marcas que Alex se hizo a sí mismo y las marcas del cadáver. Y cuanto más miro, más veo. Mire.

Puso dos imágenes una al lado de la otra y luego una tercera hoja de papel donde había dibujado una copia limpia de la figura. Para Mac, era un conjunto de líneas, como una marca de conteo. Sin sentido. Pero los ojos de Clio brillaban. Melissa se había girado en su asiento y observaba con atención mientras Mac se acomodaba en una esquina del escritorio.

—La cuestión es que estas no son formas al azar. Si tengo razón —y creo que la tengo—, pertenecen a un dialecto poco conocido de runas pictas. Las encontraron hace unos diez años en unas cuevas bajo el castillo, aquí en Edimburgo. Y desde entonces han aparecido en artefactos hallados en una excavación justo a las afueras de la ciudad, bajo los cimientos de un edificio que estaban demoliendo. El parecido es asombroso. Demasiado esotérico como para que un chico joven simplemente se lo haya topado en internet. Creo que Alex sabía lo que estaba haciendo, y su asesino también.

Mac miró a Clio con unos ojos que habrían hecho pensar a cualquiera que estaba a punto de acusarlo de algo. Clio le sostuvo la mirada, con los ojos muy abiertos y las mejillas sonrojadas. Parecía una niña que acababa de resolver un acertijo, eufórica por su victoria. La terrible naturaleza del enigma se le había escapado en su entusiasmo por resolver el misterio. Mac pensó que había perdido su verdadera vocación. Si alguna vez había conocido a una detective nata, era ella.

—¿Qué dices?

—No lo sé por ahora. Necesito investigar un poco más.

Mac asintió. —Necesitamos saber más sobre Alex Martins —dijo

—. Tenemos que hablar con su madre.

El rostro de Clio se descompuso. —¿En serio? Demonios, me van a despedir, ¿verdad?

Capítulo Dieciocho

Mac quería ir a ver a Karen Martins de inmediato. Melissa le recordó lo de su cabeza y el hecho de que parecía como si hubiera caído y rodado en un charco. Varias veces. Él sonrió con resignación, dispuesto a dejarse cuidar mientras flotaba en la euforia de lo que parecía una pista sólida. Dejó a Melissa con la tarea que la había ocupado todo el día: localizar a los familiares de Richard McCullough, alguien, cualquiera, a quien pudiera decirle que él ya no estaba. Había algo insoportablemente triste en no poder encontrar a nadie. Clio parecía feliz de quedarse en la comisaría, tras haberle mostrado las máquinas expendedoras y los baños. Mac se alegró de que quisiera sumergirse tanto como quisiera, mientras pensaba en cómo justificar ante Reid el haber dejado que una civil se involucrara en la investigación. No tener móvil ayudaba; podía retrasar contarle a su jefe este último paso. Condujo hasta su casa, se cambió de ropa y luego se dirigió de nuevo a Old Moray House.

La oficina de Karen Martins estaba cerrada con llave. Un colega con una mata de pelo blanco a pesar de su rostro relativamente joven asomó la cabeza por una puerta y le informó que Karen se había ido por el día. Se había marchado temprano a casa. Mac mostró su placa y fue dirigido a una oficina administrativa donde le proporcionaron, con diligencia, una dirección particular. Karen

Martins vivía fuera de Edimburgo, en un pueblo llamado Ratho, no muy lejos del aeropuerto. No había señales de que lo siguieran desde que logró despistar al vehículo registrado de la Unidad Anticorrupción más temprano. Aún así, Mac se mantenía alerta. Su mente divagaba sobre los tipos de cosas que podrían interesarle a Anticorrupción. No les había gustado que Kenny Reid los dejara para volver al trabajo operativo. Algunos en la unidad lo consideraban una traición. Desde luego, no fue un paso adelante en la carrera de Reid. Así que tal vez buscaban presionar a Mac para llegar a Reid. A algunos oficiales superiores de Anticorrupción les encantaría tener algo contra su antiguo colega. Mac tampoco era precisamente un santo. Nunca se había torcido, como tal. Pero había estado cerca unas cuantas veces. Y luego estaba su vida antes de entrar en la policía. Mientras la lluvia comenzaba a caer con fuerza, y él avanzaba hacia el oeste por la M8, su mente volvió a aquella carretera cubierta por una cortina de agua. Viendo a Mark Souter avanzar encorvado, con la cabeza gacha. Un asesino que había pasado la noche divirtiéndose mientras su hermana yacía bajo tierra. Si lo iban a crucificar por un crimen que había cometido de joven, entonces ojalá lo hubiera terminado. Excepto que sabía que eso lo habría consumido por dentro. Algunos hombres podían matar y cargar con ese peso. O simplemente no sentirlo. Mac se conocía lo suficiente como para saber que la culpa lo habría destruido.

Ratho era un pequeño pueblo de antiguas casitas agrupadas en unas pocas calles. La carretera principal estaba flanqueada por una hilera de bungalós a un lado, antiguas viviendas obreras. Al otro lado, construcciones más nuevas, probablemente campos abiertos hasta los años cincuenta. Esas casas solo parecían nuevas en comparación con las del otro lado de la calle. El GPS lo guió fuera del pueblo y por una carretera que atravesaba extensiones abiertas de tierras de cultivo. A lo lejos, sobre los árboles, se divisaba una iglesia. Casi se pasó el desvío, el cartel que anunciaba una entrada oculta estaba casi tapado por la cortina de lluvia. Giró rápidamente, el Audi rozó un seto por un lado y Mac se encontró en un camino de un solo carril con un bungaló visible al final. Era elegante y moderno, una construcción a medida con grandes ventanales y largas planchas

de madera intercaladas con extensiones de piedra gris. Mac no sabía mucho de arquitectura, pero tenía buen olfato para el dinero. Y este lugar apestaba a eso. Se detuvo en un camino de grava.

La puerta principal estaba, por suerte, bajo un porche de piedra. A su izquierda había una gran lámina de vidrio que daba a una sala de estar de planta abierta. Muy escandinava en su estética: blanco, gris y madera clara. Minimalista. Pulsó el botón del videoportero, notando un garaje a su derecha.

—¿Sí? —dijo una voz por el interfono, una voz masculina.

—Inspector jefe McNeill, Policía de Escocia —dijo Mac con claridad, mostrando su placa al objetivo—. Esperaba poder hablar con Karen Martins, si está en casa.

—¿Para qué?

El hombre había dicho tres palabras, pero con un tono de arrogancia tan marcado que Mac supo que no iban a llevarse bien. Cierta tipo de personas no se inmutaba ante un policía. Se decía que los inocentes no tenían nada que temer de los polis. Eso claramente era falso. Todos deberían tener un sano respeto —o miedo— por la policía. Pero cierto tipo de personas, usualmente educadas en colegios privados y universidades, y siempre con dinero, parecían creer que estaban por encima de la ley. Los abogados eran malos en eso. Los políticos, peores.

—Eso es asunto mío, amigo —dijo Mac entre dientes apretados.

—¿Perdón?

—Esto es una investigación por asesinato. Así que, ¿va a abrir la puerta o tengo que empezar a sospechar? —replicó Mac.

El hombre debía de estar justo detrás de la puerta, porque la abrió un momento después. Era alto y delgado, vestía un polar y jeans, y estaba descalzo. Parecía ofendido, pero Mac no pensaba cederle ni un centímetro. Era poco profesional; lo sabía. Y probablemente acabaría en una queja ante la Comisión de Quejas contra la Policía. Otra más para el expediente. No le importaba. La comisión no tenía dientes, y nadie con el historial de Mac iba a ser reprendido por ser grosero con un civil arrogante. Eso hacía que Mac no estuviera dispuesto a aguantar nada. Entró en el vestíbulo, que tenía el techo alto, era luminoso y aireado.

—En su trabajo dijeron que había vuelto a casa. Me gustaría hablar con ella —dijo.

El hombre gritó el nombre de Karen por encima del hombro, con la cara enrojecida. Mac sacó una tarjeta con su nombre, rango y número.

—Aquí tiene, para la queja. Es M-C, no M-A-C. Dos eles.

Avanzó un poco más dentro de la casa, fijándose en el arte colgado en las paredes. Cuadros sobre lienzos cuadrados que le resultaban familiares. Eran abstractos. Llenos de color y energía. Un contraste interesante con la calma escandinava que emanaba el resto de la casa. Frente a Mac había una escalera, y vio a Karen Martins aparecer al doblar una esquina, bajando hacia él. Llevaba un jersey ancho y pantalones deportivos, sin maquillaje y con el pelo recogido en lo alto de la cabeza en un moño desordenado. Muy distinta de la mujer que Mac había conocido en la universidad. Se detuvo a mitad de la escalera.

—Está bien, Charles. Vuelve al trabajo.

—¿Qué demonios significa esto, Karen? —escupió Charles con una sorprendente dosis de veneno.

—Alex, por supuesto —respondió ella con calma, devolviéndole una mirada que igualaba su veneno y lo intensificaba.

No era un matrimonio feliz, observó Mac. Probablemente unidos por el dinero que uno de los dos aportaba y que el otro no quería perder. Él trabajaba desde casa. Arquitecto, tal vez. Quizás había construido la casa él mismo.

—Suba, inspector McNeill —dijo Karen, dándose la vuelta sin esperar a ver si Mac la seguía.

Subió las escaleras mientras Charles desaparecía tras una puerta que se cerró de un portazo, lo que provocó que un perro ladrara con furia en algún lugar de la casa. Al llegar al final de las escaleras, siguió a Karen hasta un salón en altillo que daba al amplio salón de la planta baja. Ella se sentó en un sofá, subió los pies y lo miró, esperando. Mac tomó una silla adyacente.

—Quería hablar con usted sobre su hijo, como ha supuesto —dijo Mac.

—¿Debería estar enfadada con la doctora Wray? Le dije que no ayudara a ese supuesto periodista de cloaca que estaba husmeando por ahí.

—No. Ella nos está ayudando con el asunto por el que la contacté. Descubrimos que un periodista había obtenido fotografías policiales mediante una investigación interna —mintió Mac con soltura.

—Bueno, eso es un alivio. Clio es una académica excelente. Un activo para la facultad. Pero la despediré sin dudar si descubro que ha desobedecido mis instrucciones.

—Necesito preguntarle por qué su hijo se suicidó —dijo Mac, yendo directo al grano.

—No pierda el tiempo, ¿verdad? —comentó Karen—. ¿Cómo demonios voy a saber por qué se suicidó?

—O por qué, al parecer, se había autolesionado antes de hacerlo —dijo Mac.

—Otra vez: si supiera la respuesta, tal vez habría podido ayudarlo. Era un chico muy perturbado. Vivía en un... mundo de fantasía. Estaba obsesionado con eso.

—¿Tiene que ver con la mitología celta, quizás? —sugirió Mac.

—Clio ha estado ayudando a ese maldito periodista, ¿verdad? —exigió Karen, incorporándose.

—Le aseguro que no lo ha hecho —dijo Mac con calma.

—Mire, pasé más de un año en un hospital psiquiátrico después de lo que encontré... —Karen desvió la mirada, llevándose la mano a la boca—. Lo encontré. Entré en esa pesadilla de sangre y... encontré a mi hijo. ¡A mi niño... muerto!

Tenía lágrimas en los ojos y los cerró con fuerza.

—Lamento reabrir viejas heridas. No se lo preguntaría si no fuera importante.

—El forense dictaminó suicidio. Las marcas en sus brazos fueron autoinfligidas. El departamento estaba cerrado con llave y cadena. Tuve que llamar a un cerrajero para que quitara la puerta de las bisagras. ¿Por qué quiere volver a revisar esto?

Había un lamento lastimero en su voz que hablaba de un duelo enterrado en una tumba poco profunda, pero por poco. Él se sintió

mal por hacer las preguntas que debía hacer, y de inmediato se arrepintió de haber adoptado una actitud resentida con el hombre en la puerta. El esposo, presumiblemente.

—No estoy investigando la muerte de su hijo. Estoy investigando un asesinato, y los mismos símbolos que se encontraron en el cuerpo de su hijo y en su departamento aparecieron en la escena del crimen.

—¿Cómo demonios se enteró de Alex para hacer esta conexión?
—dijo Karen, de pronto.

Mac vaciló, sorprendido por la pregunta, aunque sabía que el dolor hacía que la gente se comportara de forma irracional. Incluso el dolor antiguo.

—Como le dije...

—Ay, dios, ¿qué más da? Lo siento. Es el impacto de que la policía aparezca en la puerta después de todo este tiempo —Karen pasaba de las lágrimas al control frío en un abrir y cerrar de ojos.

Mac mantuvo su expresión de simpatía bien ensayada. Karen suspiró y esbozó una sonrisa débil.

—¿Quiere un café, inspector McNeill? —preguntó ella.

—Sí. Por favor —respondió Mac.

Ella asintió y se levantó, saliendo de la habitación para volver unos minutos después con dos tazas humeantes. Mac ya tenía su libreta en la mano. Ella retomó su asiento, dio un sorbo al café y empezó a hablar de su hijo.

Capítulo Diecinueve

—Era músico. Desde los seis años quería tocar la guitarra —dijo Karen, acunando su taza de café.

Estaba sentada al extremo del sofá, con las piernas, una vez más, recogidas bajo sí misma y un cojín amarillo brillante sobre el regazo. Hablaba mirando al vacío, con los ojos atormentados. Un golden retriever subió las escaleras y se acercó a ella, ignorando a Mac. Ella le acarició la cabeza distraídamente, y el perro saltó al asiento junto a ella, con la lengua colgando. Mac sorbió su café, caliente y amargo, y no dijo nada.

—Al principio era Elvis, esa era mi música. Luego toda la época de los setenta que le gustaba a su padre. Pink Floyd, Genesis. Toda esa orquestación complicada y exagerada. Cuando llegó a la adolescencia, era como si estuviera obsesionado con... temas horribles. La muerte, la adoración al diablo y... fue espantoso. Decoró su habitación con pósters que no podía ni mirar. Se hizo tatuar un pentagrama cuando aún era menor. ¡Quince años, por el amor de Dios!

—Imagino que eso no les cayó muy bien —dijo Mac en voz baja, mostrando empatía.

—Nos volvimos locos con él. Charles, mi marido, quería demandar al local de tatuajes, pero Alex no quiso decirnos dónde se

lo había hecho. Yo quería ir a la policía —rio amargamente—. No les interesó. Al parecer, no se había cometido ningún delito. ¡Un maldito abuso infantil, si me pregunta a mí!

Mac permaneció en silencio, pero pudo imaginarse a un sargento de guardia en alguna comisaría reprimiendo la risa ante Karen Martins. Cuando no había recursos suficientes para perseguir crímenes graves, un local de tatuajes que le ponía tinta a un chico apenas menor de edad no iba a recibir mucha atención. Mantuvo el rostro neutro. La rabia de Karen hacía que sus ojos oscuros se agrandaran y sus labios se fruncieran. Era sensual y muy atractiva, incluso ahora. Mac se reprendió mentalmente por su condición de hombre. No era el momento ni el lugar.

—Se fue de casa. Durante cuatro semanas, estuve desesperada. Pero supimos por uno de sus amigos dónde estaba. Se estaba quedando con un chico mayor llamado Richard.

—¿Richard McCullough? —preguntó Mac.

—Sí. Habían formado una banda junto con un chico polaco. Alex era el más joven. Tendrían dieciséis o diecisiete años. Richard tenía un departamento del ayuntamiento en un sitio perdido de la mano de Dios. Jack aún vivía con sus padres, pero tengo entendido que casi nunca estaba allí.

—¿Sería Jacek Andrysiak? —interrumpió Mac de nuevo, con el lápiz en la mano, preparado para escribir.

—No lo sé. Le llamaban Jack. Puede ser. Era polaco —dijo Karen con desdén.

—¿Y qué pasó después? —insistió Mac, manteniendo la voz baja y firme.

—Alex tiró su vida por el retrete. Dejó la escuela. Tocaba en su banda. Nos ignoraba porque, según él, éramos demasiado negativos todo el tiempo —lo dijo con desprecio y soltó otra carcajada áspera.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Mac.

—Bueno, acababa de cumplir quince cuando se hizo ese maldito tatuaje. El primero de muchos. Justo después de su cumpleaños dieciséis, Charles y yo intentábamos acercarnos a él. Tratábamos de ser positivos y de apoyarlo, aunque estábamos horrorizados por sus decisiones. Pero eso hizo que se abriera un poco con nosotros. Creo

que para entonces ya se estaba autolesionando. Vi algo... en su brazo y me dio tanto miedo que no pude mencionarlo. No quería que desapareciera otra vez. En fin, unos dos años después de que se fuera, nos dijo que su banda tenía un contrato de grabación con un sello local en Edimburgo. Para entonces ya habían encontrado un vocalista y estaban grabando un disco. Estaba tan... triunfalista con eso. Como si eso justificara todas las decisiones que había tomado y que nosotros habíamos criticado. Dios, solo quería protegerlo y no pude!

La voz de Karen se quebró y se cubrió el rostro con la mano. El perro alzó la cabeza al percibir la angustia en la voz de su dueña. Mac dejó su taza de café en el suelo, a un lado. Las manos de Karen temblaban tanto que el café se derramó por el borde de la taza. Apenas reaccionó cuando el líquido caliente le tocó la piel. Mac se movió con lentitud y cuidado, retiró la taza y la colocó en el suelo. Al hacerlo, los dedos de ella se aferraron a los suyos. Lo miró, con los ojos brillantes y vulnerables. Él la dejó sostenerle la mano sin acercarse más. Solo unos pocos pasos los separaban y ella sostuvo su mirada un largo instante, con los labios entreabiertos.

—¿Puede seguir? —preguntó él.

Karen parpadeó y retiró lentamente la mano. Mac contuvo un suspiro de alivio.

—Estaba equivocado. El supuesto sello era una operación de una sola mujer; el contrato no valía ni el papel en el que estaba escrito. Alex se fue metiendo cada vez más en ese mundo de fantasía que se había inventado. Todo satanismo y dioses celtas. Una mezcla de mitología y religión. Disparates. Luego, el 1 de noviembre de 2021, fui a verlo. Se había mudado a un departamento propio y me había enviado un mensaje críptico. Jack también se había puesto en contacto, diciendo que estaba preocupado por Alex y Richard. Ambos estaban consumiendo drogas. Abusando de ellas. Tuve que forzar la entrada al departamento de Alex y yo...

Ella apartó la mirada, pero extendió la mano al hacerlo. Mac la tomó instintivamente y la apretó. Ver su vulnerabilidad le recordó la suya propia. La pérdida que volvía a sentir tras el acercamiento de Siobhan y luego su nuevo rechazo. Sería tan fácil simplemente

rodear con el brazo a Karen Martins. Ofrecerle consuelo. Tan fácil y, sin embargo, tan complicado. Eso envenenaría el caso. En su lugar, le dio unas palmaditas en el dorso de la mano, como un sacerdote que consuela a una viuda. Una vez más rechazada, Karen retiró la mano.

—¿Conoció alguna vez a Richard McCullough? —preguntó Mac.

—Una vez —dijo Karen, secándose la nariz con el dorso de la mano—. Alex estaba tan emocionado con ese maldito contrato discográfico. Me pidió que estuviera allí cuando él y los otros chicos firmaran su primer contrato. Era una tienda de discos en una calle trasera. ¿Puedes creerlo? Ni siquiera una discográfica con oficinas en un lugar decente.

—¿Recuerda cómo se llamaba? —preguntó Mac.

—Algo relacionado con... tumbas —dijo Karen—. Recuerdo que había un estadounidense enorme allí. Y una chica que tenía una opinión muy elevada de sí misma.

Un escalofrío recorrió la nuca de Mac. Evie Black conocía tanto a Richard McCullough como a Alex Martins. Tenía que conocerlos, porque había firmado con su sello casero a la banda de ellos. Lo que significaba que estaba jugando con él.

—¿La muerte de mi hijo fue un suicidio? —dijo Karen, mirándolo.

—No tengo ninguna razón para dudar de las conclusiones del forense —le aseguró Mac—. Solo estoy investigando similitudes que han salido a la luz. Concretamente, las inscripciones celtas con las que su hijo se marcó. ¿Dejó algo que pudiera darle alguna comprensión de ese... mundo de fantasía suyo? —preguntó Mac.

Karen negó con la cabeza. —No podía soportar ver nada de esa etapa de su vida. Lo quemé todo —dijo.

—¿Puede darme alguna pista? ¿Había algo significativo en los símbolos que he visto en las fotos? —insistió Mac.

—Ninguna. Era un disparate. Alex tomó elementos de la mitología celta que había encontrado en internet y construyó un marco alrededor de algún tipo de visión apocalíptica. Todo estaba alimentado por las drogas.

Ella negó con la cabeza, abrazando el cojín con más fuerza. Mac podía ver que el dolor seguía muy presente y que su esposo no la

apoyaba. Era una mujer que anhelaba consuelo. Tenía que salir de allí antes de que ella volviera a mirarlo con esos ojos.

—Gracias, señora Martins. Sé lo difícil que ha sido esto, pero ha sido de gran ayuda. No la molestaré más. Cualquier otra cosa que necesite podré obtenerla de los registros oficiales. También quisiera expresarle lo mucho que lamento su pérdida.

Mac se puso de pie y Karen lo miró hacia arriba, con sorpresa en el rostro. Frunció los labios y luego se levantó también, cruzando los brazos bajo su pecho, lo que solo lo resaltó más.

—No hace falta que me acompañe —dijo Mac rápidamente, desandando el camino hacia la puerta principal.

El perro lo escoltó, moviendo la cola y empujando su mano con la nariz fría. Le revolvió el pelaje mientras abría la puerta, asegurándose de que no pudiera salir corriendo. La lluvia había cesado, y no miró atrás mientras caminaba hacia el coche y se subía. Solo entonces soltó un largo suspiro. Un joven perturbado, inmerso en un mundo creado por él mismo y agravado por el consumo de drogas, se suicida de una forma macabra y extraña. Su amigo es asesinado de un modo que recuerda ese suicidio. ¿Venganza? ¿Alguien culpando a Richard McCullough por la muerte de Alex Martin? Eso convertiría a Karen Martins en sospechosa, pero el instinto de Mac le decía que era absurdo. Era una madre, su dolor por la pérdida de su hijo era genuino, y claramente se culpaba a sí misma por su muerte. Una mujer atrapada en un matrimonio sin amor, que ansiaba consuelo y afecto fuera de él. No una asesina sádica. Mientras encendía el motor, se preguntó si debía intentar conseguir el informe psiquiátrico de Karen Martins.

Capítulo Veinte

Cuando el motor arrancó, Mac buscó su teléfono, luego soltó una maldición al recordar que lo había estrellado contra la pared. Se sintió como si hubiera retrocedido veinte años en el tiempo. ¿Cómo se habían llevado a cabo las investigaciones policiales sin acceso instantáneo a la información o al equipo? Tendría que esperar. Necesitaba cualquier información que el forense hubiera reunido sobre el suicidio de Alex Martins. Pero no podía hacer nada al respecto en medio del campo de Lothian. Un correo electrónico cuando regresara a la oficina y el equipo estaría trabajando con la información para la mañana siguiente, pero era frustrantemente lento. Se alejó de la casa de los Martins bajo un cielo que ya se oscurecía más allá del púrpura. Evie Black le había mentido. Eso no podía quedar sin consecuencias. O estaba encubriendo algo, o estaba jugando con él. En cualquier caso, no podía dejarlo pasar. Las manos de Mac se aferraron con fuerza al volante mientras regresaba a Edimburgo. Si esto era solo un juego tonto, era a costa de una investigación por asesinato. No es muy inteligente, Evie. Nada inteligente.

Serían más de las seis cuando regresara a Edimburgo, y cerca de las siete cuando lograra atravesar la hora punta hasta la oficina. Para entonces, el equipo ya se habría ido. Pero sabía que el tiempo que le

tomaría llegar a Niddrie Mains Road podría aprovecharlo para concentrarse en la nueva información. Mientras conducía, encendió el reproductor de CD, sin recordar qué había dentro. Algo bajo y aplastantemente pesado llenó el espacio reducido. Riffs dentados. Ritmo fúnebre. El tipo de música que calmaba su mente. Su conciencia se enfocaba en la carretera mientras su subconsciente se perdía en la música y reflexionaba sobre los hechos.

Un joven con la mente perturbada abusa de drogas y se quita la vida. Un amigo y colega es asesinado de una manera que refleja el suicidio. Un lienzo, posiblemente del departamento de Alex Martins, es colocado en la escena del crimen. Allí para ser encontrado. Lo que finalmente conduciría a Alex Martins mediante el ADN en el lienzo. Un mensaje dejado en una lengua muerta. Todo dependía de cuál fuera ese mensaje. Si esto era el comienzo de una serie, entonces ya podría tener el nombre de la próxima víctima. ¿Jacek Andrysiak? Golpeó el volante, saliendo de su estado de concentración consciente. Debería estar enviando agentes a buscar a Jacek Andrysiak. Podría ser un sospechoso o necesitar protección. El parpadeo de los faros que venían en dirección contraria lo ayudó a recuperar el enfoque. Las manos se movieron solas sobre el volante, guiándolo por memoria muscular.

Si no se podía encontrar testigos que confirmaran visitas a Richard McCullough y las cámaras de seguridad eran inconclusas, entonces todo se reduciría a esas inscripciones extrañas. Ramsay Jones, el periodista que se había acercado a Clio, era otra pista. ¿Un hombre astuto que veía lo que la policía no había logrado encontrar o alguien más implicado? Una gasolinera apareció en la noche, chillona con su neón y colores brillantes. Estacionó en un espacio y entró caminando, sacando su placa.

—Inspector jefe McNeill, Policía de Escocia. Necesito usar un teléfono, por favor —dijo al joven que atendía la caja.

El chico miró la placa con los ojos muy abiertos, tartamudeó y luego abrió una puerta con cerradura de combinación detrás de él. Entonces recordó la otra cerradura de combinación en la puerta que impedía a los clientes pasar a la oficina. Esa puerta se cerró y se bloqueó al dejarla ir después de que Mac entrara. Mac esperó

mientras el chico forcejeaba con un manojo de llaves. Finalmente, lo dejaron entrar a un almacén trasero y le señalaron un teléfono en la pared. Mac marcó la central de Policía de Escocia y pidió que lo comunicaran con el DIC de Niddrie Mains Road. Kai respondió tras un minuto de timbrar.

—Kai, soy McNeill.

—Hola, jefe. Me ha tomado en el momento perfecto. Estaba esperando su llamada.

—¿Tiene algo?

—Tal vez. Una imagen borrosa de una cámara del estacionamiento tomada desde unos veinte metros. Pero creo que es McCullough junto a un coche. Un SUV grande y oscuro. Tal vez un Land Rover por la forma.

—¿No es suyo?

—No, parece demasiado caro incluso con la mala calidad del video de esta cámara. De todos modos, voy a intentar limpiarlo un poco y ver si podemos obtener la matrícula del vehículo. También estoy revisando cualquier otra cámara en la zona para intentar rastrearlo dentro de la urbanización.

Mac estaba pensando en los dealers de Allen. Se movían en coches grandes y caros. Normalmente con un grupo en la parte trasera. Sabían que McCullough era consumidor, así que no sería una sorpresa si resultaba que se estaba reuniendo con un dealer en un estacionamiento. Simplemente no encajaba con el caso tal como se estaba desarrollando. Las insinuaciones constantes sobre la implicación de drogas empezaban a irritarle. Quería pruebas de que Hance Allen estaba detrás para poder ir tras él, o pruebas de que se trataba de algo más oscuro. Una cosa o la otra.

—¿La doctora Wray sigue ahí?

—No, tuvo que ir a recoger a su hija del colegio. Pero dejó algunas notas para usted, y a Melissa le trajeron un teléfono nuevo por mensajero. Está en su escritorio.

Mac rio en silencio. Melissa siempre cuidaba de él, incluso cuando se comportaba como un imbécil malhumorado.

—Genial. Voy de camino después de un pequeño desvío. Vete a casa, Kai. Buen trabajo hoy.

Compró un sándwich y una botella de agua al salir, y se sentó en su coche durante quince minutos recargando energías antes de dirigirse a su siguiente destino.

Ya era completamente de noche cuando se detuvo frente a Raid the Grave Records. Su coche bloqueaba el estrecho callejón. Las ventanas de la tienda estaban oscuras, pero había una luz encendida en el departamento de arriba. Probó la puerta exterior. Cerrada. Dio un paso atrás y miró hacia arriba. Sonidos débiles de música. Cortinas cerradas y luces encendidas. Evie estaba en casa. Mac volvió al coche, abrió la puerta y apoyó la mano sobre el claxon durante una cuenta de cinco. Nada. Otra cuenta de cinco. Alguien se asomó brevemente a la ventana de un departamento contiguo. Una sombra se movió contra las cortinas del departamento de Evie, pero ella no miró hacia afuera. Otro toque de claxon. Diez segundos. Más movimiento en el departamento de Evie, pero las cortinas seguían sin moverse. Estaba claramente molesta con él. Recordó el pasadizo estrecho más allá de la puerta exterior, las escaleras de incendio oxidadas que llevaban al patio y al callejón que salía hacia South Bridge.

Caminó el resto de High School Wynd, salió a Infirmary Street y luego a South Bridge, pasando de la penumbra de las calles secundarias al resplandor anaranjado de las farolas. Pasó junto a una tienda de sándwiches, un local de reparación de móviles y un salón de belleza. Todos cerrados y con las persianas bajadas. Casi pasó de largo una puerta retirada de la acera, justo después del salón de belleza. Un contenedor grande con ruedas había sido dejado frente a ella. Lo empujó, moviéndolo unos centímetros. Se apoyó con la espalda y lo empujó hasta que rodó lentamente unos metros calle abajo. Probó la puerta que había estado oculta. En algún momento, la cerradura había sido forzada. La puerta se abrió hacia un pasillo sin luz. De allí salía un hedor insoportable. Vómito. Junto con otros fluidos corporales innombrables en los que no quería pensar. Le avivó la rabia hacia Evie. Si no le hubiera mentado, si no hubiera jugado a su jueguecito estúpido, no estaría de vuelta allí, atravesando el refugio de algún vagabundo.

Estaba tan oscuro que no había forma de saber en qué estaba poniendo los pies. Siguió avanzando, apartando ese pensamiento de su mente. La única advertencia que tuvo fue una insinuación de movimiento desde arriba. Una sombra que se desplazaba contra el cielo nocturno teñido de naranja sobre el patio. Entonces algo lo golpeó en el hombro con la fuerza de una pila de ladrillos. Un dolor agudo le atravesó el hombro derecho y se estrelló contra la pared del pasadizo, con un pie resbalando bajo él. Escuchó un gruñido, como el de alguien que salta sobre el concreto desde una altura suficiente para que el aterrizaje duela. Incluso a través de la agonía en su hombro, su mente seguía funcionando. Había alguien en esa escalera de incendios. Lo golpearon con algo antes de saltar los últimos metros y caer con fuerza al suelo.

El instinto de luchador callejero se activó en cuanto sintió que quien fuera pasaba corriendo junto a él. Saltando por encima de él. Lanzó un golpe con fuerza con la mano derecha, apuñalando más que golpeando. Hizo contacto. Se impulsó lejos de la pared, la mano deslizándose sobre algo húmedo, apuntando con el hombro y tratando de empotrar a su agresor contra la pared opuesta. En su lugar, algo lo golpeó en la boca con tanta fuerza que la cabeza se le estrelló contra la pared detrás de él. Oscuridad total. Cuando volvió en sí, Mac no tenía forma de saber cuánto tiempo había estado inconsciente. Un dolor punzante en la parte frontal de la cabeza le indicó que se había golpeado con fuerza la parte trasera. El callejón seguía tan negro como una boca de lobo, pero tenía la sensación de que estaba solo. Con esfuerzo y algunas palabrotas murmuradas, se incorporó. Le daba vueltas la cabeza y estaba al borde del vómito. Tal vez con una contusión. Tragando la bilis que le subía por la garganta, respiró hondo, tembloroso, y salió al patio. Alzó la vista. La puerta de incendios en lo alto de la escalera estaba abierta y una luz se filtraba a través de ella.

Lentamente, más por el dolor palpitante en la cabeza que por precaución, comenzó a subir. En lo alto había un pasillo. En un extremo giraba en ángulo recto y descendía unos escalones. Más allá había un corredor común que pasaba frente a tres puertas. La primera era la del departamento de Evie. Una escalera de concreto

subía desde la puerta principal del edificio y desembocaba entre el departamento de Evie y el de al lado. La luz que había visto provenía del suyo. La puerta estaba abierta. Mac sintió un escalofrío de temor, el estómago revuelto. Entró, cuidando de no tocar el marco de la puerta ni nada en el interior. No llamó a Evie, no quería alertar a nadie que pudiera seguir dentro. Su departamento consistía en un pasillo que se abría a la izquierda, desembocando en una sala de estar justo encima del frente de la tienda. Dos puertas frente a él al entrar llevaban al baño y al único dormitorio. Conocía la distribución porque ya había estado allí antes.

La sala de estar estaba vacía y sin señales de alteración. Una puerta conducía desde la sala a una cocina, que estaba ordenada y también vacía. Demasiado pequeña para ofrecer escondites. Mac arrancó un paño de cocina colgado de un gancho y lo usó para girar el pomo de la puerta del baño. Lo primero que vio al dejar que la puerta se abriera fue la sangre manchando las paredes, el lavabo, el espejo del baño. Extendida en formas familiares. La cortina de la ducha estaba corrida alrededor de la bañera, que quedaba detrás de la puerta. Usando el paño de cocina, corrió la cortina. Evie yacía en una bañera llena. No podía verle el rostro; estaba cubierta por una bolsa de plástico firmemente atada alrededor del cuello. Pero sabía que era Evie, reconocía el tatuaje sobre su pecho izquierdo y otro en el ombligo.

Capítulo Veintiuno

Mac marcó el 999 desde el teléfono fijo de Evie. Se identificó como agente de policía y pidió que avisaran al inspector Barland, así como al superintendente Reid y al equipo forense. Después de dar la dirección, colgó. Haciendo una mueca por el dolor en la cabeza, empezó a revisar los cajones y armarios de la cocina, manteniendo el paño de cocina entre sus manos y el contacto directo con las superficies. Finalmente, encontró una caja de guantes de látex entre botellas de productos de limpieza. Se puso un par y regresó al baño, tomando la precaución adicional de meter las manos en los bolsillos. Agachado junto a la bañera, se inclinó e intentó absorber todo lo que pudiera sobre el cuerpo. Hebras de sangre flotaban densas en el agua detrás de su cabeza, lo que indicaba una posible herida en la cabeza como causa de muerte. No había señales de heridas de arma blanca como las que había en el caso de McCullough.

No había mutilación del cuerpo, al menos desde lo que podía ver. Su cabeza estaba fuera del agua, los brazos apoyados en los bordes de la bañera. Sus pechos flotaban y podía ver su abdomen, aunque el agua estaba turbia por la sangre. No tan turbia como para impedirle distinguir el tatuaje en forma de araña. Había algo más, visible a ratos a través del agua teñida de rojo, luego oculto. Algo que recorría la longitud de sus muslos. Con cuidado, sumergió una

mano en el agua para agitarla y obtener una visión más clara. La palabra bruja había sido tallada en la carne de su muslo izquierdo. No tardaron en llegar las luces azules y las sirenas desde South Bridge. Mac bajó por la escalera de incendios para encontrarse con los primeros en llegar, resbalando en uno de los peldaños y apenas logrando sujetarse del pasamanos. Un agente uniformado venía por el callejón, alumbrando el camino con una linterna.

Vio el resbalón y se apresuró hacia él.

—¿Inspector jefe McNeill?

Mac ni siquiera intentó identificar al agente. Rechazó la ayuda con un gesto, los ojos entrecerrados por el dolor, y asintió con brusquedad, haciendo una mueca ante la nueva explosión en su cabeza.

—Suba y asegure el departamento. Nadie entra hasta que llegue el equipo forense. Y que nadie de los otros departamentos baje por estas escaleras ni atraviese el pasillo. Mi equipo ya viene —ordenó Mac.

El hombre no perdió tiempo en hacer preguntas y subió por la escalera de incendios de dos en dos. Su compañera venía por el pasillo y Mac la detuvo con una mano levantada.

—Me agredieron aquí dentro y logré dar un puñetazo. Es probable que haya sido el asesino. Asegure el pasillo desde la calle. Nadie entra ni sale.

Tropezó de nuevo al cruzar el pasillo. Tal vez fuera por el golpe en la cabeza o tal vez por el hedor nauseabundo del pasadizo húmedo, pero cuando salió a South Bridge, el estómago se le revolvió. Tuvo la lucidez de alejarse unos pasos antes de doblarse y vomitar. Tenía la piel pegajosa y un sudor helado le perlaba la frente. La imagen de Evie se le apareció ante los ojos y no pudo apartarla. Más temprano ese día, había coqueteado con ella. Incluso había pensado en verla. Ella estaba en su mente cuando fue a ver a Karen Martins, lo que lo hizo más consciente de lo habitual del flirteo de la decana. Ahora Evie estaba muerta. Y no había duda de que se trataba de una serie. Un asesino en serie. El estómago volvió a intentar abandonarle el cuerpo, y se dobló de nuevo, con la visión borrosa y ondulante.

Cuando Melissa apareció, él estaba sentado en la parte trasera de uno de los coches patrulla que habían llegado, con la cabeza apoyada en el reposacabezas y los ojos cerrados.

—¿Jefe?

Abrió los ojos y la miró entornando los párpados.

—Dios. Tiene pinta de... —empezó ella.

—Lo sé. Me lo han dicho varias veces hoy —respondió Mac—. Me golpeé la cabeza. Creo que tengo una contusión.

—Entonces tenemos que hacer que le revisen.

—De ninguna manera. Esta es una escena del crimen reciente. El asesino me hizo esto. Se iba justo cuando yo llegaba.

—Mac, no puede hacer mucho con una herida en la cabeza. Y podría empeorar las cosas. Yo me encargo. Kai y Nari vienen en camino —dijo Melissa con firmeza.

Una multitud se había reunido en ese tramo del South Bridge. Los agentes uniformados habían establecido un cordón, y el público se encontraba al otro lado, mirando, tomando fotos, chismeando y especulando. Los técnicos de criminalística entraban y salían, anónimos dentro de sus trajes blancos de papel. Las luces azules parpadeaban por todas partes y no ayudaban en nada al dolor de cabeza de Mac. Melissa se metió en el coche junto a él, dejando la puerta abierta. El hedor que emanaba de su jefe le daba arcadas. Dios sabrá en qué se había revolcado en ese callejón.

—¿Quiere contarme qué pasó, jefe? —preguntó ella.

A Mac le costaba concentrarse. Frunció el ceño. —Eve me estaba tomando el pelo, la muy tonta. Me mintió. Sabía más de lo que decía sobre McCullough, también sobre Martins. Creo que se estaba guardando información solo para castigarme por haberla dejado. Vine aquí para enfrentarla. Para averiguar...

Le costó, pero su mente confusa se dio cuenta de que Melissa estaba preocupada. Ella miraba a su alrededor, el rostro fruncido por la preocupación.

—¿Qué pasa? —dijo Mac.

—No creo que debas decir nada más hasta que te revisen la cabeza. No creo que te des cuenta de cómo suena —dijo Melissa.

Mac intentó seguir su lógica, pero no lo logró. —Solo te estoy diciendo cómo terminé aquí. La puerta estaba cerrada con llave, así que fui por la entrada trasera. Hay una escalera de incendios que lleva a los departamentos de arriba, sobre las tiendas.

—Conocía la distribución del edificio —dijo Melissa con intensidad.

—Sí, ya he estado allí antes.

—Usted tenía una relación con la víctima —dijo Melissa, otra vez con una intensidad peculiar.

—¿Qué demonios es esto, Melissa? —exigió Mac.

Se oyó un golpe seco en la ventanilla trasera del coche. Un anillo de sello desproporcionado en un dedo índice golpeaba el cristal. Mac vio un abrigo largo. Melissa alzó la vista justo cuando el detective jefe superintendente Kenny Reid se agachó para mirar dentro. Tenía el rostro suelto de un sabueso, con los ojos hundidos y las mejillas caídas. Pero aún había una firmeza en su cara, acentuada por el pecho ancho de un exboxeador. Los ojos eran de un azul claro y penetrante.

—Bien, Barland, tiene una escena del crimen que gestionar. Ocúpese de eso. Yo me aseguraré de que este idiota se haga revisar la cabeza —espetó Reid.

Melissa le lanzó a Mac una mirada de pesar. —Sí, señor —dijo, saliendo del coche.

Reid le hizo una seña a Mac con el dedo. —Venga conmigo. Mi conductor nos llevará al servicio de urgencias más cercano.

Mac negó con la cabeza y se arrepintió al instante. —Jefe, no puedo...

—¿No puede? ¿No puede? ¿Y eso qué es, francés o algo así? Porque no es una palabra que figure en mi vocabulario, hijo. Muévase —respondió Reid.

Se dirigió a un coche sin distintivos estacionado detrás del que ocupaba Mac. Este se incorporó con dificultad y se tambaleó hasta el vehículo de Reid. Su jefe ya estaba sentado en la parte trasera y el conductor había encendido el motor. Mac casi se dejó caer en el asiento junto al DJS.

—¿Qué ha pasado, hijo? —dijo Reid, con un tono repentinamente suave.

Mac explicó lo mejor que pudo, a pesar de la niebla que lo nublab todo. Reid asintió al conductor, y el coche comenzó a moverse.

—He oído lo que le ha dicho a Barland. No me gusta escuchar palabras como “usada”, “desechada” o “ajustar cuentas” cuando hablamos de una víctima de asesinato. Es el tipo de cosas que uno espera oír de un sospechoso durante un interrogatorio. ¿Lo entiende, Callum?

Reid estaba usando su nombre de pila. Eso significaba que estaba en un problema grande. Mac recordó todas las veces que su padre lo había llamado Callum en lugar de Cal. Se llevó una mano a la cabeza, intentando encontrar claridad.

—Sí, Evie y yo tuvimos una aventura. No fue nada serio. Pero ella estaba ocultando pruebas. Me mintió sobre conocer a la primera víctima. Tenía derecho a estar enfadada —dijo Mac, con cansancio.

—Si la prensa se entera, no lo verán así. No después de toda la mierda que ha salido del Met en los últimos años. ¿Y qué quiere decir con “la primera víctima”?

Mac podía sentir esos ojos azules y fríos como un pico clavándosele en la cabeza. —Mismo modus operandi que en la escena del crimen de McCullough. Mutilaciones y símbolos celtas garabateados por todas partes. Le grabaron la palabra “bruja” en el muslo a Evie. Esto es obra de un asesino en serie, Kenny, y no ha terminado aún.

Reid soltó una sarta de maldiciones, obscenas y durante un buen minuto. Se inclinó hacia adelante y dio un golpecito en el hombro del conductor con un dedo nudoso.

—Usted no ha oído nada. ¿Entendido? Si algo de lo que se diga en este coche llega a la prensa, me quedaré con su trabajo y luego con su pensión.

El conductor debía de estar asignado a Reid desde hacía tiempo. No se inmutó ante la agresividad ni la amenaza, simplemente dijo —Entendido, señor—, y siguió mirando al frente, concentrado en la carretera.

Reid se recostó en la silla, con el rostro tenso como si estuviera masticando un trozo de concreto.

—¿En serie? ¿Estás seguro?

—Sí —respondió Mac—. Y a menos que yo sea sospechoso del asesinato de McCullough, no puedo ser sospechoso de este. A pesar de mi relación previa con la fallecida.

—Cásate, hijo. Así este tipo de cosas no te pasarán —soltó Reid.

Mac soltó una carcajada, sabiendo que Reid se había casado tres veces y que la infidelidad había sido un problema en cada una de ellas.

—Podría decirse que la mataste y trataste de vincularlo con McCullough para cubrir tus huellas —sugirió Reid.

—¿Quién dirá eso? —preguntó Mac—. Soy el investigador principal en ambos casos. No me estoy investigando a mí mismo.

—Si esto se sabe, estaré bajo presión para asignar este nuevo caso a otra persona —señaló Reid.

—Entonces no dejes que se sepa. Están relacionados y voy a atraparlo —respondió Mac.

Reid bajó la voz hasta que Mac apenas pudo oírlo.—Todavía está el asunto de Anticorrupción.

—¿Has tenido una notificación roja para mí?

—No. Nada. Pero creo que me están siguiendo —dijo Reid.

Era una muestra del nivel de confianza entre los dos hombres que Reid se lo admitiera a Mac. Sería extremadamente improbable que dijera lo mismo a cualquier otro subordinado.

—A mí también —respondió Mac—. Hoy más temprano.

Reid volvió a maldecir, mostrando los dientes por un instante mientras miraba con furia por la ventana.

—Entonces, es una operación encubierta. Llevada a cabo por unos malditos incompetentes, si los dos hemos detectado la vigilancia —Reid sonaba tan enfadado por la incompetencia como por el hecho de estar siendo vigilado.

—A menos que quisieran que los viéramos. Algún tipo de juego psicológico —sugirió Mac—. De esos que usted y yo solíamos inventar.

Reid soltó una carcajada sin alegría. —Los agentes actuales de la Unidad Anticorrupción no están a nuestra altura, hijo. Esa unidad se ha ido al carajo desde que me fui.

Mac soltó una risita, y Reid le lanzó una mirada fulminante. —¿Qué mierda te hace tanta gracia? —exigió saber.

—Solo tú desearías que una investigación de la Anticorrupción se llevara a cabo de forma más eficaz.

—Sí, bueno. Soy un perfeccionista, hijo. Si alguien quiere acabar conmigo, quiero saber que fue el mejor.

El coche se detuvo en la zona de urgencias del Hospital Real de Edimburgo. Mac abrió la puerta, pero Reid se inclinó y la cerró de un tirón.

—Muy bien, ya fuiste lo bastante estúpido como para contarle a Barland sobre tu relación con esta víctima. No se lo digas a nadie más y no lo pongas en el informe. Hazte revisar y tómate un par de días libres. Es una maldita orden. Si no obedeces, te suspendo. Barland puede encargarse hasta que te recuperes.

Mac apretó los dientes y se obligó a asentir. —Sí, señor.

—Y no me vengas con ese tonito de insubordinación —replicó Reid, percibiendo un insulto en el tono de Mac—. Ahora, lárgate de mi vista.

Mac abrió la puerta y bajó del coche.

—Cuídate, hijo —dijo Reid mientras Mac daba un portazo.

Capítulo Veintidós

Mac tenía toda la intención de desobedecer sus órdenes y arriesgarse a una suspensión. Cosa que Reid no habría dudado en hacer si los papeles se hubiesen invertido. Esperó tres horas en Urgencias antes de rendirse. Compró dos cajas de paracetamol y tomó un taxi, con la intención de volver a la comisaría. Sentir la sangre seca en el pelo y un dolor que le daba ganas de vomitar de nuevo, lo convencieron de cambiar de destino. Una ducha y ropa limpia primero, luego a la oficina para ponerse al día con Melissa y el equipo. Ya en su departamento, después de ducharse y embolsar su ropa, se tumbó un momento sobre la cama y no despertó hasta media mañana. Se incorporó lentamente, sintiéndose como si tuviera resaca y entrecerrando los ojos ante la luz brillante que entraba por la ventana de su dormitorio. Pero, a pesar de la resaca, tenía la cabeza más clara. Hizo una mueca al recordar cómo se había desahogado delante de Melissa, contándole lo enfadado que había estado con Evie. Ni siquiera borracho habría sido tan estúpido.

Otra ducha para eliminar los últimos restos de la contusión y despejarse. La idea de comer le revolvía el estómago, así que la descartó, se vistió y preparó un café. Su portátil estaba en la oficina. Cuanto más tiempo pasaba en casa, más desconectado se sentía. Era una sensación incómoda, especialmente con un asesino en serie

suelto. Uno particularmente sádico. Olvidó que había dejado su coche frente a Raid the Grave Records la noche anterior y luego recordó que aún no había reemplazado su móvil roto cuando intentó cogerlo para llamar a un taxi. Un auténtico desastre. Literalmente. Salió del departamento y empezó a caminar hasta que vio un taxi que pudo parar y dio la dirección de la comisaría en Niddrie Mains Road. Llevaba la ropa que había usado la noche anterior en una bolsa de basura para que la examinara el equipo forense. En otra bolsa sellada aparte, había una muestra de su cabello ensangrentado. Recordó que parecía que Evie había sufrido una herida en la cabeza. Había muchas probabilidades de que se hubiera usado la misma arma con él, lo que significaba que quizá hubiese ADN del asesino presente. Una posibilidad remota, pero a estas alturas aceptaría lo que fuera.

Edimburgo estaba húmedo pero bajo un cielo azul, sin el gris plomizo de las nubes de lluvia. Las aceras y las calles parecían recién lavadas, brillantes y frescas. Como si alguien hubiera reiniciado el reloj y comenzado de nuevo la ciudad, completamente nueva. Ayer había sido un infierno, pero Mac no había sido derrotado. Estaba de pie de nuevo y listo para agarrar este caso por el cuello. Reid no se lo iba a quitar solo por su conexión con Evie. Mac no era el tipo de hombre que se tomaba un caso de forma personal. Tantos quedaban sin resolver que obsesionarse era una locura. Pero parte de él odiaba la idea de un asesino caminando libre por las calles. Tal vez porque el asesino de Iona nunca había sido atrapado. En sus momentos más oscuros, Mac había buscado a Mark Souter. Lo había hecho rastreando redes sociales, sin querer que existiera ningún vínculo oficial entre ellos en alguna base de datos policial. Souter seguía vivo y seguía en Skye. Aún en libertad.

No lo había buscado en más de un año, sin querer arriesgarse a la tentación de ir hasta allí. Era la prueba definitiva. Tal vez esta vez no pudiera contenerse. Ver a un Mark Souter de mediana edad — una mediana edad que le fue negada a Iona— podría ser demasiado. Mac miró por la ventanilla del taxi la ciudad que pasaba a su lado y vació su mente, obligándola a centrarse en el caso. A pesar de todo lo ocurrido, sentía una especie de emoción. Otro

asesinato significaba otra escena del crimen. Otra oportunidad para reunir datos y pruebas. Otra oportunidad para que el asesino cometiera un error. Un solo cabello. Una gota de sangre o de saliva. Eso sería suficiente para vincular a alguien con la escena del crimen, y eso era la mitad del caso. Debería ser casi imposible, en esta era de la ciencia forense, que alguien cometiera un crimen y saliera impune. Por muy listo o preparado que estuviera, ¿cómo evitar dejar algo atrás? Algo microscópico sería todo lo que necesitaba. Siempre que pudiera encontrarlo.

Todo el equipo estaba reunido en Niddrie Mains Road. Todos levantaron la vista al verlo entrar y él alzó la bolsa de basura.

—Mi ropa de anoche. Necesito que alguien la lleve a forenses y la analicen en busca de ADN que no sea mío.

—Yo me encargo, jefe —dijo Nari, levantándose de su escritorio.

Mac le entregó la bolsa transparente con su cabello y sangre coagulada.—Puede que sea solo mía, pero si el asesino usó la misma arma conmigo que con Evie Black, podría haber contaminación cruzada —dijo Mac.

Nari asintió, tomando ambas bolsas con una mano y agarrando su abrigo del respaldo de la silla con la otra.

—No esperaba verle hoy, jefe —dijo Melissa, con cautela.

—Los rumores sobre mi muerte han sido muy exagerados —dijo Mac con ironía.

Se quitó la chaqueta y la dejó caer sobre el respaldo de una silla, luego se sentó. —Bueno, infórmame. ¿Qué me perdí mientras estaba ido anoche?

Melissa miró a Kai, con expresión de duda, pero Mac la sostuvo con la mirada, dejando en claro que no quería más discusiones. Tardó un segundo en captar el mensaje, y entonces se mostró completamente profesional.

—La víctima sufrió un traumatismo contundente en la parte posterior de la cabeza, que podría haber sido la causa de la muerte. Sin embargo, el forense notó signos de cianosis en los labios, lo que indicaría asfixia o, dado el lugar donde fue encontrada, ahogamiento. No ha llegado a una conclusión definitiva porque la herida en la cabeza es grave, pero podría haber quedado aturdida

por el golpe y luego arrastrada hasta la bañera, donde fue ahogada. O simplemente murió por el traumatismo y la colocaron en la bañera. Sabemos que a nuestro asesino le gusta plantar una escena.

Así que Melissa había detectado las similitudes entre este caso y el asesinato de McCullough. Mac asintió con aprobación, tanto por su resumen como por la suposición implícita.

—Hubo mutilación del cuerpo post mortem. No se encontró ropa manchada de sangre en el departamento.

Los ojos de Mac se entrecerraron. —Si estaba vestida cuando la atacaron, no habría forma de que su ropa no se manchara con algo. Y quien me golpeó anoche definitivamente no llevaba nada encima.

—Exacto —confirmó Melissa—. Lo que podría indicar que ya estaba desnuda. Lo que sugeriría además...

—Que posiblemente tenía una relación íntima con su asesino —terminó Mac.

—La hipótesis de trabajo es que dejó entrar al asesino en el departamento, tras haber acordado encontrarse con él... —empezó Kai.

—¿Él? —interrumpió Mac—. No sabemos si es un hombre.

—¿Era bisexual? —preguntó Melissa.

Se lo preguntó directamente a Mac, y luego se dio cuenta de su error. Sabía que Mac había tenido una relación previa con la víctima, Kai no, y también sabía que Mac no querría que esa información se divulgara. Se sonrojó, pero no podía retractarse. Siguió mirando a Mac. Él echó un vistazo a Kai, que estaba prestando atención.

—Total transparencia, entonces. Conocía a Evie Black. Yo... salí con ella, como se dice ahora. Fue algo sin importancia. Terminó antes de empezar. Esto no sale de estas cuatro paredes y nada por escrito. En ningún sitio. ¿De acuerdo?

Kai asintió, y Melissa desvió la mirada. —Puede que encuentren mi ADN en el departamento. Estuve allí por última vez hace un par de meses. Pero Evie era una maniática de la limpieza, así que el lugar habrá sido limpiado a fondo varias veces desde entonces.

—Eso está bien. No queremos enturbiar las aguas, ¿eh? —dijo Kai.

Fue una observación perspicaz, y Mac le dio un asentimiento. Podía ser duro con el joven detective por su superficialidad aparente y su actitud a veces despreocupada. Pero Mac tenía que recordarse a sí mismo que había una razón por la que había aceptado a Kai en el equipo. Tenía una mente aguda. Y, además de sus habilidades técnicas, Kai era una persona sociable. Establecía conexiones sobre relaciones y encontraba subtextos que el resto del equipo —y Mac en particular— podían pasar por alto.

—No, no queremos.

—Hemos recogido el ordenador y el teléfono de Evie Black, pero hay muchos papeles en su departamento y en la tienda. Todo está embalado y trasladado a un almacén seguro. Empezaremos a revisarlo hoy. La conexión obvia entre McCullough y Black es la música...

—Es más que eso, Kai. Hablé con la doctora Karen Martins, la jefa de Clio Wray. Su hijo Alex estaba en una banda con Richard McCullough, y firmaron con el sello discográfico que dirigía Evie Black. Alex se suicidó de una manera muy similar a nuestras escenas del crimen. Todos están conectados —dijo Mac.

—¿Había alguien más en la banda? —preguntó Kai.

—Buena pregunta. Sí, un tipo llamado Gaunt que, según Evie, se mudó al extranjero no mucho después del suicidio de Alex, y otro llamado Jacek Andrysiak. Tal vez polaco. Que aún anda por ahí en alguna parte. Tenemos que encontrarlo. Es una persona de interés. Kai, ¿tienes algo?

Mac había notado que Kai se giró rápidamente hacia su ordenador al mencionar a Jacek Andrysiak.

—Tal vez, tal vez. He estado revisando el teléfono y las redes sociales de McCullough. No hay mención de Jacek, pero he visto algunos mensajes a un número guardado simplemente como Jack. Se remontan a hace unos cuatro años, la mayoría son cosas normales. Charlas sobre fútbol, música, planes para salir. Luego hay una pelea de hace unos dos años. Jack parecía bastante enfadado con McCullough. Lo culpaba de algo y se menciona el nombre de Alex.

Mac se levantó y cruzó hasta el escritorio de Kai. Había una ventana abierta en el ordenador, que parecía mostrar la pantalla de un teléfono, con listas de conversaciones por mensaje de texto. Kai abrió una y fue desplazándose por los mensajes hasta llegar al que le interesaba. Estaba fechado el 5 de noviembre de 2021. A Mac se le erizó el vello de la nuca. Era cuatro días después del suicidio de Alex Martins. «Esto es culpa tuya. Tú le diste eso. Tú hiciste esto» —venía de quien McCullough había guardado en su teléfono como Jack.

"Bájate de tu pedestal. ¿Estás enfermo o qué? Tú fuiste el que le jodió la cabeza con toda esa mierda del diablo. Yo solo quería tocar la guitarra en una banda. Ustedes dos eran los obsesionados con la muerte y toda esa basura. Él empezó a autolesionarse por lo que tú le metiste en la cabeza" —fue la respuesta.

—No hice la conexión porque no sabía nada de Alex Martins. Pero esta no es la única pelea que tuvo McCullough. Hay otras trece conversaciones en las que se pelea con alguien, la mayoría pidiendo dinero desesperadamente, y enfureciéndose cuando no se lo daban. Lo típico de un adicto —dijo Kai.

—Entonces, Jack culpa a McCullough por la muerte de Alex. La madre también lo culpa por haber enganchado a su hijo a las drogas. También estaba enfadada con Evie Black. Me dio la impresión de que pensaba que Evie lo tenía colgado, haciéndole creer que iba a lograr algo.

—¿Entonces ella también es sospechosa?

Mac se encogió de hombros. Su instinto le decía que Karen Martins no era del tipo que infligía violencia sádica, pero tenían que seguir las pruebas. —Veamos si tiene una coartada...

Sonó un teléfono, y Melissa lo contestó. Escuchó durante unos segundos.

—Clio acaba de llegar. Está abajo.

Melissa miró a Mac y ambos pensaron lo mismo. Ahora que su jefa era una posible sospechosa, no podían tenerla cerca.

—¿Quieres que hable con ella? —preguntó Melissa tras un momento.

—No. Lo haré yo —respondió Mac—. Kai, empiece a rastrear a Jacek Andrysiak. Se escribe J-A-C-E-K A-N-D-R-Y-S-I-A-K. Melissa, cuando vuelva, me explica el resto de lo que sabemos sobre la escena del crimen de anoche. Ah, y trate de conseguir el informe psiquiátrico de Karen Martins. Tuvo una crisis después de encontrar el cuerpo de su hijo y me dijo que pasó un año en el hospital.

—¿Con qué justificación? Tal como está el caso, el informe no es esencial para la investigación. Karen Martins, estrictamente hablando, no es una sospechosa. Es una persona de interés, tal vez, pero nada más. Y eso con pinzas. Es una madre en duelo que se derrumbó tras encontrar el cuerpo de su hijo, después de que él se mutilara y luego se quitara la vida. Nunca obtendremos una orden judicial con esa base.

Mac suspiró y se pasó una mano por el cabello.

—¿Y qué hay de la Divulgación por Interés Público? Ocultar la información podría poner en riesgo a otras personas. —Mel simplemente lo miró—. Sí, sí, ya lo sé. Solo haga lo que pueda. Este caso está empezando a ser un dolor de cabeza de primera. Solo quiero saber que hemos explorado todas las vías.

—Vale, está bien, haré lo que pueda. Pero no se haga ilusiones.

Salió de la oficina y se dirigió a la recepción. Por alguna razón, se sintió lleno de pesar por tener que prescindir de los servicios de Clio.

Capítulo Veintitrés

Clio estaba sentada en la sala de recepción junto a un hombre delgado con chándal y una expresión aburrida en el rostro. Clio, en cambio, parecía observar todo a su alrededor con gran interés. Claramente, era alguien que no solía estar dentro de una comisaría. Él se halagó pensando que su rostro se iluminó al verlo cruzar las puertas de seguridad hacia la sala de espera. Ella se puso de pie, sonriendo, y Mac no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—¡Buenos días, inspector! —dijo Clio, animada—. ¿Recibió mis mensajes?

Eso detuvo a Mac. Melissa no le había mencionado que Clio hubiera intentado contactarlo.

—Ah, no. Mi teléfono estaba roto —dijo Mac.

—Sí, lo mencionó cuando vino a verme. Pensé que tendría uno de repuesto o algo así —dijo Clio, colgándose el bolso al hombro.

—No, el presupuesto de la Policía de Escocia no da para más de un teléfono por persona. Todavía tengo que poner en marcha el de reemplazo —dijo Mac con una sonrisa que esperaba fuera jovial.

Se volvió hacia el sargento de guardia.—¿Hay alguna sala libre?

El sargento consultó la pantalla de un ordenador.—La dos está libre, señor.

Mac tecleó el código de acceso para la puerta de seguridad y la mantuvo abierta para Clio.—¿Podemos hablar un momento?

Clio frunció el ceño pero pasó delante de él. Mac la condujo a la Sala de Entrevistas Dos. Era pequeña, amueblada con una mesa de superficie plástica y dos sillas. Un botón de pánico recorría las paredes y la iluminaban unas luces fluorescentes del techo, incómodamente brillantes. No era la primera vez que Mac deseaba que esas salas tuvieran reguladores de intensidad.

—Tome asiento —dijo él, apartando una silla para Clio y ocupando la que quedaba enfrente.

Ella parecía confundida, y con cierta sorpresa, Mac se sintió mal por ser la causa. Su rostro seguía siendo bonito, a pesar del ceño fruncido. Se dio cuenta de que se había acostumbrado a ver una sonrisa peculiar y un brillo en sus ojos. Pero no era su amigo. Apenas la conocía, y esto debía mantenerse profesional.

—¿Por qué tan formal, Mac? —preguntó ella, volviendo al nombre que él le había permitido usar ahora que estaban a solas.

—Clio, la investigación ha avanzado considerablemente desde ayer. No estoy seguro de que el trabajo que le pedí que realizara para nosotros vaya a ser necesario a partir de ahora.

Odiaba ese tono frío, carente de emoción, y las palabras robóticas y corporativas. No era la primera vez que necesitaba cortar con sus emociones y seguir adelante. La policía exigía esa capacidad, especialmente en sus oficiales superiores. Aprendías a no pensar en el rastro de devastación que dejabas a tu paso.

—Oh, eso es decepcionante. Y un poco molesto, si soy sincera. Puse mi trabajo en pausa para ayudarte —respondió Clio.

—Lo sé y realmente valoro todos sus esfuerzos —dijo Mac.

—¿Eso es todo? —preguntó Clio, con un matiz cortante en la voz.

Ella miraba directamente a Mac, ojo a ojo, negándose a apartar la vista. Notó la pulsera que llevaba, hecha de cuero entrelazado y decorada con un motivo de árboles y flores. No se había fijado en ella antes. Llevaba una camiseta bajo una chaqueta de jean muy usada. La camiseta estaba desgastada y holgada, el cuello sin forma, dejando ver dos collares sobre una extensión de piel pálida y suave. Mac era consciente de todo esto en su periferia, así como del

aroma ligero y ligeramente floral de su perfume. No usaba maquillaje, pero no lo necesitaba. Tal vez aún sufría los efectos residuales de la contusión, porque sentado tan cerca de ella, su mente empezaba a divagar.

—Me temo que sí, doctora Wray —dijo Mac, añadiendo una capa extra de formalidad para tomar distancia.

—Oh, no, lo siento, Mac —dijo Clio, enfatizando el apodo—. No vas a ponerte formal conmigo. Me debes una explicación. Me haces venir y mirar cosas verdaderamente horribles, diciendo que necesitas mi ayuda. Me meto de lleno, paso horas investigando y, de paso, arriesgo mi trabajo, y ¿ahora simplemente me echas? No lo creo.

A Mac le resultó curioso que ella estuviera tan molesta por esto. El inconveniente al que la había sometido era una cosa. Pero esto era diferente. Empezaba a sentir que esto era una ruptura.

—¿Acaso leíste mi último mensaje? —dijo Clio, poniéndose de pie.

—No, ya te dije, mi teléfono está roto. Todavía no he iniciado sesión en el nuevo. Pero te aseguro que leeré todo lo que has tenido la amabilidad de enviarme.

—Está bien —dijo Clio, aclarándose la garganta.

Agarró su bolso, se dirigió decidida hacia la puerta y luego se detuvo, con una mano en el picaporte. Se volvió hacia Mac.—No. ¿Sabes qué? No voy a dejarlo pasar solo porque me hayas tratado de forma atroz. Esto es demasiado importante.

Volvió decidida a la mesa y dejó caer su bolso encima. Lo abrió con un tirón y sacó una carpeta de cartón llena de papeles. Extrajo los dos primeros y los colocó sobre la mesa.

—¿Qué estoy viendo? —preguntó Mac.

Pudo ver que eran inscripciones, fotocopias de algún lugar. Se parecían a las que había encontrado en ambas escenas del crimen.

—Esto me dice que vas a tener dos asesinatos más. Tres en total. Tal vez más, pero de tres en tres —dijo Clio, señalando los símbolos con el dedo.

Mac la miró fijamente y leyó la rabia honesta en su rostro. Ella creía lo que estaba diciendo. Estaba convencida de ello. Sus ojos azules se clavaban en los suyos, brillantes como el cielo. Había un

leve brillo en sus labios y él captó el aroma de algún bálsamo labial afrutado. El impulso insano de besarla se encendió dentro de él antes de que lo aplastara brutalmente.

—Siéntate —ordenó él.

Clio obedeció, con los labios entreabiertos y respirando un poco agitada. Sus ojos estaban muy abiertos con algo parecido a la emoción, o tal vez él lo estaba interpretando completamente mal y ella simplemente estaba furiosa. Mac se preguntó cuántas llamadas perdidas y mensajes encontraría cuando encendiera el nuevo teléfono y se descargara la información de la antigua SIM virtual.

—Explícamelo, por favor, Clio —dijo en voz baja y con intensidad.

Ella no podía saber que ya se había demostrado que tenía parte de razón. Otra muerte había ocurrido una semana después de la primera. Si no había duda sobre lo que estaba diciendo, podría haber otra pronto. ¿Quizás dentro de una semana?

—Es un dialecto poco conocido que se encuentra casi exclusivamente en esta parte de Escocia y que usaban los nativos que vivían aquí, los Votadini —comenzó Clio—. Vivían en lo que ahora es Castle Rock, concretamente en plena Edad de Bronce. Al principio pensé que era un dialecto más estándar, de los que se encuentran en el norte de Europa, Gales e Irlanda, pero no tenía sentido en ese contexto. Entonces pensé en los Votadini. Hice un trabajo de investigación sobre los restos de la Edad del Hierro encontrados en Cramond. En fin, una vez que empecé a ver los símbolos desde esa perspectiva, comenzaron a tener sentido. Estos símbolos, en particular, se encontraron en el cuerpo. Los celtas creían que el número tres era sagrado. Este símbolo representa la estación de Imbolc. Básicamente, es la época del año entre los solsticios de invierno y primavera.

Mac no estaba siguiendo la terminología y, cuando Clio lo notó, empezó a explicarse más, pero Mac levantó una mano. Se inclinó hacia la imagen. Clio hizo lo mismo; sus cabezas quedaron a escasos centímetros, con los ojos fijos en el papel.

—Dame solo lo esencial, Clio. Si hace falta, ya leeré el resto. ¿Estás diciendo que el asesino planeó su crimen para que coincidiera con una época específica del año?

—¡Sí! —Clio levantó la vista justo cuando Mac lo hizo.

Mac fue repentinamente consciente de lo cerca que estaba ella. Se echó hacia atrás, cruzó las piernas y se cruzó de brazos, imperturbable y profesional. Clio seguía con los ojos brillantes y entusiasmada.

—Este símbolo representa la trinidad, la trinidad celta, el número tres que ellos veían por todas partes en el mundo natural. Y este otro representa Bealtaine.

Los ojos de Mac recorrieron el papel, absorbiendo las palabras extrañas y luchando por comprender el concepto. Había ajustado su mente a la idea de que McCullough y Evie habían sido asesinados por alguien relacionado con el suicidio de Alex Martin. ¿Una madre vengativa que mataba a quienes creía responsables de la muerte de su hijo, tal vez? ¿O un compañero de banda que había visto su futuro musical irse por el desagüe mientras sus amigos se sumergían en las drogas? Luego estaba el periodista, Ramsay Jones, que tenía acceso a información que no debería poseer. Ahora, se encontraba reiniciando mentalmente por completo, porque Clio estaba sugiriendo un motivo mucho más esotérico.

—Esto me suena más a un ritual. He estado buscando distintos motivos realistas, anclados en el aquí y ahora, y con todo esto... — Mac agitó una mano hacia los papeles— ...como simple decoración. Pero lo que me estás diciendo es que todo esto es, en realidad, lo importante.

Clio asintió con énfasis. —Eso es exactamente lo que estoy diciendo. Creo que el asesino está comunicando algo. Creo que las muertes son un...

Se detuvo de pronto, recostándose con una expresión preocupada en el rostro. Mac la observó y esperó.

—Un sacrificio —dijo finalmente Clio.

—¿Un sacrificio humano? ¿A qué?

—Mira, hay muchas deidades en la mitología celta, Mac. Otra pregunta podría ser: ¿para qué? —dijo Clio.

—¿Quieres decir que no es un... un tributo, sino una transacción? ¿Este asesino quiere algo?

—No quiero destruir por completo mi credibilidad usando esta palabra, pero creo que es un... hechizo —dijo Clio, sonrojándose al decirlo.

Mac soltó un largo suspiro, observando a Clio por un momento, tratando de calibrar si realmente estaba siendo sincera. Podía ser la asesina, llevándolo de la mano solo por el placer de hacerlo, mostrando su astucia. ¿Un hechizo, por el amor de Dios? ¿Qué se creía que era él?

—Si no temiera ofenderte más de lo que ya lo he hecho, te preguntaría dónde estabas anoche. ¿Sobre las ocho? —dijo Mac.

—En casa, haciendo FaceTime con mi madre, de hecho. Con Maia. ¿Qué tiene de significativo eso de las ocho de anoche?

—¿Maia? —preguntó Mac.

—Mi hija. ¿Quieres el número de mi madre para que verifiques mi coartada? Parecía que estabas buscándola. ¿Ha habido otra muerte? —Había una frialdad evidente en su voz, lo cual inquietó a Mac.

—Mira, Clio, lo siento si te molesté antes. Honestamente creía que estas marcas, todo esto, probablemente no eran más que una pista falsa. Pero por lo que me has contado, tengo que considerar que podrías tener razón. Tengo que mantener esa posibilidad abierta. Especialmente si, como sugieres, se avecina un tercer asesinato. ¿Seguirás trabajando con nosotros?

—¿Tercero? ¿Entonces sí ha habido otro? ¡Dios mío! ¿Es un asesino en serie? —exclamó Clio—. ¿Tenía razón?

—Puede que tengas razón —admitió Mac—. Creo que te necesito en el equipo porque no hay forma de que yo logre entender todo esto solo.

Pero estaba viendo las primeras señales de miedo en Clio. Los ojos abiertos por una repentina comprensión. Casi podía seguir el hilo de sus pensamientos. Hasta ahora, había sido un problema académico. Podía decirse a sí misma que solo era eso, incluso sabiendo la realidad de la situación. Pero, si su teoría se confirmaba, entonces había un individuo muy peligroso y perturbado allá afuera. Y ella estaba ayudando a atraparlo. Mac sabía lo que vendría

después, podía sentir cómo Clio se le escapaba. Eso perjudicaría la investigación. Y todo lo demás.

—¿Maia estará a salvo si sigo ayudándote? ¿La estoy poniendo en peligro? —preguntó Clio.

Mac consideró mentirle. Decirle lo que quería oír, darle las típicas garantías policiales que no se basaban en ningún hecho sólido, salvo en la necesidad de mantener el pánico a raya. Las mismas que se le decían al público todos los días. Pero no pudo hacerlo.

—Solo si el asesino sabe que nos estás ayudando. Nadie tiene por qué enterarse de eso. Mi equipo es de confianza, Clio. Podemos trasladarte a otro lugar para que hagas tu trabajo. O puedes hacerlo desde tu casa o tu propia oficina. Puedo mantenerte a ti y a Maia a salvo.

Excepto que alguien ya lo sabía. Karen Martins, y ella tenía tanto el motivo como el conocimiento histórico. Mac reprimió la punzada de culpa. Clio se pasaba una mano por su corto cabello castaño.

—Tendré que pensarlo. Solo dame veinticuatro horas —dijo ella.

Capítulo Veinticuatro

Mac observó a Clio salir de la comisaría. Había dado un giro mental en U tras su revelación. Si iba a haber más de esa críptica mierda celta, quería a una experta en plantilla que pudiera descifrarla. Le molestaba saber que le estaba mintiendo. Especialmente con una niña de por medio. Podía conseguir a otra experta, pero se descubrió a sí mismo reacio a hacerlo. Eso era egoísta, y lo sabía. Por otro lado, podía asegurarse de que ella y su hija estuvieran protegidas. Eso convertía a Karen Martins en la prioridad. Si ella quedaba descartada, entonces Clio estaría a salvo. No habría forma de que el asesino descubriera que estaba colaborando. Su jefe era el único que lo sabía fuera de la policía, y Mac confiaba plenamente en su equipo. No habría filtraciones desde dentro de la UCE. Subió de nuevo las escaleras hacia la oficina.

—¿Cómo se lo tomó? —preguntó Melissa.

—No se lo tomó —respondió Mac—. Le pedí que se quedara después de oír lo que tenía que decir. Resumiendo: estas inscripciones pueden ser más importantes de lo que pensábamos. Ella cree que habrá otra muerte. Tres por tanda.

—¿Por tanda?! —exclamó Kai—. ¿Cuántas cree que va a haber?

—No es adivina. Solo nos está transmitiendo lo que significan los símbolos, y el tres es un número significativo. Así que tenemos que

considerar la posibilidad de que también lo sea para nuestro asesino. Ya hemos tenido dos muertes con una semana de diferencia. Supongamos que ahora estamos luchando por evitar otra dentro de una semana.

Ambos parecieron impactados. Pero la impresión se desvaneció rápidamente. Los ojos de Kai se dirigieron a los paneles con fotografías, recordándose a sí mismo lo retorcido que era ese tipo. Y lo que intentaban impedir que le sucediera a otra persona. Melissa negó con la cabeza y sacó su teléfono.

—Voy a decirle a Cazzy que llegaré tarde esta noche —dijo.

Mac asintió con un gesto breve. Kai suspiró en algún lugar detrás de él. Ninguno necesitaba que le dijeran que debía hacer horas extra. Sabían que las horas adicionales que pusieran ahora podían significar, literalmente, la vida o la muerte de alguien. Nari entró y percibió de inmediato la tensión en el ambiente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Mac se sentó en el borde de un escritorio al frente de la sala y los puso al tanto de la conversación que había tenido con Clio. Incluyó sus preocupaciones por su seguridad y, en especial, por la de su hija.

—No vamos a llamar la atención sobre ella asignándole protección oficial. Hasta ahora, nadie puede saber que ha estado trabajando con nosotros. Necesitamos traer a nuestros sospechosos cuanto antes y empezar a comprobar coartadas. Kai, se encarga de Andrysiak. Encuéntralo y traigalo. Nari, hay un periodista ahí fuera que se llama Ramsay Jones, freelance. Clio dijo que le ofreció referencias de The Guardian y The Independent, así que contacte con los editores y encuéntralo. Al menos, él debería estar alojado en algún sitio relativamente cercano. Háblele donde esté para no asustarlo. Si se muestra reacio a hablar, entonces arréstelo y me avisa. Kai, es posible que su sospechoso no sea ciudadano británico, así que hay que considerarlo un posible riesgo de fuga. Así que, cuando lo encuentre, no pierda el tiempo. Méntalo directamente en una celda. Si es inocente, ya nos disculparemos después. No quiero que se largue del país.

Nari tomaba notas frenéticamente. Kai asintió y se volvió hacia su computador.

—¿Y yo, jefe? —preguntó Melissa.

—Usted y yo vamos a ver de nuevo a Karen Martins. Habla con la universidad y averigua si está en la oficina hoy. Le alcanzo en un minuto.

Mac dejó a su equipo ocupado y entró en su cubículo, recogiendo el nuevo teléfono que Melissa había gestionado. Estaba conectado y completamente cargado. Se sentó y lo encendió, completando los pasos del sistema de configuración exigidos por el software de seguridad instalado en todos los dispositivos de la Policía de Escocia. Finalmente, logró acceder y el teléfono empezó a descargar todos los mensajes que se habían acumulado desde que su anterior terminal había sido tan cruelmente maltratado. Un mensaje de Evie llamó su atención. Lo abrió. Era breve y venía acompañado de una foto. Entonces ella lo había perdonado, a menos que la foto fuera para mostrarle lo que nunca volvería a tocar. Su dedo se quedó suspendido sobre el botón de borrar. Si Anticorrupción descubría que estaba investigando el asesinato de una mujer con la que había estado involucrado, borrarlo sería una acción altamente comprometida. Por otro lado, la foto en su móvil era una garantía de que le retirarían el caso. —Lo siento, Evie —dijo en voz baja. Pulsó borrar.

Clio sabía que la estaban siguiendo. Un hombre paseando a su perro le había llamado la atención cuando pasó en coche. No pudo apartar la mirada, y el hombre la miró fijamente. El pulso de Clio se aceleró. Sintió cómo un sudor frío le recorría la espalda mientras giraba la cabeza para mirar al hombre. Entonces vio el coche que venía detrás y a la conductora, una mujer, que la observaba directamente. Giró en una calle al azar, con las palmas sudorosas sobre el volante, y la conductora también giró. Tomó otro giro al azar, y acabó frente a frente con un autobús que bajaba por una calle de un solo sentido.

La conductora pasó de largo al final de la calle detrás de ella, mirando. El conductor del autobús tocó la bocina y señaló el cartel de prohibido el paso que Clio no había visto. Sintió que las lágrimas le picaban en los ojos mientras intentaba meter la marcha atrás en el Mini. Y al salir disparada de la calle lateral, por poco evitó chocar con un coche que venía en sentido contrario.

El coche se desvió al carril contrario para evitarla, y el conductor gesticuló. Ahora los transeúntes la miraban. ¿Ya la estaban observando desde antes? Con las manos temblorosas, logró enderezar el coche y se detuvo junto a la acera. Estaba sobre una doble línea amarilla, frente a una señal de prohibido estacionar, pero no le importó. Apoyó la frente sobre el volante, aferrándolo con los nudillos blancos. Una parte lógica de su mente sabía que estaba llamando la atención. La gente la miraba porque ella los miraba a ellos. Pero no era esa parte lógica la que estaba al mando. Era el miedo. El terror. No por ella, sino por Maia. De repente, todo se había vuelto muy real. No era un rompecabezas académico ingenioso, atractivo por el drama de trabajar con la policía en un caso de asesinato real. Estaba ayudando a atrapar a alguien que había matado dos veces y volvería a hacerlo. Alguien que no quería ser atrapado. Al menos, no antes de haber terminado su trabajo. ¿Qué le harían a ella o a Maia si descubrían que estaba marcando una diferencia real?

—Podría mentir. Decirle a Mac que no puedo sacar nada en claro. Que todo es un sinsentido —dijo para sí misma.

La idea de simplemente echarse atrás, desaparecer tanto del periodista como de la policía, y volver a su vida mundana le resultaba atractiva. De hecho, el impulso de marcharse y no mirar jamás atrás era casi abrumador.

—La vida es demasiado corta. Demasiado corta para correr riesgos estúpidos —dijo en voz alta.

Un destello de color en la ventana llamó su atención. Un agente de tráfico estaba allí, mirándola con desaprobación. Estaba sacando la máquina que llevaba en la cintura y se dirigía al frente del coche para mirar la matrícula. Clio abrió la puerta.

—Sé que aquí no se puede estacionar, pero acabo de recibir una noticia terrible y estoy bastante alterada. No creo que pueda conducir con seguridad en este momento.

Levantó una mano, que temblaba visiblemente. Sentía que debía de tener la cara pálida. Sentía como si el azúcar en sangre se le hubiese desplomado. El agente de tráfico frunció los labios, vacilando.

—¿Necesita una ambulancia? —preguntó con un acento que dejaba claro que el inglés no era su lengua materna.

—Si la necesitara, seguiría aquí mañana —dijo Clio, sentándose al borde del asiento del conductor y llevándose la cabeza entre las manos.

El hombre apareció delante de ella y, por un instante aterrador, se convenció de que era el asesino. Que la había estado acechando todo este tiempo y que ese era el momento en que Maia se quedaba huérfana. El hombre metió la mano en el bolsillo y sacó un paquete de caramelos duros.

—Está blanca como un fantasma. El azúcar le ayudará —dijo el hombre.

Clio dudó, luego tomó uno. Era de rayas rosas y rojas y sabía a fresa.

—Daré una vuelta a la manzana. Despacio —dijo el hombre con un guiño.

Clio sonrió mientras saboreaba el dulce. Tal vez era su imaginación, pero ya se sentía mejor. Los temblores estaban disminuyendo. Alzó la mano hacia la piedra que colgaba de uno de sus collares. Era jaspe, conocido como el supremo protector, que brinda apoyo y sustento en momentos de estrés. Tocar esa piedra siempre le había traído consuelo cuando se sentía ansiosa. Se acomodó por completo en el coche, mirando por el parabrisas sin ver realmente la calle más allá. Estaba viendo el rostro de Mac, sus ojos oscuros y serios. Ese cabello que le daban ganas de alisar, de peinar con los dedos para devolverle algo de orden. La amabilidad que acababan de mostrarle le había cambiado la perspectiva. Ese hombre le había dado un respiro justo cuando más necesitaba compasión. Ese asesino malvado, fuera quien fuera, volvería a matar.

El mensaje era claro. ¿Tres muertes por Imbolc, y luego, en Bealtaine, otras tres? Mac no le había preguntado qué significaba cuando le mostró el símbolo de Bealtaine. Pero Clio lo sabía. Formaba parte del calendario celta, análogo a la primavera y aún a dos o tres meses de distancia.

Si su ayuda podía salvar otra vida, quizás más, entonces tenía que ofrecerla. Tenía que confiar en Mac, en que él podría mantenerla a salvo a ella y a Maia. Un zumbido en su bolsillo interrumpió su línea de pensamiento. Al sacar el móvil, vio que era Karen.

—Hola, Karen —contestó, adoptando el tono más animado que pudo.

—Clio, solo quería saber cómo estás, noté que no estabas en la oficina.

—Sí, perdona. Es por lo de la policía —dijo Clio, asegurándose de que nadie estuviera lo bastante cerca como para escuchar o espiar.

—¿En serio? Pensé que sería cosa de unas pocas horas. ¿Va a tardar mucho más?

—Creo que sí. No sé bien cuánto puedo contar, pero... —Clio vaciló, sin saber realmente qué debía o podía revelar—. No creo que me esté permitido decir nada. Tengo bastante trabajo que hacer para ellos, pero es cosa de varios días, al menos.

Hubo silencio al otro lado durante un momento.

—¿Tiene algo que ver con Alex? —preguntó finalmente Karen.

A Clio casi se le detuvo el corazón. —¿Alex? No, Mac no me ha preguntado nada sobre eso.

—¿Mac? —preguntó Karen—. No, olvídalo. Es solo que un policía vino a verme anoche preguntando por Alex —dijo Karen—. Y ya te dije que no sería bueno para la universidad ayudar a ese periodista. ¿No es así?

Había un tono cortante en la voz de Karen que podría haber degollado a Clio.

—Así es. Karen, lo que me pidieron revisar provenía de la escena de un crimen. Una escena de crimen muy reciente.

Esperó, con la boca seca, preguntándose en cuántos problemas estaba metida.

—Déjame hablar con el rector. Tal vez tengamos que contactar con los abogados de la universidad si esto va a apartarte de tu trabajo. Solo en términos de lo que estamos obligados a proporcionar —dijo Karen—. Déjalo en mis manos. ¿Estarás hoy en la oficina?

—Pensaba trabajar desde casa, si te parece bien.

—¿Desde casa? Sí, supongo que sí. Yo estoy haciendo lo mismo. Bien, estaré en contacto.

Karen colgó. Clio soltó un suspiro de alivio.

Capítulo Veinticinco

—¿En qué piensa, jefe? —dijo Melissa mientras conducía a ambos fuera de Edimburgo hacia Ratho por segunda vez en tantos días.

Mac había entregado sus llaves a un agente uniformado en la comisaría con instrucciones de recuperar su coche de High School Wynd y devolverlo a Niddrie Mains Road. Se sentía vulnerable sin él, incapaz de moverse con la libertad que deseaba. Pérdidas así eran triviales en el gran esquema de las cosas, pero le molestaban de forma desproporcionada. Como perder el teléfono. Pero no estaba pensando en eso. Su mente volvía una y otra vez a Clio. Melissa había empezado a llamarla por su nombre de pila a menos de veinticuatro horas de conocerla. Mac usaba su título delante de los demás, pero en su cabeza ya era Clio.

—La doctora Wray es una civil, y está empezando a ser fundamental para atrapar a este asesino. Eso la pone a ella y a su familia en riesgo —dijo—. No me gusta nada.

—A mí tampoco. Clio es encantadora. Casi desearía que se quedara más tiempo —respondió Melissa.

—Cazzy se pondrá celosa —replicó Mac.

—Clio no es mi tipo. Pero pensé que podría ser el suyo —dijo Melissa.

Mac la miró. Solo la miró, y ella hizo una mueca. —Perdón, jefe. Es solo que a veces pienso que necesita a alguien que le cuide. Levantó la mano un momento. —Ya está, lo dije. Sé que no debería, pero lo dije. Despídame.

Durante un largo momento, Mac permaneció en silencio, sin sonreír, observando cómo empezaba a llover sobre el parabrisas. —No podría despedirla, Melissa —dijo al fin—. Me demandaría.

Melissa se echó a reír, y Mac sonrió. —Cazzy demandaría a la Policía de Escocia hasta devolverla a la Edad de Piedra, eso seguro. Pero a eso me refiero. Necesita una Cazzy. Ella me cuida a mí, y usted no tiene a nadie así.

—Yo me cuido solo. ¿Le doy la impresión de ser el tipo de hombre con el que es fácil convivir? —dijo, permitiéndose la charla personal por un momento.

Normalmente, habría cortado de raíz ese tipo de conversación. La habría apartado y mantenido la distancia. Se preguntó si no sería efecto del golpe en la cabeza. O tal vez de la herida mucho más profunda que había sufrido cuando Siobhan se marchó. Llevándose consigo a la niña que Mac había llegado a considerar como suya. Pensar en Siobhan y en Áine le provocó una punzada de dolor que reprimió con brutalidad.

—No, no lo parece —dijo Melissa—. Pero yo tampoco. Creo que a veces vuelvo loca a Cazzy con mi necesidad de que todo esté en orden y en su sitio. Me dice que no voy a soportar tener un bebé en casa si no puedo tolerar un poco de desorden.

Mac pensó en su departamento bien ordenado. No tenía tiempo para limpiar, por eso pagaba a alguien para que lo hiciera por él. Pero si hubiera tenido tiempo, sabía que lo haría con una minuciosidad forense. La idea de una pequeña bola de caos suelta por ahí le incomodaba. Un niño mayor era diferente. Áine tenía diez años. No, tenía once o doce. Tal vez trece. No es que no lo recordara ahora, es que nunca se había molestado en memorizarlo. Siobhan se lo había dicho, y él lo había descartado de inmediato por irrelevante. Dios, con razón se había ido. Gruñó una respuesta a Melissa y decidió cambiar de tema. Aquella conversación no llevaba a ninguna parte.

—Karen Martins probablemente será hostil. Ya hablé con ella una vez y seguramente piense que no hay nada más que decir. O preguntará por qué insistimos en remover todo esto otra vez. Su marido es arrogante y se cree con derechos. No deje que le afecte —dijo, más para reconducir la conversación a temas profesionales que porque Melissa necesitara saberlo.

Ella asintió y no hizo ningún comentario sobre el cierre de la charla personal por parte de Mac.

—Lideraré yo. He establecido una especie de vínculo con ella —añadió.

Melissa le lanzó una mirada fulminante. Mac esperaba una reacción y la vio, aunque no la reconoció. Si Melissa quería pensar que él era una especie de mujeriego, que así fuera. Para cuando llegaron a la casa de los Martins, justo más allá del pueblo de Ratho, la lluvia caía con fuerza. El cielo estaba oscuro, a pesar de ser la hora del almuerzo. Un par de luces brillaban cálidamente en el rostro de la fachada marcadamente moderna de la casa.

—Vaya, me gusta esto —comentó Melissa—. Líneas limpias y moderno.

—Siempre la imaginé más del tipo cabaña con rosales —comentó Mac.

Melissa rio. —Demasiado desordenado. Prefiero lo contemporáneo, con tarima y un jardín delimitado cualquier día.

Metió la mano en la parte trasera en busca de un paraguas, pero Mac la detuvo.

—Vamos a caminar hasta la puerta y empaparnos. Así tendremos una excusa para pedir una toalla. Usted puede ir por una y echar un vistazo.

Melissa sonrió. —Como diga, Holmes —dijo, dejando caer el paraguas.

—Antes de que vayamos. ¿Solicitó el informe del hospital de Karen? Se que es poco probable que sea la asesina, pero es la única fuera de este equipo que sabe que Clio nos está ayudando. No quiero ese riesgo para ella ni para su hija.

—Lo entiendo, jefe. Estoy en ello.

Mac asintió en señal de agradecimiento y salió del coche, resistiendo el impulso de encogerse ante el agua helada. Melissa recorrió la distancia hasta la puerta principal con los hombros encogidos. Mac caminó como si fuera un día templado y soleado. En el timbre, se repitió el habitual ritual con el dueño de la casa. Mac lo presionó hasta que les abrió. Polar —uno diferente—, sandalias sobre gruesos calcetines grises de senderismo. Charles Martins se quedó de pie con una mano en la puerta. Una sola mirada descartó a Melissa y luego se marchitó en dirección a Mac.

—Karen no está aquí —dijo él con tono beligerante.

—La universidad dijo que hoy trabajaba desde casa —dijo Melissa. Había llamado a la oficina de Karen Martins antes de salir de la comisaría.

—No es cierto. Se fue esta mañana al trabajo y no la he visto desde entonces —respondió Charles.

—Está lloviendo a cántaros. ¿Te importaría si entramos? —dijo Melissa.

—Sí, estoy ocupado —respondió Charles.

—¿Todo bien, Charles? —se oyó una voz detrás de él.

Un hombre apareció en el umbral con una taza de algo caliente en la mano. Llevaba una camisa gris, pantalones negros y un rectángulo blanco en la garganta.

—Todo está bien, Gordon. Estos agentes ya se iban —dijo Charles—. Querían hablar con mi esposa.

—En realidad, unas palabras contigo también nos servirían —dijo Mac.

Mientras hablaba, dio un paso hacia adelante y hacia un lado. Charles retrocedió instintivamente, aunque tenía todo el derecho de mantenerse firme. Si lo hubiera hecho, Mac no habría podido forzar la situación. Todo consistía en asumir que la otra persona cedería y proyectando esa seguridad. Uno de los trucos mágicos de la policía. Melissa lo siguió.

—Voy a buscar un par de toallas —dijo el sacerdote.

—En realidad, solo indíqueme por dónde es. Necesito ir al baño, si no le importa, señor Martins —dijo Melissa.

Charles asintió y dio un portazo. Señaló hacia un pasillo.

—Hay un baño, la tercera puerta.

Mac miró en la dirección opuesta. Podía ver la sala de estar, dominada por el nivel del altillo donde él y Karen se habían sentado. Eso dejaría el baño fuera de la vista y permitiría que Melissa se escabullera para husmear.

—Tomemos asiento —dijo Mac, entrando con paso firme en la sala de estar, donde lo recibió el perro.

—Pondré la tetera. El agua acaba de hervir —dijo el sacerdote.

—¿Y usted es...? —dijo Mac, sentándose en un amplio sofá esquinero.

La habitación era de planta abierta y ocupaba todo el ancho de la casa. Altas ventanas al frente y al fondo dejaban entrar abundante luz natural. El piso era de madera, y aparte del sofá, había una butaca negra de cuero, otra de mimbre y una mesa de centro que parecía hecha de madera flotante.

—Reverendo Gordon Brunt, amigo de la familia.

Brunt se adelantó y ofreció la mano, de dedos largos, nudillos prominentes y venas marcadas. Sonrió con calidez y Mac le estrechó la mano sin levantarse. Charles Martins se había sentado en el borde de la silla de mimbre, con las manos entrelazadas entre las rodillas.

—No se me ocurre de qué quiere hablar conmigo —dijo.

—¿Tiene alguna idea de adónde pudo haber ido su esposa? —preguntó Mac.

—Ninguna.

—¿Ella tiene teléfono?

—¿Qué? Sí, claro que tiene. ¿Por qué? —Martins parecía confundido, el rostro fruncido en un gesto de desconcierto.

—¿Y usted? —preguntó Mac.

—Naturalmente, pero...

—Entonces puede decirme dónde está —señaló Mac.

No podía obligarlo, no podía quitarle el teléfono sin una orden de registro, pero sí podía intimidarlo para que lo hiciera. No es que le estuviera pidiendo el teléfono. Solo que Martins revisara la ubicación de su esposa.

—Ah, claro —dijo Martins, como si acabara de caer en cuenta.

Se metió la mano en los bolsillos del vaquero y sacó su teléfono, lo activó y escribió un código PIN.

—Por cierto, ¿a qué se dedica usted? —preguntó Mac.

—Soy arquitecto —respondió Martins, distraído.

—¿Cómo toma el café, oficial? —gritó Brunt desde la cocina.

—De filtro, si tiene. Con leche, pero vegetal, y dos de azúcar. Té si solo tiene café instantáneo —respondió Mac en voz alta.

Era descortés, pero con suerte mantendría al cura alejado durante unos minutos.

—No puedo encontrarla. Puede que se le haya agotado la batería del teléfono. Solo tengo su última ubicación —dijo Martins.

—¿Puedo verla? —preguntó Mac.

Martins giró el teléfono hacia Mac. Mostraba un mapa con un círculo gris en el centro, etiquetado como Karen. Mac frunció el ceño; al presionar el círculo vio que su última ubicación había sido registrada poco después de las ocho de la mañana. El lugar era el centro de Edimburgo; de hecho, se trataba del antiguo edificio Moray de la universidad.

—¿A qué hora se fue esta mañana? —preguntó Mac.

—A la misma hora de siempre, sobre las siete y media. Pero ¿de qué va todo esto? —dijo Martins.

Mac ignoró la pregunta y se limitó a mirar fijamente a Martins, sin decir nada. No era que intentara intimidarlo. Tenía la mente en otra parte, pero ¿quién sabía lo que una mirada silenciosa podía sacar de lo más profundo? Además, el hombre lo estaba irritando. Martins desvió la mirada, volvió a mirar, y volvió a apartar los ojos. Luego se levantó de golpe.

—Me molesta esto. ¡No he hecho nada malo!

—Té y café —anunció Blunt, entrando en la habitación desde la cocina con una bandeja y tres tazas.

—¿Karen suele dejar que se le agote la batería del móvil por la noche? Yo lo cargo a esa hora. Creo que la mayoría de la gente lo hace —comentó Mac, aceptando su café. Soluble con leche entera, por lo que parecía. Vaya, quién lo diría, un cura pasivo-agresivo.

—Sí, claro que lo carga.

—Entonces, su teléfono no se ha quedado sin batería desde las 8:07 de esta mañana —dijo Mac—. O lo ha roto, lo ha dejado caer en el váter o algo así, o ha desactivado la localización. ¿Por qué haría eso?

—¿Cómo voy a saberlo yo? —Martins caminaba de un lado a otro de la habitación, visiblemente alterado.

—¿Esto es un interrogatorio, agente? —preguntó Brunt con cortesía—. Porque soy abogado colegiado además de ministro, para que lo sepa.

—No, no. Quería hablar con Karen y Charles ha estado tratando de ayudarme a averiguar cómo encontrarla —dijo Mac con amabilidad.

—Bueno, claramente no está aquí, así que ¿por qué no habla con su empleador...? —empezó Brunt.

—¿Cómo era su relación con su hijo, señor Martins? —preguntó Mac, eligiendo el momento de mayor impacto para lanzar la pregunta.

Martins había estado junto a la ventana, pero ahora se giró bruscamente, con los ojos muy abiertos. —¿Y qué demonios tiene eso que ver contigo?

—¿Sabía que él se estaba autolesionando? —preguntó Mac, clavando en Martins una mirada dura.

—No. O sea, sí, lo sé. Pero no lo sabía en ese momento.

—¿Entonces no eran tan cercanos? —insistió Mac.

—¡No! ¿Está bien? ¿Eso es un crimen ahora? Fracase como padre. ¿Satisfecho?

Brunt se levantó y caminó hacia Martins, colocando sus grandes manos sobre los hombros del otro hombre. —No te alteres, Charles. No fuiste un fracaso. Fuiste un buen padre. Eres un buen hombre que no tiene nada de qué sentirse culpable.

—Los amigos de Alex parecían culparle por sus autolesiones. ¿Por qué sería eso? —preguntó Mac, mintiendo con suavidad.

Los instintos de Mac lo guiaban. Había algo en la actitud defensiva inmediata de Martins y en la confianza segura del ministro que simplemente no le olía bien. Tal vez era su desconfianza

automática hacia cualquiera que se hiciera llamar sacerdote. El cinismo de un policía ateo.

—¡No fue culpa mía! —gritó Martins.

Capítulo Veintiséis

En ese momento, Mac oyó a Melissa caminar por el pasillo hacia la sala de estar. Era el momento perfecto, justo cuando Martins ya estaba a la defensiva. Probablemente había estado escuchando la conversación y había calculado su entrada para causar la máxima interrupción, percibiendo que Martins solo necesitaba un empujón y equilibrar la situación numérica.

—¿Qué no fue tu culpa? —preguntó Mac en voz baja.

—¡Fui exonerado! —escupió Martins.

Melissa se sentó en silencio junto a Mac, quien se inclinó hacia adelante, concentrado en su presa.—¿De qué? —preguntó.

—Como abogado, debo dejar claro que no estoy en absoluto conforme con el tono de esta conversación —dijo Brunt, apartándose de Martins y colocándose resueltamente entre él y los dos agentes.

—Esto forma parte de una investigación por asesinato —dijo Mac sin rodeos, decidiendo usar su carta más fuerte—. Y considero que estas preguntas son importantes. Si el señor Martins desea formalizar esto, podemos reunirnos de nuevo en la comisaría de Niddrie Mains Road, suponiendo que desee que usted lo represente. Francamente, hasta lo preferiría, dado lo condenadamente a la defensiva que ha estado todo este tiempo.

Brunt levantó las manos en señal de apaciguamiento.—Mire, no seamos precipitados.

—¿Quiere que llame un coche, jefe? —dijo Melissa, sacando su teléfono.

—¡No! —dijo Martins—. No. Mire. No he hecho nada malo. Usted quería hablar de mi esposa. Estoy dispuesto a responder cualquier pregunta...

—Así era. Ahora quiero hablar de usted. ¿De qué lo absolvieron? Si se trata de un cargo criminal, lo descubriré en lo que tarde en llegar a mi coche, así que no tiene sentido ocultarlo —dijo Mac, con dureza.

Martins miró a Brunt, quien le devolvió una mirada inescrutable, luego se encogió de hombros. Martins se humedeció los labios mientras Brunt se dejaba caer en el asiento tipo cubo, con los brazos colgando de los reposabrazos y las manos flojas en las muñecas. Martins quedó de pie junto a la mesa de centro, en el centro de tres miradas fijas.

—Me acusaron de algo hace unos años. Algo que no hice, que jamás haría. Ese chico tenía problemas mentales graves. Era un psicópata.

—¿Qué chico? ¿Alex, su hijo? —preguntó Mac.

Martins casi se dejó caer en la silla de mimbre. —Él no era mi hijo. Karen tuvo una aventura, pero él no quiso saber nada más de ella cuando se enteró de que estaba embarazada.

—¿De qué lo acusaron? —insistió Mac, sabiendo ya cuál sería la respuesta.

Martins se removía en su sitio. No levantaba la vista, miraba fijamente el suelo y se retorció los dedos.

—De... de... —balbuceó, hasta que su voz se apagó en el silencio.

—De haber abusado del niño. Cuando Alex tenía unos nueve o diez años —respondió Brunt, hablando con claridad y frialdad—. El caso fue archivado y los servicios sociales quedaron satisfechos, después de un período de contacto supervisado, de que se trataba de una invención contada por un niño mentalmente enfermo.

Mac intercambió una mirada con Melissa. Dejó que la nueva información se asentara, viendo el caso desde una nueva

perspectiva. Las inscripciones celtas y las mutilaciones adquirieron un nuevo significado. Un decorado para desviar la investigación en una dirección errónea. Alex Martins haciendo acusaciones contra su padrastro, compartiéndolas con sus compañeros de banda, tal vez incluso con Evie. Charles Martins intentando eliminar la amenaza de una vez por todas.

—Y ahora creo que debería irse. Esto no puede tener ninguna relevancia para la investigación que está llevando a cabo —dijo Brunt.

Mac empezaba a perder la paciencia con aquel hombre. De entrada, tenía poca tolerancia hacia los abogados, especialmente cuando se interponían en su camino.

—Usted no tiene ni idea de lo que estoy investigando...

—¿El hombre que fue asesinado en Craigmillar, supongo? ¿Y no hubo otra muerte en pleno centro de la ciudad justo ayer? —dijo Brunt.

Mac lo miró fijamente, pero Brunt le sostuvo la mirada. —¿De verdad esperaba mantener en secreto un crimen así? ¿Especialmente cuando un oficial de policía héroe, el que atrapó al Asesino del Ángel, es atacado? Hay videos por todo Facebook.

—Alex se autolesionaba. Usted ha negado saberlo antes de que se quitara la vida. ¿Cómo se sintió al darse cuenta de que él se hacía eso a sí mismo? —habló Melissa por primera vez.

Mac no le había hecho ninguna señal para que hablara, pero se alegró de que lo hiciera. No confiaba en sí mismo para hablar sin arrancarle la cabeza a Brunt. Mel podía aplicar un toque de maternidad compasiva a la pregunta, lo que tomaba por sorpresa a muchos sospechosos, especialmente hombres. Martins frunció el ceño como si la pregunta lo desconcertara genuinamente.

—¿Sentirme? Pero si no fue culpa mía. Soy inocente.

Mac sintió un picor en la nuca. Un escalofrío le recorrió el cuerpo como si le hubieran dado una descarga eléctrica. Había hablado con claridad y sencillez, pero era evidente que Charles Martins creía cada palabra que acababa de pronunciar. Sin embargo, aquello demostraba una completa falta de empatía que resultaba reveladora. Fuera lo que fuese, el asesino carecía de empatía hacia sus víctimas.

Nadie capaz de semejante violencia podía poseer ni una pizca de compasión. Mac decidió que Charles Martins era un psicópata.

—¿Dónde estuvo usted entre las ocho y las nueve de anoche? —preguntó Mac inmediatamente después de la protesta de inocencia de Martins.

—Charles, te aconsejo que no... —empezó Brunt, extendiendo la mano hacia Martins como si quisiera separarlo de los agentes.

—Solo busco la verdad —espetó Mac—. Si el señor Martins es inocente de cualquier delito, entonces no tiene por qué preocuparse por decir la verdad.

—Solo quiero evitar que se incrimine sin querer. Estás actuando de una forma muy autoritaria.

Mac sonrió. —Sí, lo estoy haciendo. Y ustedes dos están actuando como hombres culpables. ¿Qué voy a encontrar cuando introduzca su nombre en nuestra base de datos, reverendo?

—Nada —dijo Brunt.

Sus ojos tenían ahora una frialdad plana. Cualquier fachada del ministro educado, servicial y jovial se había desvanecido. Sus ojos azules brillaban como acero mojado por la lluvia.

—Yo estaba aquí. ¿De acuerdo? —dijo Martins, y luego se volvió hacia el sacerdote—. Gordon, no hay necesidad de enfadarse.

—Solo intento protegerte, Charles.

—¿Estaba en casa? ¿Con su esposa? —preguntó Melissa, sacando una libreta.

Martins vaciló, solo por una fracción de segundo, pero fue suficiente. Mac olió la mentira a punto de salir de su boca. La respuesta sería sí.

—Sí.

Mac quiso sonreír, pero se lo guardó. No tenía claro cómo encajaba aquel hombre en el caso, pero contaba con tres pruebas circunstanciales: la posibilidad de que fuera un abusador de menores, la certeza de que carecía de empatía y el hecho de que acababa de mentir sobre su coartada. Era suficiente para colocarlo en lo más alto de la lista. Su esposa había ocupado ese lugar, pero era un pensamiento incómodo para Mac. Simplemente, no lo veía en ella. No respondió de inmediato, y Melissa tuvo el buen juicio de

guardar silencio. Mac no tenía suficientes pruebas para arrestarlo. Podía invitar a Martins a la comisaría, pero era poco probable que aceptara mientras el buen reverendo estuviera allí para aconsejarle que se negara.

—¿Qué estaban haciendo los dos? —preguntó Melissa cuando Mac se recostó en su silla.

—No lo sé, probablemente viendo la tele —respondió Martins.

—¿Viendo qué, en particular? —preguntó Mac.

Hubo un tiempo en que esa era una forma sencilla de poner a prueba una mentira improvisada. La llegada de los servicios de streaming lo había complicado. Ya no se podía contrastar la historia del sospechoso con un ejemplar del Radio Times.

—No lo recuerdo. Me quedé dormido. Karen lo eligió, así que probablemente era uno de esos programas sobre vikingos.

—Evidentemente, le haremos la misma pregunta a Karen —intervino Melissa.

—Cuando la encontremos —dijo Mac, con una media sonrisa curvándole los labios.

—¿Puede imaginar dónde podría estar si no está en el trabajo y tampoco aquí? —preguntó Melissa, con una expresión de absoluta inocencia.

Martins negó con la cabeza y abrió las manos. —¿Quién sabe hoy en día?

—¿Tienen ustedes problemas matrimoniales? —insistió Mac.

—¡Eso no es asunto suyo! —espetó Martins.

Esta vez, la sonrisa de Mac fue completa, y se encogió ligeramente de hombros, como si aceptara el reproche de buena gana. —Si ella estuviera viendo a alguien, y usted supiera quién, podríamos hacerle una visita.

—Si lo estuviera, y lo supiera con certeza, ya estaría divorciada —respondió Martins con frialdad.

Melissa miró a Mac. Él percibió lo mismo que ella; estaba seguro. La conversación había llegado tan lejos como podía. Tal vez podrían sacarle algo más en una sala de interrogatorios, pero no aquí. Mac se puso de pie y Melissa lo imitó.

—Bueno, gracias por toda su ayuda, señor Martins. Nos pondremos en contacto.

No cabía duda del alivio en el rostro de Martins ni de la mirada calculadora de Brunt. Mac y Melissa salieron de la casa. La lluvia había cesado y el cielo gris mostraba algunos claros. Un viento helado, salido de una nevera, los recibió con entusiasmo. Mac subió al asiento del pasajero. Melissa condujo alejándose de la casa sin decir una palabra, sabiendo que su jefe no querría quedarse a la vista de Martins y Brunt para comentar lo que acababan de oír.

—¿Quiere que arregle para que lo traigan? —preguntó ella.

—No tenemos suficiente, pero lo voy a conseguir —dijo Mac con tono sombrío—. Es culpable de algo. ¿Encontraste algo?

—Subí al piso de arriba. Al parecer, sin que ninguno de ustedes me oyera. El perro me siguió. Hay una escalera en el otro extremo de la casa que lleva a los dormitorios y baños. Están durmiendo en habitaciones separadas. Al menos encontré un dormitorio principal con ropa y zapatos de mujer en el armario, maquillaje y un secador de pelo en el tocador. Otro dormitorio, dos puertas más allá, tenía su ropa. Me concentré en la habitación de ella, que tenía baño en suite. Limpia y ordenada, nada obvio que pudiera ver sin revolver.

—¿No revolvió? —preguntó Mac, como sorprendido.

Melissa soltó una risita. —No, jefe, no lo hice. Pensé que quizá un registro ilegal no se vería muy bien.

Mac se encogió de hombros. —Yo habría revuelto —murmuró, aunque no lo decía completamente en serio.

—Una cosa que me llamó la atención en el baño fue un par de tijeras con sangre. Solo una mancha, y parecía vieja, cerca de la bisagra.

—Donde alguien limpiando podría no verla —dijo Mac—. ¿Qué tipo de tijeras?

—Pequeñas y afiladas. Quizá tijeras de manualidades —dijo Melissa.

—Tal vez perdió su cortaúñas y se cortó —especuló Mac.

—Probablemente nada, pero fue todo lo que pude encontrar sin hacer una búsqueda adecuada —dijo Melissa—.

—Tenemos que encontrar a Karen Martins. No creo que su teléfono se haya quedado sin batería a primera hora de la mañana, no siendo alguien con un cargo tan alto como el suyo. No quería que su marido supiera adónde iba.

—Creo que le está siendo infiel —dijo Melissa—.

—Yo también lo creo, y él también, aunque no puede probarlo. Si pudiera, creo que se divorciaría de ella sin pensarlo. Y sospecho que el dinero en esa familia es de él —respondió Mac—.

Sacó el teléfono del bolsillo y forcejeó con él un momento. Era un modelo distinto al que había estado usando los últimos años, y ese tipo de cambio le molestaba. Buscó el número de Kai y pulsó el botón del altavoz.

—Jefe —respondió Kai al tercer tono—.

—Salimos de la casa de los Martins en Ratho, volvemos a la ciudad. Yo voy a la universidad y Melissa va a trabajar con las pruebas del caso de Evie Black. ¿Alguna novedad sobre Andrysiak?

—Encontré sus redes sociales. Logré averiguar que ha estado viviendo en el West End de Glasgow los últimos años. Y pude localizar una dirección y pedí a la policía local que fuera a buscarlo. No respondió, así que autoricé una entrada forzada.

Se detuvo, esperando ver si se había pasado de la raya. Mac respetaba la iniciativa que había tomado su agente.

—¿Y bien?

—Vacío. Les pedí que me lo transmitieran en directo. No hay ropa, la comida en la nevera lleva al menos dos semanas caducada. Es un departamento en uno de esos bloques rehabilitados. Rastree la agencia que gestiona el departamento. El alquiler está pagado hasta la semana que viene y no han recibido ningún aviso de que nuestro chico pensara marcharse.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo activo en redes sociales?

—preguntó Mac.

—En las redes que he podido encontrar, hace dieciséis días. Y antes de eso estaba activo casi todos los días, al menos una docena de publicaciones a la semana en Insta, Twitter, Facebook.

—Muy bien, buen trabajo, Kai. Vamos a tener que emitir una alerta por él. Todas las divisiones, puertos, aeropuertos, ya sabe

cómo va esto. Envíeme el papeleo y lo autorizaré.

—Estoy en ello, jefe.

—¿Está Nari con usted? —preguntó Mac.

—No, tiene una pista sobre ese periodista que quería. Ha ido a buscarlo.

Mac intercambió una mirada con Melissa. No se le había ocurrido a Kai ir con ella y Nari no lo habría pedido.

—Voy a intentar llamarla —dijo Mac, colgando.

El número de Nari sonó sin respuesta. Colgó y volvió a intentarlo. Luego soltó una maldición. Llamó al operador de Policía de Escocia y solicitó el rastreo del teléfono de una agente. Apretó los dientes mientras el operador introducía el número en el sistema. Finalmente, le dieron una ubicación.

—Consiga refuerzos uniformados para esa ubicación. ¿Dónde está la unidad más cercana? —Mac no quedó satisfecho con la respuesta que recibió. Tras dar una orden brusca, colgó—. Está en Corstorphine, y nosotros estamos más cerca que la patrulla más próxima —dijo Mac, mostrándole la dirección a Melissa—. Llévenos allí.

—¿No quieres ver si Karen Martins está—

—¡No! —espetó Mac—. Tendrá que esperar hasta que Nari reciba la bronca de su vida.

Capítulo Veintisiete

La última ubicación registrada del teléfono de Nari fue frente a una casa de huéspedes en la carretera principal que atravesaba Corstorphine. Los edificios eran de un uniforme color arena, ennegrecidos por los elementos y la contaminación. A un lado, bungalós y agradables casas adosadas se alzaban sobre una colina. Setos y cajones de flores predominaban alrededor de las propiedades residenciales, mientras que la A8 a través de Corstorphine adquiría el aire de una calle principal en un pueblo rural. Casas de huéspedes, panaderías artesanales y cafés. Se percibía una clara sensación de separación con respecto a la ciudad que se extendía más adelante, como si esta zona siguiera siendo el pueblo que fue antes de que Edimburgo la absorbiera. Melissa vio el coche de Nari en la entrada de la casa de huéspedes y se detuvo detrás, con su vehículo sobresaliendo sobre la acera. Mac fue el primero en bajar y dirigirse a la puerta principal. Pulsó el timbre. Luego llamó. Después golpeó con la palma de la mano.

Si Nari estaba ahí dentro hablando con Ramsay Jones, la única razón por la que no respondería sería porque no podía. Un presentimiento enfermizo se le instaló en el estómago. Sabía que algo había pasado, se culpaba por no haberle insistido lo suficiente a su sargento. Ella era tan independiente y estaba tan desesperada

por demostrar su valía. Y como inspector jefe, él exigía mucho a todo su equipo, los presionaba al máximo. Quizá demasiado. Y eso llevaba a que se asumieran riesgos. El rostro de Melissa estaba marcado por la preocupación. Fue hacia un costado de la casa y sacudió una verja que bloqueaba el acceso a un callejón que corría entre donde estaban ellos y la alta valla de la casa vecina. Entonces Mac oyó movimiento en el interior. Un vidrio rompiéndose, el estrépito de algo pesado al caer. Mac se apartó de la puerta y entró de una patada. La puerta se abrió de golpe y rebotó contra la pared. Mac la atrapó con una mano y entró.

—¡Policía! —gritó.

Entonces vio los pies de Nari en el suelo. Estaba tendida medio dentro de una habitación a la izquierda, a unos metros por delante. Mac corrió hacia ella. Estaba boca abajo, moviéndose débilmente como si acabara de recobrar el sentido, levantando una mano hacia la cabeza. Melissa venía detrás de él.

—¡Llama a una ambulancia y quédate con ella! —ladró Mac, mirando alrededor en busca de un agresor.

Los sonidos que había oído se detuvieron. Entonces Mac escuchó movimiento en el piso de arriba.

—¡Policía! ¡No se mueva! —rugió mientras se dirigía hacia una escalera angosta que había sido alfombrada en algún momento de los años setenta.

Se oyó un grito de dolor desde algún lugar y un sollozo ahogado. El sonido del miedo y el pánico. Mac echó un vistazo a un pequeño baño decorado en verde oliva. Tres puertas más y otro piso arriba. Todas las puertas tenían cerraduras. Probó la que parecía más cercana al ruido, no pudo abrirla. No duró más que la puerta principal cuando le dio una patada. Más allá había un dormitorio, con una cama doble y decoración cursi. Una ventana de guillotina estaba abierta y, cuando se acercó, vio la imagen ridícula de un joven trepando por una vieja tubería de desagüe. Levantó la vista, con un rostro aniñado y redondo. El terror le cubría el rostro. Llevaba una bolsa colgada al hombro, pero no la había cerrado bien y los papeles estaban a punto de caer.

—Soy policía. Bájese de ahí antes de que se rompa el cuello —ordenó Mac—. Ramsay, ya está en bastantes problemas. No lo complique más.

No hubo respuesta. Un tornillo se soltó de la pared y la tubería se desplazó unos quince centímetros. Jones decidió arriesgarse y saltó los dos últimos metros. Tuvo suerte y cayó a centímetros del patio pavimentado, golpeando el césped y rodando. Mac se dio la vuelta y corrió de nuevo por la casa hacia la puerta trasera.

—¿Quién demonios es usted? ¿Qué está pasando aquí? —dijo una mujer de mediana edad que estaba en el umbral destrozado de la puerta principal, con dos bolsas de plástico del supermercado en el suelo, una a cada lado—. ¡Voy a llamar a la policía! —concluyó con voz estridente.

Mac la ignoró, pero escuchó que Melissa se identificaba. La puerta trasera estaba cerrada y había cristales rotos en el suelo de la cocina. Jones debió de correr a la cocina al oír el coche, encontró la puerta cerrada con llave y entró en pánico, subió corriendo pensando en salir por la ventana. Mac pateó la puerta trasera para abrirla, sin querer perder tiempo pidiendo la llave. Jones iba a mitad de camino por un jardín trasero largo y estrecho. Un sendero pavimentado corría entre un césped a un lado y un arriate al otro. Al final del césped había un cobertizo y un portón con dos cerrojos al lado. Jones llegó al portón y, tras un segundo de tirar en vano del primer cerrojo, se volvió para enfrentar a Mac. Tenía un cuchillo en la mano.

—No se acerque —escupió.

Mac redujo la velocidad pero siguió avanzando, dando pasos deliberados para acortar la distancia. Se detuvo fuera del alcance que calculó tendría Jones si blandía el cuchillo. Era un cuchillo de cocina, presumiblemente agarrado con prisa en la cocina.

—¿Atacó usted a mi sargento ahí dentro? —dijo Mac en voz baja.

Toda su autoinculpación se estaba desplazando ahora hacia el hombre que tenía delante. El hombre que, de algún modo, había obtenido fotos de una escena de suicidio espeluznante y había intentado convertirlas en una historia rentable para sí mismo. El hombre que había atacado a una agente de policía desarmada y

ahora creía que podía amenazar la vida de otra persona. El pecho de Mac se agitaba, solo en parte por el esfuerzo de subir y bajar escaleras. Sus ojos se clavaron en los de Ramsay Jones, quien alzó el cuchillo y lo apuntó a Mac.

—¡Sé lo que está pasando! ¡Creen que no lo sé! —escupió Jones—. Me han estado siguiendo. Me tienen bajo vigilancia. Tengo las pruebas. ¡Se acabó!

Mac evaluó la amenaza de la situación. Jones estaba acorralado y desesperado. Pero no había civiles cerca y él se encontraba entre Jones y Melissa, Nari y la mujer en cuya casa acababa de irrumpir. Nadie corría peligro salvo él. Y Jones. Cerró los puños con fuerza. La ira dificultaba el pensamiento racional. Veía a un hombre que había atacado a una mujer y había huido. Que había intentado salirse con la suya y luego había reaccionado como una rata acorralada, sin el valor de enfrentar lo que había hecho. Gotas de lluvia le pinchaban la cabeza. De pronto, estaba de pie bajo la sombra de una marquesina, esperando al hombre que había asesinado a su hermana menor. Un chico de dieciocho años cuya madre había muerto y cuyo padre había bebido una pinta de veneno para ratas una semana antes. Ya no era Ramsay Jones quien tenía delante, sino Mark Souter, el exnovio de Iona. La policía no había logrado atraparlo. Su familia se había cerrado en banda y le había proporcionado una coartada.

Mac dio un paso más cerca mientras la lluvia golpeaba con más fuerza sus hombros. Souter había creído que se había salido con la suya, había estado bebiendo y riendo con sus amigos en el pub. Mac no iba a dejar que se saliera con la suya. Los ojos de Jones se abrieron de par en par cuando Mac avanzó. Lanzó una estocada con el cuchillo, pero Mac le agarró la muñeca y la torció con fuerza. Empujó el brazo hacia abajo y hacia afuera, y le clavó una rodilla en el estómago. La hoja cayó al suelo con estrépito y Mac la pateó hacia atrás. Agarró a Jones del cabello y le echó la cabeza hacia atrás antes de golpearlo en la boca. Jones cayó de espaldas, su cabeza golpeó el costado del cobertizo, su brazo aún sujeto con un agarre de nudillos blancos. Mac dio un paso adelante, se irguió sobre él y vio a otra persona. Ya no estaba en Corstorphine, sino en

Portree, en Skye, y Callum McNeill estaba a punto de vengar a su hermana.

—¡Mac, no! —gritó Melissa detrás de él.

Mac miró hacia abajo a Ramsay Jones, quien tenía una mano levantada por encima de la cabeza para protegerse. Melissa corría por el sendero y, al llegar hasta Mac, le agarró el brazo en alto y lo hizo retroceder. Puso una sorprendente cantidad de fuerza en ello, logrando arrastrar a Mac hacia atrás y luego colocándose entre él y Jones.

—¿Pero qué demonios, jefe? ¿Qué iba a hacer, dejarlo inconsciente a golpes? ¡Esto no es los años ochenta!

—Tenía un cuchillo. Atacó a Nari —murmuró Mac, sintiéndose desconectado de la realidad.

—Lo desarmó y Nari estará bien. Los paramédicos acaban de llegar. Cielos, podría presentar cargos.

Esta última frase la dijo en un susurro, sin querer que Ramsay Jones la oyera. Sin querer darle ideas. Mac se dio la vuelta, pasándose una mano por el pelo húmedo. Se sentía como si hubiera perdido el conocimiento. La furia que había sentido lo había desbordado. Había comenzado como la persecución de un hombre que había agredido a una agente de policía. Se había convertido en... otra cosa, y la ira lo había dominado.

—Lo tenemos, ¿vale? Agresión a un agente de policía. Nari no sabe qué pasó. Él abrió la puerta cuando ella llamó y la dejó entrar. Dijo que él se ofreció a hacer café mientras ella pasaba al salón y entonces, ¡zas! Pero estará bien.

Ella tenía una mano sobre su hombro y lo miraba a los ojos como si quisiera asegurarse de que comprendiera el mensaje. Mac asintió, recuperando el equilibrio, y se maldijo mentalmente. Las consecuencias de haber perdido el control podían ser enormes. Maldijo en voz baja.

—¿Arreglaste las cosas con la dueña? O quien fuera esa persona.

—Tal vez. O pondrá una queja, es de ese tipo. Pero no creo que el problema sea que haya derribado la puerta para atrapar a alguien que había agredido a un agente de policía. ¿Usted lo cree?

Mac asintió. —No. Tiene razón.

Vio a dos agentes uniformados aparecer por la puerta trasera de la casa y les hizo una señal para que se acercaran, luego señaló a Jones.

—Ramsay Jones. Dos cargos por agresión a un agente de policía. Llévenlo a Niddrie Mains Road para el procedimiento. El inspector Barland irá detrás.

Sus rostros se endurecieron y se volvieron fríos al oír los cargos. Ambos eran hombres y habrían visto a los paramédicos atendiendo a Nari. Nada enfurece más a un policía que ver a uno de los suyos herido. Y los agentes varones que se respetan siempre sienten la necesidad de proteger a sus compañeras, por mucho que estemos en el siglo XXI.

—¿Y las heridas, señor? —preguntó uno de ellos.

—Resistencia al arresto. Asegúrense de embolsar el cuchillo. Me atacó con él —dijo Mac.

Melissa esperó hasta que se llevaron a Jones entre los dos agentes uniformados. —Creo que debería tomarse el resto del día libre, jefe. ¿Quiere que lo lleve a casa?

—No, llévame a Old Moray House. Quiero ver si Karen Martins ha aparecido. Si no está allí, pediré un Uber para volver a la comisaría.

Melissa estaba a punto de hablar. Mac lo sintió venir. Levantó una mano, el rostro endurecido. —No.

Melissa parecía frustrada, con las manos en las caderas, mordién dose el labio. —Jefe, lo voy a decir sin rodeos. Creo que ese golpe en la cabeza le ha hecho más daño del que pensaba. Acabo de verlo perder la razón en serio. Tal vez deba hablar con Reid.

Ella lo miró fijamente, negándose a apartar la vista. Mac sintió un brote de ira ante la amenaza. Pero la contuvo con firmeza. Melissa era compasiva y leal con su jefe y su equipo. No estaba haciendo política ni siendo insubordinada. Estaba preocupada por él. Mac respiró hondo, apartó la mirada y trató de parecer arrepentido. Asintió.

—Tiene razón, tiene razón —suspiró, pasándose una mano por el cabello.

Un mechón húmedo le cayó sobre la frente y vio cómo Melissa levantaba la mano, como si estuviera a punto de apartárselo. Eso

hizo que una sonrisa se insinuara en sus labios. Melissa se sonrojó.

—Volveré con usted y recogeré mi coche. Lleve a Jones a una sala de interrogatorios. Necesitamos saber de qué iba todo esto —hizo un gesto hacia la casa—. Y necesitamos descartarlo de la investigación o no.

—Probablemente no debería conducir... —empezó Melissa.

Mac sonrió. Un pícaro total, como un niño travieso. —No lo estropee, inspectora. Acepte la victoria.

Melissa soltó una risita y asintió con la cabeza. Pero fue a medias, y Mac pudo ver la preocupación que intentaba ocultar.

Capítulo Veintiocho

Mac entró en la oficina mientras Melissa bajaba a los calabozos para hablar con el sargento de custodia sobre Ramsay Jones. Kai estaba en su escritorio, pero se le notaba tenso; miraba por encima del hombro y luego hacia el cubículo de cristal de Mac. Mac siguió su mirada. Había un hombre allí, sentado sobre el escritorio. Tenía el cabello corto, oscuro, y una barba recortada que le cubría la mitad inferior del rostro. Llevaba dos piezas de un traje de tres, sin la chaqueta.

—Jefe... —dijo Kai.

—Lo sé —respondió Mac, dándole una palmada en el hombro.

Pocos hombres de la edad que aparentaba el desconocido tendrían el descaro de entrar sin invitación en la oficina de un inspector jefe. O de saludarlo con la clase de sonrisa que normalmente se reserva para un igual. Se necesitaba una confianza especial. Arrogancia. El oficial era de Anticorrupción. Mac había estado en su lugar decenas de veces. Caminó hacia su oficina sin apartar la mirada, entró con paso tranquilo y se sentó en su escritorio.

—¿Inspector jefe McNeill?

—Usted lo sabe. ¿Quién es usted? —dijo Mac.

—Inspector detective Franks, señor. A7.

—Bueno, Franks, tengo derecho a ser interrogado por un oficial de rango superior —dijo Mac.

—No estoy aquí para interrogarlo, señor. Esto no es un interrogatorio oficial relacionado con cargos específicos contra usted.

—Pues ha irrumpido en mi oficina en medio de una investigación de asesinato en curso. Ha interrumpido a mi equipo mientras intenta atrapar a un asesino doble. ¿Todo para qué? ¿Una charla?

—Sí, señor —dijo Franks, aparentemente inmune al sarcasmo.

Mac se sentía tenso, pero se mantuvo bajo un control férreo. Cruzó los brazos y miró al otro hombre desde debajo de los párpados.

—Diga lo que tenga que decir. El otro día atrapé a alguien siguiéndome. Un incompetente total, además. Quien fuera, necesita un curso.

—Querían que usted los viera, señor. Yo quería ser directo y honesto con usted. Pedirle su ayuda desde el principio. Pero me desautorizaron. Mi jefe quería ver qué estaba haciendo usted...

—No intente hacer el numerito del poli bueno y el poli malo. Es demasiado obvio —lo interrumpió Mac.

—¿Por qué tanta hostilidad, señor? Estamos del mismo lado, ¿no? —preguntó Franks con un aire de inocencia herida.

—Yo solía hacer su trabajo —dijo Mac.

—Lo sé, y era bueno en ello. Mi jefe habla muy bien de usted.

—¿Y quién sería ese?

—El superintendente jefe detective Logan.

Mac se echó a reír. —Así que se trata de Kenny Reid. Él y Logan siempre se odiaron. Su jefe está empezando otra caza de brujas. No es la primera.

—¿Y qué le dice eso sobre el superintendente jefe Reid?

—Que irrita a la gente. Se gana enemigos —dijo Mac.

—Que está podrido, señor —dijo Franks, inclinándose sobre Mac, con las manos apoyadas en el escritorio.

Mac se levantó de su silla como un cohete. Franks dio un paso atrás.

—Esa es una acusación grave. Y tiene que saber que se lo diré.

—No lo hará, señor. Porque si lo hace, sabremos que también tenemos que investigarlo a usted con la misma intensidad. Se ha señalado que trabajó para Reid en A3. Antes de eso, estuvo vinculado al inspector Strachan, quien tenía conexiones con el crimen organizado. Estoy aquí como un gesto de buena voluntad, ¿vale? Para ofrecerle una amnistía si está dispuesto a ayudarnos en nuestra investigación —dijo Franks, volviendo a intensificarse.

Sus ojos no parpadeaban y no apartaba la mirada, apoyando un puño sobre la superficie del escritorio como si quisiera subrayar su argumento. Mac tuvo que respetar su descaro. No mostraba señales de nerviosismo y ya había dicho lo suficiente como para que lo echaran de la oficina y se presentara una queja formal. Algunos agentes lo habrían tumbado de un puñetazo.

—Quiere que traicione a Kenny —dijo Mac sin rodeos.

—Sí, queremos eso. A cambio de mantener su propio pasado donde debe estar... en el pasado —dijo Franks, dejando escapar por un instante un acento de Aberdeen puro.

—Lárguese de aquí —dijo Mac, en voz baja.

—Si llama al jefe Reid, lo sabremos, y pasará a ser un objetivo legítimo. ¿No hay nada en su pasado que no quiera que examinemos con demasiado detalle, eh?

—¡Fuera! —rugió Mac.

Franks se estremeció, pero luego recuperó la compostura. Retrocedió un paso del escritorio, cruzando la mirada con Mac por un instante.

—Sí, señor —dijo, y salió de la sala.

Mac lo vio marcharse. Las llaves del coche estaban sobre el escritorio frente a él, donde el agente de uniforme que había recogido su coche las había dejado. Las agarró justo cuando Melissa chocó con el agente más corpulento en el exterior. Le dijo algo a Kai y luego alzó la vista, vio a Mac. Se acercó a la puerta, llamó al cristal y la abrió.

—Jefe, no pensé que aún estuviera aquí. ¿Todo bien?

Mac esbozó una sonrisa tensa. —No podría estar mejor. Voy a sentarme en la entrevista con Jones.

Vio la protesta en el rostro de Melissa antes de que abriera la boca. La aplastó como un tanque. —Te voy a dejar llevarla, Melissa. Me he dado un golpe en la cabeza, ¿recuerdas?

Ella cerró la boca y sus labios se retorcieron como si estuviera masticando las palabras que quería decirle. Mac había intentado un tono ligero, pero sabía que eso solo la irritaría más que si fuera autoritario.

—¿Cómo va con Jacek Andrysiak? —le preguntó a Kai mientras entraba en la sala exterior.

—Los chicos de Glasgow están revisando los lugares más probables. El mensaje ya ha llegado a todos los puertos. Si intenta salir del país, lo arrestarán. Pero he tenido un poco más de suerte con las cámaras de seguridad.

Mac sonrió. Por fin, buenas noticias. —Sorpréndame —dijo.

—Tenemos imágenes de la tienda de reparación de móviles junto al departamento de Evie Black, en South Bridge. Se ve un SUV oscuro estacionado fuera durante unos quince minutos antes de que usted llegara a la escena. Desapareció quizá treinta segundos antes de que apareciera en cámara. ¿Recuerda haberlo visto?

Mac cerró los ojos, intentando visualizar los acontecimientos de esa noche. Recordó haber hecho sonar el claxon de su coche y luego subir por High School Wynd para probar la puerta trasera del edificio. Después, nada. Un recuerdo vago de estar sentado en un coche patrulla. Todo lo demás era un vacío. Era la primera vez que intentaba reconstruir la noche paso a paso. El hueco en su memoria le resultaba aterrador.

—No, no hay nada. Pero si el video muestra que el coche estaba allí, entonces estaba allí. ¿Podría obtener la matrícula?

—Todavía no. Es una cámara básica, monocroma y no sirve de mucho por la noche. La imagen se quema por la farola. Pero estoy intentando limpiarla. Me parece que tiene un color y una forma similares al que vi de rojo en la grabación de la Bute Tower.

Mac asintió pensativo. —¿Volvió en algún momento? Después de que entré al edificio de Evie.

—No, pero estoy intentando rastrear adónde fue. No es tan fácil, todavía había bastante tráfico a esa hora de la noche y es un modelo

de coche bastante común —dijo Kai.

—Manténgame informado. Buen trabajo, Kai —Mac le dio una palmada en el hombro al pasar junto a él.

Melissa se puso a su lado. Bajaron juntos las escaleras hasta la planta baja y una de las cinco salas de interrogatorio que había allí. Cuando entraron en la sala, Ramsay Jones estaba sentado con un traje forense de papel. Una joven estaba sentada a su lado, con una libreta abierta frente a ella. El labio inferior de Jones estaba partido e hinchado. Se lo secaba con una toalla de papel. Al ver a Mac, su silla cayó al suelo en su apuro por levantarse y alejarse lo más posible.

—Siéntese, Ramsay —dijo Melissa con paciencia.

—¡Quiero que lo saquen de aquí! ¡Él me agredió! —balbuceó Jones.

Melissa lo ignoró mientras entregaba una cinta, dentro de su contenedor, a la abogada, invitándola a verificar que el precinto estaba intacto. Al recibir un asentimiento, rompió el sello y colocó la cinta en una grabadora que habían puesto al costado de la mesa. La comisaría aún no había sido arrastrada del todo al siglo veintiuno. Se presentó; Mac habló, al igual que la abogada. Jones se negó y Melissa habló en su nombre.

—Para que conste, según la declaración que ya he entregado —dijo Mac—. El sospechoso sufrió una lesión en la boca durante un altercado en el que lo golpeé dos veces en defensa propia.

—¡Usted me atacó! —chilló Jones.

—Usted atacó a la sargento detective Nari Yun —dijo Melissa con calma—. La golpeó en la parte superior de la cabeza con una botella de vidrio y la dejó inconsciente. ¿Por qué hizo eso, Ramsay?

Él estaba de pie contra la pared, observando a Mac con los ojos grandes y redondos, sujetando la toalla de papel contra su rostro.

—Entré en pánico —dijo.

—¿Por qué entró en pánico? —preguntó Melissa.

—Yo... yo no lo sé.

—¿Ella se identificó como agente de policía? —preguntó Melissa.

—Sí.

—¿Usted la invitó a entrar en la casa de huéspedes, número 78 de Glasgow Road, en Corstorphine? —preguntó Melissa.

—Sí. Ella pidió entrar. Dijo que tenía algunas preguntas para mí.

—Y cuando ella se dio la vuelta, la atacó —dijo Mac antes de que Melissa pudiera hacer la pregunta. Ella le lanzó una mirada fulminante.

—¡No! —exclamó Jones, avanzando unos pasos, solo para retroceder de nuevo.

—Pero eso fue lo que pasó. La atacaron —dijo Melissa.

—Sí.

—¿Usted?

—¡Sí!

Mac miró a Melissa, quien le devolvió la mirada y se encogió de hombros.

—Entonces, ¿qué parte de la historia está negando exactamente? —preguntó Mac con fingida confusión.

—Que lo planeé. Usted dio a entender que lo planeé. No fue así —respondió Jones—. Yo... yo no era yo mismo.

—Entonces, ¿quién era usted? —dijo Mac, sin sonreír.

—Yo... yo no lo sé. Yo... pensé que ella me estaba... siguiendo.

De nuevo, una mirada pasó entre los dos agentes de policía. El abogado permaneció en silencio, tomando notas.

—Ella le seguía. Le habían encomendado encontrarlo. En relación con Alex Martins —dijo Mac—. Así que estaba en lo cierto, amigo.

—Hay gente que me persigue —dijo Jones, girándose para apoyarse contra la pared, abrazándose a sí mismo.

Mac tuvo un mal presentimiento sobre hacia dónde se dirigía todo eso. Algo llamó su atención. Cuando Jones se abrazó, su manga izquierda se subió. Mac alcanzó a ver algo en la parte posterior de su brazo izquierdo, un par de líneas angulosas. Parecía un tatuaje.

—¿Qué gente, Ramsay? —preguntó Melissa.

—No lo entenderían —respondió Jones.

—Hicimos nuestra investigación. Hablamos con Dan Greene, del Guardian, y con Flora Ogunlayes, del Independent. Dijeron que usted es un escritor talentoso, que siempre les entrega textos bien

escritos y bien investigados. Que es uno de sus colaboradores habituales. Al menos, lo era. Hasta hace unos tres años. ¿Quiere contarnos qué pasó?

Ella deslizó una carpeta por la mesa hacia Mac, y él la abrió. Vio un ingreso hospitalario fechado hace tres años. Hospital psiquiátrico. Ingreso bajo la Sección 2 de la Ley de Salud Mental de 1983. La mirada entrenada de Mac recorrió el informe médico, ciertas palabras saltando a la vista. Esquizofrenia paranoide. Trastorno de Estrés Postraumático. Trauma infantil agudo. Cuando alzó la vista, Jones lo observaba fijamente. El sudoroso estado de paranoia había desaparecido. Parecía tranquilo, y en su mirada había una astuta inteligencia.

—Él es uno de ellos —dijo Jones, señalando a Mac.

La manga de papel con el puño elástico se le había subido por el antebrazo y allí se había quedado. Mac alcanzó a ver un tatuaje burdo en forma de estrella, un pentagrama, en realidad.

—Bonito tatuaje —comentó.

—Un símbolo de protección.

—Claro. Un símbolo antiguo. Yo tengo uno también, justo aquí.

Se dio unos golpecitos en el pecho, sobre el corazón. Era mentira, pero Jones no tenía por qué saberlo.

—¿Conoce a Evie Black, Ramsay? —preguntó Melissa.

Jones negó con la cabeza.

—¿Con quién cree que está el inspector jefe McNeill? —cambió de rumbo Melissa—. Usted dijo que era uno de ellos. ¿A quién se refería?

—A los Illuminati, por supuesto —dijo Jones, como si fuera evidente.

—Siento firmemente que mi cliente debe someterse a una evaluación psiquiátrica antes de que esta entrevista continúe —intervino el abogado.

Mac podía entender su preocupación. Jones parecía desequilibrado y sonaba aún peor. ¿Del tipo de desequilibrio capaz de matar a dos personas y grabar símbolos antiguos en su carne? ¿Por qué no? Ya había demostrado que podía comportarse con

violencia y, evidentemente, creía en el poder de los símbolos antiguos.

—¿Por qué estaba usted tan interesado en el suicidio de Alex Martins, Ramsay? —preguntó Mac, imitando el tono suave de Melissa, intentando sonar paternal y comprensivo.

—Porque Alex fue su primera víctima —dijo Jones.

—¿De dónde sacó las fotos, Ramsay? —preguntó Mac—. Las del suicidio de Alex.

Jones se había estado acercando mientras hablaba, desplazándose hacia la mesa. Ahora agarró la silla, la arrastró unos pasos hacia atrás y se sentó. Se acurrucó, con los brazos rodeándose la cintura, los pies separados y las rodillas juntas. Parecía un niño. Un niño asustado.

—De usted.

—¿De mí? —preguntó Mac, confundido—. Yo no se las di.

—¡No usted! La policía. La policía me las dio. Les pagué.

Mac y Melissa intercambiaron una mirada.

—Usted dijo que Alex fue su primera víctima, Ramsay —dijo Melissa con suavidad—. ¿A quién se refiere? ¿Se refiere a la policía?

—No.

—¿Entonces a quién? —preguntó Mac.

—Nada de lo que diga mi cliente en un estado tan evidente de disociación mental es admisible. Exijo...

—¿Quién?! —dijo Mac con brusquedad, golpeando la mesa con la palma de la mano y haciendo que Jones diera un respingo.

—¡Los hombres que lo estaban abusando! —gritó Jones.

Capítulo Veintinueve

Mac tiró su chaqueta del traje sobre el sofá al entrar en el salón. La habitación estaba a oscuras. Unas franjas de luz color mandarina, provenientes de la farola exterior, se filtraban por las persianas medio abiertas. Caminó hasta la nevera, sintiendo el dolor en la espalda tras horas sentado en la silla de plástico de la sala de interrogatorios. Abrió la nevera. Dos curris precocinados lo miraban desde dentro. Eligió el que tenía la fecha de caducidad menos próxima y lo metió en el microondas. El hambre había ido y venido. Lo único que quedaba en su estómago era una sensación vacía, ligeramente nauseabunda. Pero el sentido común le decía que debía comer. Mientras el microondas zumbaba para sí, se acercó al equipo de música, lo encendió y abrió un cajón del mueble contiguo. A la luz anaranjada del sodio, eligió un casete con una carátula negra en la que se leía Omega en letras blancas. Arte hecho a mano. Se preguntó a quién habría recurrido la banda para que se lo hiciera. Probablemente Ramsay Jones tenía algunos contactos creativos, dado su pasado.

Metió el casete en la pletina y pulsó play, subiendo el volumen. Por fin, dejó que su cuerpo cayera en el sillón tipo cubo de cuero sintético junto al equipo. Era similar al que había en el salón de los Martin, aunque dudaba que él hubiera pagado ni la mitad por el

suyo. Mientras desabrochaba los primeros botones de la camisa, su mirada se desvió hacia el sofá. Muchas habían sido las noches de cansancio en que él y Siobhan se habían acurrucado allí juntos. Él se había estirado, con un pie sobre el sofá y otro en el suelo, la cabeza hundida entre los cojines que ella había traído al departamento. Ya no estaban. Escuchaba mientras ella le contaba su día, escuchaba e intentaba dejar atrás el trabajo policial. Lo intentaba. Un muro de sonido lo golpeó. Una melodía melancólica tejida con punteos en trémolo. Otro riff más rítmico superpuesto. Las voces eran ásperas e ininteligibles. Gruñidos goteantes. Gritos roncros y susurros.

Ramsay Jones había hablado. En contra de los deseos de su abogado, había hablado, mientras el psiquiatra de guardia, sobrecargado de trabajo, esperaba para evaluar su competencia mental. Mac sentía el peso de sus palabras, la necesidad de hablar de todo lo que había oído. Pero no había nadie con quien pudiera comentarlo. Nunca lo había habido. Un sonido penetró el nihilismo casero de la banda de Alex Martins. Era una vibración palpitante. Mac se dio cuenta de que era su teléfono. Se levantó y caminó hasta donde había tirado la chaqueta. La llamada terminó, y vio que la llamada perdida era de Clio. Se quedó mirando la pantalla durante un largo momento. Luego decidió que Clio estaría mejor fuera de la investigación. Era un pantano oscuro y él sentía que se estaba ahogando en él. Este era el tipo de caso que no te dejaba dormir. No te dejaba concentrarte en nada más que en él. El tipo de caso que los policías jubilados seguían revisando. Robaban cajas de archivos para llevárselas a casa y estudiarlas, con la esperanza de encontrar por fin esa pista esquivada que se les había pasado por alto y resolver el caso de una vez. El teléfono se iluminó de nuevo. Clio otra vez.

Deslizó el dedo y puso el teléfono en altavoz, lo colocó sobre el brazo del sillón y luego pausó el casete.

—Dios, ¿qué era eso? —preguntó Clio.

—Alex Martins —dijo Mac con cansancio.

—Vaya, sueñas medio muerto. ¿Es un buen momento?

—Me siento medio muerto, para ser honesto. Pero ahora es tan buen momento como cualquier otro. ¿Has decidido si vas a seguir ayudándonos?

—Sí. Quiero hacerlo.

Fue una pequeña victoria, pero significaba que ahora tenía algo más de qué preocuparse. Dos personas, en realidad: Clio y su hija. Pero no podía resolver este caso sin ella. Reprimió un suspiro de culpa. —Bien, creo que es lo correcto.

—Sí, bueno, hablé de ello con Karen esta noche y...

—¿Qué hiciste? —Mac se incorporó.

—Ella vino a mi casa. Es mi jefa. La conozco desde hace años. ¿Hay algún problema?

Mac se recostó en su asiento, se frotó los ojos y lamentó su reacción. Clio no necesitaba saber que Karen era una persona de interés. De todos modos, no podía convencerse de que fuera una asesina, y Clio difícilmente podía evitar a su propia jefa.

—No, perdón. Solo estoy cansado y ha sido... un día difícil.

—¿Quieres hablar de eso?

Mac abrió la boca para negarse, pero en ese momento, el microondas sonó. Se imaginó comiendo directamente del recipiente de plástico, sentado en la barra de la cocina. Luego volviendo a su silla. Solo. De pronto, haría cualquier cosa para evitar ese escenario.

—Conseguimos localizar a Ramsay Jones, ¿el periodista? —dijo Mac.

—Oh, sí. No he sabido nada de él desde que empecé con el trabajo policial. ¿Cómo está?

—Mentalmente inestable. Esquizofrénico paranoide. Dejó inconsciente a mi sargento detective y me atacó con un cuchillo de chef.

—¡Dios! —exclamó Clio—. ¿Qué pasó? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Como dije, está mentalmente inestable. Está convencido de que hay una conspiración en su contra. Los Illuminati, si puedes creerlo. Probablemente también los masones. No se contiene. Cree en todas las conspiraciones, desde QAnon hasta el alunizaje falso. Cree que Diana fue asesinada y que el Covid fue fabricado deliberadamente para controlar a la población. Conoció a Alex Martins, se hicieron amigos. Se unieron en un grupo de apoyo que Ramsay organizó durante un período de estabilidad. Para sobrevivientes de abuso. Dijo que su padre lo había abusado y que

Alex le contó que había sido abusado por su padrastro y otro hombre, aún no identificado.

Una vez que empezó a hablar, Mac no pudo detenerse. Fue como si se rompiera una presa. Había algo en Clio que le inspiraba confianza. Una parte de él estaba horrorizada por su franqueza, pero reprimió esa sensación. La idea de soportar estoicamente el peso de lo que sabía, en soledad, le resultaba nauseabunda.

—Supuestamente —continuó—. Verificamos y, aunque Alex Martins presentó una denuncia, luego la retiró, afirmando que provenía de un período de inestabilidad mental cuando había dejado bruscamente la medicación que tomaba para el trastorno bipolar.

—Pobre Ramsay, y pobre Alex, parece que estaba realmente mal. No tenía ni idea. ¿Fue solo el presunto abuso lo que lo dejó así? No es que el abuso no sea lo suficientemente horrible.

Mac esbozó una sonrisa sombría. Algunos simplemente habrían tachado a Alex Martins de loco, lo llamarían trastornado, perturbado, peligroso. Clio había reaccionado como una madre, preguntándose qué había convertido a un niño inocente en un adulto destrozado. Eso le conmovió. Sentía la necesidad de hacerle daño, mucho daño, al adulto enfermo que había deformado a ese niño hasta convertirlo en lo que fue.

—Eso es lo que vamos a averiguar. No he terminado con Charles Martins. Es un arrogante de mierda, cree que está por encima de la ley porque tiene algo de dinero y las conexiones adecuadas. Ramsay piensa que es el diablo. Le tiene pavor.

—¿Está Ramsay involucrado en su caso?

—Casos —corrigió Mac—. Una mujer fue asesinada y le grabaron la palabra bruja en el cuerpo. Y como siempre, simbología celta esparcida por el lugar.

Clio guardó silencio un momento. —Sabía que había ocurrido una segunda. Lo insinuaste la última vez que nos vimos. ¿La ahogaron?

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Mac—. No hemos revelado ese detalle en ningún sitio.

—Es un método tradicional de ejecución para brujas, y no solo en Edimburgo. Ese y la quema.

—Ramsay Jones se ha tatuado al menos un pentagrama en el cuerpo como protección contra lo que él consideraba el mal.

—¡Dios mío! ¡Mi hija le contestó el teléfono! ¡Yo me senté junto a él en McDonalds! —exclamó Clio, sin aliento.

—Tranquila, Clio. Él no es nuestro asesino. Tiene coartada para ambos casos —dijo Mac, sintiendo de nuevo el peso del día caerle encima.

Durante un rato, en esa larga sesión de interrogatorio, pareció que estaban tras algo. Ramsay se había vuelto cada vez más inestable en su divagar, llegando a parecer la viva imagen de un asesino en serie desquiciado. Pero habían logrado establecer su paradero, y ambas coartadas eran irrompibles. No pudo haber matado ni a Evie Black ni a Richard McCullough.

—Gracias a Dios.

—Así que hemos eliminado a un sospechoso. Progreso —dijo Mac, con cansancio.

—No sueñas muy contento con eso.

—Nari habló con algunos de los editores para los que trabajó Ramsay en Londres. Tenían muchas cosas buenas que decir sobre él. Tenía un futuro prometedor. Pero quedó tan afectado por lo que le pasó, que no creo que lo logre nunca. Tuvimos que interrumpir la entrevista cuando llegó el psiquiatra de guardia y ahora lo han internado por su propio bien. Es solo que... —Mac se quedó en silencio, invadido por una tristeza insoportable.

—Trágico —dijo Clio, con suavidad.

—Sí. Hay gente que simplemente no tiene una oportunidad —respondió Mac.

—Lo dices como si hablaras desde la experiencia.

Mac vaciló, guardó silencio durante un largo momento. —Ves muchas cosas siendo policía... —suspiró y se frotó la cara—. En realidad no, es más que eso... Mi hermana pequeña, Iona... la asesinaron. Cuando yo tenía diecisiete años.

—Lo siento mucho, Mac. Nunca tuvo la oportunidad de crecer —dijo Clio, en voz baja.

—Ninguna. Alguien se la arrebató. Se la quitó y nunca tuvo que responder por ello. Hasta el día de hoy sigue libre —dijo Mac.

—¿Es por eso que entraste en la policía?

—Puede ser. No lo hice de inmediato. Me fui de casa después de que murió mi padre y simplemente... existí por un tiempo. Caminé por la cuerda floja un rato, podría haber ido en cualquier dirección. Pero algo pasó después de que me mudé a Edimburgo y eso me hizo tomar una decisión. Elegir un bando. El lado correcto. Tal vez lo que le pasó a Iona estuvo siempre en el fondo de mi mente. Tal vez.

—Eres un hombre realmente difícil de conocer. ¿Lo sabías?

—Me lo han dicho —sonrió Mac.

—Mi ex, el padre de Maia, era todo lo contrario. Nunca se guardaba un pensamiento y vivía para ser el centro de atención. Al principio no me di cuenta, pero lo que quería era eso, la atención. La necesitaba. De cualquiera, ¿sabes? No podía sobrevivir sin ella.

Mac asintió, aunque ella no pudo ver el gesto. —Conozco ese tipo. Dios, no debería estar teniendo esta conversación contigo. Siento como si estuviera borracho.

—Yo sí lo estoy. Un poco, al menos.

—¿Lo estás?

—Sí, Karen Martins apareció en mi casa. Dioses, ¡por eso te llamé! Lo olvidé por completo. Dijo que había estado conduciendo todo el día y no quería volver a casa. Se dio cuenta de que estaba cerca y pensó en ver cómo me iba con la ayuda que te estaba dando.

Mac se incorporó, mirando el teléfono con intensidad.

—Sigue.

—No podía decirle que no a mi jefa, así que le dije que podía venir a casa para comer algo de delivery. Ella trajo un par de botellas de vino. Estaba... bueno, un poco rara, en realidad. Habló más esta noche que en todo el tiempo que la he conocido. Como si de repente no hubiera ninguna barrera entre nosotras. Casi como si fuéramos amigas de verdad, ¿sabes a lo que me refiero? Toda la experiencia me pareció muy triste.

—¿Cómo así?

—Porque creo que solo lo hacía porque no tenía adónde ir. No quería volver a casa.

Mac se pasó una mano por la frente, tratando de despejar la niebla de desesperación y abatimiento que le había dejado la entrevista con Ramsay Jones.

—No creo que su matrimonio sea feliz —dijo.

—No lo es —respondió Clio—. Ni un poco. Me dijo que le tiene miedo. Que él tiene problemas de ira. Ha sido violento en el pasado.

—¿Con ella?

—No directamente, creo. Más bien romper cosas, vasos, platos, ya sabes, ese tipo de cosas.

—Por mi experiencia, es una progresión. Primero los gritos. Luego los platos rotos. Después, las caras —dijo Mac con gravedad.

—Dios, no digas eso, Mac. Ya estoy bastante preocupada por ella. Le ofrecí el sofá, pero dijo que él ya sospechaba de ella. Si se quedaba fuera toda la noche, pensaría que le estaba engañando otra vez.

La mente de Mac se aferró a la última palabra. Algo hizo clic en su cabeza. Como si una pieza de un rompecabezas complicado se moviera de pronto y reorganizara todo el conjunto. Una oleada de emoción atravesó su fatiga.

—¿Ella mencionó algo sobre la paternidad de Alex? —preguntó él.

Clio guardó silencio por un momento. —¿Cómo supiste que habló de eso?

—Obviamente fue a verte para una charla sincera, Clio. Es natural que terminara hablando de ello. Especialmente después de unas copas de vino. Karen Martins ya le ha engañado antes; los dos lo sabemos. Charles nos dijo a Mel y a mí que Alex no era suyo. Su matrimonio está en crisis y él está furioso. Cualquier hombre se enfada cuando una mujer le engaña, especialmente uno con su ego. Pero si esa infidelidad produjo un hijo, un hijo por el que él ha pagado, alimentado, vestido...

—Abusado.

—Supuestamente. Pero encaja, Clio. Alex estaba haciendo acusaciones serias. Hasta ese momento, Charles se había salido con la suya, probablemente obligó a Alex a retirar su acusación original y a culpar a la falta de medicación para el trastorno bipolar, pero ¿y si

eso no fue el final? ¿Y si Alex estaba contándoselo a más y más gente, desesperado por que alguien lo escuchara y lo tomara en serio? Ramsey obviamente lo sabe. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que eso afectara la posición de Charles en la comunidad? ¿Su reputación? ¿Su negocio?

—No estás diciendo...

—Todo encaja, Clio. Todo encaja.

Capítulo Treinta

Todavía no había ninguna prueba concreta contra Charles Martins. Pero las palabras de Clio habían provocado una reacción visceral en Mac. Con los años, había aprendido a confiar en esas reacciones. Todo policía lo hacía. Su primer impulso, después de agradecerle a Clio y prometerle que hablaría con ella de nuevo al día siguiente, fue llamar a Reid. Entonces recordó a Anticorrupción. Una llamada a Reid en plena noche sería cuestionable. No importaba que fuera un asunto policial legítimo. Se quedó mirando el teléfono durante un buen rato, luego lo dejó, echó la cabeza hacia atrás. No tenía sentido arrastrar de nuevo a su equipo para detener a Charles Martins. Necesitaban descansar, y él también. Martins no iba a ir a ninguna parte. Si decidía huir, solo confirmaría su culpabilidad. A primera hora de la mañana, Mac llamaría a Reid y lo pondría al tanto. Luego haría que recogieran a Martins. Había que establecer sus movimientos la noche de los dos asesinatos.

Martins ya había declarado que su esposa era su coartada. Mac estaba bastante seguro de que era mentira. Un marido abusivo podía fácilmente obligar a su esposa a mentir para proporcionarle una coartada. Para Mac, Karen Martins era una mujer demasiado fuerte como para dejarse coaccionar de esa forma. Pero nunca se podía estar seguro. Y si Charles Martins estaba matando para ocultar

la verdad, para silenciar a quienes Alex había contado sobre el abuso, entonces era capaz de cualquier cosa. Los símbolos celtas eran un elemento desconcertante, sin embargo. Contrario a lo que creía Clio, se convertían en pistas falsas; estaban ahí para hacer pensar a la policía que había algo más detrás de esos asesinatos, algún propósito. O para desviar las sospechas hacia su esposa. Después de todo, ella había encontrado el cuerpo de Alex y era una de las pocas personas en el país que entendía todo ese simbolismo y esas tonterías mitológicas. Eso tenía más sentido. Durante mucho tiempo, Mac pensó en Karen y Charles Martins, en su relación, su historia. Fue a su portátil y buscó la empresa para la que trabajaba Martins, sus edificios y su rol dentro de la firma. Se llamaban Hitchcock, Merten y Martins.

Parecía que se especializaban en propiedades comerciales e industriales y Martins era socio. Así que, en apariencia, un hombre con mucho dinero. Al recorrer el sitio web de la empresa, se topó con una anomalía que lo hizo detenerse un momento. Entre los edificios de oficinas y las fábricas, había la imagen de una iglesia. Hizo clic en el enlace, que mostraba información sobre el proyecto, incluidas fechas y ubicación, así como datos sobre el diseño y los materiales utilizados. Charles Martins aparecía como diseñador y arquitecto principal del proyecto. La Iglesia de Escocia era el cliente, y la empresa había realizado el trabajo de forma gratuita. Mac se preguntó si Martins había contribuido personalmente, haciendo un favor bastante grande a su amigo Gordon Brunt. ¿Qué le debía Charles Martins cuando la recompensa era una iglesia completamente nueva? Mac sabía que era posible que se tratara de un acto totalmente altruista. Pero no lo creía ni por un segundo. Los ricos eran ricos porque no regalaban su dinero. Solo los superricos, los que tenían tanto que jamás podrían gastarlo todo, hacían eso.

Hombres como Charles Martins se aferraban a su riqueza, y una iglesia no parecía una buena inversión. Entonces, ¿por qué? Mac creía saberlo, y le revolvía el estómago, pero no tenía pruebas. Eso lo llevó a buscar al ministro. Gordon Brunt no fue difícil de encontrar. Además de su presencia en redes sociales, estaba su rol en la iglesia. La policía no tenía nada contra él. Ninguna denuncia ni

acusación. Ni siquiera una multa de tráfico. Martins estaba casi igual de limpio, aparte de la acusación de su hijastro, y esa ya estaba cerrada, la denuncia retirada. Las notas del agente investigador indicaban su creencia de que Alex era un adolescente confundido que estaba descargando su frustración y rabia contra su padrastro, un hombre estricto con poca tolerancia. Mac abrió un archivo que contenía las transcripciones de las entrevistas realizadas como parte de la investigación. Se detuvo en la primera línea de la primera transcripción. La línea detallaba la hora, fecha y lugar, y mencionaba quiénes estaban presentes en la entrevista. Gordon Brunt estaba presente, actuando como abogado de Charles Martins.

—Reid.

—Tengo un sospechoso en los asesinatos de McCullough y Black
—le dijo Mac.

Estaba conduciendo hacia la comisaría de Niddrie Mains Road. Después de enviar mensajes de texto al equipo, ordenándoles que se presentaran temprano en la oficina para una reunión informativa, les anunció que iban a detener a un sospechoso. Conducía demasiado rápido, impulsado por la descarga de adrenalina que venía con la inminencia de un arresto. Cuanto más pensaba en ello, más convencido estaba de que su instinto era correcto. Y Reid era un policía de la vieja escuela que entendía lo que era dejarse guiar por la intuición.

—¿Quién?

—Se llama Charles Martins. Su esposa es académica en la Universidad de Edimburgo, experta en mitología celta. Fue acusado de abusar de su hijastro, quien más tarde se suicidó. Las circunstancias del suicidio son similares a ambos asesinatos. Creo que su hijo estaba hablando con cualquiera que quisiera escuchar sobre los abusos que sufría. Había estado asistiendo a un grupo de apoyo organizado por un periodista llamado Ramsay Jones. Lo trajimos ayer y nos reveló que Alex estaba empezando a hablar

sobre lo que le había pasado. Ramsay estaba convencido de que el padrastro de Alex y otros habían abusado del chico.

—Pero desde entonces lo han internado —respondió Reid.

—Ha revisado el expediente del caso —dijo Mac, cambiando de carril sin señalizar y ganándose el claxon de alguien que venía detrás.

—Sí, estoy al tanto. ¿Quiere hacer un arresto basándose en la palabra de un loco?

—No, su esposa ha dicho que su marido tiene problemas de ira. Le tiene miedo. A través de su trabajo, él pudo haber aprendido lo suficiente sobre el simbolismo celta como para montar las escenas del crimen y hacernos creer que había algún tipo de ritual. Incluso pudo haber sacado la idea de la banda de su hijo; ellos también estaban metidos con las imágenes paganas. Pero creo que todo esto es una tapadera, posiblemente con la ayuda de su amigo, un ministro de la iglesia que representó a Martins cuando fue acusado de abuso infantil.

—Dios, a la prensa le va a encantar eso.

—Creo que le debía un favor a su amigo después de que lo ayudó a salir libre. La empresa de arquitectura de los Martins le construyó una iglesia, gratis. Ese es un proyecto que vale unos cuantos cientos de miles, sin duda.

—¿Cree que ese sacerdote lo está ayudando ahora? Supongo que la segunda víctima también sabía del abuso.

—Es muy posible. Evie tenía su propio sello discográfico y la banda de Alex estaba con ella. Ella también había sido abusada.

Mac recordó las cicatrices blancas entrecruzadas que Evie llevaba con orgullo en los brazos. Nunca se había sentido avergonzada de ellas ni las ocultaba. Era un símbolo de que era una sobreviviente, no una víctima. Si había descubierto que Alex se autolesionaba, no habría podido evitar involucrarse.

—Bien, creo que tenemos suficiente para llevarlo a declarar. También voy a autorizar un registro en su casa. Tendrás la orden cuando llegues a la oficina. Buen trabajo con este caso, Mac.

Mac dudó. Este era el momento en que debía contarle a Reid sobre la investigación de Anticorrupción. No creía que fueran a

informar a Reid antes de estar listos para interrogarlo. Y en ese momento, lo suspenderían de sus funciones. La lealtad exigía que le advirtiera a su jefe lo que se avecinaba. Pero si había algo de cierto en ello y Reid huía...

—¿Algo más, hijo? —preguntó Reid.

—¿Ha oído algo más sobre una investigación de Anticorrupción? —preguntó Mac, con cautela.

—Nada después de la advertencia inicial que corría por ahí. Supongo que me están vigilando, escuchando mis llamadas. No he incorporado a ningún agente nuevo, así que no creo que haya un topo en la unidad.

Eso hizo que Mac hiciera una mueca. Anticorrupción quería que él fuera el topo. Alguien en quien Reid nunca sospecharía.

—¿Ha oído algo? —preguntó Reid.

Mac tragó saliva. —No, nada desde la vigilancia fallida. Así que o tienen a alguien mejor en el caso o...

—Ellos no se rinden, hijo —dijo Reid con seriedad—. Usted lo sabe. Si creen que tienen un caso, simplemente esperan en las sombras y muerden cuando menos se lo espera. Recuerda cómo funciona esto.

—Lo recuerdo.

—Manténgame informado.

Reid colgó. Mac miró al frente justo a tiempo para ver la masa de luces rojas delante de él. Pisó los frenos con fuerza y se detuvo justo a tiempo. Los coches que venían detrás vieron el atasco y frenaron con suficiente antelación. Mac soltó una maldición y arrojó el teléfono al asiento de al lado. Tenía que aclarar su mente. No había forma de saber qué podía haber hecho Reid para atraer el interés de Anticorrupción, y no tenía tiempo para preocuparse por eso ahora. Quería advertirle. Quería preguntarle qué había hecho y cómo podía ayudarlo. Porque no podía imaginar que Reid hubiera hecho algo tan grave como para que Mac no quisiera ayudarlo. Puede que hubiera sobrepasado algunas reglas, incluso roto unas cuantas. Pero Reid era de los buenos. No era un policía corrupto, al igual que Mac.

La orden de registro le había llegado a Mac por correo electrónico y le pidió a Melissa que la imprimiera. Una patrulla marcada los guio hasta la casa en Ratho. Las luces del techo encendidas pero sin sirenas. Mac conducía con Melissa a su lado. Nari, completamente recuperada de su experiencia, conducía con Kai. Una furgoneta de la policía científica los seguía, junto con otro coche patrulla cerrando la caravana y asegurándose de que no se separaran. Eran poco más de las nueve cuando giraron hacia el camino de grava de la casa de los Martins. No había coches en la entrada, pero la casa tenía un garaje que estaba cerrado. Mac recordó que Karen Martins habría dejado su coche en casa de Clio. Suponiendo que no hubiera conducido ebria. Caminó con decisión hacia la puerta principal y presionó el timbre. No hubo respuesta. Volvió a presionar. Aún sin respuesta, salvo por los ladridos del perro.

—Vaya por la parte de atrás y vea si la puerta trasera está abierta —ordenó él.

Melissa condujo a un agente uniformado alrededor de la casa a paso rápido. El segundo coche patrulla se detuvo en la entrada del camino de acceso, bloqueándolo. Mac golpeó la puerta con la palma de la mano.

—¿Señor Martins? ¿Señora Martins? ¿Karen? Habla el inspector jefe McNeill, policía. ¿Podría abrir la puerta, por favor? ¡Es importante!

Kai empezó a hablar, y Mac lo silenció con un gesto cortante. Creyó haber oído movimiento dentro. Lento y suave.

—Mi esposo no está —la voz de Karen Martins se escuchó por el interfono del timbre.

—Entonces necesito hablar con usted, Karen —respondió Mac.

—Ya le he contado todo.

—Tengo más preguntas. Abra la puerta.

—No. Por favor, váyase. No puedo ayudarle.

Sus palabras vacilaban. Podía oír las lágrimas en esa voz. El nudo en la garganta, la pesadez misma de las palabras. Estaba a punto de

exigir con más firmeza que los dejaran entrar cuando la puerta se abrió desde dentro. Vio a Melissa de pie allí. Luego, cuando la puerta se abrió más, vio a Karen Martins. Su ojo izquierdo estaba hinchado y cerrado, y ese lado de su rostro estaba golpeado, amoratado e inflamado. Tenía el labio superior cortado, al igual que la comisura de la boca. Y en la mejilla derecha tenía tres cortes que habían sangrado. La sangre seca le corría por la cara. Su cabello era un enredo desordenado, y se abrazaba a sí misma, de pie en las sombras.

—La puerta trasera estaba abierta —dijo Melissa—. Será mejor que entren.

Un agente corpulento con uniforme se situaba detrás de Karen, como si quisiera impedir que huyera. Mac le hizo un gesto al hombre.

—Está de guardia. Nadie entra en la casa sin mi autorización.

Karen se apartó cuando el hombre grande pasó junto a ella, como si se encogiera sobre sí misma. Melissa se acercó e intentó rodearla con un brazo para reconfortarla, pero ella hizo una mueca de dolor.

—Esperen en el coche —susurró Mac a Kai y Nari.

Luego entró en la casa y cerró la puerta.

Capítulo Treinta Y Uno

Melissa condujo a Karen hasta la sala de estar. Aunque fue más bien un acto de pastoreo, ya que no quería ser tocada. Cada vez que Melissa se acercaba, la otra mujer se apartaba. Finalmente, Melissa se sentó en el sofá y Karen se acomodó en el extremo opuesto. Su cabello le caía sobre el rostro y Mac pudo oler el alcohol de la noche anterior.

—¿Qué ocurrió? —preguntó él, sentándose.

—Volví a casa desde la casa de Clio —comenzó ella en un tono monótono—. Había tomado unas copas allí y fui bastante abierta con él sobre dónde había estado, pero estaba suspicaz. No dejaba de preguntar, una y otra vez, haciéndome repetirlo todo. Creo que pensaba que había estado viendo a otro hombre. Excepto que...

Se quedó en silencio y Mac esperó a que hablara, sabiendo que presionarla en ese momento podía hacer que se cerrara por completo. Estaba en estado de shock; podía ver cómo le temblaban las manos. Había ocurrido hacía unas horas, y probablemente había estado intentando recomponerse cuando llegó la policía. Ahora tenía que enfrentarse al mundo sabiendo cómo se veía. Sabiendo que todos estaban al tanto de que su esposo la había golpeado. Teniendo que revivir toda la experiencia. Mac lo había visto incontables veces antes, la vergüenza innecesaria de una víctima.

También sabía que la policía no lo dejaría pasar, no se marcharía simplemente dejándola sola. Algo que ella había dicho antes de que Mel abriera la puerta le vino a la mente a Mac en ese momento. Lo primero que había dicho era que su esposo no estaba en casa. Sabía que lo estaban buscando.

—Creo que le interesaba más lo que yo les había dicho a ustedes —continuó con voz apagada—. A la policía. Volvía a ese tema una y otra vez. Luego fue como si de repente recordara que se suponía que debía hablar de que yo lo estaba engañando. Pero en realidad, lo que de verdad le preocupaba era la policía. Le dije que no había hablado con nadie de la policía, salvo la vez que él ya sabía. Le dije que había estado hablando con Clio sobre la ayuda que estaba dando, traduciendo las inscripciones que encontraron en la escena del crimen. Ahí fue cuando se volvió loco.

Estaba llorando. Melissa sacó un pañuelo de su bolsillo y Karen hundió el rostro en él.

—Estaba borracha, así que hablaba demasiado. Y estaba emocionada por lo que Clio estaba descubriendo para usted. Estaba haciendo un trabajo excelente, usando algunos de mis estudios anteriores, y simplemente me parecía bien que pudiera ayudarle con algo tan importante. Pero a él no le gustó. Se puso furioso y empezó a romper cosas. Intenté apartarme, pero me golpeó en la cara. Me tiró al suelo y luego subió las escaleras. Lo oí rebuscando y, cuando volvió a bajar, llevaba una bolsa, una bolsa de deporte, colgada del hombro. Parecía llena. Yo estaba enfadada y demasiado borracha como para tener miedo de verdad, así que lo enfrenté, le agarré la bolsa y fue entonces cuando se volvió contra mí. Empezó a golpearme y, cuando me tiró al suelo, a darme patadas. A pisotearme.—

Otra vez las lágrimas se apoderaron de ella y esta vez se cubrió el rostro con las manos durante mucho tiempo.

—¿Sabe usted adónde ha ido? —preguntó Mac.

—No. Solo conozco a uno de sus amigos. El resto de nuestro círculo social son amigos míos. Él nunca se relacionó mucho socialmente, al menos no con nadie que yo conociera.

—¿Y Gordon Brunt? —dijo Mac.

Karen asintió.—Tal vez. Nunca me cayó bien. Charles se gastó una fortuna de su propio dinero construyendo esa maldita iglesia para él y no ha puesto un pie en una iglesia desde que era niño. Dios sabrá por qué lo hizo. Es inquietante.—

—¿Inquietante en qué sentido? —preguntó Mac.

—Pensé que tal vez era gay de verdad y lo estaba ocultando. Pero no sé. Tal vez sea eso. Nuestro matrimonio... la parte física, fue una farsa casi desde el principio. Hay algo entre ellos que... nunca me ha gustado. Cuando Alex dijo... lo que dijo, Gordon no se separaba de Charles. Fue extraño. Y de repente Alex admitió que lo había inventado todo, y la investigación se cerró.—

—Es importante que sepamos adónde ha ido su esposo, señora Martins —dijo Melissa con suavidad—. ¿Podemos echar un vistazo por la casa? Tal vez haya dejado algo que nos indique dónde está.—

Karen asintió en silencio, tragando saliva.—Destrocen la maldita casa si quieren. Él está trastornado y empiezo a pensar que él es el que... que él... Alex...—

Mac podía oír la histeria burbujeando bajo la superficie, amenazando con estallar con cada palabra. Se inclinó hacia adelante.

—Karen. Esto también es muy importante. Su esposo nos dijo que usted estuvo con él entre las ocho y las nueve anteanoche. ¿Recuerda si eso es cierto?

Karen levantó la vista, frunciendo el ceño. —No. No, no es cierto. Estuve aquí sola esa noche. Hasta después de la medianoche.

Mac llevó a Mel a un lado y bajó la voz. —Quédese con ella hasta que podamos traer a un especialista en violencia doméstica para que la acompañe.

Melissa asintió con brusquedad, volviendo de inmediato su atención a Karen. Mac sabía que ella le explicaría con delicadeza lo que necesitaban de ella en cuanto a la recolección de pruebas y lo que ocurriría a continuación. Se dio cuenta de que no había visto ni oído al perro, que en sus últimas visitas había mostrado tanto interés por él. Fue hasta la puerta principal, la abrió y les hizo una seña a Kai y Nari.

—Martins ha golpeado brutalmente a su esposa y ha huido. Se ha llevado algunas cosas. Que entre el equipo forense. Empezaremos arriba. Revisen todo. Cuando llegue alguien del equipo de violencia doméstica para cuidar de Karen, podremos bajar. Ya conocen el procedimiento. Cualquier cosa que pueda decirnos adónde ha ido. Lo tratamos como un sospechoso peligroso.

Volvió a entrar en la casa, oyendo a Kai silbar hacia la furgoneta del equipo forense. Mac se dirigió a las escaleras que llevaban al entrepiso que había visto la primera vez que estuvo allí. En lo alto, vio algo en el suelo. Era una hoja de papel tamaño A4, pero claramente antigua. Estaba arrugada y manchada. La imagen impresa estaba desvaída, pero aún se reconocía como el este de Escocia, mostrando Edimburgo y sus alrededores. Líneas oscuras y rectas la cubrían, todas confluyendo en un pequeño círculo en el centro de la página. Mac frunció el ceño al ver marcas a lo largo de algunas de esas líneas hechas con bolígrafo azul moderno. Había cuatro marcas sin ninguna anotación que explicara su significado. El sonido de alguien subiendo las escaleras lo distrajo. Se dio la vuelta y vio a Nari, con guantes puestos y un par de guantes de látex azul en la mano para él. Los tomó y le entregó el papel.

—Póngala en una bolsa de plástico. Parece antigua, pero ha sido marcada más recientemente.

Nari la miró por un momento, luego sacó una bolsa del bolsillo interior de su chaqueta. Antes de que la deslizara dentro, Mac la agarró. Fue tan brusco que casi rasgó el papel. Al mirar las marcas desde el otro lado, con la luz del día atravesándola desde atrás, Mac comprendió de pronto el significado de las marcas. Ver el mapa de frente resultaba confuso por las gruesas líneas negras que ocultaban gran parte de la imagen inferior. Pero, desde el reverso, podía ver las marcas modernas y el contorno aproximado de la ciudad. Eso le permitió ubicar geográficamente las marcas.

—Ese es el lugar donde está ahora Craigmillar. No está lejos del casco antiguo, justo saliendo de South Bridge —dijo—. Nuestros dos lugares de asesinato, marcados en un mapa.

—¿Cuáles son los otros dos? —preguntó Nari.

Uno estaba fuera de la ciudad, hacia el oeste. Había sido marcado sobre una línea que cruzaba Ratho. Otro estaba aproximadamente donde ahora se encontraba Gorgie, en Edimburgo. Mac frunció el ceño.

—¿Futuros lugares de asesinato? —se preguntó Nari.

—Es posible. Averigüe qué hay actualmente en esos lugares. Especialmente una dirección. Podrían ser casas o...

Mac se quedó en silencio, una dirección le vino a la mente como un destello. La había visto en una pantalla mientras leía un informe. El informe forense sobre la muerte de Alex Martins. El departamento en el que habían encontrado a Alex estaba cerca de Gorgie.

—Ahí es donde Alex se suicidó —dijo Mac, señalando.

—¿Entonces qué es esto? —preguntó Nari, señalando la marca que se había hecho al oeste de Ratho.

Kai subía las escaleras, seguido por el equipo forense.

—Kai, tengo un trabajo para usted. Vaya a esta ubicación, lo más cerca que pueda. Díganos qué hay ahí ahora.

Kai frunció el ceño, sacando su teléfono. —Parece una zona industrial.

Giró el teléfono para mostrarle a Mac una vista satelital. Mac pudo ver Ratho en el borde de la pantalla y un conjunto de edificios a unas pocas millas al oeste.

—Usted y Nari vayan allí, lleven refuerzos —ordenó Mac.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Nari.

—Si ya llegamos tarde, un cadáver —dijo Mac.

Se marcharon, llevándose uno de los coches patrulla como apoyo. Mac esperaba que no encontraran nada. El lugar parecía grande, pero al mismo tiempo habría mucha gente trabajando allí. Muchos ojos para notar un cadáver mutilado. Durante la siguiente hora, él y el equipo de criminalística registraron la casa de los Martins. Nari llamó. Nada inusual en el polígono industrial. Algunas empresas tecnológicas, unas cuantas fábricas pequeñas, una destilería. Mucho terreno que cubrir con solo cuatro agentes y sin reportes hasta el momento de ninguna actividad sospechosa. Les dijo que siguieran buscando, les prometió más personal. Estaba a punto de llamar a Reid para que autorizara refuerzos cuando uno de

los forenses lo llamó. Estaban en uno de los dormitorios más pequeños de la casa, examinando el suelo de un armario empotrado con puerta corrediza de espejo.

—Parece que hay un panel oculto en el suelo —dijo el hombre.

Mac se asomó, mirando hacia donde el hombre apuntaba con la linterna. La alfombra había sido cortada; debajo había un panel de madera separado del resto del entarimado.

—Sáquenlo —ordenó Mac.

Dentro había un espacio de un metro por un metro y aproximadamente treinta centímetros de profundidad. Encima, yacía un sobre grueso y marrón, repleto de papeles. El técnico de criminalística se lo entregó a Mac. Los documentos contenían imágenes impresas desde una computadora. También había fotografías. Todos eran niños y todas eran explícitas. Mac sintió náuseas, pero se obligó a seguir mirando.

—Hay más, señor.

Sacaron una carpeta. Dentro, guardadas en fundas de plástico transparente, había más fotos. Mostraban a un adulto y a un niño. El rostro del niño se veía con claridad, pero el del adulto no. Las fotos habían sido tomadas por una tercera persona, situada detrás del hombre retratado. Mac no podía determinar si ese hombre era Charles Martins, pero se le parecía en complexión y color de cabello. El niño se parecía a Alex Martins.

—Dios —susurró Mac.

—¡Señor! —exclamó el técnico de la escena del crimen.

Mac miró. Debajo de la carpeta había un cuchillo. Tenía una hoja larga y ancha, con un mango negro de goma en un extremo. A su lado, un bulto de lona. Al desatarlo, encontraron otras hojas de distintos tamaños y formas. Perfectas para cortar figuras intrincadas y precisas en un cuerpo humano.

—Embólsenlo todo. Luego sellen el lugar. Necesito un barrido forense completo. Esta es una escena del crimen —ordenó Mac, entregando las fotos a otro técnico para que las embolsara—. ¡Y encuentren a su perro!

Sacó su teléfono y llamó a Reid, con una mezcla de emoción y repulsión recorriéndole el cuerpo. Pero Kenny Reid no contestó su

propio teléfono. Lo hizo una mujer.

—¿Inspector jefe McNeill? —dijo ella.

—Sí, ¿quién habla? —respondió Mac, bajando a toda prisa las escaleras y saliendo por la puerta principal.

—DSJ Dawlish, A7. El DSJ Reid ha sido suspendido de sus funciones mientras se lleva a cabo una investigación. Creo que uno de los miembros de mi equipo se puso en contacto con usted ayer.

—Me amenazaron si no cooperaba —respondió Mac, dirigiéndose a su coche.

—No debería hacer falta una amenaza para conseguir cooperación con la Unidad Anticorrupción, McNeill. Es en interés de todos erradicar la corrupción.

Sonaba robótica, clínica y fría. Mac conocía a Dawlish, la detestaba profundamente. Subió al coche.

—Estoy en medio de un asesinato...

—Voy a asumir la supervisión de su caso en ausencia del DSJ Reid —le dijo Dawlish.

—¿De qué se le acusa? —replicó Mac de inmediato.

—No estoy autorizada a decírselo, pero estoy al tanto de su estrecha relación con él. También quedará suspendido de sus funciones, con efecto inmediato, hasta que podamos establecer que no tiene ninguna conexión con nuestro caso.

—¿Qué?! —gritó Mac—. ¡No puede hacer eso! Tengo a un sospechoso peligroso suelto y la posibilidad de un tercer asesinato, ya cometido o a punto de cometerse. Tengo a una mujer que ha sido golpeada casi hasta la muerte y pruebas de que nuestro sospechoso también es un pedófilo y un depredador. ¡No puede simplemente...!

—Sí puedo, McNeill, y lo haré. Porque hasta que se demuestre lo contrario, tengo que asumir que es tan corrupto como su superior. La inspectora jefe Lennox se hará cargo en su lugar. Informe de inmediato a su equipo en el lugar del cambio en la cadena de mando. Luego, quiero que prepare un informe completo para entregárselo a Lennox, para que pueda continuar con el caso. Después quedará suspendido hasta nuevo aviso.

Capítulo Treinta Y Dos

Mac pasó el resto del día tambaleándose. Informó a Melissa y la dejó encargada de contactar a Nari y Kai. Lennox era competente. Mac no tenía ninguna duda de que ella no permitiría que Charles Martins se librara del anzuelo. Con las pruebas que tenían, iba a ir a prisión. Eso se usaría como palanca para obtener de él una confesión por los dos asesinatos. Conocían su motivo y lo habían atrapado en una mentira. Según su esposa, había tenido la oportunidad de cometer el segundo crimen. Los cuchillos serían analizados y vinculados forensemente tanto a Martins como a las víctimas. Caso cerrado.

No regresó a casa, sino que se detuvo en una área de descanso apartada fuera de la ciudad y fumó medio paquete de cigarrillos, mientras redactaba un informe de traspaso en su teléfono y se lo enviaba a Lennox. No pudo reunir el valor para llamarla. La necesidad de asegurarse de que atraparan a Martins lo llevó a cooperar con su propia suspensión, garantizando que el caso se transfiriera adecuadamente.

La garganta le ardía después de los cigarrillos. Ya no estaba acostumbrado a fumar tanto. En los últimos años, lo máximo que había fumado de una sola vez habían sido dos cigarrillos, encadenados en momentos de máximo estrés. Pero no era el estrés lo que lo impulsaba ahora. Saber que no podría llevar el caso hasta

su conclusión le dejaba un vacío por dentro. Era una sensación de vacío que no podía soportar. No tenía nada a lo que volver salvo el abismo de su departamento. Con el teléfono en la mano, sintió un impulso casi imposible de resistir de llamar a Siobhan. Se conformó con abrir un borrador de mensaje de texto para ella. Pero eso no duró. Él la había alejado porque no podía permitir que ella lo compartiese con su trabajo. El trabajo siempre había sido lo primero. Antes que ella. Antes que Áine.

En aquel entonces, no podía entender cómo ella no lo veía. ¿Acaso su trabajo no la consumía también? ¿No lo ponía por delante de sí misma a diario? La respuesta era sí, pero la compasión de Siobhan como madre y enfermera iba primero a Áine, luego a sus pacientes. Le había dicho que una pareja podía ocupar el siguiente lugar en la lista, después de su hija. Un hombre del que estuviera enamorada. Con lágrimas en los ojos, le había contado cómo había empezado a creer que él podía ser ese hombre. Pero todo eso ya había terminado. Lo había arruinado. Se había marchado tras otra pelea. Había cedido a la necesidad profunda de huir, de escapar de la responsabilidad del enfrentamiento. Se había mantenido alejado, lamiéndose las heridas, alimentando su ira. Hasta que ella comprendió que nunca sería lo primero. Para cuando Mac se tragó el orgullo lo suficiente como para contactarla, ella ya había decidido.

Arrojó el móvil, lo recogió de nuevo y luego lo lanzó al asiento trasero del coche, fuera de su alcance. Fuera del camino de la tentación. Condujo sin destino y sin idea de qué iba a hacer después. La suspensión se sentía como una sentencia de muerte. No podía concebir un día sin trabajo policial que hacer, sin una oficina a la que ir, sin un crimen que investigar. Era su razón de vivir. La idea de pasar días, semanas o meses en un limbo era una tortura. Sus pasos lo llevaron finalmente al abrazo de la ciudad. El tráfico y la gente lo envolvieron, pero él se mantenía separado por la carcasa metálica del coche. Los observaba pasar, ocupados en su día a día. Veía turistas boquiabiertos y señalando. Veía a los locales hablando y riendo o simplemente con la cabeza gacha, concentrados en sus propias vidas. Bares, cafés y tiendas pasaban como si él y el coche

estuvieran quietos y fuera la ciudad la que se movía, dejándolo atrás.

Las calles de Gorgie lo rodeaban ahora. No por una decisión consciente suya. Las calles eran cañones estrechos rodeados de terrazas de piedra marrón. Pasó junto a un bar que reconoció. Estaba cerrado ahora; las ventanas tapiadas y cubiertas de grafitis. Eso le indicó dónde estaba. El departamento en el que había vivido cuando se mudó por primera vez a Edimburgo estaba a la vuelta de la esquina. El último piso de un edificio ruinoso. La fontanería apenas funcionaba y había humedad en el salón. Callum McNeill, con dieciocho años y los pocos miles que le quedaban de la herencia de su padre, no se preocupaba por eso. Ese dinero le habría alcanzado para un departamento en una zona decente de la ciudad, al menos por un tiempo. Pero esa no había sido la prioridad de Callum. Lo había sido el olvido. Y lo había perseguido con ahínco. Mac conducía en piloto automático, pasando frente al edificio donde había vivido y viendo la tienda de la esquina a unos pocos pasos. Estacionó en doble línea amarilla justo enfrente. La tienda aún llevaba el nombre Ansari.

La sangre en la acera de afuera hacía mucho que se había lavado. La sangre de los cabezas rapadas que había encontrado una noche destrozando la tienda de Rayan Ansari. Callum tenía diecinueve años, era flaco, adicto a la marihuana y se encaminaba hacia algo más fuerte. Los Ansari habían sido amables con él. Una amabilidad que no había buscado ni querido. Pero se la ofrecieron igualmente. Callum se había enfrentado a tres hombres mayores y más grandes que él. Más grandes, pero no tan feroces. No tan temerarios. Su sangre terminó en la acera, y Callum probó por primera vez el sabor de la justicia. Ahora Mac observaba la tienda y se preguntaba si podría obligarse a entrar. ¿Seguirían los Ansari al mando o se la habrían pasado ya a alguno de sus hijos? ¿Lo recordarían? Llegó a abrir la puerta del coche. Luego la cerró de golpe y encendió el motor. Se alejó del bordillo bruscamente y recibió un bocinazo desde atrás, que ignoró. No miró atrás mientras pisaba el acelerador, alejándose de su pasado a toda velocidad.

No tenía sentido mirar atrás. No había nada que ganar. Ya estaba hecho. No podía deshacer el no haber detenido a Iona la noche en que la asesinaron. No podía deshacer el haber golpeado a Mark Souter casi hasta matarlo. No podía deshacer el no haberle dado a Siobhan el amor y la atención que merecía. Ni haber seguido hasta el final el caso que había resuelto. Y eso era lo que más dolía. Lo que le hacía apretar la mandíbula y tensar las manos en el volante. Lo que provocaba esa sensación cavernosa de pérdida. El caso que estaba a punto de destapar por completo. Al asesino que casi había atrapado. La justicia. Perdida. Ahora sería la gloria de otra persona. Se detuvo en el primer bar que encontró y entró.

Mac despertó con el roce del sol en los párpados. Y con el toque insistente de una mano femenina en otro lugar. Abrió los ojos. Estaba en otro dormitorio desconocido. ¿Cuántos iban ya en el último mes, más o menos? ¿Ocho? ¿Nueve? Había dejado de contar. Las cortinas no estaban corridas. A través del ventanal distinguió la ciudad. La habitación tenía un techo alto con molduras y una cama grande. Al mirar hacia abajo, vio un cabello oscuro y sedoso, y sintió la caricia suave de una mano sobre sus costillas y abdomen. Notó una pierna larga sobre la suya. Estaba desnudo, y ella también. La memoria volvió a través de la niebla de una noche alimentada por el alcohol. No era la primera. Mac se pasó una mano por el pelo, intentando despejar el sueño que nublaba su mente. ¿Cuántas semanas llevaba suspendido? ¿Tres? ¿Cuatro? ¿Más? En algún lugar de la habitación sonó el zumbido de un teléfono.

—Tu teléfono lleva sonando una hora —dijo una voz femenina molesta, amortiguada por su pecho.

—Sí —dijo Mac, sin moverse.

—¿Podrías cogerlo, por favor?

Ella levantó la cabeza para mirarlo. Tenía los ojos azules enmarcados por una melena negra como el ala de un cuervo. Mac recordó un cuerpo esbelto y a una mujer al menos diez años menor

que él. No recordaba su nombre, como tampoco la mayor parte de lo que había aprendido sobre ella durante las pocas horas que habían pasado juntos antes de ir al departamento de ella.

—Estoy de control de multitudes en Tynecastle en tres horas. Me gustaría dormir un poco más, ya que estabas tan empeñado en mantenerme despierta toda la noche... señor.

Mac reprimió un gruñido. Ahora lo recordaba. Ella era policía, llevaba cinco años en el cuerpo y estaba de uniforme. La había conocido en un bar popular entre agentes de la ciudad. Se incorporó, obligándola a moverse de su posición cómoda. Aún así, no recordaba su nombre. Se levantó de la cama desnudo y cruzó la habitación, rebuscando entre la ropa tirada hasta encontrar su móvil.

—Este departamento está bastante bien para el sueldo de un agente —comentó.

—Lo comparto con otras dos chicas —dijo la mujer, acomodándose en el espacio cálido que Mac acababa de dejar—. Puedes volver cuando apagues el teléfono.

—Señor —completó Mac por ella.

Ella soltó una risita. —Señor.

Mac encontró el teléfono y lo encendió. Primero de mayo. ¡Dios! ¿Qué demonios pasó con abril? Gimió al ver la lista de notificaciones. Mensajes de texto, llamadas perdidas, mensajes de voz. La mayoría eran de Clio. Unos pocos de Melissa y uno de la inspectora jefe Lennox. Volvió a mirar a la chica en la cama. Ella lo observaba por encima del hombro. La sábana se le había deslizado, dejando al descubierto su espalda y la curva de su trasero. Al doblar una pierna, la sábana cayó aún más, revelando más de unas nalgas firmes.

—En realidad, ¿quién necesita dormir? —dijo ella.

Mac sonrió. La sonrisa de un granuja. Ella tenía una igual de pícara. Se llevó el teléfono al oído mientras regresaba a la cama y se arrodillaba a su lado. Ella se dio la vuelta, alargando el brazo con desgana para deslizar la mano por su cuerpo, sobre los pectorales firmes y el vientre plano. El primer mensaje de voz era de Lennox.

—Solo para mantenerle informado, por cortesía. Hemos encontrado a Martins. Y su ADN está en las armas, así como el ADN

de ambas víctimas. También encontramos su ADN en ambas escenas del crimen. Lo niega todo, pero lo tenemos por los cargos de pedofilia, así que lo haré confesar el resto. No tiene coartada y conduce un SUV oscuro, que fue visto en ambos lugares. Es suficiente para superar el umbral probatorio. La fiscalía va a proceder. Lamento cómo ha salido todo esto. Por lo que vale, hizo un buen trabajo, Mac. —Hubo una breve pausa—. Ah, y el sargento Yun dijo que preguntó por el perro. Está bien. Obviamente escapó durante el caos. Un vecino lo tiene y se encargará de él por el momento.

Mac pasó al siguiente mensaje mientras la chica se acomodaba y luego le ponía la mano en la cadera antes de deslizarla por detrás y pellizcarlo. Él le agarró la muñeca y la torció, sujetándole el brazo junto a ella y luego recostándose parcialmente sobre su cuerpo. Ella levantó la cabeza para besarlo, pero Mac giró la suya, escuchando el siguiente mensaje. Clio quería hablar con él. Siguiendo. Clio seguía queriendo hablar con él. Siguiendo. Melissa le decía que Clio había ido a la comisaría. Mac frunció el ceño al sentir unas caderas empujarse contra las suyas. Una pierna se enroscó con la suya, enganchándose a su pantorrilla. Último mensaje.

—Mac, soy Clio otra vez. Según mi hija, me estás haciendo ghosting. No sé por qué. Melissa dice que no pueden localizarte, pero no me dice nada más. A nadie le interesa lo que tengo que decir porque han arrestado a Charles Martins. ¿Por los asesinatos? Pues no puede ser él. Por fin he traducido las inscripciones y simplemente no puede ser él. Tienen al hombre equivocado, Mac. Te doy una última oportunidad y luego... no sé si debería ir a la prensa o... no lo sé, ipero tienen al hombre equivocado!

Mac miró a los ojos de la mujer que tenía debajo. Vio deseo y hambre en ellos. Se apartó y se puso de pie, recogiendo su ropa.

—¡Eh! ¿A dónde vas?

—Al trabajo —dijo Mac.

Capítulo Treinta Y Tres

Mac condujo hasta la casa de Clio, tragándose un paracetamol con una botella de agua que había tomado del frigorífico de la chica antes de irse. Al parecer, la había llevado de vuelta a su departamento en su coche. Lo que significaba que la noche anterior había conducido bajo los efectos del alcohol. Probablemente aún seguía por encima del límite, pero no podía perder más tiempo. Seguramente no era nada. No había manera de que la doctora Clio Wray supiera que Charles Martins no era culpable. Había pruebas irrefutables que lo situaban en ambas escenas. Su coche había sido visto en los dos lugares. Excepto que él se había marchado de la segunda escena antes de que Mac llegara. Mac frunció el ceño. ¡Mierda! Así que no había sido Charles Martins quien lo había atacado desde la escalera de incendios en el departamento de Evie. No podía haber sido. Pero si no estaba involucrado, entonces ¿qué demonios hacía allí? Llamó a Clio, pero saltó directamente al buzón de voz. Le dijo con tono seco que iba de camino a verla. Luego llamó a Melissa. No respondió. Nada sorprendente. A estas alturas, Lennox ya les habría informado a todos de que no debían comunicarse con su exinspector jefe.

—¡Carajo, jefe, ¿dónde se ha metido?! —dijo Kai, el único que contestó.

—Por ahí. —Si era sincero consigo mismo, Mac no sabía dónde había estado. Todo era una nebulosa.

—No puedo hablar con usted y además es festivo.

—Lo sé, Kai, pero necesito su ayuda. ¿Melissa informó a Lennox sobre el trabajo que Clio Wray estaba haciendo para nosotros?

—Sí, jefe. Y Lennox lo dejó pasar. Dijo que no era relevante, solo una cortina de humo. Que todo se trataba de que Martins estaba encubriendo lo que había estado haciendo.

—En las grabaciones de las cámaras de seguridad, el coche de Martins estaba en el departamento de Evie Black, ¿verdad? —dijo Mac con urgencia.

—Sí.

—Y se fue antes de que yo llegara.

—Sí. Lennox cree que dio la vuelta y se coló por la entrada principal. Que podría haber tomado las llaves de Evie Black después de matarla.

—Quien me atacó estaba saliendo del edificio, no entrando.

—Pero no recuerda muy bien, ¿verdad, jefe? —señaló Kai.

Mac tuvo que admitir su derrota en ese punto. —Si asumimos que no estaba allí para matar a Evie Black, entonces ¿por qué estaba allí? —preguntó Mac—. Piénselo, Kai.

Kai suspiró y guardó silencio por un momento.

—Estuvo sentado fuera de ese edificio durante mucho tiempo hasta que usted apareció —dijo Kai—. Las cámaras de seguridad lo captaron saliendo de la ciudad hacia el oeste. Presumiblemente, se dirigía a casa.

—No dio la vuelta.

—Pero su ADN estaba allí —insistió Kai—. Y encontramos chats en línea en los que había participado Evie Black, donde insinuaba que conocía la identidad de un pedófilo. Hubo llamadas y mensajes entre McCullough y ella incluso después de que la banda se separó. Tenía un motivo. Quería silenciarla.

Todo eso era nuevo para Mac. Evidentemente, habían estado llevando el caso bastante bien sin él. —Mire, Kai, piense en esto un momento. Dígame por qué más podría haber estado Martins allí sin querer que nadie lo supiera.

—Porque estaba siguiendo a alguien —dijo Kai de inmediato—. Le dio una paliza a su esposa y ella dijo que fue porque pensaba que le estaba siendo infiel. Así que...

Su detective en prácticas iba ahora por el mismo camino que Mac. —Así que siguió a su esposa hasta allí y pensó que tenía una aventura con alguien que vivía en el edificio —concluyó Mac.

—No porque fuera a matar a Evie Black.

—Tal vez no —dijo Mac.

—Dios. Pero eso no va a sostenerse, jefe. El ADN y...

—Hay una duda, y eso es todo lo que la defensa va a necesitar. Mire, Kai, nada me haría más feliz que ese completo imbécil de Charles Martins se pudriera en la cárcel por mucho tiempo por esto. Y aunque no sea culpable de estos asesinatos, tampoco es inocente, así que estaré encantado de que lo encierren y se pudra en una celda el resto de su vida. Pero, si eso significa que el asesino sigue suelto...

—¿Qué quiere que haga? —preguntó Kai, con la voz repentinamente firme y alerta.

—Vuelva a revisar las grabaciones de CCTV. Retroceda hasta una hora más temprana del día en que mataron a Evie Black. Mire si hay alguna señal de que Karen Martins entrara o estuviera por la zona.

—No hay CCTV en la parte delantera del edificio en High School Wynd —dijo Kai—. Pero hay un estacionamiento de un bar a unos metros más abajo por la calle que puedo revisar. Dejé de mirar cuando conseguimos a Martins.

—Empiece de nuevo, Kai. No puedo ir yo mismo o lo haría.

—No hay problema, jefe. No tengo nada mejor que hacer —dijo Kai—. Y jefe... no nos creemos nada de lo que nos dicen. Ya sabe... ¿Anticorrupción? Melissa y Nari están siguiendo el protocolo, pero no les gusta. Es una trampa.

—No se trata de mí. Van tras Reid. Y no puedo asegurar que no haya hecho algo para merecer que lo investiguen. Pero gracias, Kai. Eso significa mucho.

Iba hacia el oeste, cruzando el norte de Edimburgo, tomando Ferry Road en dirección a Pilton. Condujo directamente a través de un desierto de terrenos baldíos y bloques de departamentos

cuadrados. Los paseadores de perros por allí llevaban animales corpulentos con cadenas. Los parques estaban llenos de vandalismo y las tiendas tenían rejas metálicas en las ventanas. El coche saltaba sobre baches que tomaba demasiado rápido; el concreto estaba roto y parchado. Al girar en Cramond Road, la transformación fue brusca. Casas adosadas y bungalós que probablemente eran de antes de la guerra. Vegetación bordeaba las calles, árboles y setos. La riqueza de Cramond convivía puerta con puerta con la pobreza de Pilton y Muirhouse. Vio el mini de Clio en la entrada de su casa al detenerse junto al bordillo. Solo entonces se le ocurrió mirar el retrovisor.

Camisa con el cuello abierto, sin manchas. La chaqueta parecía algo arrugada; había estado en el suelo de una habitación durante unas horas. Tenía el pelo más despeinado de lo habitual y se lo peinó apresuradamente con los dedos. Sentía como si estuviera llegando a una primera cita y trató de quitarse la idea de la cabeza al salir del coche y caminar hacia la casa. Clio abrió la puerta y, por un momento, se quedó allí parada, con la boca abierta.

—¿Puedo pasar? —preguntó Mac con una sonrisa de pícaro.

Vio que ella sostenía un teléfono. —Mamá, tengo que devolverte la llamada. Hablaré con Maia más tarde.

Luego se hizo a un lado, sin apartar la mirada de Mac en ningún momento. Él entró en su casa y ella cerró la puerta detrás de él. A su derecha había una sala de estar dominada por una gran estantería. Estaba desbordada, con libros encajados en los estantes, otros apilados encima o en el suelo. Una mesa de centro en medio de la habitación estaba cubierta de papeles que le resultaban familiares: imágenes de una escena del crimen y dibujos de inscripciones. Los ojos de Mac se posaron en una imagen que le resultaba conocida y entró en la habitación.

—He visto esa imagen antes —dijo, señalando un mapa de Edimburgo cruzado por gruesas líneas negras.

—Es una fotocopia de un mapa que intenté conseguir, pero alguien se me adelantó —espetó Clio.

—Que muestra las líneas ley —terminó Mac con un asentimiento, recordando que ella se lo había mencionado.

—¿Así que apareces aquí, después de ignorarme por completo, y te pones a hablar de líneas ley? —dijo Clio, entrando por completo en la habitación y colocándose frente a él, con las manos en las caderas.

Él levantó las manos en señal de paz. —Yo... —empezó a decir.

—Me dejaste fuera, Mac. Rechazaste mi ayuda después de que puse en riesgo a mi hija y a mí. ¡Maia está con mi madre ahora mismo porque no podía dormir del miedo a que ese psicópata viniera por nosotras! ¡Prometiste que nos mantendrías a salvo a Maia y a mí! ¿Dónde demonios has estado?

Sus ojos ardían. Mac la miró directamente. —Lo siento. Me retiraron del caso —dijo.

—¿Qué? ¡¿Y no pudiste devolverme ni una sola llamada para decirme eso?! —replicó Clio—. Llevo más de una semana intentando localizarte todos los días.

—Yo... sí, podría haberlo hecho. Debí haberlo hecho. Lo siento. No tengo excusas. Pero ahora necesito saber por qué crees que atrapamos al hombre equivocado.

Clio se llevó las manos a la cara y soltó un gruñido de exasperación. —Juré que iba a dejar esto atrás. Olvidarlo. Irme a pasar un tiempo con Maia y mi madre. Pero... apareces de la nada después de ignorarme durante semanas, me arrastras de nuevo y exiges... ¡Mierda! ¿Sabes qué? Siéntate, inspector jefe.

Mac no se atrevió a corregirla mientras se sentaba en un sofá frente a la mesa de centro. Estaba claro que ella estaba furiosa con él. Clio se sentó a su lado y extendió la mano hacia el mapa.

—¿Has visto esto en algún sitio, el original? —preguntó.

—En la casa de los Martins. Charles Martins había marcado en él las escenas de los asesinatos.

—Y otro por aquí —Clio señaló una zona del mapa cerca de donde, en efecto, había una marca inexplicable.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Mac.

—Porque está sobre una línea ley. Estos otros sitios están ligeramente fuera. Ella no pudo elegir dónde estaban las dos primeras víctimas porque las mataron en sus casas. Pero a la tercera víctima tenía que colocarla en un lugar de poder. Donde convergen

las líneas ley. Podía posicionarlas exactamente donde necesitaba que estuvieran.

—¿Ella?

—Tiene que ser Karen Martins —dijo Clio.

Mac vio que las manos de ella temblaban. El papel que sostenía se sacudía entre sus dedos temblorosos. Con suavidad, Mac tomó sus manos entre las suyas, entrelazándolas para calmar los temblores.

—Empieza desde el principio. ¿Por qué ella? —dijo, mirando a Clio a los ojos.

Ella lo miró de vuelta, y por un momento no dijo nada. Mac solo era consciente de sus ojos y de la sensación de su piel suave. Luego parpadeó, como si se hubiera sobresaltado.

—Porque las inscripciones son un encantamiento, parte de un ritual. Es una compleja interrelación de lenguas antiguas, que incluso copiando fragmentos del trabajo de su esposa, Charles Martins no podría haberlas escrito. Sería un disparate si alguien simplemente estuviera copiando imágenes. Estas escenas del crimen forman una narrativa. El asesino estaba ofreciendo un sacrificio y, al mismo tiempo, evocando tiempos pasados. El ahogamiento de la bruja es una reliquia del pasado de Edimburgo, de hace cuatrocientos años. El asesinato de Richard McCullough fue un sacrificio, y algo de Alex debió de estar presente para que los dioses del inframundo supieran qué alma debían liberar. Había un lienzo empapado en sangre, ¿verdad? El tercer asesinato será tanto un sacrificio como una forma de retroceder en el tiempo para recrear algo del pasado. Creo que debe tratarse del suicidio de Alex Martins. El encantamiento, un hechizo si se quiere, está destinado a liberar su alma. A traerlo de vuelta. ¿Quién más lo haría?

Mac quiso burlarse. Era absurdo y se reirían de eso en un tribunal. Pero Clio hablaba con seriedad, sin apartar la mirada de él. Sus manos seguían entre las suyas.

—Sé lo que estás pensando, Mac. Suena completamente loco. Pero aunque para nosotros sea un disparate, para ella no lo es. Ella lo cree. Cuando vino a mi casa esa noche, hablaba de cómo Alex debía de estar atormentado. Que no descansaba en paz. Que, como

madre, caminaría hasta el infierno para salvarlo. ¿Sabías que Karen Martins estuvo en un hospital psiquiátrico?

Mac asintió.—Mel ha estado intentando conseguir una copia de sus expedientes, pero se está topando con obstáculos por todos lados. No tenemos suficientes motivos para que los liberen, porque nunca ha sido una sospechosa viable.

—¿Pero y si nunca se recuperó, Mac? ¿Y si su psicosis solo se agravó?

—Entró en su mundo, un mundo de almas perdidas, infierno y condenación. Se volvió real para ella y elaboró un plan, meticulosamente diseñado, para liberarlo de su tormento — reflexionó Mac, parafraseando algunas letras de canciones de Omega.

—Bueno, eso sonó realmente espeluznante —dijo Clio—. Pero sí, eso es lo que creo que pasó.

—Y ha tenido tiempo de sobra para resolver cualquier detalle y perfeccionar todo el plan. Dios, estaba seguro de que no podía ser ella. Todo mi instinto me decía que era solo una madre en duelo. ¿Cómo pude no verlo? ¿Qué fue lo que me perdí? Debo de estar perdiendo mi instinto. Cielos, he cometido algunos errores estúpidos en este caso.

—¡Mac, por el amor de Dios, deja de compadecerte y reacciona! Mac parpadeó. —Va a ocurrir hoy. El tercer asesinato. Es Bealtaine. Por eso he estado tan desesperada. Incluso llamé al 999 y dije que sabía que iba a ocurrir un asesinato. El agente con el que hablé se negó a tomarme en serio. Me dijo que me denunciarían si volvía a hacer llamadas falsas.

Mac intentó soltar las manos de Clio mientras se ponía de pie. Pero ella se levantó con él y no lo soltó.

—Tengo que irme. Esa ubicación en el mapa es un polígono industrial. Estará cerrado por la festividad, no habrá nadie allí. Si tienes razón, tengo que llegar antes para detenerla.

—Voy contigo —dijo Clio.

—No, no seas estúpida...

—¿Ah, sí? ¿Estúpida, eh? Ni se te ocurra, Callum McNeill. ¡Ni se te ocurra! Podríamos haber tenido unos cuantos días más de margen

antes de este asesinato para planear bien si no te hubieras ido de juerga durante un mes, intentando ahogar tus malditas penas —le dijo Clio, dándole un toque en el pecho—. Puedo oler el alcohol, inspector jefe McNeill. Dudo que estés siquiera en condiciones de conducir.

Capítulo Treinta Y Cuatro

—Es un sitio enorme. ¿Ese mapa te da alguna idea de dónde se supone que debemos buscar? Tenía agentes allí cuando fuimos a arrestar a Charles Martins, pero no vieron nada fuera de lo normal.

—Porque no era el momento adecuado. Y me temo que no. Es muy general. Nada específico —dijo Clio mientras dirigía el Audi hacia el sur y el oeste, en dirección al polígono industrial cerca de Ratho.

—Sabes que la golpearon bastante fuerte —dijo Mac—. No hay forma de que se hiciera eso ella sola.

—Tal vez él sí la golpeó. ¿Tenía él alguna marca? —preguntó Clio.

—Yo no estaba allí cuando lo arrestaron —admitió Mac—. Ni siquiera sé dónde lo encontraron. Pero está claro que Karen Martins odiaba tanto a su marido como para esconder las armas del crimen entre sus otras... cosas, para desviar la atención de ella.

—No los conocía muy bien como pareja, pero... por lo que he oído, ella podría haberlo provocado hasta que él la atacara —dijo Clio.

—No importa. Esta teoría tiene tantos agujeros que ese es el menor de ellos —dijo Mac, mirando un mapa de la zona hacia la que se dirigían, buscando algo que pudiera dar una pista sobre dónde podría estar Karen.

Si ella era la asesina. Si esto no era más que un cuento de hadas desesperado en contra de todas las pruebas. Sabía lo dispuesto que estaba a aferrarse a cualquier esperanza si eso le daba un propósito. Tal vez Clio también. Pero aún le costaba entenderlo. Tal vez esto era ir demasiado lejos. ¿De verdad su instinto y su intuición de policía le habían fallado tanto? Aplastó sus dudas y se concentró en el mapa digital.

Mientras hacía scroll y acercaba la imagen, tratando de identificar cada propiedad comercial del polígono y hacer algún tipo de juicio racional sobre la probabilidad de que Karen Martins estuviera allí, vio que una de las parcelas estaba ocupada por una empresa de suministros de construcción. Se llamaba Mertens. Se quedó mirando la pantalla. ¿Coincidencia? Uno de los socios comerciales de Martins se llamaba Merten. ¿Apostamos a que era dueño de una empresa de suministros de construcción? Tal vez eso fue lo que le aseguró a ese Merten, quienquiera que fuera, una sociedad con la firma de arquitectura desde el principio. ¿Y cuáles eran las probabilidades de que Martins tuviera acceso a llaves? Llaves que su esposa podría robar.

—Creo que podría ser aquí —dijo—. Merten Building Supplies. Lo pondré en el GPS.

Clio estaba forzando el coche más de lo que incluso Mac habría hecho. Llamó a Kai, pero no obtuvo respuesta. Por un momento, consideró llamar al 999 y decir que un agente había caído en el polígono industrial de Ratho. Pero si todo esto resultaba ser una pérdida de tiempo, sin duda sería el fin de su carrera, y ya estaba bastante al borde del abismo. Tal como estaban las cosas, solo Clio sabría si todo era una tontería y si estaban haciendo el ridículo. Si Charles Martins era realmente el asesino y ya estaba bien encerrado bajo llave.

Llamó a Nari por si acaso y ella contestó al primer tono.

—Dios, Nari, no pensé que me contestaría —dijo Mac.

—Hablé con Kai. Fue muy persuasivo —dijo Nari—. ¿Por qué cree que estoy aquí, hablando con usted, un lunes festivo?

—Gracias, Kai. Mira, ni yo mismo me lo creo del todo, pero voy camino de un polígono industrial a las afueras de Ratho, al que

usted ya fue antes. Es posible que estemos a punto de enfrentarnos al verdadero asesino. Creo que es Karen Martins, y creo que está planeando matar a su tercera y última víctima. No puedo explicar por qué. Clio está conmigo. No se involucre. No puedo ordenárselo y no lo haré. Sería una locura que se involucrara, pero...

—¡Ya vamos en camino, jefe! —escuchó la voz de Kai de fondo. Obviamente, Nari había puesto la llamada en altavoz.

Nari le siseó y luego suspiró con fuerza.—Jefe, espero que no se equivoque con esto, si no será una excursión inútil al campo y todos estaremos en problemas. Anticorrupción nos advirtió que no habláramos con usted...

—Lo sé —Mac se sintió culpable por lo que estaba pidiendo, pero cuanta más ayuda llevara consigo, mayores serían las posibilidades de detener a la asesina.

—Allí estaremos, jefe —concluyó Nari.

—Es aquí —dijo Clio.

—Voy a mantener esta llamada abierta, Nari —le dijo Mac mientras se guardaba el teléfono en el bolsillo.

Clio giró bruscamente a la izquierda con el Audi y pasó por un resalto que hizo que los dientes de Mac chocaran entre sí. Redujo la velocidad, mirando de un lado a otro mientras seguía las indicaciones del navegador. Pasaron junto a terrenos ajardinados y edificios de una sola planta de plástico y ladrillo rojo. Los carteles indicaban los nombres de las empresas. Algunas tenían patios de carga al costado y portones cerrados con llave. Una exhibía montañas de barriles apilados y un letrero que proclamaba su actividad como destilería. Más allá del polígono, había árboles salvajes y campos. Y más allá, hacia el norte, estaría la autopista M8, imitando la línea de energía que atravesaba ese lugar, si Clio tenía razón. Casi al final del polígono, había un edificio de ladrillo junto a un patio lleno hasta el cielo de madera, ladrillos, bloques de hormigón y otros materiales. Las puertas estaban abiertas. Una furgoneta de alquiler, con el nombre de la empresa estampado en los laterales blancos, estaba estacionada en el patio, con las puertas traseras abiertas y el motor en marcha.

—Detén el coche —ordenó Mac, con los sentidos en alerta inmediata.

En un segundo, había pasado de sentirse el mayor idiota de Escocia a saber con certeza que algo iba muy mal allí. Clio se detuvo en la entrada abierta y Mac se bajó. Caminó hacia la furgoneta, lenta y deliberadamente. Una ráfaga de viento le trajo un olor. Un hedor abrumador a gasolina. Oyó que se abría y cerraba la puerta de su coche y se giró, levantando una mano.

—¡Quédate ahí! —siseó, señalando a Clio.

Había suficiente firmeza en su voz para que ella se quedara donde estaba. Mac llegó hasta la furgoneta y echó un vistazo al interior. Había sangre manchada en un lateral. Parecía que alguien había sido arrastrado hacia afuera mientras sangraba, el fluido color burdeos embadurnando el interior. Comenzó a caminar hacia el edificio adyacente al patio. Había una puerta cerrada con un panel de vidrio y ventanas a ambos lados con las persianas echadas. Se colocó al lado de la puerta, de espaldas a la pared, y miró hacia dentro. Parecía una zona de recepción. Más rastros de sangre.

El corazón de Mac empezó a acelerarse al captar fugazmente la imagen de un cuerpo siendo arrastrado a través de una puerta interior. Sin dudarlo, se lanzó dentro del edificio, saltó por encima del mostrador de recepción y atravesó la puerta.

El hedor abrumador a gasolina lo golpeó, haciéndole lagrimear los ojos y arder la garganta. Latas vacías de combustible estaban esparcidas por el suelo, evidencia del líquido volátil que había sido derramado generosamente sobre el suelo, las estanterías, las paredes y los ocupantes. Escaneó rápidamente la sala, absorbiendo el horror del escenario.

Un gran almacén, con estanterías metálicas alineadas contra las paredes. Una computadora abandonada sobre una mesa. En el centro de la sala, un hombre atado a una silla, empapado en gasolina, con sangre manchando su rostro. Otro hombre yacía inmóvil en el suelo, con las manos atadas con alambre que le había cortado profundamente la carne. La mirada de Mac se fijó entonces en la visión más escalofriante de todas: Karen Martins.

Sus ojos, salvajes y desquiciados, se clavaban en él. Sostenía un soplete en alto, con la llama azul siseando de forma amenazante. La habitación pareció encogerse a su alrededor; las paredes se cerraban, el aire se espesaba. Cada instinto le gritaba que huyera, pero no podía. No ahora.

—Váyase, o lo lamentaré —susurró Karen con voz ronca.

Mac tragó saliva con dificultad, intentando mantener la voz firme.

—Karen, podemos resolver esto. Déjame ayudarte.

El hombre en la silla gimoteó: —¡Por favor, está loca!

El reconocimiento golpeó a Mac como un puñetazo. Gordon Brunt. ¿Y el hombre en el suelo? Probablemente Jacek Andrysiak. Las piezas encajaron, pero el rompecabezas que tenía delante era una pesadilla completa.

Sin previo aviso, Karen golpeó a Gordon con el soplete encendido, prendiéndole fuego al cabello. Los gritos de Gordon desgarraron el aire, pero la risa maníaca de Karen los ahogó mientras apagaba las llamas a golpes con la mano desnuda. El estómago de Mac se revolvió al percibir el olor a carne quemada, pero se obligó a concentrarse.

—Karen, hacerles daño no traerá de vuelta a Alex —suplicó él, intentando alcanzar la última chispa de humanidad que pudiera quedarle.

—¡Estás equivocado! Sí lo traerá de vuelta.

Desvariaba sobre sacrificios, líneas ley y rituales antiguos. Sus palabras eran un revoltijo de dolor, ira y desesperación. Mac podía ver el abismo al borde del cual ella tambaleaba, y sabía que solo tenía unos segundos antes de que se precipitara en la locura.

La habitación se sentía como una olla a presión, la tensión era insoportable. La mente de Mac trabajaba a toda velocidad, buscando una salida. Necesitaba mantenerla hablando, ganar tiempo. Pero el tiempo se agotaba, y la llama siseante era una bomba a punto de estallar.

Entonces, algo que Clio había dicho cayó en la mente de Mac como un ladrillo.

—El número tres, Karen —dijo él—. ¿No es importante? Pero solo mataste a dos, a Richard McCullough y a Evie Black.

—¡Alex! —gritó ella—. Alex fue el primero. Clio tenía razón, pensó Mac. El suicidio de Alex Martins fue el punto cero. Tragó el pánico que le subía por la garganta. Había empeorado las cosas.

Saliva voló de la boca de Karen mientras hablaba. Caminaba de un lado a otro detrás de la silla de Brunt como un animal enjaulado. Él tenía los ojos abiertos de par en par por el terror, girando la cabeza para seguir el recorrido de la llama siseante. Miró a Mac implorante. Solo tenía que soltar la antorcha y todo el edificio ardería. Con la leña en el patio exterior, todo el lugar se convertiría en un infierno en cuestión de segundos. Mac echó un vistazo a Andrysiak. Sus ataduras eran de un plástico grueso, tal vez bridas, por lo tanto difíciles de cortar. No veía ningún nudo, pero dudaba que hubiera tiempo suficiente para desatarlo, incluso si lo hubiera. Probablemente lo mismo ocurría con Brunt. Miró al sacerdote con odio y repulsión. Qué maldito cliché. Pero era policía, y tenía que intentar salvarlo. Salvarlos a todos.

Desestimando a Brunt, volvió a centrarse en Karen. Necesitaba mantenerla hablando, intentar que se calmara. Podía ver que se estaba desmoronando, al borde de la locura si no había cruzado ya esa línea. Era solo cuestión de tiempo antes de que cayera por completo en el abismo, pero no tenía idea de cuánto le quedaba. Tensó el cuello y los hombros, y sintió el sudor frío de sus axilas acumulándose en la base de la columna.

—Déjeme llevarme a Jacek, Karen. Es inocente. Puede que haya cometido errores en su vida, pero no mató a su hijo.

—¡No! ¡Tienen que ser tres! ¡Si no, no funcionará! —gritó Karen.

—Déjeme llevarme a Jacek, sacarlo de aquí —repitió—. Por favor. Luego volveré. Lo prometo. No me importa él —mintió, señalando a Brunt—. Se merece todo lo que le va a pasar. Pero Jacek también tiene una madre. También es un hijo, Karen.

—Solo quiero que mi niño tenga la vida que debió tener —gimió Karen, con lágrimas fluyendo libremente—. ¡No lo dejaré en el tormento! ¡Soy su madre y daré mi vida por la suya!

Mac sintió una punzada en el pecho. Su dolor era crudo y abrumador. Vio el rostro de Iona. Su cabello oscuro ondeando y su

sonrisa. Su vida. Su energía. La extrañaba más con cada día que pasaba.

—No funciona así, Karen —dijo suavemente—. Si pudiera dar mi vida para que mi hermana viviera en mi lugar, lo haría. —Su voz se quebró por el dolor no resuelto—. Pero no puedo. La venganza no traerá de vuelta a Alex, Karen. Se ha ido.

—¡No! —chilló Karen, avanzando hacia Mac con el soplete alzado frente a ella.

Él reaccionó con una rapidez que lo sorprendió incluso a sí mismo. Acortó la distancia y le agarró la muñeca que sostenía el soplete. Ella luchó, arañándolo con la mano libre, arrastrando las uñas por su mejilla y luego yendo directo a sus ojos. Él empujó su cabeza hacia adelante y la golpeó con la suya. Ella retrocedió tambaleándose, pero se aferró con tenacidad al soplete. Mac fue con ella, aún sujetándole la muñeca. Pero sus manos estaban sudorosas y la muñeca de ella se le resbalaba. Entonces los ojos de Karen miraron más allá de él. Mac no se atrevió a apartar la vista, tan concentrado estaba en su lucha. Pero pudo oír que movían a Jacek. Escuchó el sonido de arrastre acompañado de un murmullo bajo, mientras él comenzaba a recobrar el sentido. Si miraba, sabía que vería a Clio tirando de los pies del hombre con todas sus fuerzas.

Los ojos de Karen se abrieron tanto como les fue posible. Mac vio en ellos el conocimiento de su propio fracaso. Vio cómo el dolor la invadía, arrasando para siempre con su razón. En su mente, había fallado en el último obstáculo para liberar a su hijo de su tormento. Gritó, y fue un alarido desgarrador, el lamento del alma de una madre que volvía a quedar despojada. Luego su cuerpo se volvió inerte. Cayó al suelo y su peso muerto fue demasiado. Su brazo se deslizó del agarre de Mac. Él se volvió y logró dar dos zancadas hacia la puerta, donde Jacek Andrysiak estaba a medio camino de cruzarla, Clio con el rostro enrojecido y gritando por el esfuerzo, con los tendones marcados a ambos lados del cuello. Mac oyó un leve "whump" y luego sintió el calor elevarse repentinamente a sus espaldas. Se agachó lo más que pudo, extendió los brazos y los metió bajo los hombros de Jacek, empujando con todas sus fuerzas.

Cruzaron la puerta justo cuando algo golpeó a Mac en la espalda, y sintió que su cabello ardía. Una lengua de fuego se alzó por encima de sus cabezas para lamer el techo. Mac lanzó una patada a la puerta, cerrándola de golpe, y sintió a Clio atacándolo, golpeando su espalda y su cabello en llamas. El dolor aún no lo había alcanzado. Su visión se reducía a pequeños puntos de luz, la conciencia desvaneciéndose. Sabía que si se desmayaba, moriría. Jacek y Clio también. Aún tenía los brazos bajo los hombros de Jacek y lo levantó, bramando por el esfuerzo, forzando un paso y luego otro. Juntos, apenas lograron salir del edificio. Entonces algo explotó. Mac se lanzó sobre Jacek mientras las ventanas estallaban hacia afuera con lanzas de fuego que buscaban a ciegas. La puerta voló por encima de ellos y se estrelló contra la furgoneta. Oyó sirenas a lo lejos justo antes de que su mundo se volviera negro.

Capítulo Treinta Y Cinco

Mac llevaba jeans y un forro polar sobre una camiseta, y por primera vez en semanas se sentía relajado. Afuera había un frío viento primaveral. Dentro hacía calor y había ruido. Maia charlaba con él sobre una banda que él le había presentado. Solo el nombre ya horrorizaba a Clio, pero Mac le había asegurado que los gruñidos guturales del vocalista volvían las letras totalmente incomprensibles.

—Solo no le compres el vinilo o podrá leer las letras —había dicho Mac con una risita.

Maia, hija de la tierra, iba camino de convertirse en una fanática del metal y estaba perdidamente encandilada con su nuevo tío Callum.

—¿Y tú cómo estás, Mac? —preguntó Clio desde el otro lado de la mesa.

—Se llama Callum, mamá —intervino Maia, mirando su teléfono.

—¿Ah, sí, señorita Sabelotodo? —dijo Clio con una sonrisa.

—En realidad, solo mi padre me llamaba Callum —dijo Mac.

—Y yo —añadió Maia con desenfado.

Clio y Maia llevaban cuentas a juego en el pelo. A Mac le parecían unas hippies. Pero desde que casi lo volaron por los aires, había encontrado refrescante el caos tranquilo de la vida de Clio. Lo

vivía a través de llamadas telefónicas frecuentes, videollamadas y, últimamente, una reunión semanal en el McDonalds.

—Todavía tengo la espalda rígida —dijo Mac, flexionando los hombros—. Por las quemaduras.

—Pero conservaste el pelo. Pensé que te quedarías calvo por detrás —dijo Clio.

—No, solo un poco chamuscado y más corto de lo que me gustaría, pero el hecho de que no esté calvo es gracias a ti. ¿No te quemaste las manos?

Clio las levantó. —Nada, solo un poco rojas. Estoy pensando en caminar sobre brasas la semana que viene.

Mac se rio. —O comprar un billete de lotería. Es menos arriesgado.

—¿Tú qué opinas, Maia? —preguntó Mac, bebiendo su batido, sabiendo que le dejaba un bigote de espuma sobre la barba incipiente.

Maia puso los ojos en blanco, pero él vio la sonrisa que intentaba ocultar, y por eso lo hizo. —Te queda mejor el pelo largo. El pelo corto te hace parecer aburrido —comentó Maia.

—Justo lo que pienso. ¿Quién quiere ser normal, eh? —dijo Mac.

—¿Acabas de poner los ojos en blanco con Mac, Maia Elizabeth Wray? —dijo Clio.

—No, solo estaba revisando la parte de atrás de mi cabeza.

La boca de Clio se abrió de par en par, y Mac casi se atragantó con su bebida.

—Eso sí que es una excelente respuesta —dijo él, aún riendo.

Clio negó con la cabeza y sonrió. Tenía que admitirlo; era bastante gracioso. —Entonces, ¿cuánto falta para que vuelvas al trabajo? —le preguntó a Mac.

—Tres semanas más.

Ella lo miró, ladeando la cabeza y entornando los ojos.

—Lo juro —dijo él, levantando las manos en señal de rendición fingida—. Lo juro. No tengo ninguna prisa. Casi me muero.

—Todos casi lo hicimos.

—Sí, y Jacek habría muerto conmigo si no hubiera sido por ti —dijo Mac.

—Mi madre, la heroína. Y yo que pensaba que eras tan convencional —dijo Maia, pero Clio escuchó el orgullo en la voz de su hija.

—Aunque no esperaba una medalla —rio Clio.

—Debes de tener un montón, Callum —dijo Maia.

—Solo una, igual que tu madre. Me siento un poco como un fraude. Simplemente tuve la mala idea de entrar en una habitación llena de gasolina y una loca con...

Los ojos de Maia se abrieron de par en par, y no fue por horror. Mac cerró la boca y Clio le lanzó una mirada fulminante.

—Ya está bien —intervino ella con tono definitivo.

Mac hizo una mueca hacia Maia y articuló en silencio: te lo cuento luego. Ella sonrió. Mac sintió que su teléfono vibraba y lo sacó del bolsillo. Era un correo de Mel con un archivo adjunto. Lo abrió y empezó a leer. Cuando terminó, miró a Clio, luego brevemente a Maia, y volvió a mirar a Clio.

—Maia, ¿puedes traernos otro batido a cada uno? —dijo Clio, entregándole un billete de diez libras.

Maia miró el teléfono de Mac y luego a su madre.

—Sabes, si querían una conversación privada, solo tenían que pedirlo —dijo con una sonrisa, tomando el dinero y poniéndose de pie.

Clio asintió. —Sí, tienes razón. Anda, vete, mocosa descarada. Maia soltó una risita y fue a unirse a la fila. Clio se volvió hacia Mac. —¿Qué pasa?

Mac le tendió el teléfono. —El informe psiquiátrico de Karen Martins.

Clio tragó saliva y miró la pantalla.

Paciente: Karen Martins

Fecha de ingreso: 6 de noviembre de 2021

Fecha de alta: 10 de diciembre de 2022

Diagnóstico: Trastorno de Estrés Postraumático (TEPT) con Trastorno Depresivo Mayor comórbido, alucinaciones auditivas

y creencias delirantes.

Antecedentes: La paciente ingresó de manera voluntaria tras el descubrimiento traumático del cuerpo de su hijo. Él se suicidó después de un presunto abuso por parte de su padrastro. Las consecuencias inmediatas del hallazgo provocaron una grave crisis psicológica, lo que la llevó a buscar atención en nuestra institución.

Observaciones clínicas: Al momento del ingreso, la paciente presentaba signos severos de trauma, incluyendo flashbacks, pesadillas y conductas de evitación. Reportaba con frecuencia oír la voz de su hijo y verlo, especialmente en un estado de tormento, lo cual indicaba la presencia de alucinaciones auditivas y visuales. Estas experiencias estaban entrelazadas con su creencia delirante de que el alma de su hijo no estaba en paz, lo que intensificaba aún más su angustia. Tuvo varios episodios en los que creía estar reviviendo el momento del hallazgo. Además, la paciente mostraba síntomas depresivos significativos, como tristeza profunda, sentimientos de culpa e inutilidad, y una constante preocupación con la muerte.

Tratamiento: Se empleó una combinación de terapia cognitivo-conductual (TCC), terapia centrada en el trauma y sesiones de terapia grupal. También se le prescribió un régimen de antidepresivos y antipsicóticos para manejar sus síntomas depresivos y psicóticos.

Durante su estancia, la paciente mostró un marcado interés por su trabajo académico, utilizándolo a menudo como un mecanismo de afrontamiento. Su experiencia en mitología, símbolos celtas y su historia parecía tener un efecto estabilizador, permitiéndole momentos de claridad y concentración.

Progreso y recuperación: A lo largo del año, la paciente mostró una mejora significativa en el manejo de los síntomas del TEPT. La frecuencia e intensidad de sus flashbacks disminuyeron, y reportó menos alucinaciones auditivas. Su participación en la terapia, combinada con sus actividades académicas, pareció proporcionarle un entorno estructurado que facilitó su recuperación.

Motivos del alta:

1. La paciente mostró una mejora constante en el manejo de sus síntomas.
2. Expresó un fuerte deseo de retomar su trabajo académico y creía que eso contribuiría aún más a su recuperación.
3. Las evaluaciones regulares mostraron una reducción de los síntomas depresivos y psicóticos.
4. La paciente demostró comprensión de los mecanismos de afrontamiento y estrategias para manejar posibles desencadenantes en el futuro.

Recomendaciones: Aunque se ha considerado que la paciente está en condiciones de recibir el alta, es fundamental que continúe con la terapia ambulatoria y las evaluaciones psiquiátricas regulares. Debe mantener su régimen de medicación y buscar ayuda inmediata si experimenta una reaparición de los síntomas. También se recomienda que participe en un grupo de apoyo para personas que han vivido una pérdida traumática.

Clio terminó de leer y levantó la vista hacia Mac, con lágrimas en los ojos. —Dios mío, Mac, esa pobre mujer. Si tan solo hubiéramos tenido esto antes...

—No. No vayas por ahí, Clio. No podíamos haberlo conseguido antes, no legalmente. Y no habría cambiado nada. McCullough ya estaba muerto, Jacek había desaparecido y Evie... —Mac vaciló. Clio no conocía su historia con Evie, pero ese no era el problema. Mac sabía que si hubiera llegado antes, si no se hubiera detenido a comerse un maldito sándwich en el coche en la gasolinera, podría haberla salvado. Sacudió la cabeza. Era otra carga más que llevar. Solo había que ponerla en la estantería junto con las demás.

—Nunca debieron dejarla salir —dijo Clio, entregándole el teléfono a Mac.

—Estaba allí voluntariamente; podía irse cuando quisiera.

—¡Pero no estaba sana, Mac! Mira lo que hizo. ¿Cómo pudo parecer tan normal por fuera?

Mac deslizó el dedo por su teléfono y encontró el correo que Mel le había reenviado. —Mel habló con uno de los doctores y le hizo la misma pregunta. Ella envió esta respuesta —le devolvió el teléfono a Clio.

Para: Inspectora Barland

De: Dra. E Whitfield

Asunto: Re: Karen Martins

Estimada inspectora Barland:

Tras nuestra conversación telefónica, entiendo la urgencia y gravedad de su consulta respecto a Karen Martins. Habiendo sido una de las psiquiatras principales que supervisaron su tratamiento durante su estancia en el Hospital Psiquiátrico St. Ailred, puedo ofrecerle algunas perspectivas sobre su condición.

El caso de Karen siempre ha sido un testimonio de la complejidad del psiquismo humano. Aunque su psicosis era profunda, se manifestó de una manera que le permitió compartimentar sus síntomas, lo que le permitió funcionar en

su vida diaria mientras seguía estando profundamente afectada en su interior. A continuación, un desglose:

Alto Funcionamiento: La formación intelectual y académica de Karen en mitología y símbolos celtas significaba que tenía una mentalidad estructurada y analítica. Esto le permitía compartimentar sus creencias delirantes, manteniéndolas separadas de su vida profesional.

Enmascaramiento de Síntomas: Con el tiempo, Karen se volvió hábil para ocultar sus síntomas. Desarrolló mecanismos de afrontamiento para esconder sus alucinaciones y delirios, como racionalizarlos o descartarlos como simples ensoñaciones en contextos públicos.

Divulgación Selectiva: Era muy selectiva con respecto a con quién compartía sus creencias y experiencias, evitando hablar de su hijo o de sus ideas sobre su vida después de la muerte en entornos profesionales o informales.

Desencadenantes Ambientales: Ciertos entornos o factores de estrés podrían haber intensificado sus síntomas. Aunque mantenía la compostura en lugares familiares, las situaciones desconocidas o estresantes podían agravar sus delirios y alucinaciones.

Disociación: Es posible que Karen haya experimentado episodios de disociación, sintiéndose desconectada de sí misma o de su entorno. Estos episodios probablemente fueron breves, lo que le permitía funcionar con normalidad la mayor parte del tiempo.

Efectos del Tratamiento: Los tratamientos que Karen recibió durante su estancia hospitalaria, incluidos medicamentos y terapia, podrían haberle proporcionado un alivio temporal. Sin embargo, si interrumpió el tratamiento o si este no se adaptó

a la evolución de su condición, sus síntomas podrían haber reaparecido.

Racionalización: Su profundo conocimiento de la mitología y los símbolos podría haberle permitido entrelazar sus delirios con conceptos académicos, haciéndolos parecer más lógicos para ella.

En situaciones de estrés extremo, como la que usted describió, todos estos factores podrían haber convergido, provocando una ruptura total con la realidad. El peso emocional de enfrentarse a quienes creía responsables del daño a su hijo, combinado con los desencadenantes ambientales, probablemente la empujó más allá del límite del pensamiento racional.

Espero que esto le proporcione algo de claridad sobre la condición de Karen y su capacidad para funcionar externamente mientras lidiaba con sus luchas internas. Por favor, hágame saber si necesita más información o alguna aclaración adicional.

Atentamente,

Dra. Eleanor Whitfield, Médica Cirujana, Especialista en
Psiquiatría Psiquiatra consultora Hospital Psiquiátrico St. Ailred

—Supongo que ahora lo entiendo —dijo Clio—. Pero eso no lo hace más fácil de soportar. La conocí durante mucho tiempo, pensaba que éramos amigas, pero no tenía idea de quién era realmente ni por lo que estaba pasando.

—Ella no quería que lo supieras, Clio. Leíste el informe de la doctora. Divulgación selectiva. Sin embargo, era solo cuestión de tiempo antes de que sus síntomas empezaran a manifestarse. Dudo que estuviera siguiendo alguna de las recomendaciones del informe que acabas de leer, y tampoco encontramos medicamentos ni en su casa, ni en su oficina, ni en la última escena del crimen.

—Ya no los necesitaba, Mac. Se regía por el calendario. Su acto final siempre iba a ocurrir en Bealtaine.

Mac asintió. —De todos modos, te alegrará saber que Jacek está bien. Le darán el alta del hospital la próxima semana y volverá con sus padres. Le salvaste la vida, Clio, y también la mía. Quédate con eso, ¿sí?

Clio esbozó una leve sonrisa y asintió. —¿Cómo hizo Karen para que Jacek se fuera con ella? Pensé que se había marchado del área, según me contó Melissa.

—Sí se fue. Kai averiguó que se había mudado a Glasgow, pero cuando envió a la policía local, descubrieron que llevaba desaparecido dos semanas. Kai lo entrevistó en el hospital. Karen lo llamó de la nada y le preguntó si podían verse en Edimburgo. Era la madre de uno de sus amigos, así que no le pareció sospechoso. ¿Recuerdas que él fue quien llamó a Karen preocupado porque Alex estaba tomando drogas? —Clio asintió—. Bueno, ella había guardado el número. Le pidió disculpas por haber estado tan enfadada con él, explicándole que era porque estaba preocupada por Alex. Para resumir, se encontraron en un bar donde Karen debió drogarlo. Ella conducía, y él dijo que debió desmayarse en el coche, porque lo siguiente que recuerda es haber despertado en una pequeña habitación de concreto, atado.

—Dios mío —dijo Clio—. ¿Sabía dónde estaba?

—No tenía ni idea, y nosotros tampoco, pero considerando el trabajo de Charles Martins, probablemente era uno de los sitios de construcción que están activos ahora. Reid tiene agentes revisándolos todos para intentar encontrarlo.

—¿Pero por qué querría hacerle daño, Mac? Él la llamó preocupado por Alex.

—Sí, pero también fue él quien metió a Alex en todo ese rollo pagano y de adoración al diablo, según los mensajes que encontramos entre McCullough y él. Además, ella necesitaba tres sacrificios para el ritual.

—¿Así que eso es todo, entonces?

—Eso es todo —dijo Mac, justo cuando Maia regresó y su teléfono volvió a vibrar.

Apareció el nombre de Kenny Reid. Se alejó de Clio y Maia, saliendo del restaurante.

—Señor.

—Mac, ¿cómo está, hijo?

—Me sorprende recibir su llamada, señor.

—Que no le sorprenda. Han reasignado a la DSJ Dawlish. El caso en mi contra ha sido archivado. En otras palabras, hay más polis corruptos que yo por ahí, y alguien de más alto rango que esa vaca de Dawlish pensó que investigarme era un desperdicio del dinero público. O al menos, lo convencieron de eso. Vale la pena conocer gente en las alturas. ¿Cómo va su recuperación, hijo?

—Muy necesaria. Todavía me quedan tres semanas —dijo Mac.

—Qué lástima, hubo un tiroteo esta mañana en Portobello. Necesito a un inspector jefe con experiencia. Pero Lennox está entusiasmada si usted no está disponible.

Mac soltó una maldición y Reid se echó a reír.

—Reúne a la banda otra vez, Mac, muchacho. Gente como usted y yo no necesita descanso ni recuperación. Si dejamos de nadar, morimos. Barland tiene los detalles. Infórmeme cuando sepa más.

Colgó. Mac se quedó de pie un momento, con la llovizna cayendo sobre sus hombros.

—¿El deber llama? —dijo Clio.

Ella y Maia se estaban yendo, llevando sus batidos. Maia le entregó uno a Mac.

—Sí, me temo que sí.

—¿Tres semanas? —preguntó Clio.

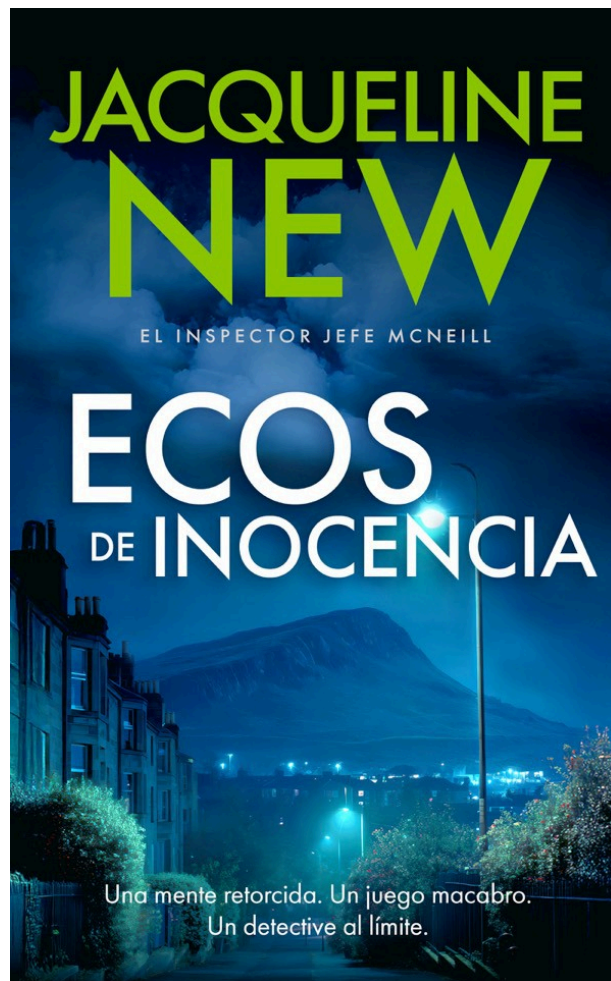
—Sí, ya sabes —Mac se encogió de hombros.

Melissa llamó justo cuando Maia abría la boca para decir algo. La cerró, con expresión de decepción, mientras Mac se giraba para contestar la llamada. Apenas fue consciente de que ambas se dirigían hacia el mini de Clio mientras él se apresuraba hacia su propio coche. Para cuando terminó la llamada, el coche de Clio ya se había ido. Mac soltó una maldición y pisó el acelerador, saliendo a toda velocidad del estacionamiento en dirección a la casa de Clio. Tras un kilómetro, las alcanzó en un semáforo. Logró colocarse al lado del mini y apoyó la mano plana sobre el claxon. Maia lo vio

primero y saludó, con una sonrisa radiante que se dibujó en su rostro. Clio miró. Mac saludó a Maia con dos dedos desde la sien y luego le guiñó un ojo. Ella sonrió aún más, empañando la ventana para escribir un mensaje. Clio intentaba parecer seria, pero Mac vio la sonrisa que amenazaba con salir.

Cuando cambiaron las luces, ella lo miró. Solo una mirada fugaz, pero sus ojos se encontraron. Clio sonrió. Mac sonrió también. De esa forma descarada.

Siguiente en la serie El inspector jefe McNeill



vinci-books.com/ecosdeinocencia

Una mente retorcida. Un juego macabro. Un detective al límite.

Pasa la página para obtener una vista previa gratuita...

Ecos de inocencia: Prólogo

Solo, en un departamento cualquiera, enclavado entre incontables cajas idénticas y sin alma en un monótono bloque de torres, él se sentaba, absorto en su tarea crucial. Las paredes, delgadas como el papel, susurraban secretos de vidas ajenas: el diálogo amortiguado de un televisor del vecino, el agudo crescendo de discusiones provenientes del departamento de arriba, puertas que se cerraban de golpe con frustración y rabia. Abajo, figuras sombrías con capuchas y máscaras se reunían en grupos afuera, sobre el hormigón gris. Esta cacofonía de vida, que resonaba a través de las paredes y los suelos, no hacía más que acentuar su confinamiento solitario.

Mientras trabajaba, hervía con una rabia silenciosa. Ese no era su mundo; era un paria, forzado a una existencia nueva que contrastaba brutalmente con el estatus elevado que una vez había ostentado. La habitación en la que se encontraba ahora era sombría y desprovista de adornos, un agravio diario a su vida pasada de respeto y privilegios. Solo contenía lo esencial: una vieja mesa de camping con juntas oxidadas, símbolo tangible de su caída, y un moderno router de Wi-Fi, un incongruente faro de modernidad en aquel lugar olvidado por Dios. La moqueta, común, manchada y desgastada, era otro testimonio de sus circunstancias actuales y

miserables, tan opuestas a los suelos pulidos y el lujo cálido y clorido de su pasado. Cada rincón de esa existencia mezquina era un amargo recordatorio de lo que había perdido, alimentando un resentimiento que hervía constantemente bajo su calma metódica.

La condensación lloraba por las ventanas, difuminando el mundo exterior. La humedad persistente se acumulaba en gotas, que poco a poco formaban charcos sobre los alféizares, donde fomentaban manchas de moho oscuro y rampante si no las limpiaba a diario. Sobre la mesa, una colección de cajas y paquetes yacía en espera, cada uno marcado con la impersonal precisión de códigos QR y de barras. Bajo la luz implacable de una única bombilla, se preparaba para su meticulosa tarea.

En una segunda mesa, fregada hasta quedar limpia y con un leve olor a lejía, descansaba debajo una caja de plástico con productos de limpieza. La mitad de la superficie de la mesa estaba ocupada por una colección de placas de Petri, cada una etiquetada con esmero. La otra mitad sostenía un sobre acolchado, idéntico a los que había recogido más temprano ese mismo día.

Con una precisión meticulosa, se colocó los guantes de látex estériles y levantó el paquete, depositándolo frente a él con reverencia. Examinó cada milímetro de su superficie con una lupa, su cabeza calva y cejas ausentes reflejaban la luz intensa, mientras que su mandíbula y mejillas lisas quedaban ocultas tras una mascarilla de grado médico.

La búsqueda fue metódica, casi ritual. Si resultaba infructuosa, el paquete se uniría a la pila de descartes. Pero hoy, la fortuna estaba de su lado. Un solo cabello, parcialmente atrapado por la cinta de sellado, brilló como una joya preciosa. Con la paciencia de un cirujano, empuñó el bisturí y las pinzas, liberando el cabello, cuyo folículo era la recompensa suprema a su paciencia y dedicación.

Selló el cabello en una placa de Petri y, con un rotulador, escribió un nombre y una dirección en letras mayúsculas, limpias y precisas. Las horas en la mesa le habían dejado dolor en la espalda, el cuello y las piernas, pero era un precio trivial por sus triunfos de esa noche. Su mirada se detuvo en las seis placas transparentes, poco profundas y con tapa que había llenado esa noche: seis vidas, seis

almas, atrapadas sin saberlo en su macabra colección. Asintió con un estremecimiento de placer, una pequeña y siniestra sonrisa cruzó sus labios mientras contemplaba la siguiente fase de su plan.

Ecos de inocencia: Capítulo Uno

La mano era pálida y delicada. Femenina. Con la palma hacia arriba y los dedos delgados curvados hacia adentro. Pequeñas áreas oscuras alteraban la superficie perfectamente limpia de la mano y la muñeca. Mac frunció el ceño. ¿Hendiduras? Parecían marcas de dientes. Detrás de él, podía oír a los forenses subiendo trabajosamente la colina con la tienda y las bolsas con su equipo. El cielo detrás del montículo de Arthur's Seat comenzaba a aclararse, pero ese lado aún estaba en profunda sombra. El suelo estaba empapado bajo sus pies, y se alegraba de que la llamada hubiera llegado en fin de semana. Lo había encontrado fuera de casa y vestido para pasar el día con una amiga y su hija. Botas de montaña, jeans y un forro polar. Su cabello negro estaba despeinado. Sus ojos oscuros, entornados e intensos. Con su atención centrada en la escena, su rostro inexpresivo, no permitía intromisiones. El agente uniformado que custodiaba el grupo de arbustos que ocultaba el último horror le saludó con un leve movimiento de cabeza y se hizo a un lado.

Durante un largo momento, Mac observó la mano. Luego se agachó y apartó las ramas rígidas de los arbustos. Se reveló un brazo hasta el hombro. Obsceno en su desnudez. Mac se había puesto guantes de látex mientras subía por el largo sendero desde el

estacionamiento. Ahora sentía humedad a través de ellos. Revisó y no encontró sangre. Por lo tanto solo rocío en el follaje. O lluvia de la noche anterior.

—Ayúdeme con esto —dijo.

El oficial uniformado se acercó y apartó con cuidado una porción considerable del arbusto, sujetándola hacia un lado. Mac observó el cuerpo que acababa de quedar al descubierto. Una mujer joven. Desnuda y cubierta de heridas de arma blanca. Rostro redondo y cabello corto, oscuro. Había una mancha de sangre junto a su nariz. Mac sacó el teléfono del bolsillo trasero y encendió la linterna. Se reveló un agujero irregular en el lateral de la fosa nasal derecha. Como si le hubieran arrancado un piercing. La mente pesimista de un policía interpretaba eso como la sustracción de un trofeo. Podía haberse desgarrado en una pelea, pero él siempre, por defecto, buscaba la explicación más oscura. Había un corte bajo su barbilla y dos a cada lado de la nariz, líneas rectas, como tajos. Contó rápidamente las heridas visibles. La mayoría estaban por encima de la cintura y por debajo del cuello. Unas treinta. Ataque frenético, entonces. Pero ejecutado con rapidez. No había muchos hematomas que Mac pudiera ver. Si la chica hubiese tenido tiempo de defenderse, habría heridas defensivas en brazos y manos.

No vio señales de eso en la carne pálida y delicada. Un ataque que ocurrió tan rápido que no tuvo tiempo de reaccionar y no fue necesario inmovilizarla. Miró por encima del hombro hacia donde dos uniformados estaban con una mujer vestida con ropa impermeable y un gorro de lana. Llevaba un golden retriever con arnés, que iba de un oficial al otro recibiendo caricias y atenciones. Sacaba la lengua y movía la cola. Mac se quedó mirando. Conocía al perro. Había pertenecido a una familia involucrada en un caso criminal grave anterior. Le alegraba que hubiera encontrado un buen hogar.

—¿Ella encontró el cuerpo? —preguntó Mac al oficial uniformado.

—Sí, señor. Lo encontró la perra. Ella dijo que tenía la mano en la boca antes de darse cuenta de lo que era y logró controlarla.

Mac asintió. Eran marcas de mordidas en la mano y la muñeca, tal como había supuesto. Al menos ahora sabía de dónde provenían.

—Jefe. ¿Está hoy más informal? —La voz de Kai le llegó a través del aire frío. Demasiado alegre y animada para ser tan temprano. Especialmente considerando la razón por la que estaban allí.

Mac miró hacia atrás, donde el detective Kai Stuart subía apurado por el sendero, con el abrigo largo cerrado por las manos metidas en los bolsillos. Llevaba traje y tenía el aspecto de un detective, hasta el peinado corto y arreglado.

—Recibí la llamada estando fuera de casa —respondió Mac.

—Usted es el que tiene que pagar la tintorería —dijo la Sargento Nari Yun.

Kai giró a medias y Mac vio a la esbelta y bajita Nari detrás de él. Llevaba una bandeja de cartón con tres vasos de café para llevar. Los técnicos forenses esperaban para montar la carpa sobre el cuerpo, ya vestidos con sus trajes de papel y mascarillas.

—¿Quién es nuestro patólogo hoy?—preguntó Mac.

—Stringer. No le está gustando la colina —respondió Kai.

Mac apenas logró distinguir la figura corpulenta del jefe del equipo SOCO, el patólogo forense Derek Stringer. En el último año, había acumulado más relleno alrededor de la cintura, junto con otra papada añadida por si acaso. Mac se preguntó si estaría enfermo. O simplemente envejeciendo. Él mismo no había estado tratando su cuerpo como un templo últimamente. Demasiada comida para llevar en lo de Clio o visitas al autoservicio por insistencia de Maia, su hija de trece años, una máquina de quemar calorías. Se enderezó y se apartó del cuerpo, indicando al equipo forense que podían continuar. Se alejó por completo y extendió la mano para recibir un café. Nari sonrió al entregarle un vaso.

—Té chai —dijo ella.

—¿Qué? —bufó Kai—. ¿Se nos está volviendo clase media, jefe?

Mac sorbió el líquido especiado y aromático.

—Estoy ampliando mis horizontes —respondió.

—¿Qué tenemos, jefe? —dijo Nari, entregando un vaso caliente a Kai y tomando el suyo.

Miró directamente a Mac, sosteniéndole la mirada de una forma que lo incomodó ligeramente. Demasiado intensa. Demasiado... algo.

—Mujer joven. Diría que de unos veinte años. Desnuda y apuñalada. Podría ser un ataque sexual. No hay muchas señales de sangre, así que diría que la dejaron aquí.

—Anoche llovía a cántaros —dijo Kai—. Y helaba. No es clima para tener sexo en un auto.

—Esa mujer de allá abajo encontró el cuerpo. Kai, ve a hablar con ella. Hazle caricias al perro y serás su mejor amigo de por vida. Convéncela de repasar la declaración que le dio a los primeros en llegar y toma notas. Quiero la mayor cantidad de detalles que pueda darte.

—Voy.

Kai se acercó a la testigo con una sonrisa desdentada de galán. Lo justo para tranquilizarla sin faltar al respeto por las circunstancias.

Mac se quedó junto a Nari mientras Stringer subía la colina a paso lento, con los pies crujendo sobre la grava roja. Edimburgo parecía una ciudad de juguete a sus pies. Una red de farolas se extendía sobre un revoltijo de edificios que parecían haber sido lanzados al aire y dejados caer donde fuera. Dio un sorbo a la bebida que se suponía debía relajarlo y sintió el estómago contraerse. Por el rabillo del ojo notó que Nari lo miraba de reojo. Lo ignoró. No quería hablar de su fin de semana ni de nada que no fuera la chica muerta a unos pocos metros.

—Buenos días, inspector —resopló Stringer al llegar por fin a la escena.

—Buenos días. Parece un apuñalamiento múltiple —dijo Mac, con ganas de empezar.

Stringer suspiró mientras se ajustaba la mascarilla sobre la cara.

—Odio los casos desordenados.

—Está en el trabajo equivocado —le dijo Mac mientras se acercaban juntos a la tienda.

—Oh, hay asesinatos de todo tipo, limpios y ordenados. Estrangulamiento. Sofocación. Envenenamiento. Ahora, tuve un caso hace poco, tal vez oíste hablar de él. Un veneno de acción rápida que se disuelve solo y...

Echó un vistazo a Mac mientras levantaba la solapa de la tienda, observó sus jeans, botas y forro polar, y luego señaló la mesa de camping que habían colocado junto a la tienda y que estaba llena de trajes forenses de repuesto. Mac asintió y empezó a vestirse mientras Stringer se agachaba para entrar en la tienda. Para cuando lo siguió, Stringer ya estaba en cuclillas junto al cuerpo. Un agente de criminalística peinaba las ramas del arbusto con unas pinzas, usando una lupa cuadrada. Otro fotografiaba la escena desde todos los ángulos. Mac se agachó junto a Stringer, manteniendo cuidadosamente las manos lejos del suelo y del cadáver, dejándolas colgar sueltas sobre las rodillas.

—Me retracto. Alguien ha sido muy meticuloso y ordenado con esta —dijo Stringer, con su acento educado de Edimburgo, que apenas sonaba escocés—. Muchas heridas hechas con una hoja muy afilada y estrecha. No parecen profundas, así que diría que de unos cinco o siete centímetros. Tal vez un bisturí o un cúter. Pero el cuerpo ha sido limpiado. Y, a pesar de las múltiples heridas, hubo un solo asesino. Aquí.

Señaló un corte debajo del pecho izquierdo de la chica.

—Eso es muy preciso para un ataque frenético —dijo Mac.

No había notado esa herida en particular entre tantas. Revisó su evaluación inicial. Un golpe dado con precisión quirúrgica para matarla. Luego, una treintena más.

—Precisión primero. Frenesí después —dijo Stringer; sus ojos se encontraron brevemente con los de Mac en un gesto rápido de respeto profesional mutuo. Stringer siempre apreciaba a los agentes que podían leer una escena del crimen casi tan bien como él.

—No estoy seguro de qué pensar sobre esos tres cortes en la cara. Es difícil hacer cortes tan limpios si la víctima está viva. A menos que esté anestesiada, claro. Debajo del mentón, así. Y para lograr cortes tan rectos a ambos lados de la nariz. Otra vez, la ubicación es muy precisa. Me voy a arriesgar y decir que muy bien podrían haberse hecho post mortem. Lo sabré con más certeza cuando la lleve al laboratorio.

—Hay mucha sangre en alguna parte —observó Mac.

—La hay. Pero no aquí. Vamos a necesitar más forenses. El asesino pudo haberla cargado por el sendero hasta aquí o tal vez no. Hay varias rutas para subir la colina hasta este punto —observó Stringer—. Ha notado la herida al costado de la nariz, ¿verdad?

Mac asintió con un gesto seco. Stringer suspiró.

—Va a necesitar mucha gente para encontrarla por aquí. Asumiendo que esté en la ladera y no en el bolsillo de alguien.

La sonrisa de Mac fue apenas una muestra de dientes. Stringer era tan propenso como él a imaginar el peor escenario posible. ¿Cómo no serlo, al trabajar rodeado de cadáveres? Permaneció agachado, con los ojos recorriendo a la chica. Tenía los ojos abiertos y azules. De un azul desconcertante.

—Por la flexibilidad de las extremidades, diría que la muerte ocurrió hace no más de dos o tres horas. No hay señales de *livor mortis*, pero no esperaría ver lividez en el lugar donde el cuerpo ha estado yaciendo, disculpe debería decir colocado, boca abajo. Se siente frío al tacto, pero hace mucho frío y está desnuda. Así que la muerte ocurrió entre las dos y las tres de esta mañana. Saque sus propias conclusiones, inspector.

Mac asintió, su mente ya trabajando para reconstruir qué podría estar haciendo una chica joven como esa. Llevaba delineador oscuro y las uñas pintadas. No era la más maquillada, pero algunas estudiantes no usaban el maquillaje como una paleta de albañil. Aunque también podía haber sido atacada en su cama. O en la de otra persona.

—Bueno, será mejor que me deje continuar. Tendrá mi informe lo antes posible —dijo Stringer, con una leve nota de irritación en la voz.

Mac se puso de pie y salió de la tienda. Avanzó crujientemente por el sendero un trecho. Este serpenteaba entre árboles y arbustos, alejado de la carretera de abajo.

—Vaya subida para hacer con un cadáver —observó Nari, ofreciéndole de nuevo algo de beber.

—¿Para qué molestarse? —dijo Mac.

—No se puede esconder un cuerpo aquí arriba. No con la cantidad de gente que sube todos los días.

—¿Y si querían que encontraran el cuerpo?

Mac se quitó los guantes, haciendo una bola con uno dentro del otro. Los dejó caer dentro de su té tras beberse la mitad de un solo trago. Había un contenedor de basura junto al sendero y arrojó allí tanto el vaso como los guantes.

—Puede ser.

Hubo una pausa.

—Igualmente vino vestido para la ocasión —dijo Nari.

Mac no estaba dispuesto a entrar en los detalles de su sábado. Cómo él y Clio habían llevado a Maia a caminar por los Pentlands. No era el tipo de pasatiempo que alguna vez habría dicho que le gustaba. Pero Clio se había convertido en una buena amiga desde el horror que los había llevado a conocerse. El Asesino Celta, como lo habían apodado los tabloides. Y, aunque no lo admitiría ante nadie, Maia lo tenía completamente dominado. Tío Callum. Sintió que una sonrisa se le escapaba en la comisura de los labios ante la idea y obligó a su mente a volver al presente. Nari lo estaba mirando, con el fantasma de una sonrisa atreviéndose a asomarse en su rostro.

—Hablaré con Reid sobre los agentes extra que necesitaremos para rastrear la ladera —dijo Mac con brusquedad—. Quiero que usted y Kai se encarguen de los testigos, las cámaras de seguridad, y los conductores. Cualquiera que podamos situar en las cercanías y que tal vez haya visto cómo subían el cuerpo hasta aquí. Eso habría sido a partir de las dos de la madrugada.

Los dedos de una de las manos de Nari bailaban sobre la pantalla de su teléfono. Echó un vistazo a su café y lo tiró como había hecho Mac, luego volvió a tomar notas.

—Nos estableceremos en la central de Hillside. Ya llamé a Melissa; ella se encargará de reasignar cualquier caso que tenga. Este será la prioridad.

Comenzó a bajar por la pendiente hacia el estacionamiento para visitantes, a un cuarto de milla más abajo. Mientras lo hacía, su mente recordó una conversación que había tenido el día anterior con la doctora Clio Wray. Inicialmente una consultora a la que había reclutado para ayudar a resolver el caso de un asesino en serie, ahora una de sus muy pocas amistades.

Tome su copia...
vinci-books.com/ecosdeinocencia